Anne & Owen

Workhouse 4

Becca Kim

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

© Becca Kim, 2026

2603174953950

Anne
&
Owen

SERIE WORKHOUSE IV

Becca Kim

Cuando quieres realmente una cosa, todo el universo conspira para ayudarte a conseguirla.
PAULO COELHO (EL ALQUIMISTA)

Prólogo:

Owen Ellis Miller era un niño tranquilo, consciente de su posición, del cariño y de la ayuda que su madre necesitaba. Era prudente y bien educado, pero un día llegó a su vida alguien inesperado que pondría su temple y determinación a prueba. Ese alguien era Anne. Anne Lovell.

Al principio, esa niña de rizos dorados solo le pareció un incordio con el que a su madre se le llenaban los ojos de alegría y, por momentos, deseó que esa nueva familia —con la que compartían hogar, para rebajar gastos— regresase por donde había venido. Pero poco a poco sus pensamientos fueron cambiando.

Los padres de Anne tenían que trabajar hasta tarde; en consecuencia, la pequeña terminaba en su casa, siguiéndolo a todos lados como una mosca de esas que se pegaban a los caballos. A ella no le molestó que la comparara con un insecto insufrible, ni que amenazara con cortarle las alas para que lo dejara en paz. Ella seguía importunándolo, pero él ya tenía bastante con cuidar a su madre embarazada, como para estar pendiente de alguien más.

Anne, en cambio, sentía curiosidad. Era un niño, al igual que ella, pero lo veía hacer tareas de mayores como recoger la casa, doblar la ropa que su madre traía limpia, cocinar cosas asquerosas y salir a comprar cuando faltaba algo imprescindible, como avena.

Tenía una forma graciosa de fruncir el ceño y de morderse el labio cuando se concentraba y, aunque ella notaba que podría molestarle, no podía evitar seguir junto a él.

Los meses pasaron y todo cambió el día en que la niña dejó de seguirlo. La inquietud lo empujó a buscarla y, al no encontrarla, la angustia se apoderó de él.

—Madre… ¿Y Anne?

—¿No está contigo?

Ese día la cara de Owen perdió color, el poco que tenía. No tuvo más remedio que recorrerse todo el barrio hasta que, asomada a un pequeño escaparate, la encontró. Corrió hacia ella y la tomó de la mano.

—No vuelvas a irte —sentenció el niño. —Pero… quiero una.

Anne dibujó una expresión tan triste al ver la muñeca y su vestidito en el expositor, que tuvo que contenerse para no consolarla. Esa niña se había portado mal y, como bien sabía Owen, antes de los juguetes iba la comida.

Tiró de ella y la llevó a casa. Cuando la señora Lovell los vio llegar, agradeció a Owen con dos palmaditas en la cabeza y unos caramelos de anís, de esos que vendían en pequeñas bolsas de papel, pues le había preguntado a la señora Miller por algo que le hiciera feliz. El nuevo amiguito de Anne la cuidaba como el mejor de los hermanos y no podía estar más agradecida. Luego se recogió en su habitación junto a su hija.

Owen, con pasos decididos, entró tras ellas y se dirigió a la puerta contraria. El aroma dulce y especiado de los caramelos llegó a su nariz. Sonrió con ganas y se metió el primero en la boca. El resto se lo administraría para que duraran lo máximo posible, o para los momentos de nervios. Aquel dulce siempre lograba calmarlo.

La señora Miller alzó el rostro al verlo entrar en la habitación. No se atrevió a decirle nada. Sabía que, tras esa mirada, los pensamientos de su hijo iban y venían. Cuando se presentaba de ese modo, aunque le hablara, no la escucharía.

—¿No tenía trozos de tela? —preguntó al fin el niño. La madre asintió tras observarlo con atención.

Tenía claro que su hijo tramaba algo.

—¿Me puede ayudar?

—¿A qué? —preguntó ella.

—Quiero hacer una muñeca.

—¿Una muñeca? —su madre, sorprendida, sonrió.

—Así Anne no volverá a irse.

La señora Miller lo miró con ternura y se agachó a su lado para después estirar su ceño fruncido.

—Sabes que no tienes que cuidarnos a todos, ¿verdad? Eres solo un niño.

—No soy un niño.

La señora Miller sonrió con amargura. Era su culpa; lo había empujado a crecer más rápido, a abandonar su infancia. Quizá le exigió demasiado.

—Si no eres un niño, ¿qué eres, Owen?

—El hijo que la ayuda con todo lo que puede. Y espere a que crezca, madre. Porque la sacaré de aquí y jamás tendrá que trabajar.

—¿Eso harás?

Owen asintió, decidido.

—Hagamos entonces esa muñeca. Así no tendrás que preocuparte por la pequeña Anne.

Esa misma noche terminaron la muñeca de trapo y, a la mañana siguiente, Anne ya la tenía entre sus brazos.

—Sé que no es la que querías, pero es una muñeca —se explicó Owen.

Anne la abrazó con todas sus fuerzas, luego la tomó de las manos y comenzó a girar, haciéndola volar con una gran sonrisa.

—Así la romperás —dijo Owen, mientras pensaba en cada una de las puntadas que había dado bajo las instrucciones de su madre.

Entre risas, giros y más giros, los días fueron pasando. Las estaciones fueron creando recuerdos, dejando su aroma… y un presentimiento creciente de que todo estaba a punto de cambiar.

1.

El hedor del vinagre hirviendo, mezclado con el de la muerte, invadió ese barrio de Whitechapel en el invierno de 1793. Las calles, rociadas de cal y con las ventanas abiertas para purificar el aire, se habían convertido en el paisaje habitual de Owen, quien, a diferencia de los demás, no temblaba ni ardía por esa fiebre pútrida que traía el viento desde el río, una fiebre de la que algunos no volvían a despertar.

—Por favor, por favor —rogaba arrodillado al costado de Anne mientras sostenía sus pequeñas manos—. Tú no, Anne… tú no —sollozó.

Owen lo había perdido todo. A su madre, que se había dejado las manos y la espalda como lavandera. El cielo había decidido llevársela antes de que él se convirtiera en un hombre de provecho, capaz de sustentarla. Había perdido al pequeño Peter, su hermanito de apenas un par de años, y a su padre, aquel al que no pudo conocer; ni siquiera se había molestado en sacarlos de ahí. Sin embargo, él sobrevivió: un caso extraño, casi milagroso, como aquellos llamados de sangre fuerte o pura, que se libraban de enfermedades de las que otros perdían la vida.

—Papá… —balbuceó la niña entre temblores.

Owen miró a su izquierda, hacia el señor Lovell, el padre de su mejor amiga. Su brazo, moteado de manchas violáceas, reposaba con el resto de su cuerpo, que pronto se llevarían.

Nadie se acercaba a ellos. Nadie los quería, nadie los visitaba. El único sonido que se oía eran las campanillas de los carruajes que recogían a los muertos después de sellar una carta con lacre negro, como si fuera una transacción más.

Aquel sonido se oyó cercano, el mismo que se había llevado a su madre días atrás y que ahora venía a por el señor Lovell.

Unos hombres con los rostros cubiertos con pañuelos blancos llamaron a la puerta.

—¡Abran ya!

Las manos de Owen temblaron. Se limpió las lágrimas, soltó a Anne —advirtiéndole que sería solo un momento— y se acercó a la puerta.

El olor a ropa quemada, a desesperación y pérdida entró con los voluntarios de las parroquias, quienes se encargaban de recoger a los muertos y aislar a quienes quedaban.

—¿Dónde está, muchacho?

Owen levantó un dedo tembloroso para señalar la única habitación.

Los pasos se detuvieron al ver a Lovell y, entre dos, lograron sacarlo de allí, en aquel saco sin vida donde lo habían metido. El tercero, sin embargo, se acercó a Anne, la examinó y decidió llevársela. La cargó sobre su hombro tras considerarla moribunda, pero un cuerpo infantil, con brazos y piernas estirados en el umbral de la puerta, le cortó el paso.

—Suéltela —exigió Owen, con lagrimones en los ojos—. Está viva.

—No pasará de esta noche, muchacho. Dejarla aquí es un peligro para todos. Para ti.

—He dicho que la deje.

—Entonces tendrás que quedarte encerrado con ella.

—No he podido salir desde que mamá enfermó. No me importa quedarme más.

—¿Qué sucede? —preguntó otro hombre, entrando al ver que su compañero no regresaba.

—El niño no me deja llevármela.

—Déjale. Es de sangre pura. Hemos recogido cuerpos por la zona durante toda la semana y este niño no ha muerto.

—Pero…

—Deja que se despida. Este muchacho ha perdido a su familia entera. Ya vendremos a por ella.

El hombre que cargaba a Anne volvió a depositarla en el camastro. Luego, clavó su mirada en Owen. Tuvo que reconocerlo: sería pequeño, pero sus ojos, pese al llanto, desprendían una determinación inquebrantable.

Los hombres se marcharon, pero antes de que la puerta se cerrara, una pequeña bolsa de tela fue lanzada al interior.

Era comida.

—Cierra bien la puerta, y que no salga. Vendremos dentro de una semana.

—Pero ella no durará tanto…

Owen oyó las voces alejarse y regresó con su amiga. Le tomó las manos tras apartar sus cabellos dorados, ahora sucios.

—No morirás. Lo sé. No me dejes solo, Anne, por favor. Si te quedas conmigo, prometo cuidarte siempre, darte los dulces que consiga, y hasta conseguiré una muñeca de verdad para ti. Lo prometo, Anne.

La niña quiso responder, pero no tenía fuerzas. Su cuerpo ardía hasta los huesos, y creía ver cosas extrañas.

Owen, como había visto hacer a su madre cuando él enfermó, buscó unos paños, los empapó con la poca agua que quedaba y cubrió el cuerpo de Anne con ellos. Como decía aquel hombre, la mayoría creía que él era de sangre pura; incluso al principio le temían. No obstante, al igual que los demás había enfermado, solo que, su recuperación fue casi inmediata. Aunque por momentos deseaba haber partido con los suyos, se había metido en la cabeza que había sobrevivido solo para cuidar de ella, de su dulce amiga Anne.

Después de pasar la noche cambiando paños, Owen acabó dormido junto a ella, en un abrazo de quien se aferra a su única felicidad.

Antes de abrir los ojos, notó la humedad bajo su brazo y la ausencia del calor de la noche. El terror se instaló en su corazón. Se negaba a mirar y comprobarlo. Si no lo hacía, nada de lo que tuviese a su lado sería real.

—Owen…

Asombrado, despegó los párpados y se giró con rapidez al escuchar el hilo de voz que salió de los labios de Anne. De inmediato, su frente tocó la de la niña, que lo miraba con esos ojos castaños bien abiertos.

—¿Por qué lloras? —susurró cansada, mientras tocaba su pelo.

—Porque no me has dejado solo.

Anne iluminó la habitación con una ligera sonrisa. Intentó incorporarse, pero Owen se lo impidió.

—Todavía estás malita.

—Pero tengo que ayudar a papá.

A Owen se le formó un nudo en la garganta. Miró hacia el lugar donde el señor Lovell había muerto, contuvo el llanto e insistió en que la niña descansara.

—Nos han dejado algo de comida. Tienes que comer.

—Owen…

—No te levantes, ahora te la traigo.

—Pero, Owen… No tengo hambre.

—Necesitas fuerzas.

Owen, ya en el umbral de la puerta, tuvo que detenerse al escucharla.

—¿Se ha ido con mamá? Padre… —Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas—. ¿Está ya con mamá?

Owen se dio la vuelta con los puños apretados. No se atrevió a mirarla.

—Bien —dijo la niña con la voz rota—. Estaba triste porque no quería que mamá estuviera sola. Ahora papá está con ella.

—Anne…

Owen se acercó a la niña y la apretó contra su pecho en un abrazo. Entonces sus lágrimas se juntaron para formar un solo río.

—Yo te tengo a ti —susurró ella.

—Mientras estemos juntos —prometió él—, nada malo nos va a pasar.

La niña asintió. Esa afirmación parecía la única verdad capaz de mantenerlos con vida.

2.

Los días pasaron, la comida comenzó a escasear. Sabían que, tarde o temprano, esos hombres que se llevaban a los muertos irían a por ellos. Los separarían y los enviarían a hospicios o casas de trabajo, donde ya habían llevado a algunos niños de su barrio.

Owen evitaría a toda costa acabar en un sitio así. No era indiferente a las historias que había oído sobre esos lugares y los horrores que algunos vivían con tal de recibir un plato de comida.

Así que tuvo una idea: Anne sabía bailar y él cantar. El señor Lovell le había enseñado. Siempre recordaba cómo, siendo romaní —considerado una raza lamentable para algunos—, se las había arreglado para ignorar los prejuicios y conquistar a Janet, la madre de Anne, en una feria. En sus tiempos mozos fue luchador a puño desnudo, lo que le permitió ganar lo suficiente para casarse con ella y formar una familia, aunque fuera en uno de los barrios más pobres de Londres. Al menos demostraron ser felices con lo poco que tenían. Él solía contar historias de sus travesías, a través de canciones, y bailar con Anne entre risas y tarareos. Owen, observador de aquello desde pequeño, había comprendido la importancia de aprender ciertas cosas para aplicarlas después.

Trazó un plan: llevaría a Anne al parque donde caballeros y damas paseaban, donde poetas recitaban sus versos al aire y violinistas deleitaban a los oídos más finos. Allí, los artistas sin techo aprovechaban los jardines como escaparate, con el riesgo de ser expulsados si los denunciaban. Quizá, con una tarde a la semana, recibirían

monedas suficientes para sobrevivir un par de días.

A la mañana siguiente, Owen preparó un hatillo con algo de comida y la pandereta de Anne, en la que su padre había dibujado unas flores rojas. Se vistió con el abrigo de su madre, que lo hacía

parecer más un fantasma que un niño. Se lo remangó y lo cerró a la cintura con una cuerda: el abrigo era más cálido que el suyo. Además, cuando creciera, podría dárselo a Anne. Ella tomó su manta bordada y la muñeca que Owen le había confeccionado.

—Tengo hambre —dijo la niña.

—Yo también —confesó Owen—. Pronto tendremos comida.

—¿De verdad me darán monedas por bailar?

Owen asintió. Si la veían bailar, si cualquiera la viera, sentirían un latigazo en el corazón que no les dejaría otra opción que rendirse a sus pies. Cuando Anne bailaba, se convertía en un ángel, un ser etéreo capaz de hacer olvidar cualquier pesar.

El niño le tomó la mano —la que no sujetaba la muñeca— y, con más miedo que emoción, dieron sus primeros pasos lejos del hogar. Aún olía a desolación, a pérdida, mientras sus huellas se marcaban en el suelo blanco de cal. Anne pasó de darle la mano a aferrarse a su brazo entero.

Cuando llegaron al mercado, entendió lo lejos que estaban de todo lo que conocía.

Una lágrima descendió por sus ojos avellanados y, luego, otra. Por mucho que intentó aguantar para que Owen no lo notara, terminó absorbiendo sus mocos.

En cuanto él vio su pequeño rostro descompuesto, la abrazó.

—Yo también tengo miedo, Anne. Pero si estoy contigo, me siento un poco más valiente. ¿A ti no te pasa lo mismo?

—No es justo. Tú eres más grande.

—Quizá en altura, pero si medimos el corazón, estoy seguro de que el tuyo es mucho más grande.

Anne, sin decir nada más, se pegó a él.

—Vamos, debemos seguir.

—Pero tengo mucha hambre.

Owen nunca pensó que comprendería a su madre cuando le dijo: «Lo peor que puede pasarme es que mis hijos me digan que tienen hambre y no tener nada que ofrecerles. Por eso, Owen, sacrifico mi tiempo contigo para trabajar, para darte de comer». Al fin lo entendía. Le dolía, de veras, que Anne tuviera hambre,

escuchar su estómago crujir, sobre todo cuando aún estaba débil tras la enfermedad.

—Siéntate aquí —dijo Owen—. Intentaré cambiar algo por un trozo de pan.

Solo de imaginarlo, a la niña se le hizo la boca agua.

Pasar por el mercado no fue buena idea: olía a pescado, a fruta, a verduras frescas y a pan recién horneado, lo que consiguió acrecentar su hambre.

Vio a Owen alejarse mientras rebuscaba lo que fuera en el hatillo, cuando sus ojos se clavaron en unas manzanas: las más regordetas, rojas y brillantes que jamás había visto. Una doncella probó una delante de ella. Anne escuchó el crujido de sus dientes al atravesarla, percibió el dulzor del aroma que desprendía y vio el jugo humedecer los labios de la joven. Sin pensarlo, se relamió y, como si su alrededor hubiera desaparecido salvo ese puesto, se acercó sigilosa.

Con cuidado, extendió su mano, tomó la que más le llamaba la atención y dio un mordisco pequeño. Se giró, convencida de que nadie la había visto, queriendo compartirla con Owen. Estaba segura de que él se pondría contento cuando le enseñara lo que había adquirido ella sola.

—¡Ladrona! ¡Una ladrona!

Aquel grito destruyó su orgullo y emoción de forma abrupta.

La acusación se propagó por el mercado como fuego que arrasaba un bosque. Owen miró hacia atrás. Anne estaba en problemas.

—¡Corre, Anne! ¡Corre!

La niña se revolvió y logró zafarse del tendero que la apresaba, dejando atrás su manta. Con la manzana en una mano y la muñeca en la otra, comenzó a correr.

—¡Ladrona! ¡Atrapadla!

Owen corrió tras ella. Dejó caer el hatillo, hizo una zancadilla al hombre que casi la atrapa, y la alcanzó.

—¡No pares! —gritó el niño.

Anne, con el terror golpeando en su pequeño pecho y lágrimas en los ojos, aceleró lo que sus piernecitas le permitieron. Y

cuando creyeron que estaban a salvo, al meterse en un callejón estrecho, un vigilante apareció.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó—. ¿Esa manzana te pertenece, niña?

—¡Quédese con ella! —espetó Owen. Cogió la fruta que Anne sujetaba y se la lanzó al guardia.

Pero el dueño del puesto apareció por detrás.

—¿Os mandan vuestros padres a robar? ¿Es eso?

—No es verdad, ¡no tenemos padres! —chilló Anne antes de que Owen lograra taparle la boca.

—Huérfanos —dijo el guardia—. Ya sabéis a dónde tenéis que ir.

—No, por favor —rogó Owen.

—¿No? ¿Prefieres morirte de hambre? ¿Que ella lo haga?

Owen la miró derrotado. Quizá no había sido justo. Quería obligarla a dormir sin techo, a bailar por comida y no por felicidad, y terminaría por arrastrarla a una vida que ni él sabía si podría sostener.

Dejó caer los hombros y, con una sola mirada, el guardia obtuvo su respuesta

3.

Owen y Anne alzaron la cabeza hacia el sucio letrero de St. Joseph Workhouse. En silencio, y agarrados de la mano, se adentraron en ese nuevo mundo que los acogería. La señora Quirk no les resultó nada amable; aún no se habían quitado la sensación de que los mirara como si fueran basura tirada en la calle, ni los toqueteos de ese médico mientras los evaluaba.

—¿Venís de Whitechapel? —preguntó el médico.

Owen no quiso contestar.

—Esta niña aún tiene las marcas de la fiebre pútrida.

—¿Es contagiosa? —La señora Quirk dio un respingo y se alejó de ellos—. No podemos permitir que se esparza aquí otra enfermedad, ni siquiera eso. Acuérdese de la infestación de piojos de hace unos meses.

—No se preocupe, esta niña lleva días curada.

—¡Pero aún está débil! —espetó Owen—. Quizá podría darle alguna medicina de esas para que mejore antes.

—Esto no es un hospital de caridad, niño —dijo la señora Quirk.

—Un buen plato de comida será suficiente. Y… señora Quirk, no la ponga aún a trabajar.

Ella lo miró de arriba abajo, no del todo convencida, pero accedió.

Unos minutos después, el capataz Finch —de rostro alargado y desagradable, como de lagarto— tampoco fue amable al guiarlos hasta los dormitorios, donde niños curiosos los aguardaban entre cuchicheos, con cuidado de no ser demasiado indiscretos para que Finch no los golpeara con el cinturón.

—Tú dormirás aquí —sentenció el «lagarto», tras darle a Owen un empujón.

—¿Y ella? No quiero dejarla sola. —Owen no pudo calmar su voz. No estaba seguro de si había hecho lo correcto. Esas caras que se asomaban no gozaban precisamente de felicidad; sus ojos parecían nublados por un miedo que él pronto compartiría.

—¿Alguien te ha preguntado lo que quieres, niño?

—Es pequeña y…

—No tengo toda la noche. Métete aquí —lo volvió a empujar — y encuentra con quién compartir camastro.

—Pero…

—Owen —lloró Anne—, tengo miedo.

Finch tiró de ella y Owen no pudo hacer nada cuando la puerta se cerró, golpeándole la nariz.

—Seguro que estará bien —dijo un niño que entrecerraba la mirada por no ver bien—. La llevará con las niñas. Allí están mis amigas Hope y Lily. Seguro que la ayudarán.

Owen se giró con un temblor inexplicable en las manos, aún calientes por el agarre de la pequeña Anne.

—Me llamo Thomas —dijo el mismo niño mientras se acercaba—. Puedes dormir conmigo.

Owen observó a los curiosos, aunque algunos ni siquiera parecían haberse inmutado por su presencia.

—Pero Anne, ¿cuándo podré verla? Está muy asustada y acaba de recuperarse de una enfermedad horrible que casi la mata.

—Mañana —replicó Thomas esperanzador.

—Si eso... —intervino otro—. Yo entré aquí con mi hermana y no la he vuelto a ver.

—Eso no ayuda, Luke —dijo Thomas entre dientes.

—Lo siento.

Owen se agachó y enterró la cabeza entre sus rodillas.

¿Qué había hecho?

***

Anne, aferrada a su muñeca de trapo, atravesó la puerta de las niñas como ese hombre feo le había indicado. Luego, esa misma puerta se cerró con tal estruendo que le levantó los cabellos. Las

piernecitas le temblaron y su garganta parecía haberse cerrado. Golpeó la puerta y gritó:

—¡Owen! ¡Quiero estar contigo, Owen!

Un bastón sonó contra el suelo, seguido de los pasos decididos de una niña que se acercaba. En lo que dura un suspiro, los brazos de aquella niña llamada Lily la abrazaron por detrás.

—No grites —susurró—. Si gritas, ella vendrá, y será peor.

—Pero quiero estar con Owen. No puedo estar sin él —Anne quiso soltarse de su agarre, pero, otra niña, cuyo nombre era Hope, también la abrazó.

—Mañana lo verás. Solemos tomar juntos la primera ración de comida del día.

—¿De verdad? —preguntó Anne, limpiándose las lágrimas con la muñeca.

Sus dos nuevas conocidas asintieron a la par, mientras intercambiaban una mirada.

—¿Quieres dormir con nosotras? —preguntó Lily.

Anne asintió entre el rugido de sus tripas.

—¿Tienes hambre?

Volvió a asentir.

—Lo único que he comido hoy es un mordisco de manzana.

Sin pensarlo, Hope se acercó al camastro, levantó el fino jergón y sacó un trozo de pan.

—Está un poco seco, pero servirá. Cuando consigo objetos valiosos en el lodo, suelen recompensarme.

Anne tomó el pan y comenzó a chuparlo hasta humedecerlo lo suficiente para dar un pequeño mordisco.

—¿Queréis?

Las niñas sonrieron agradecidas y juntas se comieron ese pedazo de pan.

—¡Apagad las velas! —tronó una voz, acompañada del sonido de una campanilla—. ¡Apagad las velas!

Todas las niñas obedecieron y, en esa oscuridad, con tres niñas acurrucadas en un camastro, reinó el silencio mientras los pensamientos sobre lo que depararía el día siguiente se dispersaban en el aire viciado.

4.

En el comedor Anne se sentó entre Hope y Lily. Con ellas, se sentía arropada. Esa misma mañana le hablaron de sus trabajos, pero al parecer era demasiado pequeña para hacer cualquiera de ellos. Las costureras no tenían paciencia para enseñar, y los que buscaban cosas en el barro debían ser un poco más altos para poder caminar sin tanta dificultad.

Los nervios se apoderaron de ella, pero lo único que quería era ver a su amigo y abrazarlo, pues esa noche, a pesar de la compañía, lo había echado muchísimo de menos. Si lo tenía cerca, se sentía tranquila y protegida de forma inmediata. Estar sin él era como si la hubieran despojado de sus vestiduras y arrojado al campo. Una sensación extraña que no quería experimentar ni un minuto más.

Alzó el rostro cuando entró el grupo de niños; quiso levantarse, pero Lily se lo impidió al estar la señora Quirk cerca.

—¿Por qué no viene? Me dijisteis que lo vería.

Hope hizo contacto visual con Thomas, quien luego dirigió la mirada a la niña que la acompañaba. Enseguida supo que se trataba de la Anne de la que Owen había estado hablando durante la noche, la misma que no se separaba de su muñeca. Thomas regresó la vista a Hope e hizo un gesto como si diera martillazos a algo.

Las amigas resoplaron y se lamentaron por la pequeña Anne. Al pobre Owen le había tocado el peor de los trabajos. Si le vieron las manos fuertes, no era extraño que hubiera terminado como moledor de huesos. ¿Pero cómo se lo dirían a esa niña? Cómo explicarle que su amigo trabajaría jornadas de diez y, a veces, doce horas, y que apenas lo vería para la última comida. Los moledores comían allí mismo para no perder tiempo.

La única noticia buena era que estaba cerca, en una edificación anexa a la workhouse; lugar del que se sabía que habías llegado por el olor a muerte que desprendía

—Tu amigo no vendrá —dijo Lily sin miramientos.

—¡Lily! —espetó Hope.

—No voy a mentirle, Hope. Este no es un lugar para débiles. Cuanto antes lo sepa, mejor.

La niña las observó, incapaz de comer siquiera cuando tuvo un plato de gachas aguadas, con tres trozos de pan negro flotando frente a sus narices.

—¿No voy a verle?

Anne rompió a llorar.

—Lo verás poco.

—¡Lily! ¡No seas tan dura!

—Pero tienes un plato de comida —continuó Lily, ignorando a su amiga—. Creo que eso debería ser suficiente para que dejes de llorar.

Hope terminó por darle un manotazo en la cabeza a Lily. Sus palabras solo consiguieron que la niña aumentara el llanto y tirara su plato de comida.

La señora Quirk no pudo pasarlo por alto. Ya iba acercándose con una paleta de madera cuando el cura, que acababa de terminar la oración, se interpuso entre Anne y el castigo

—¿Qué cree que hace, padre Marcus?

—Impedir que peque, señora Quirk.

—¿Que peque? —Su risa fue asquerosa—. Ya tengo el cielo ganado por administrar este lugar lleno de almas errantes.

—Eso no lo sé. Pero sé que esta niña acaba de llegar. ¿No cree que necesita un tiempo antes de que la castigue?

—Sabe tan bien como yo que la disciplina, cuanto antes llegue, mejor.

—Nunca he estado de acuerdo con sus métodos, como tampoco estoy a favor de que la golpee. Haré que deje de llorar y que recoja lo manchado.

Otro niño comenzó a reírse a carcajadas en el fondo, a sabiendas de que solo el silencio podía habitar ese lugar a la hora de

comer. La atención de la señora Quirk se desvió hacia la otra mesa y, tras un resoplido, se alejó del padre Marcus.

—Niña —dijo él, tras agacharse a su lado—. Lo que has hecho no está bien. No puedes desperdiciar así la comida.

—Se llama Anne —dijo Hope, que sabía que el padre era un hombre bueno y que lograría que Anne se adaptara a todo aquello, como había hecho con ella y con otros tantos niños—. Quiere ver a su amigo.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó Marcus.

—Creo que Thomas ha dicho que le han puesto de moledor.

El padre asintió con pena. Al menos eso indicaba que era un niño fuerte y sano.

—Anne —dijo a la pequeña—, ahora me ayudarás a recoger esto. Luego te llevaré a ver a tu amigo.

La niña alzó la mirada. Sin pensarlo, tiró de los bajos de su falda, se aupó sobre la mesa y limpió las gachas esparcidas. No era lo que el padre tenía en mente, pero la miró con asombro: en verdad quería ver a su amigo.

—¿Nos vamos? —preguntó Anne, como si hace un minuto no hubiera estado llorando con el desconsuelo de quien ha sufrido la mayor de las pérdidas.

El padre Marcus la tomó de la mano y la sacó de allí con los ojos de la señora Quirk clavados en la nuca.

—Le tienes mucho aprecio a esa muñeca —dijo él al ver que la niña seguía en silencio mientras la llevaba al patio de los huesos, donde los dejaban secar para luego triturarlos y usarlos como fertilizante o como material para botones y peines.

—Me la hizo mi amigo. No está muy bien cosida, pero es la mejor muñeca del mundo, ¿a que sí?

La niña alzó la muñeca para que el padre la viera, y este sonrió con ternura al imaginar a Owen cosiendo esos botones que tenía por ojos y los girones de tela que hacían las veces de cabello, en ese momento, trenzado.

—Tu amigo debe de quererte mucho.

—Y yo a él. Sabemos que si estamos juntos, todo saldrá bien. Eso me ha dicho. Por eso tengo que estar con él.

—Entiendo.

El padre Marcus detuvo sus pasos y la niña lo miró sin comprender por qué se detenía.

—Ahora podrás verle, Anne, pero ten en cuenta que para él será difícil.

—¿Difícil? ¿No se pondrá muy, muy, muy contento?

—Cuando alguien quiere a otra persona y no puede ayudarla, cuando no puede ofrecerle nada mejor… duele.

—¿Duele? ¿Dónde? A Owen nunca le duele nada.

—Duele el corazón, Anne.

La niña frunció el ceño. Recordó cuando días atrás lo vio llorar cerca de ella, justo al despertar de su enfermedad. ¿Eso había sido porque le dolía?

—Entonces, ¿es mejor que no me vea? No quiero que le duela nada.

—Lo que quiero decir… —El padre se aclaró la garganta; a veces le era difícil explicar ciertas cosas a los pequeños y esperar que las comprendieran—. Por lo que cuentas, él siempre te ha cuidado, ¿verdad?

Anne asintió.

—Estoy seguro de que él quiere verte tanto como tú a él, pero no creo que quiera que lo veas así. Eso también podría dolerle.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—El trabajo que tu amigo debe hacer tras esas puertas no es bonito, Anne.

—Oh…

El padre Marcus se agachó y la tomó de las manos.

—Vivir aquí es difícil, lo será para los dos. Pero ¿sabes qué es lo mejor que podéis hacer?

—¿Qué? —Anne abrió mucho los ojos.

—Ser fuertes y valientes, para que el día que uno tropiece, el otro pueda levantarlo.

—Pero Owen no suele caerse, bueno… y yo tampoco. Será porque bailo bien.

—No me refiero a eso… —El padre resopló con frustración—. Quiero decir que, cuando uno esté triste o necesite ayuda, será

mejor si tiene cerca a alguien que pueda alegrarle y sostenerlo.

—Si dejo de llorar, ¿Owen será más feliz?

—Puedes llorar; de hecho, viene bien a veces. Lo que quiero decir…

—Se acabó la charla —intervino la señora Quirk. Los niños habían terminado la ración y no quería que nadie divagara ni que se preguntara por qué a ella se la trataba de forma distinta—. Ven aquí, niña.

—Pero…

—No se preocupe, señor desconocido —dijo Anne—. Voy a ser fuerte para ayudar a Owen.

La niña se fue corriendo hacia la señora Quirk y el padre Marcus no pudo cerrar la boca.

¿Lo había entendido?

Marcus la vio marchar con su muñeca de trapo apretada contra el pecho y comprendió que sí. Lo había entendido.

5.

Owen miró hacia un lado y hacia el otro. Esos niños lo habían engañado. No pudo ver a Anne esa mañana, y temía que estuviera llorando asustada, o peor: que se hubiera revuelto como hacía a veces y hubieran usado algún castigo para detenerla. Sabía que en esos sitios se iba a trabajar; lo que no esperaba era que fuera tan pronto. Esa señora Quirk no perdía el tiempo. Parecía que, desde la misma noche que llegaron, ya sabía qué tarea le encomendaría.

Se tapó la nariz por enésima vez, pero por mucho que lo hiciera, ese hedor, impregnado de una mezcla de grasa rancia y humedad se pegaba a sus pulmones. Los demás niños tenían un aspecto deplorable. ¿Así terminaría él? Manos magulladas, ojos irritados y pies descalzos.

Los huesos que antes se habían secado en el patio durante días reposaban apilados contra una pared. Algunos aún conservaban restos de carne oscura y podrida. En el suelo, por las lluvias recientes, había pequeños charcos donde flotaban astillas blancas.

El capataz pasó entre ellos. Arrastraba sus botas mientras golpeaba el suelo con una vara a modo de advertencia.

Owen se aferró a su mazo de hierro y golpeó de nuevo, haciendo que el eco resonara en esa especie de almacén. Los más pequeños se dedicaban a triturar las astillas; los demás, como Owen, destruían el resto. Cada impacto levantaba una nube de polvo blanquecino que se infiltraba en la garganta y, aunque les hacía toser, nadie se atrevía a detenerse. Algunos tenían las manos vendadas con trapos ennegrecidos por la sangre; otros trabajaban en silencio, con la mirada perdida, siguiendo un ritmo de golpeteo en el que todos terminaban coordinados.

Más adentro, en un rincón, un niño intentaba girar la manivela del único molino. Owen vislumbró cómo sus brazos

temblaban por el esfuerzo. La rueda giraba y escupía ese polvo que acababa en sus cabellos, para teñirlos de un gris fantasmal. Cada vez que se atascaba, le caía una golpiza.

Owen era fuerte. Quería serlo por ella, y aunque estaba aterrado, continuó mazazo tras mazazo, aunque las moscas se arremolinaran a su alrededor, aunque el hedor fuera insoportable.

Los últimos rayos de sol se colaron por las pequeñas ventanas y las partículas en el aire se iluminaron como nieve sobre sus cuerpos exhaustos. Pero, más que nieve, aquello era la propia muerte flotando en el aire.

—Lo has hecho bien, muchacho —dijo el capataz—. La próxima vez, cúbrete las manos.

Mientras Owen se miraba las manos rojizas y llenas de ampollas, los demás lo contemplaron con asombro. Ese hombre no solía felicitar a nadie, ni mucho menos aconsejar.

La envidia también se movía en ese lugar, así que en cuanto la jornada hubo terminado, entre tres y cuatro muchachos mayores que él, lo sacaron a golpes al patio. Lo tiraron al suelo y lo azotaron varias veces. Owen se cubrió la cabeza con las manos, con unos rizos dorados en su pensamiento. No quería problemas, solo aguantar. Aguantar por ella.

***

Anne lloró toda la noche. Intentó no hacerlo, pero no pudo evitarlo.

—Yo… quiero verle. Es injusto —sollozó—. Sé lo que me ha dicho ese señor, pero…

—¿Qué sabrás tú de injusticias? —murmuró la del bastón.

—¡Lily! —Hope apagó las velas cuando la voz que gritaba a lo lejos lo ordenó—. Seguro que está bien. Has dicho que es fuerte.

—¡Mucho! —respondió Anne con seriedad.

—Entonces no tienes de qué preocuparte.

La niña se acurrucó con su muñeca, mientras lágrimas silenciosas recorrían sus mejillas, hasta que de pronto comenzó a tararear.

—¿Qué cantas? —preguntó Lily.

—Una canción que me enseñó mi padre. Él… —Bajó la voz—. Era romaní.

—Pero tienes el pelo de los ángeles —dijo Hope—; los romaníes que he visto lo tienen oscuro.

—Como el de mi mamá, pero papá decía que se oscurecerá cuando crezca. Siempre me decía: «Mi sangre terminará imponiéndose». Madre y él se reían, pero yo sigo sin saber qué significa.

—Ni yo —dijo Lily—. Quizá mañana podamos preguntárselo a Thomas. Él sabe muchas cosas.

—Quiero oírla. La canción. ¿Qué dice? —pidió Hope.

—¡Dormíos ya! —chilló otra niña que intentaba descansar.

Las tres se taparon con la manta raída que compartían y, tras un breve silencio, la dulce voz de Anne se abrió en un susurro melódico:

—Soy como un río. Sé de dónde vengo, pero no sé a dónde voy. Solo sigo mi camino, el de los árboles, el musgo y el sol —subió el tono—. Como los gorriones, me alzo al vuelo y extiendo mis alas hacia la libertad. —ondeó la manta y las niñas rieron—. Algunos me desprecian, otros me admiran… y yo, yo solo fluyo, sin detenerme, sin mirar atrás…

6.

Cuatro días después, la puerta del pabellón de las niñas se abrió de par en par. La señora Quirk entró con su aspecto oscuro habitual y su mirada desprovista de cualquier emoción. Inspeccionó a las muchachas de arriba abajo y luego comprobó que el lugar estuviera recogido.

—Tú. La de rizos.

Anne alzó la vista con la muñeca apretada en su pecho.

—Llevas mucho tiempo comiendo aquí sin aportar nada a cambio. Ya es hora de que hagas algo.

La señora Quirk tomó a la niña del brazo, pero antes de que se la llevara, Hope, que acababa de llegar del Támesis con churretones de barro aún en las piernas y en las manos, intervino con un «espere».

—¿Qué espere? —la señora Quirk clavó sus ojos en la niña, imponente—. ¿A qué se supone que tengo que esperar, niña?

Hope dio un paso atrás y bajó la mirada.

—¿Dónde se la lleva? Si le pone un trabajo demasiado duro, enfermará —intervino Lily.

—Si prefieres, la dejo en la calle de donde ha venido. Te aseguro que allí le pasarán más cosas que una simple enfermedad. ¡Dejad de decir sandeces y a trabajar! No volváis a dirigirme la palabra sin mi permiso.

La señora Quirk arrastró a Anne fuera de los dormitorios y le tendió un cubo de agua jabonosa y un trapo.

—Con las limpiadoras. Quiero los suelos relucientes, ¿de acuerdo? Como vea una sola mota de polvo en cualquiera de las esquinas, te quedarás sin comer.

—Pero…

La señora Quirk alzó una ceja y la miró desde arriba, lo que hizo que se sintiera aún más pequeña de lo que ya era.

—Sí, señora.

Anne guardó su muñeca dentro de la blusa, pegada a su cuerpo y, con el frío en las manos, se agachó y comenzó a limpiar los suelos mientras tarareaba una y otra vez la canción de su padre.

Las horas fueron pasando, el tarareo se fue apagando y el cubo se llenó unas cuantas veces más hasta que escuchó unos golpes y un olor desagradable invadió el pasillo. Continuó con su tarea hasta encontrarse con una puerta entreabierta que daba a ese patio maloliente. Como cualquier niña hubiera hecho, se asomó llena de curiosidad.

Había niños que martilleaban huesos, un polvo blanquecino arremolinado en el aire… y, con las manos vendadas y la vista fija en aquello que tenía que golpear, lo vio.

—Owen… —susurró.

De su boca salía una tos fea y sus ojos parecían enfermos.

—¡Owen! —Alzó la voz, pero él ni siquiera movió la cabeza—. ¿Es que no me oyes? ¡Owen!

La niña recibió un empujón del capataz que apareció de repente frente a ella y, luego, la puerta se cerró con contundencia.

—Owen… —sollozó.

Arrodillada en el suelo, Anne empapó el paño en el agua helada. Sentía un extraño dolor en su corazón. Debía ser ese el dolor del que le había hablado el padre Marcus. Entonces, pensó que Owen se había olvidado de ella, que todo ese tiempo había sido una carga, y poder dejar de cuidarla habría sido un alivio.

Tragó con dificultad y continuó arrastrando el trapo por la piedra fría del patio. Iba a marcharse ya, hacia el siguiente pabellón, cuando un siseo llamó su atención.

Anne se volvió y vio salir a su amigo de una portezuela lateral. Sin pensarlo, tiró el cubo y el trapo y corrió hacia él. En cuanto estuvo cerca, se abalanzó sobre su cuerpo y lo rodeó con sus brazos.

El padre Marcus, que pasaba por allí, vio la escena y tuvo que contener las lágrimas. Después de todo, esos dos no podían evitarlo:

si el destino los había unido, sería imposible separarlos. Estaba a punto de continuar su camino cuando vio acercarse a la señora Quirk. Si los veía, les caería una golpiza sin remedio. Fue hacia ella y decidió entretenerla, sermonearla —por primera vez— sobre el gran trabajo que hacía en ese lugar. Solo así les concedería algo de tiempo a esos niños.

Anne quiso fundirse tanto en el abrazo de su amigo que el pobre se quejó del fuerte agarre.

—¿Ya no me quieres? ¿Prefieres no verme más? —lloró Anne.

—No podría dejar de quererte, aunque quisiera —respondió Owen, después de separarse un poco.

—¿Entonces estás sordo? Te he llamado y…

—Quería que te marcharas. Para cuidarte. Y… no quiero que veas lo que hago.

—No importa, es como cuando jugábamos a golpear con piedras los trozos secos de barro para encontrar tesoros.

Owen asintió. Esa niña era capaz de transformar lo maligno en algo precioso.

—Eso es. Solo quiero encontrar un tesoro.

—¿Te has pegado con alguien? —preguntó ella, mientras fruncía el ceño al ver su rostro magullado y uno de sus ojos ennegrecido.

—Solo me resbalé y caí.

—Si limpio bien el suelo, ¿no te caerás más?

—¿Ese es tu trabajo? ¿Limpiar?

Anne asintió, a la vez que dirigía la mirada al cubo tirado.

Owen suspiró aliviado. Al menos no le había tocado embarrarse en el Támesis, trabajar en un molino o en la lavandería.

—Cuando crezca, te sacaré de aquí.

—¿Lo prometes?

—Mira tus lunares. Como me dijiste hace tiempo —Owen llevó su índice a la barbilla de la niña y tocó los pequeños círculos negros —: tú y yo, ¿ves? Siempre juntos.

—¿Eso es un sí?

Owen asintió con el pecho henchido de determinación. Se había sentido decaído, triste, sin ganas… pero verla fue la inyección

de energía que necesitaba para salir adelante, para que todo aquello tuviera sentido. Crecería y la sacaría de allí.

Primero cayó una gota, luego otra, y el cielo rompió en lágrimas por ese encuentro.

—Corre. Márchate —dijo Owen—. Volveremos a vernos, lo prometo.

Anne sonrió llena de alegría. Se alejó unos pasos y miró hacia el cielo. Las gotas caían sobre su rostro y su cabello; se llevaban el hedor que impregnaba aquel lugar y traían consigo el aroma de la esperanza. Alzó las manos y sus pies comenzaron a girar.

Owen la observó, admirado, con un picor en los ojos causados por el polvo y las lágrimas que empujaban por salir.

La niña siguió alejándose sin detener su baile. Tomó el cubo y dio vueltas y saltos; sus manos subían y bajaban como las alas de las gaviotas en el puerto.

En ese instante, el padre Marcus detuvo su sermón y la señora Quirk abrió la boca de par en par al ver a la niña en ese estado. Ambos se quedaron anonadados. Esa niña parecía feliz y bailaba de una forma… Si el padre Marcus no supiera que la señora Quirk tenía un corazón de piedra, no se habría creído la expresión de su rostro ni la humedad que apareció en sus ojos.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

—Señora Quirk, déjela.

Pero ella ignoró las palabras de Marcus y, de un bofetón, detuvo los pasos de la niña.

—¡¿Es así como trabajas?!

—Yo solo… —Anne se llevó la mano a la mejilla dolorida.

—Limpiarás también el pabellón de mujeres. No solo el de los niños.

—Sí, señora.

Esa misma noche, pese a las velas apagadas, pese al silencio, la puerta se abrió de par en par. La señora Quirk se dirigió con pasos firmes al lugar donde yacían las tres amigas. Tomó a Anne del cabello y la arrastró conella.

—¿A dónde se la lleva? —espetó Lily.

—¡Suéltela! —Hope la agarró de una pierna, pero recibió una patada en la boca por parte de la regenta.

La puerta se cerró y todas las niñas, entre susurros, se asomaron a la única ventana que daba al patio.

—Lily, ¿qué le va a hacer?

—No lo sé, Hope. No lo sé.

Las dos niñas se abrazaron, esperando que nada malo le sucediera a la pequeña Anne.

7.

—¿No querías bailar? ¡Pues eso es lo que harás! Vamos, camina.

Anne siguió el paso acelerado de la señora Quirk, mirando hacia atrás de vez en cuando. El terror, oscuro y cercano, cogió su mano mientras la acompañaba y le susurraba ideas desagradables sobre lo que se encontraría. ¿Acaso había limpiado mal el pabellón? ¿La llevaría con alguien malo? ¿Esas sombras que se estiraban y movían tras la puerta, bajo la luz de las lámparas de aceite, eran monstruos?

De repente, sus dientes castañearon, y no era por el frío que le rompía las mejillas.

—Pasa —ordenó la señora Quirk.

La niña miró atrás una vez más. ¿Qué pasaría si se echaba a correr? ¿Conseguiría llegar hasta Owen y decirle que huyera con ella?

—¿Es que no me has oído? ¡Pasa!

La señora Quirk la empujó dentro de la estancia pegada al despacho de administración, donde los habían recibido el primer día. La puerta se cerró y sus piernas temblaron al ser contemplada por todos los capataces y trabajadoras del lugar. Olía a humo de pipa, a carne seca y a queso duro. Por un momento se creó un silencio que aplastó sus ganas de respirar y, después, esos ojos regresaron a sus asuntos como si estuvieran acostumbrados a que aquello sucediera.

Anne se quedó petrificada, pegada a la pared y con miedo a lo que esa señora mala le diría.

—Primero, recoge.

Anne observó a su alrededor: había vasos manchados sobre las mesas, platos con restos de comida grasienta, hogazas de pan

duro, queso seco, algunos dados, cartas y tabaco. Barbas sin afeitar, uñas gruesas y conversaciones que solo consiguieron aterrarla más.

—La pequeña costurera volvió a desmayarse —dijo uno.

—Tengo otras seis que esperan su turno. Si en una de esas no se levanta, estamos cubiertos.

Unas risas ásperas se arremolinaron sobre las mesas.

—Te he dicho que recojas, niña. —La señora Quirk tomó a Anne de una oreja y la arrastró hasta una de las mesas.

Anne, con manos temblorosas, recogió el primer plato.

—Cuando acabes, tengo otra tarea para ti.

Anne asintió y trató de tragarse las lágrimas que amenazaban con salir.

—Mañana toca rebajar el caldo otra vez —rompió el silencio una mujer regordeta que parecía la cocinera.

—Otra vez agua sucia —dijo otro.

—¿Quieres que venga el inspector y le informe al arcediano para que nos cierren el sitio? Hazlo como hemos acordado —espetó la regenta.

Anne continuó recogiendo en silencio, cabizbaja, hasta que la voz de la señora Quirk a su espalda le hizo dar un respingo.

—Ahí, delante. Baila.

Anne no se atrevió a rebatirla. Se colocó frente a los trabajadores, tarareó mentalmente aquella canción, escuchando la voz de su padre; cerró los ojos y comenzó a mover los pies. Las lágrimas brotaron, sus manos se tensaron. Nunca había bailado con la tristeza clavada en el pecho. Giró, giró y giró hasta que terminó.

—¿Te he dicho que pares? —dijo la señora Quirk—. Sigue.

Sus pies descalzos sobre la madera sin pulir continuaron girando, moviéndose, danzando. No pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a dolerle los pies y a arderle las manos. Ya no quería tararear su canción, pues temía terminar por odiarla, pero parecía lo único que la ayudaba a seguir adelante, a no rendirse… O quizá no era la canción. Quizá era el miedo a lo que sucedería si dejaba de moverse.

Las mesas fueron vaciándose; alguno se había quedado dormido, pero ella no. La señora Quirk seguía observándola.

Tragó saliva con dificultad por la sequedad de su garganta. Necesitaba agua. Desvió la vista hacia la jarra que descansaba sobre una de las mesas.

—¿Tienes sed? —preguntó la señora Quirk.

Anne no se atrevió a contestar y siguió el baile con las piernas entumecidas. Dio un giro más y, entonces, el frío partió su piel como porcelana resquebrajada. La señora Quirk, frente a ella, derramó la jarra de agua sobre su cuerpo. Sus cabellos goteaban y su lengua buscó el agua allí donde alcanzaba.

La señora Quirk tiró la jarra a sus pies y luego la tomó de la oreja.

—Márchate ya, y sécate si no quieres enfermar. Tu trabajo comienza en dos horas.

De un empujón la sacó de la estancia y Anne, de rodillas en el suelo, apoyó las manos para levantarse, pero sus piernas pesaban y los pies le dolían a rabiar. Consiguió incorporarse y, con la pared como única sujeción, avanzó como un animal herido.

—¡Anne!

La pequeña reconoció la voz de Hope y, justo después, la de Finch, reprendiéndola.

—¡Cállate!

Anne alzó la mirada y vio a su amiga entre el grupo de los *mudlarks*, que acababan de llegar tras pasar casi toda la noche hurgando en las orillas del Támesis. Extendió la mano como si así pudiera alcanzarla, pero parecía más lejos de lo que creía.

—¡Vuelve aquí! —espetó Finch al ver a Hope alejarse del grupo.

Pero Hope no pudo ignorar la mirada de Anne. Como si ese lugar ya hubiera entrado en sus entrañas y le hubiera arrebatado el alma.

Corrió hacia ella y la sostuvo antes de que se derrumbara.

—Anne… —susurró con tristeza.

Miró sus pies doloridos y percibió el temblor de su cuerpo debido al frío.

—Estás empapada. ¿Qué te han hecho?

Anne rompió a llorar y se aferró a su amiga, sin evitar impregnarse de su barro.

—Vamos, te ayudaré.

Juntas caminaron por el patio oscuro hasta que una lámpara de aceite las iluminó.

—Hope Finnerty, ahora tendré que castigarte. A las dos. Dormiréis fuera.

—¡Pero enfermará! ¿No ve que está empapada?

—Quizá así, la próxima vez, aprendas las consecuencias de tu desobediencia. Toma. —Finch le lanzó un trozo de pan seco—. Hoy has encontrado una cadena.

Con esas palabras se marchó, dejándolas a oscuras de nuevo.

Las niñas llegaron hasta la puerta de su dormitorio, la cual no podía abrirse desde dentro. Se apoyaron en la madera fría y se acurrucaron para darse calor.

—No quiero bailar más, Hope —dijo Anne entre sollozos—. Esa señora es mala, muy mala.

—No sé por qué te ha castigado, Anne, pero si era solo un castigo, no tendrás que hacerlo más, ¿vale?

Anne asintió. Esperaba que Hope tuviera razón.

—Ni siquiera sé por qué me ha castigado.

—Con la señora Quirk nunca se sabe, Anne.

De repente, un silbido llamó la atención de ambas. En la pequeña ventana, Lily estaba asomada con cara de pocos amigos. Hope se acercó y le explicó lo que había pasado y Lily, sin dudarlo, tomó su manta y consiguió sacarla por la única rendija que la ventana permitía abrir.

—¿Y tú? —preguntó Hope.

—Dormiré con otra niña para compartir su manta.

Anne sintió alivio en cuanto Hope la cubrió, aunque el frío seguía retorciéndose en sus huesos.

—Intenta descansar, pequeña Anne.

Anne enjugó sus lágrimas con el borde de la manta y abrazó a Hope.

—Gracias —susurró—. Y lo siento. Estás aquí por mi culpa.

—Duerme, Anne. Duerme e intenta olvidar todo lo que te ha pasado hoy.

—¿Todo? —la niña se acurrucó más, como si eso fuera posible.

—¿No quieres?

—No quiero olvidar que lo vi… a Owen.

8.

Pasaron los meses, un par de años, y con ellos los inviernos que helaban los muros y los veranos que tornaban el aire insoportable y pesado. Anne creció en silencio, con las manos siempre rojas por el jabón y el corazón sostenido por el único pensamiento de que Owen seguía allí con ella. A veces lo veía cruzar el patio con la cabeza baja; alguna vez en el comedor o cuando les daban un día de descanso y el padre Marcus los reunía a espaldas de la regenta y les enseñaba a leer y a escribir.

Había llegado un nuevo niño llamado Logan, tan desconsolado que Anne no pudo evitar ayudarlo a encontrar a su madre. Había perdido el miedo a los castigos, a esa malvada señora que solo tenía odio en su corazón. Ahora era Anne quien la observaba cada vez que podía. ¿Y si ella había sufrido tanto como los que estaban allí? Quizá lo que le sucedía era que no quería que nadie fuese feliz. Poco a poco comprendió que ese era en realidad su propósito.

Una noche, cuando Owen terminó su turno, escuchó unos murmullos y risas en la sala de descanso de los capataces. Sin evitarlo, se asomó. No porque fuera un niño curioso, sino porque a Thomas se le había escapado algo que Hope le había dicho antes de que su tío se la llevara.

«A veces Quirk se la lleva durante toda la noche».

Esas palabras habían taladrado sus pensamientos día sí y día también, haciendo incluso que cometiera errores con el martillo, lo que le causó un dedo aplastado y una uña caída.

Le había preguntado a Anne por ese asunto, pero siempre que sacaba el tema, ella lo ignoraba o se marchaba.

Sus ojos observaron lo que había allí dentro, pero no comprendió lo que sucedía hasta que vio a la dulce Anne que bailaba con los pies enrojecidos y los ojos cerrados. La conocía: tras la expresión de su rostro se escondían el miedo y el dolor. El mismo que intentó ocultar al saber que a su padre también lo había devorado esa fiebre mortal.

Apretó los puños, lleno de ira, al verla tropezar y que luego la insultaran por ello y le lanzaran trozos de comida rancia. Lo peor fue cuando un capataz se levantó y tomó sus manos para bailar con ella. La pegó contra su cuerpo y la movió de un lado a otro, provocando las risas de los demás.

La rabia le quemó en lo más profundo. Ya no era ese niño obediente reci llegado, sino un muchacho que había crecido con la fuerza de golpear huesos y sobrevivir al hambre, pues cada vez que Anne no miraba, compartía su porción.

De una patada terminó de abrir la puerta. Con el rostro empolvado de restos de huesos y los ojos encendidos, empujó al primer hombre que se interpuso en su camino.

—¡No la toquen!

El jolgorio cesó de inmediato.

La señora Quirk se levantó despacio, con esa calma venenosa que sacaba a relucir cuando creía tener el control.

—¿Quién te has creído que eres para interrumpir en mi sala?

—El que no va a dejar que la lastimes más.

Owen lanzó el primer puñetazo para llegar a ella, luego otro, pero nadie se movió, nadie habló. La señora Quirk lo observaba con algo más que odio, quizá con un destello de reconocimiento de un dolor viejo que se escondía bajo esas capas de crueldad.

El capataz que tenía a Anne por las manos fue a detenerlo, pero antes de que lo hiciera, la señora Quirk habló:

—Dejadlos, no merece la pena.

Owen montó a Anne en su espalda y la sacó de allí.

—Pero, ¿no va a castigarle? —dijo el ridiculizado.

—Mañana tendrá su castigo al quedarse sin lo único que lo mantiene cuerdo en este lugar. He recibido una misiva. La abuela de esa niña viene a recogerla. Yo misma me encargué de buscarla. Al

principio no quería una boca más que alimentar, pero bastó decirle que su sangre romaní predominaba y lo demostraba con el baile, para que esa anciana diera su brazo a torcer. Todos salimos ganando, ¿no cree?

Owen dejó a Anne en el suelo de la capilla y tiró de ella para sentarla sobre un banco frío. Se limpió las lágrimas con el brazo mientras miraba sus pies llenos de ampollas. Desapareció por unos instantes y, al regresar, se agachó frente a ella con un trapo y un cubo de agua.

Tomó uno de sus pies y, sin decir nada, lo limpió.

—Owen —dijo Anne conteniendo el llanto.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me lo has ocultado?

—Porque no quería que hicieras lo que has hecho. La señora te ha dejado marchar hoy, pero te castigará. Siempre lo hace.

—Quizá no debemos esperar a crecer más. —Tomó el otro pie y sintió el dolor como si fuera suyo—. Quizá deberíamos escaparnos. Quizá puedo convertirme en aprendiz de alguien y…

Owen detuvo sus palabras; sabía lo difícil que sería eso, y más aún el tiempo que pasarían en la calle hasta conseguirlo. ¿Cómo podría protegerla, alimentarla?

Anne no volvió a hablar. Creía que si decía cómo se sentía, lo que quería, su amigo cometería alguna locura de la que no habría marcha atrás.

Owen siguió limpiando en silencio, como si ese gesto bastara para mantenerla a salvo, para comprender todo aquello que no se atrevía a decir. ¿Habría más? ¿Cuántas veces habría tenido que pasar por eso?

La noche terminó. La ira y el dolor se disiparon en el sueño de dos niños que se negaban a romperse y entregarse a la desesperanza.

La luz del amanecer se filtró por los ventanucos de la pequeña capilla, y Owen despertó con las manos vacías.

Anne ya no estaba.

Preso del miedo y de un terrible presentimiento, se levantó y miró a su alrededor, cuando unos pasos acelerados se acercaron hasta la capilla.

—Por fin te encuentro —dijo Thomas, sin aliento—. Se la llevan, ¡se llevan a Anne!

9.

No había amanecido aún.

Anne notó una mano fría sobre sus labios y un fuerte agarre sobre su cintura.

—No grites si no quieres que sea peor para él.

Anne, quien se había resistido al principio, cesó su lucha al ver a Owen con el rostro tranquilo, entregado al sueño. Se dejó llevar por el capataz y perro faldero de la señora Quirk hasta llegar al despacho de aquella infeliz.

Finch la posó sobre el suelo áspero y una anciana de largos cabellos canosos se acercó a ella. Estiró el brazo y, con los dedos huesudos de su mano, tomó un mechón de Anne y lo enredó en su índice formando pequeñas espirales.

—Ya oscurecerán —refunfuñó.

Le levantó la falda para ver sus piernas y, tras agacharse, tocó y apretó sus gemelos. Dijo algo en romaní y, después de agarrar su mano, tiró de ella hacia la salida de St. Joseph. Pero Anne tiró hacia el lado contrario con todas sus fuerzas y estuvo cerca de hacer caer a la anciana.

—Cualquiera diría que prefieres quedarte, niña —soltó la señora Quirk.

—Tengo que decírselo a Owen, por favor.

—Lo mejor que le puede pasar a ese muchacho, niña tonta, es que te marches. Es tu abuela. Deberías estar feliz.

Anne miró a la anciana con ojos llorosos.

—Por favor —suplicó.

Pero la anciana dio un grito y un hombre se bajó de un carromato para llevársela.

Anne forcejeó todo lo que sus brazos le permitieron. Entonces vio la muñeca que siempre llevaba escondida en el pecho caer al suelo. Intentó agacharse, pero el hombre la tomó por la cintura y se la llevó.

—¡Mi muñeca! —lloró—. ¡Tengo que llevármela! ¡Déjame cogerla!

La indiferencia de los presentes fue tan inmensa que Anne perdió toda esperanza, cayendo en un vacío del que sería difícil salir.

Cerraron la puerta de aquel carromato lleno de cachivaches y olor a hierbas y, en cuestión de segundos, un chasquido hizo que los caballos avanzaran.

Owen corrió hacia la salida, guiándose por los gritos de Anne. Cruzó una mirada rápida con la señora Quirk, quien detuvo en el acto a Finch, justo cuando iba a atraparlo.

—Terminará volviendo —murmuró la regenta— y, si no, una boca menos que alimentar.

Owen, con una desagradable presión en el cuerpo, recogió la muñeca de Anne y la apretó entre sus manos. Decidido, corrió tras el carromato. No se rendiría, no se separaría de ella, no la dejaría a su suerte.

El carromato se alejaba cada vez más. Las personas en la calle fueron espectadores del espectáculo: un niño exhausto que corría tras unos romaníes, que daba voces, que lloraba.

Se limpió el sudor de la frente, aferrado a la muñeca. No pensaba detenerse aunque le faltara el aliento, aunque le dolieran los pies. Pero ya apenas veía aquello que se llevaba a su Anne. Cuando quiso darse cuenta, ni siquiera sabía dónde estaba ni en qué zona de Londres se hallaba. Pero no le importó: seguiría.

Sin embargo, por intervención del caprichoso destino, tropezó y cayó de rodillas. A pesar del dolor, no demoró en levantarse y alzar el rostro, pero ya no estaba. El carromato había desaparecido.

Se quedó desolado, entre mudos sollozos, sin importarle que lo observaran o que los conductores de otros carruajes lo maldijeran por no quitarse del medio.

—¡Te encontraré! —gritó—. ¡Juro que te encontraré!

Vagó por las calles ya vacías y oscuras. No tenía adónde ir. Se había perdido en Londres y, sin ella, también a sí mismo.

Sus pies pesados se arrastraban por los adoquines. Sus hombros caídos y su mano agarrada a la muñeca lo hacían parecer un pobre diablo que lo había perdido todo. Sin querer, chocó con un caballero. Escuchó algo golpear contra el suelo y, como acto reflejo, miró hacia allí.

Encontró algo que brillaba: un anillo.

Se agachó y lo tomó con sus dedos mugrientos. Entonces, buscó al caballero que, apresurado, seguía su camino.

Por un instante, Owen pensó en todo lo que podría hacer con ese anillo. Parecía valioso, de oro, y brillaba entre el barro de sus dedos. Quizá si lo vendiera podría sobrevivir unos días hasta encontrar trabajo como aprendiz de alguien que se apiadara de él. Pero, ¿solucionaría eso su vida? ¿Conseguiría así hallar a Anne?

Las palabras del padre Marcus acerca de que la honradez era el buen camino, retumbaron en sus sienes. Se giró y gritó:

—¡Señor!

Pero el hombre no se detuvo; parecía tener mucha prisa.

—¡Señor! ¡Se le ha caído!

Nada.

Owen corrió, a pesar del aturdimiento de sus piernas, y cuando logró alcanzarlo, tiró del abrigo del caballero como último recurso.

—Señor, se le ha caído esto.

Owen alzó el anillo y el hombre lo miró confuso. Tras observar lo que había perdido y las manos sucias que lo sostenían, sintió por fin su dedo desnudo.

—¿Por qué me lo devuelves? Podrías habértelo quedado —preguntó sorprendido.

—¿Y de qué me hubiera servido? Un anillo no conseguirá ayudarme. Lo correcto era devolvérselo.

El hombre, extrañado, alzó la ceja derecha. El muchacho le dio la espalda y se alejó como si sus pies cargaran con todo el peso

del mundo.

—¡Espera! —dijo el caballero, sin evitar llamar la atención de algún transeúnte rezagado.

Owen se dio la vuelta y esperó a que el extraño se acercara.

—¿Estás solo?

Asintió.

—¿Te has perdido?

Asintió de nuevo.

—¿No tienes familia?

Negó con la cabeza y bajó la mirada.

—¿Y cómo has sobrevivido hasta ahora, muchacho?

—Estaba… ya no quiero volver a ese lugar si ella no está.

—¿Dónde estabas? Habla, muchacho.

—Si se lo digo, me llevará allí. No quiero.

El caballero, con el abrigo gris ajustado hasta el cuello, se agachó. No era tan viejo como Owen había imaginado; quizá tendría la edad de su madre antes de fallecer.

—¿Qué te parece si confías en mí y me lo dices? Luego veremos qué se puede hacer.

Owen lo miró intrigado. Había algo en sus ojos que le inspiraba seguridad. ¿Pero podría confiar en él? ¿O solo era un rico más al que le repugnaba su presencia y lo único que quería era quitárselo de en medio?

—¿Y bien? No tengo toda la noche. Acabo de tener una reunión con mis superiores y solo quiero despedirme de mi esposa antes de partir mañana.

—St. Joseph —dijo casi en un susurro—. St. Joseph Workhouse.

10.

Owen intentó no llorar, aunque fuera difícil conseguirlo, al ver cómo el carruaje de ese señor se adentraba en los barrios bajos de Londres. Lo llevaba de vuelta, no le cabía la menor duda.

—Sabes, muchacho. Tengo una hija, casi de tu misma edad, me atrevería a decir. Y tengo un bebé en camino. ¿Qué te parece?

Owen no contestó. Solo quería bajarse de ese carruaje y huir.

—¿Cómo te llamas?

Owen posó sus ojos en los del caballero, no muy seguro de decírselo.

—A ver si lo adivino… ¿James? ¿Percival? ¿No? ¿Ninguno?

Owen negó con la cabeza.

—Por favor, déjeme aquí. No quiero regresar a la casa de trabajo. Allí solo muelo huesos.

—Déjame ver tus manos.

Owen las escondió tras su espalda, pero el hombre tiró de su brazo y vio al menos una. Sintió una punzada de dolor al descubrirla tan encallecida y con heridas aún frescas.

—Debe de dolerte.

Owen apartó su mano con enojo y se cruzó de brazos.

—¿Y esa muñeca? ¿Es tuya?

Owen la apretó contra sus piernas y de nuevo negó mientras luchaba para no echarse a llorar.

—¿Es de *ella*? ¿De la que ya no está en St. Joseph, cuya ausencia te hace no querer regresar?

Owen lo miró, sorprendido.

—¿Piensas devolvérsela? Me imagino que estará como tú, en la miseria.

El niño frunció el ceño con enojo.

—¿Y por qué se ha ido? ¿No conseguiste protegerla? ¿Es eso?

Esta vez Owen rompió a llorar. Solo quería bajarse del maldito carruaje y se hubiera lanzado en marcha si no fuera porque la portezuela estaba al lado de ese señor.

—¡La encontraré! —gritó—. Prometí que lo haría —añadió con toda la rabia que cabía en un niño.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Vagando por las calles de Londres? ¿Encontrando un empleo mediocre en alguna fábrica, quizá? Entonces… ¿Qué tipo de vida le ofrecerías?

Owen apretó la muñeca entre sus manos y se limpió las lágrimas.

—No sé cómo voy a lograrlo —dijo mientras escupía cada palabra—, pero sé que lo haré. Si me empeño en algo, no paro hasta conseguirlo. Y ni usted ni nadie me lo va a impedir. Quiero verla sonreír, regalarle todas las muñecas del mundo y ofrecerle las mejores comidas, ¡mejor que las de los reyes! Quiero hacerla feliz y lo conseguiré.

—Vaya, vaya… después de todo veo que tienes garra, muchacho.

—Me llamo Owen —espetó.

El caballero sonrió.

—Bien, Owen. Pues ya hemos llegado.

—No pienso entrar allí —respondió. Se negaba a bajarse del carruaje.

—Harás lo que yo te diga. Si quieres llegar alto, lo primero que necesitas es disciplina.

Lo tomó de la camisa por el cuello y, de un tirón, lo bajó. Lo arrastró hasta las puertas de *la workhouse* y llamó con el puño cerrado.

Finch fue quien abrió la puerta e iluminó los rostros con la lámpara de aceite.

—Ella tenía razón, has vuelto—Mostró la ausencia de la mayoría de sus dientes en una sonrisa.

—¿Quién manda aquí? —dijo el caballero con superioridad.

—Señor, si el muchacho le ha causado problemas, nosotros nos encargaremos de castigarlo y…

—He preguntado que quién manda aquí.

Owen respiró intranquilo. Ese hombre era impredecible; con él había sido, dentro de lo que cabe, amable, pero ahora mostraba una autoridad capaz de hacer que cualquiera mojara sus pantalones. Por un momento, Owen disfrutó de ver a Finch asustado.

—Sígame —dijo el lagarto.

Terminó de abrir la puerta y los condujo hasta el despacho de la señora Quirk.

Llamó un par de veces hasta que un grito al otro lado lo hizo detenerse.

—¡No son horas de molestarme! ¡Sea quien sea que, vuelva en otro momento!

—Señora Quirk —dijo Finch tras aclararse la garganta—. Es Owen. Owen Miller ha regresado.

—Bien, pues castígalo y que mañana sea el primero en comenzar a trabajar.

—Señora Quirk, esto…

—¿Qué?

La puerta se abrió de par en par y los gritos que iban a perforar los oídos de Finch se ahogaron en la garganta de Quirk.

—Viene acompañado —culminó Finch.

La señora Quirk se ató la bata a la cintura y sacó a relucir esa sonrisa que creía que le funcionaba cada vez que iba el inspector.

—Señor, no debería haberse molestado en traerlo. Acaso —Tosió con falsedad— ¿le ha robado?

—Todo lo contrario, señora Pirk.

—Quirk —corrigió ella.

—Lo que quiero decir, señora Pirk, es que no traigo a este niño. Me lo llevo.

—Le he dicho que es Quir… ¿Cómo que se lo lleva? ¿Quién se ha creído que es para venir aquí a estas horas y creerse con el derecho de llevarse a este niño?

El caballero soltó el agarre que tenía hasta ese entonces sobre el cuello de Owen y, con rápidos movimientos, se desabotonó el abrigo y se lo quitó para dárselo al muchacho.

Enseguida la señora Quirk vio la chaqueta azul oscuro, muy diferente del reglamentario rojo usado por el ejército, las charreteras

plateadas en cada hombro, que lo calificaban de alto rango y un cinturón blanco cruzado con la faja roja de seda trenzada, anudada a un costado.

Era difícil distinguir cuál de los rostros mostraba mayor sorpresa. Owen no podía cerrar la boca. Finch tragó saliva y la señora Quirk sintió un ligero mareo al haber hablado así a alguien como él. Sabía perfectamente que solo los *Light Dragoons* usaban el azul, aquella división de caballería que tenía fama de imprudente y de arriesgarse demasiado.

—Señor, verá…

—Capitán Hallaway para usted. Ahora dígame dónde tengo que firmar para llevarme a este niño conmigo.

Si era un capitán, quizá aquello tendría sentido. Al menos eso pensaba Owen, quien lo observaba con admiración. Quizá ese caballero lo ayudaría de verdad.

No era tonto. Hacía tiempo que sabía que, en su posición y sin ayuda, sería complicadísimo sobrevivir o intentar conseguir una vida digna.

Después de todo, el padre Marcus había tenido razón y su honradez había sido recompensada.

—¿Bajo qué pretexto? —las palabras de la señora Quirk interrumpieron sus pensamientos.

—Será mi *batman*[1]. Lo que es un empleo como cualquier otro.

Owen se preguntó qué sería aquello. Era una palabra que no había oído en su vida.

—S… sí.

La señora Quirk se acercó al desorden de papeles sobre su mesa y estanterías para buscar la ficha de ese niño, con el fin de que ese capitán pudiera marcharse de una vez y, de paso, llevarse a ese niño, que solo causaba problemas.

Owen, cubierto de fuerzas renovadas, se metió en el despacho y hurgó entre los papeles hasta dar con el suyo. Sabía que sus actos ya no tendrían consecuencias

—¡Lo tengo!

—¿Desde cuándo sabes leer, muchacho? —preguntó la señora Quirk, indignada.

—¡Desde que el padre Marcus me enseñó!

—Ese… —La señora Quirk notó la mirada inquisitiva del capitán—. Por favor, firme aquí.

Apenas hubo terminado con el último trazo, el capitán salió de la *workhouse* sin necesidad de decirle al niño que lo siguiera.

—Bien, estás listo para convertirte en alguien de provecho.

—Sí, señor… digo, capitán.

—Mantendrás mi uniforme impecable, pasearás y cuidarás a mi caballo, llevarás mi zurrón, provisiones y armas. También te encargarás de la limpieza, comidas ligeras y recados. Incluso servirás de mensajero o ayudante en línea de combate. Si me demuestras lealtad, quizá, solo quizá, irás ascendiendo. Y así, podrás regresar y devolver esa muñeca, como un hombre de valía que supo salir adelante.

El corazón de Owen latió con fuerza. Aquello no sería mucho peor que triturar huesos y morirse de hambre. Ante él se abría un horizonte de esperanza, un futuro que lo llamaba desesperadamente.

¿Pero cómo podría dejarla?

—Sé lo que piensas. Ahora mismo esa niña puede estar en cualquier lado. Lo más probable es que no la encuentres ahora, aunque te aferres a la idea de que sea posible. Veo la sensatez en tus ojos y ahora es el momento de usarla.

Las palabras de su madre antes de fallecer, en su último minuto de lucidez, resonaron en su cabeza: «Si se presenta una gran oportunidad, agárrate a ella con uñas y dientes. Nunca sabes cuándo va a volver a suceder. Alguna vez deberás tomar una decisión que lo cambiará todo. Entonces, solo en tu corazón sabrás lo que es correcto».

Pero, ¿qué era lo correcto?

En el caso de que la encontrara, ¿qué haría? ¿Cómo podría ayudarla?

Sus ojos se nublaron de tristeza. Respiró como si llevar aire a sus pulmones fuera la mayor de las hazañas y tragó saliva.

«Ojalá algún día me perdones».

—Está bien, lo haré. Seré su *batman*.

El capitán sonrió con orgullo, dio dos palmadas en la espalda del muchacho y dio órdenes a su cochero.

—Mañana, Owen. Partiremos hacia la India.

11. Anne

9 años después

Al amanecer abrí los ojos bajo el roble al que le había cogido tanto cariño. A veces incluso le hablaba; podía sentir que me escuchaba.

Me apoyé sobre mis codos y vislumbré cómo los primeros rayos de sol bañaban los toldos hechos con sacos de arpillera que habíamos intercambiado con alguna granja. Bueno, la mayoría los habíamos robado, aunque a la abuela Elisha no le gustaba que lo dijéramos. Ella siempre usaba la palabra adquirir: «Hemos adquirido esto, hemos adquirido lo otro».

Me levanté y caminé descalza sobre las hojas empapadas por el rocío de la mañana. Tenía la piel de mis pies tan dura de bailar, que no me molestaba.

Me acerqué a las hogueras, atraída por el olor a pan cocido y café de cebada, a la par que intercambiaba una mirada con Jemima, de la familia Gray, quienes eran mayoría en nuestro grupo. Jemima removía las brasas con una vara mientras sus hijos dormían aún envueltos en mantas desgastadas, resguardados en una de las tiendas que hacíamos con varillas de avellano insertadas en la tierra, fáciles de desmontar por si ocurría una redada.

No era una vida fácil. Por un lado, vivíamos rodeados de insultos y, por otro, la curiosidad que despertábamos nos hacía ser «famosos» allá donde fuéramos. Pero yo no había encontrado la felicidad. Quizá porque mi abuela me trataba como escoria y me obligaba a bailar en cada feria e incluso en encuentros más íntimos con uno o dos caballeros.

¿En qué se diferenciaba aquello de lo que la señora Quirk demandaba?

Me estremecí al recordarla y, con ella, Owen regresó a mis pensamientos. Aún me dolía su ausencia. Lo había abandonado, no por elección, por supuesto, pero ¿él lo sabría? ¿Me perdonaría algún día?

Resoplé, caminé y me aparté del claro. Quería ir al arroyo a refrescarme como cada mañana, sobre todo en pleno verano, cuando la humedad se pegaba a mi piel y a mis cabellos oscuros.

Si Owen me viera, ¿me reconocería?

Esa tristeza que no había conseguido apaciguar estrujó mi pecho, haciéndome recordar ese viejo dolor para mantenerlo siempre presente.

Anduve entre los árboles, acompañada del sonido del aleteo de los pájaros y la brisa que siempre lo envolvía todo. Conocía cada sendero, cada árbol. Ese bosque era lo único que, en mucho tiempo, había considerado mi hogar, pues habíamos logrado permanecer allí más de un año sin que nos echaran. Sin embargo, se rumoreaba que los terratenientes al mando de las tierras comenzaban a cansarse de nuestra presencia, a pesar de que nunca les hubiéramos causado problemas.

Sabía que nos tildaban de maleantes, vagabundos. Si sucedía algo en los alrededores o incluso en Londres, los dedos nos apuntaban primero a nosotros, aunque la mayoría de las veces no fuéramos los culpables. Incluso a uno de los nuestros se lo habían llevado a la horca por un robo que acabó mal. Poco después descubrieron que el romaní era inocente, pero fue demasiado tarde.

Respiré y el bosque lo hizo conmigo. Cerré los ojos y me dejé embelesar por el canto de un mirlo que rompía el silencio del bosque.

Entonces, mi paz fue interrumpida por Solomon, el hermano de Jemima, con el que me habían prometido nada más llegar al campamento Gray, a pesar de que no me consideraran una de ellos por ser mestiza.

—Tu cara en la mañana es un espectáculo —dijo con media sonrisa a la par que vaciaba su vejiga contra el tronco de un árbol.

Me di media vuelta para no ver lo que no necesitaba ver y él soltó una carcajada.

—No seas tímida, *gadjo*[2], sabes que tarde o temprano no tendrás más remedio que verme.

Respiré despacio. Quería largarme de ahí, de su presencia, pero él siempre reaccionaba mal cuando lo hacía. Me agaché cerca del arroyo con el corazón martilleando en mi pecho, por el miedo a que se acercara a mí y limpié mis pies sin mediar palabra.

Él se agachó y decidió hacerlo por mí.

Mi primer reflejo fue desprenderme de su agarre, pero, con el gesto endurecido, volvió a tomar mi pie y tiró de él.

—No seas tan dura, gadjo.

No respondí. Ni siquiera lo miré.

Eso lo provocó.

Se levantó con rapidez, agarró mi cabello y con un fuerte tirón me lanzó al agua, lo que hizo que me hincara pequeñas piedrecitas en las manos.

No, no era feliz en ese lugar.

—¿Vas a mirarme ahora, gadjo?

No tuve más remedio que hacerlo. No quise averiguar lo que me esperaba si no lo hacía.

Aproximó sus manos a mis pechos, pero antes de que pudiera tocarlos, una voz nos sorprendió y las retiró de inmediato.

—¿Jugando a estas horas? —dijo el mayor de los Gray, acompañado de otro muchacho.

Me fijé en los dos caballos jóvenes que llevaban y en la dirección a la que iban. Irían a Chigwell a venderlos.

—¿Puedo acompañaros? —dije, apresurada a pesar de la fiera mirada de Solomon.

—Si quieres, puedes...

—¿Para qué habría de acompañaros? Tiene que cuidar sus pies. Podría torcerse un tobillo por el camino y ya no serviría de nada —interrumpió Solomon.

El mayor de los Gray me miró y luego a su hermano.

—Si la ven, pagan mejor. Puede ir montada; así no sufrirá ningún percance.

Sin pensármelo, salí del arroyo y me aferré a la crin del caballo. Una mano apareció bajo mi pie para que me apoyara. Extrañada, pero agradecida, ante el gesto de Alifair, me subí a los lomos del caballo.

—¿Qué se supone que haces, Alifair? —preguntó Solomon.

—Ganar dinero.

Alifair golpeó el trasero del animal y continuó su camino.

Miré hacia atrás y me encontré con los ojos de Solomon clavados en mí.

—Gracias por dejarme ir con vosotros —dije hacia Alifair.

—No es un favor. Solo los favores se agradecen.

Decidí guardar silencio hasta que él habló de nuevo.

—¿Se ha sobrepasado contigo?

La pregunta me llegó por sorpresa. ¿Qué podía contestar? A lo largo de los años había comprendido que no podía confiar en nadie, que mi voz era diferente a la suya por no ser pura para ellos, que cualquier cosa que dijera podría malinterpretarse. Así que sobreviví a base de guardarme las cosas y solo contárselas a los árboles.

—Solomon... es Solomon —dije al fin.

—Entiendo. No confías en mí.

—Eres su hermano.

—Haces bien.

Alifair Gray, nunca te he entendido y me temo que nunca lo haré.

—Ayer vi a Damián tocar el violín —me atreví a decir, ante la incomodidad del momento—. Ha mejorado mucho.

—Aún le queda mucho que aprender.

—Creo que le anima que baile mientras toca.

—A él y a todos —rumió.

En silencio continuamos el camino hasta llegar a Chigwell, donde el comprador esperaba en una posta. El trámite fue rápido: seis libras y diez chelines cada uno.

A nuestro regreso, ya no éramos tres, sino dos, y a pie. Tom, el muchacho que nos acompañaba, aún tenía recados que hacer y nos dijo que lo mejor era que continuáramos sin él.

—Súbete a mi espalda —dijo Alifair, poco antes de llegar al claro.

Me negué. Seguramente pensó que me dolerían mis pies descalzos, pero siempre me había resultado extraño que alguien me ofreciera amabilidad gratuita.

—¿Sabes lo que hará Elisha si algo te sucede?

—¿A mí o a los pies? Sé muy bien por qué me sacó de St. Joseph, así como que también soy la que más dinero aporta al campamento. —Una afirmación que, más que hacerme bien, suscitaba que el resto me odiara—. Puedo ir sola. No soy tan tonta como para tropezarme en este camino si no lo hago en pleno bosque, lleno de raíces y rocas de por medio.

Al parecer, Alifair se había quedado sordo, ya que, sin aviso y en un solo movimiento, me levantó entre sus brazos.

—¡Alifair, suéltame! —le exigí con seriedad, pero él sonrió.

¿A qué estaba jugando? Si alguien de los Gray nos viera, nos caería tremendo castigo: a él por serle infiel a su mujer y a mí, seguro, por seducirle, pues no pensarían en otra cosa, aunque no fuera cierta y me negara una y veinte veces más.

La fidelidad era muy valorada entre los romaníes, y cualquiera que opinara lo contrario no podría estar más equivocado.

—Alifair...

Escuché el crujir de una rama. Alifair pareció escucharla también. Ambos nos quedamos estoicos hasta que, muy despacio, Alifair me regresó al suelo.

Observé la zona, pero no encontré a nadie.

—No debería haberlo hecho —dijo él.

—No, no deberías. —Recoloqué mi falda con movimientos bruscos.

Me adelanté, enfadada y con esa sensación de haber cometido una falta grave, por mucho que supiera que aquello no lo había provocado yo.

Al llegar al claro, noté que alguien me observaba. Giré la vista hacia los árboles y me encontré con la mirada de Solomon.

Contuve la respiración, como acto reflejo y, continué mi camino.

12. Anne

Elisha peinaba a la hija de Jemima junto al fuego. Enredó su cabello con una cinta roja que olía a lavanda seca. Siempre la había considerado una mujer fuerte, de manos agrietadas y mirada cortante. Nunca hablaba más de lo necesario.

—Si tu padre no nos hubiera abandonado, habría hecho lo mismo contigo —dijo Elisha.

—Si su padre no nos hubiera abandonado, ella ni siquiera existiría. —Las mujeres rieron ante el comentario de otra que, junto a ellas, preparaba las cestas de mimbre para llevarlas, al día siguiente al mercado.

Las ignoré, como de costumbre, para no hundirme en la miseria, y cogí las hierbas y cintas para hacer amuletos para espantar al *beng*[3], aunque yo creía que el beng no era algo a lo que se pudiera repeler. De hecho, estaba segura de que ese demonio lograba poseer a muchas personas, por muchas hierbas y monedas oxidadas que metiéramos en esos saquitos inútiles.

—Esta tarde irás a Chigwell a dejárselos a Merril. Volverás antes de que anochezca —me ordenó Elisha.

—Acabo de volver de Chigwell —respondí como si esperara que viera mi cansancio.

—Lo sé. Por eso te vuelvo a enviar, para que la próxima vez recuerdes que siempre debemos saber dónde está cada uno.

—Solomon lo sabía. Sabía que me había ido. No fui sola, no pretendía...

—Según tú, gadjo, nunca pretendes nada —dijo otra.

¿Es que siempre iba a ser así? ¿Cuánto tiempo tenía que vivir en ese sitio para que me aceptaran?

—¿Iré a pie? —pregunté, extrañada. Normalmente, no me dejaba moverme a no ser que fuera para bailar.

—Te llevarás a Flor.

Miré hacia donde estaba la burra y suspiré. Flor era la más lenta de todas. De nuevo, Elisha me daba una muestra de lo poco que me apreciaba. Era su forma de castigarme por ser la hija del vástago que la abandonó.

Podría vivir en un bosque de varias hectáreas, vivir del baile y respirar la pureza del aire, pero me sentía asfixiada. No obstante, no podía hacer nada sin que mi abuela lo supiera. Cualquiera diría que pasaba mis días en libertad, romantizando mi vida como hacían las jóvenes londinenses, pero la realidad era otra muy distinta.

Después de cerrar y empacar los amuletos, até el saco sobre Flor y me subí.

—Vamos, Flor. Intentemos regresar con la luz del día.

Al dejar atrás el camino terroso, pasamos por el adoquinado hasta llegar a la pequeña taberna donde Merril —una de los nuestros — había conseguido un lugar fijo para trabajar. Sus adivinaciones alcanzaron hasta Londres y sus alrededores y, cuando no estaba en las ferias, la gente siempre acudía a ella en ese lugar.

Até a la burra y acaricié su entrecejo, agradecida de que hubiera avanzado un poco más rápido de lo acostumbrado.

En cuanto abrí la puerta de la taberna, el señor Robert me recibió con una sonrisa.

—¡Si es mi bailarina preferida!

Un caballero que fumaba una pipa, agazapado en la oscuridad de una esquina, llamó mi atención por unos segundos, pero rápidamente contesté a Robert.

—Vengo a dejarle esto a Merril.

—¿Y te envían a ti?

—La abuela me ha castigado.

—Elisha tiene un carácter de mil demonios —dijo Robert, que siempre había sido amable con nuestra comunidad y nos conocía a la mayoría. Además, su amorío con Merril era un secreto a voces—. Pero quizá, si te doy cierta información, la próxima vez te dejará en paz.

Abrí bien los ojos, animada. Eso sería bueno, muy bueno.

—¿Harías eso por mí?

—¿Por la pequeña Anne? Por supuesto.

Agradecí escuchar mi nombre. Nadie en el bosque me llamaba así; para ellos solo era la gadjo.

—Acércate —susurró.

Me aupé sobre la barra y él se acercó a mi oído.

—El terreno en el que estáis tendrá nuevo terrateniente.

Cogí aire y lo retuve. Esa información era muy valiosa.

—¿Sabes quién es?

—Aún no, pero se rumorea que es un metodista[4], de esos que odian a los romaníes.

Me aparté de Robert, pero la angustia recorría mis venas. De ser cierto, tarde o temprano nos echaría y de nuevo tendríamos que movernos.

—Vamos, no te demores. Entrégale eso a Merril y márchate. Una jovencita como tú no debería ir sola al oscurecer.

Agradecí su información, intentando tranquilizarme. Abrí la puerta donde la adivinadora se hallaba. En cuanto di el primer paso hacia ella, se levantó y me lanzó unas hierbas.

—El beng ha puesto sus ojos en ti.

—Hola a ti también, Merril —saludé, tras dejar el saco sobre su pequeña mesa llena de cachivaches adivinatorios, monedas, huesos y amuletos.

—Quédate con uno. Llévalo contigo —insistió con su voz aguda.

—Si el mal me acecha, una bolsa de hierbas no lo ahuyentará.

—¿Cómo pretendes que dejen de llamarte gadjo si no abrazas nuestras creencias?

—A estas alturas, Merril, poco me importa cómo me llaméis. Mientras yo sepa quién soy, el resto me da igual.

—Espero que solo hables así conmigo.

—Eres la única que me tolera, así que sí.

—¿Bailarás esta noche? Hay un caballero que ha preguntado por ti. Me imagino que quiere verte bailar.

Entrecerré los ojos y pensé en ese hombre de la pipa. ¿Sería él? En cualquier caso, ni tenía el tiempo ni quería averiguarlo.

—Me marcho antes de que anochezca.

—Gadjo, por favor, ten cuidado.

Merril vino a mí y me tomó de las manos mientras unas monedas doradas colgadas de un pañuelo bailaban sobre su frente.

Sentí un escalofrío. Nunca me había dicho algo así, y mucho menos con tal seriedad. No quise darle mucha importancia, pues si lo hacía, lo único que conseguiría sería recorrer el camino de vuelta, aterrada. Eso haría que Flor se negara a avanzar; ese animal percibía mi intranquilidad con una facilidad que no entendía.

Solté las manos de Merril y, por si acaso, tomé el amuleto que me ofrecía.

Salí y atravesé la taberna para despedirme de Robert. Regrese la vista a esa esquina, pero el hombre de la pipa ya no estaba.

13. Anne

Como me esperaba, antes de que llegara al bosque, la noche cayó bajo mis pies.

—Flor, ¿no puedes ir más deprisa?

Sentí tal inquietud por las palabras de Merril, que mis labios se secaron y mi corazón perdió su ritmo relajado. Por fin, un poco más allá, al fondo, avisté las hogueras del campamento.

Por primera vez, deseé llegar.

Me bajé de la burra y tiré de ella. Era la única manera de ir más rápido. Bajo la luz de la luna, que empapaba las ramas y hojas del suelo, caminé con cuidado para no merecer otro castigo cuando el crujir de una rama tras de mí hizo que me detuviera.

No pude girarme, ni siquiera ver quién era.

Fuera quien fuera, me tapó la boca y me arrastró hacia el arroyo.

Me aferré a sus brazos para que me soltara, tiré de ellos, dejé caer mi peso… pero no fue suficiente. Quien fuera estaba lleno de una fuerza y una furia de la que sería difícil escapar. Podía notarlo en su respiración, en su corazón pegado a mi espalda.

El miedo hizo que por un momento se me nublara la vista justo antes de que me lanzara sobre un montón de ramas secas.

No vi quién era. Cuanto antes consiguiera llegar al campamento, mejor.

Me arrodillé, algo aturdida, y me arrastré hasta que logré ponerme en pie. Quise correr, pero me tomó de un brazo y me volvió a lanzar contra el suelo.

Entonces lo vi: Solomon.

—¿Qué haces? —chillé—. ¡Déjame ir!

—Te lo has pasado bien con mi hermano esta mañana, ¿verdad? No vi cara de disgusto mientras te tenía entre sus brazos.

Así que había sido él.

—Solomon, no es lo que crees —dije, algo más calmada al saber que no era un extraño.

—No se trata de lo que crea, gadjo. Es lo que vi. Y a mí me parece que lo prefieres a él.

—¡Solomon, suéltame! ¡Te digo que me sueltes!

Me obligó a levantarme y se aferró a mi cintura. Tiró de mí hasta que su rostro terminó hundido en mi cuello.

—Siempre me ha parecido que hueles mejor que el bosque.

Lo empujé con todas mis fuerzas y corrí, pero de nuevo me alcanzó.

—Desde que llegaste aquí hemos estado prometidos. Solo quiero reclamar lo que es mío antes de que se lo des a alguien más.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Ayuda!

—No te oirán. Damián está tocando el violín.

—¡Solomon, por favor!

Me apretó contra su cuerpo y sentí la dureza que escondía su pantalón en mi cintura.

Estuve a punto de desfallecer. Desde pequeña había visto cosas que no debería haber visto en aquel lugar donde, en invierno, dormíamos todos juntos; cosas que me hacían comprender lo que Solomon pretendía en ese momento.

Lo golpeé, pero no sirvió de nada.

Me tiró de nuevo al suelo y se abalanzó sobre mí.

—¡Déjame! —supliqué.

Me crucé de piernas. Consiguió separármelas. Me dio tal golpe en el rostro que sentí un ligero mareo;luego subió mis faldas.

De repente… Lluvia.

Viajé a un tiempo lejano mientras las lágrimas recorrían mi rostro. Me dejé llevar a un recuerdo en el que había sido verdaderamente feliz.

Owen estaba frente a mí, con una amplia sonrisa y el rostro blanco de ese polvo de huesos.

«Jamás podría dejar de quererte, aunque quisiera».

«Tú y yo, ¿recuerdas?».

«Te sacaré de aquí, Anne».

La lluvia caía sobre mi rostro y yo bailaba, de verdad, de felicidad. Sentí la brisa fresca acariciando mi piel. La alegría poseía mis pies y subía hasta mi pecho, haciendo que todo lo demás desapareciera. Me dejé llevar por una esperanza que cada vez veía más difusa, más dolorosa, más… inalcanzable. Cuando al fin dejé de verla, de creer en ella, un desagradable gruñido hizo que regresara de golpe a la horrible realidad.

Noté un líquido húmedo entre mis muslos, la sensación de que algo había cambiado dentro de mí. Me llevé la mano a la zona dolorida y hallé sangre. No percibí el temblor que sacudía mis manos ni el sabor metálico en mis labios, por habérmelos mordido, hasta que lo vi.

En el arroyo.

Lavándose.

Riéndose

—Esta solo será la primera de muchas, gadjo.

Escuché un ligero caminar entre los árboles y vi a un ciervo. Por un segundo, el tiempo pareció detenerse. La manera en la que me miró… ajeno a lo que había sucedido.

Movió sus orejas y continuó su camino hacia la libertad, antes de que un cazador acabara con su vida en cualquiera de los días venideros.

Quería huir con él. Ser como él.

Me incorporé a pesar del temblor de mis piernas. Me acerqué a Solomon por la espalda, despacio, muy despacio, como ese ciervo.

Tomé una de las piedras del arroyo y con todas mis fuerzas le golpeé la cabeza.

Se giró con sorpresa, y se tocó el lugar que sangraba, y yo, mientras lo miraba a los ojos, lo volví a golpear.

Esa vez cayó al arroyo.

Me agazapé sobre él. El agua fluía sobre nosotros y grité, golpeándolo una y otra vez. La piedra a la que me había aferrado chocaba contra su rostro y sus hombros, salpicándonos de agua y sangre. Él intentó cubrirse, se retorcía bajo mi peso apenas con fuerza, pero yo seguí golpe tras golpe, ciega de rabia, hasta que él dejó de moverse, hasta que una mano me detuvo.

—Vete de aquí.

Alcé la mirada y vi a Alifair con los ojos encendidos.

—¡Vete de aquí! —vociferó, espantado.

Regresé la vista a Solomon y solté la piedra en ese mismo instante.

Dios mío.

¿Qué había hecho?

—Alifair —dije casi sin voz.

—Vete ya.

Caminé sosteniéndome en los árboles, aturdida, dolorida, mareada.

Me detuve un momento y vomité tras una arcada. Me abracé al árbol y lloré mientras mi interior se partía como un plato de cerámica lanzado contra una piedra.

El asco, pegajoso y asfixiante, rascaba mi piel hasta dejarla a carne viva; quería desprenderme de ella, limpiarla. Me froté el cuello, los brazos y las manos de forma obsesiva, con tierra, con hojas secas. Rasgué mi garganta con el último llanto y caminé un poco más hasta que apareció Jemima y me sostuvo de los hombros.

—¡Por todas las hierbas! ¿Qué te ha pasado?

De nuevo lloré.

—Solomon… él…

—Dime, ¿qué pasa con él?

—Él… —Apenas podía hablar; era como si me hubiera arrebatado todo el aire del mundo—. Me ha forzado.

Al decirlo, otra parte se resquebrajó dentro de mí.

—Escúchame —dijo ella—. No es cierto. Eso nunca ha pasado.

La miré con los ojos pesados y los labios temblorosos.

—¿Qué estás diciendo, Jemima? —mugí.

—Si Elisha se entera, lo echará, ¿entiendes? Y quién sabe qué hará contigo. Dime dónde está.

—¿Qué? —todo me daba vueltas.

No me lo podía creer.

No podía ser cierto.

—Mi hermano, gadjo. ¿Dónde está? —preguntó, como si nada más le importara.

La imagen de su rostro destrozado en el arroyo hizo que cayera de rodillas.

—Él…

—¡Mirad! Hay un cuerpo en el arroyo —dijo alguien a lo lejos.

Las familias llegaron y pasaron por mi lado con expresiones inquinas. Jemima los siguió y solo quedé yo, de rodillas y con mis manos en una danza imposible de detener.

—¿Qué pasa aquí? —bramó la abuela.

—¡Está muerto!

Los niños gritaron y otros se escondieron tras las faldas de sus madres. Oí llorar a Jemima con desconsuelo.

—¡Ha sido ella! —gritó y me señaló.

Pero otra voz intervino sin un ápice de duda.

—He sido yo.

Miré a Alifair. No conseguía ordenar la salida y entrada de aire a mis pulmones.

—¿A uno de los nuestros? —dijo la abuela—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Nunca hemos permitido tales actos en nuestra comunidad! Solomon estaba mal de la cabeza, ¿me oís? ¿Y si hubiera ido a por mis hijas? ¿A por las vuestras? ¡Demonios! No es la primera vez que hace algo así.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elisha.

Lo miré con verdadero odio, a pesar de que me había salvado de una confesión que me condenaría. Podría haberme advertido, avisado para que estuviera alerta en la cercanía de ese desgraciado.

—En las ferias él se aprovechaba de las hijas de los granjeros. Ya sabéis la fascinación que tienen algunos por nuestra gente, nuestra cultura. Les prometía conjuros de amor y yo qué sé qué más. No podía permitirlo más.

—¡Era nuestro hermano, estúpido! —tronó Jemima.

—Lo sabías, ¿verdad? ¡Tú también lo sabías! Deberíamos disculparnos con Anne y…

—¿Con esa gadjo? Ni hablar —sentenció la hermana.

La miré como si acabara de atravesarme con un puñal en el pecho. Nunca la había considerado mi amiga, pero sí alguien cercano. Al menos hasta ese segundo.

—¡¿Ves lo que has provocado?! —espetó Elisha, acercándose a mí.

Alzó la vara que siempre llevaba consigo, para caminar mejor por el bosque, y me dio el primer golpe en la espalda.

—Cuando te traje, sabía que traerías problemas. Una mestiza nunca encajaría. Si te mantuve fue por el dinero que traías.

Era la primera vez que me lo decía, aunque yo ya lo supiera desde hacía tiempo.

—Elisha —intervino Alifair—, ¿no cree que ya ha tenido suficiente con lo que le ha sucedido?

—Alifair —contestó ella—, vete con tu mujer y no te pongas en evidencia.

La mujer de Alifair tiró de él. Entre varios recogieron el cuerpo y poco a poco se retiraron, pero Elisha seguía golpeándome cada vez con menos fuerza.

—Solo te ha sucedido lo que te mereces. ¿Me oyes? Mañana bailarás en la feria. Que esto no te sirva de excusa.

Con esas últimas palabras tan vacías me quedé sola, en el bosque.

Sin apenas poder moverme, me arrastré a los pies de un árbol, abracé mis piernas y reposé mi mejilla sobre las rodillas.

Cerré los ojos y lloré en silencio.

A las horas, el sol golpeó mi rostro; no tuve más remedio que incorporarme. Anduve sin levantar los pies del suelo y me dejé caer en el arroyo. Tomé una piedra y me froté con fuerza los sitios en los que ese desgraciado había tocado.

De nuevo lloré y un sentimiento de culpa hizo que quisiera ahogarme en esa agua.

¿Había sido mi culpa?

¿Lo había provocado yo?

¿Era, como había dicho Elisha, algo que me merecía?

Grité de rabia y dolor y restregué aún con más fuerza.

Mis lágrimas se las llevó el arroyo, y con ellas se alejó mi alma, mi voz, porque daba igual lo que dijera o gritara: nadie me escuchaba.

Escurrí mis faldas y mi cabello. Tomé aire y miré al frente.

Hoy tenía que bailar.

14. Anne

7 años después.

No quería cerrar los ojos, luchaba contra ello, porque si lo hacía, como cada noche, ese recuerdo regresaría a mí en forma de pesadilla, a ese día en el que después de que Solomon… después de que él…

No cierres los ojos.

Él no solo había arrebatado una parte de mí, también había dejado su semilla.

No cierres los ojos.

Los cerré y el recuerdo afloró en forma de sueño:

Me aferré a las hierbas que tenía a mi alcance, lejos de todo, de ellos, de los que me habían obligado a usar apretadas fajas para disimular mi embarazo, lo que causaba que perdieran interés los que solían disfrutar de mi baile y lanzarme unas monedas.

Conseguí llegar a una rama, muerta de dolor, y la puse en mi boca para morder, para acallar mis gritos. Ese había sido el único consejo que recibí de Jemima el día que, se dignó a hablarme a hablarme:

«Al dar a luz, hazlo en silencio o se te irá la fuerza por la boca. Además, ninguno de nosotros queremos oírte».

Me apoyé en el tronco de un árbol y pegué las rodillas a mi pecho, pero estaba incómoda. Me levanté en cuanto tuve un respiro de ese horrible dolor y, cuando vino de nuevo, el cuerpo me pidió ponerme a gatas.

Una necesidad imperiosa de pujar llegó.

Empujé, con fuerza, con dolor.

Sentí que algo se rompía dentro de mí y, a la vez, me sentí poderosa por ser capaz de hacerlo, de soportarlo. Hundí mis uñas en la maleza y volví a empujar, y noté cómo el ser que me había acompañado durante unos meses, lo único que me había hecho querer seguir adelante, esa vida que, como yo, había sido víctima de un desgraciado acontecimiento, salía de mí.

Estiré una mano hacia abajo mientras que con la otra seguía apoyada y alcancé su cabecita.

Mi dolor se convirtió en algo mucho más grande, en algo difícil de explicar. Solo sabía que quería abrazar, amar.

Empujé una última vez y tiré de ese cuerpo hacia mí.

Era un niño.

Un niño precioso.

Enseguida lloró y, de forma instintiva, lo puse sobre mi pecho. En ese momento fue como si todo lo que hubiera pasado antes no existiera. pues ya no había nada más importante que la criatura que tenía entre mis brazos.

El nombre de Owen no tardó en aparecer en mi cabeza.

¿Y si…? ¿Podría?

Owen Ellis Miller.

—Te llamaré Ellis —dije con una sonrisa triste.

Pero mi felicidad, a pesar del origen de ese niño, no duró mucho.

Elisha, acompañada de Jemima y otras mujeres, me encontró y me arrebató al niño. A mi hijo.

—Lo educaremos nosotras.

—Olvídate de ser su madre.

—Elisha… —dije, apenas con voz—. ¿Por qué?

No entendía por qué la vida era tan injusta conmigo, por qué no podía ser feliz, ¡por qué no me dejaban!

Cada vez que podía hallar un mínimo de luz, tras una desgracia, era apagada.Me había arrastrado, disculpado para que no me echaran, pues ¿cómo podría haber mantenido al fruto de mi vientre yo sola? ¿Y en qué condiciones?

¿Tan difícil era? ¿No me lo podían conceder después de todo?

Estiré mis brazos al oírlo llorar.

—Elisha, por favor —sollocé.

—Si lo educas tú, nunca será uno de los nuestros. Como tú. Ahora agradece que no te eche y recupérate pronto. Si quieres comer, tienes que trabajar como el resto.

—Elisha…

Mi voz se perdió entre el aire que hacía bailar a las hojas y lloré.

—¡Gadjo! —oí gritar—. ¡Gadjo, estás soñando de nuevo!

Abrí los ojos de par en par y me incorporé.

No estaba en el bosque. No había dolor, pero sí el resto de ese antiguo llanto en mis mejillas y aquel niño que, en ese momento, me miraba con ojos curiosos.

—Solomon, vamos a darle de comer a la burra. Alifair nos deja.

Cada vez que escuchaba ese nombre se me abría el corazón. Jemima no podría haber sido más cruel al llamarle así.

—Ya voy —gritó el niño, de un poco más de siete años.

—¿Por qué sigues viniendo a verme? —le dije y tomé sus manos.

—Porque Jemima no me deja.

—¿Lo haces por desobedecer? —Lo miré, sorprendida—. Eso no está bien.

Aunque él no supiera que yo era su madre, cada vez que se acercaba a mí, intentaba darle cariño e instruirle como haría cualquier madre. Que se pareciera a mí lo hacía más fácil. No podía negar que los rizos que bailaban en su cabeza eran como los míos, así como ese tono cobrizo que luego oscurecería.

—Pero es que yo quiero.

El pequeño se abalanzó sobre mí y me abrazó. Le besé la mejilla regordeta y calentita, a la vez que Alifair asomó la cabeza en mi tienda.

—Solomon, acompaña a tus primos y diles que te den una zanahoria.

—Sí, tío.

El niño se alejó de mis brazos y corrió lejos de mí, sin saber el vacío insoportable que me dejaba.

—Sabes que es peor así —dijo Alifair.

—¿Qué sabrás tú? —dije con la mirada aún clavada en mi hijo.

—Cree que su madre está muerta. Si te ve a ti como una sustituta…

—¿Sustituta? —Sonreí con amargura—. ¡Soy su madre, Alifair! Tengo el derecho de dejar que se acerque a mí siempre que quiera. ¿Quién estuvo ahí cuando se negaba a comer? ¿Cuándo se cayó del árbol porque nadie lo supervisaba? ¿Cuando Jemima lo golpeó, cuando había sido su hijo el culpable? Así que no me digas lo que es mejor, Alifair. No te atrevas a decírmelo.

—Solo… es igual, déjalo.

Alifair se marchó y yo me aferré a mi manta, la apreté contra mi boca y grité.

A media mañana crucé el bosque con otras dos muchachas que intentaban ir lo más alejadas posible de mí, como si estuviera maldita, como si mi mala suerte fuera contagiosa.

Nuestras faldas largas rozaban los helechos. El sol que atravesaba las ramas hacía brillar nuestras pulseras y collares de monedas, que sonaban al bailar.

Primero venderíamos flores en la feria entre Loughton y Chingford y luego bailaríamos cerca de donde se hacían las luchas de puño desnudo, donde los hombres cuyas apuestas habían ganado solían mostrarse generosos.

Bailamos de forma vigorosa, con movimientos exagerados de manos, zapateos y giros de falda pensados para atraer miradas. Era tan exótico y sensual, que los ingleses solían quedarse anonadados al diferir tanto de los bailes a los que ellos estaban acostumbrados.

Como siempre, al ver que yo acaparaba todas las miradas y monedas, una de las muchachas no tardó mucho en hacerme una zancadilla a mitad del baile.

—Ni siquiera eres sangre pura —susurró mientras me levantaba.

Al atardecer llegamos con la paga entre las manos, pero unas voces llamaron nuestra atención.

Era de nuevo ese vicario. Podía reconocerlo.

Últimamente, el nuevo dueño nos estaba dando problemas, ese del que Robert me había informado para que ni siquiera pudiera compartirlo con Elisha tras el incidente. Primero comenzó por cobrarnos una pequeña cuota para permitirnos seguir en sus tierras; luego la aumentó, lo que requería más trabajo. Sin embargo, desde hacía unos meses, él mismo se presentaba en nuestro campamento con un vicario en contra de nuestras costumbres.

En principio, con oír lo que tenía que decir era suficiente para que ambas partes continuáramos con nuestras vidas.

Pero ese día el ambiente parecía caldeado.

—…Si continuáis en este estado tan despectivo para la naturaleza, para Dios…

—¿Qué hace aquí otra vez ese imbécil? —dijo uno, pero Elisha lo mandó a callar.

—Solo viene aquí a guiarnos en la piedad y enseñaros los caminos de la salvación —se aventuró a decir el terrateniente.

Aquello ofendió a varios.

Una piedra voló y le dio en una rodilla.

Contuve el aire.

Los romaníes nunca habíamos sido violentos, a pesar de las difamaciones, acusaciones falsas y persecuciones sin fundamento. Tampoco habíamos tenido problemas de convivencia. Pero las leyes de vagancia se habían endurecido y los reformadores misioneros que intentaban avasallar con sus lecciones moralistas, estaban cada vez más empeñados en hacernos abandonar nuestro modo de vida.

¿Pero qué era lo bueno y qué lo malo?

Hacía tanto tiempo que vivía bajo las condiciones romaníes, que ya no me acordaba de lo que era vivir sin ellas.

Lo que no podía negar era que esa no era una vida que quería para mi hijo. Llena de inestabilidad, conflictos, del ser señalados allá donde fuéramos. Vivir en la intemperie, siempre bajo la amenaza de ser expulsados. Quería que aprendiera a leer, a pensar más allá de lo que el bosque podía ofrecerle, más allá de que terminara dedicándose a reparar sillas, arreglar porcelana rota, afilar cuchillos o domar caballos.

Había un mundo entero por descubrir.

Lo sabía.

Uno con el que soñaba con Hope, Lily, Logan, Thomas y... Owen.

No podía encadenarle a esa vida, con la posibilidad de que acabara como su padre.

La sola idea de que así fuera me estremeció.

De repente, vecinos de la zona —de los que ya habíamos recibido insultos por intentar venderles amuletos— aparecieron entre los árboles, serios, cargados con viejos mosquetes.

Sin pensarlo, me acerqué a mi hijo y lo abracé.

—Tranquilo —susurré—. Se irán como otras veces.

Aunque otras veces no habían venido armados.

—¿Qué harán? ¿Matarnos a todos? —espetó uno, echando más leña al fuego.

Un breve silencio rozó nuestros cuerpos, Un silencio tenso, ese que lo llenaba todo antes de la tormenta.

Tragué saliva. Ellis enterró su rostro en mis faldas.

Jemima me miró con odio, pero no se atrevió a mover ni un músculo, para impedir que estuviera cerca de él.

—Mañana os iréis de aquí —dijo el dueño.

Se dio media vuelta y los demás lo siguieron.

Había sido una amenaza. Y esta vez debían tomársela en serio.

Algunos comenzaron a recoger sus cosas en ese mismo instante, otros a llorar, pues debían abandonar lo que había sido su hogar.

Los demás discutían entre ellos.

Yo solo miraba, a lo lejos, a una sombra que desprendía el humo de una pipa y que nos observaba, quieta, paciente.

—Que no cunda el pánico —dijo Elisha—. No es la primera vez que nos vemos obligados a movernos. Sé que llevamos tiempo en estas tierras y que hemos prosperado en ellas gracias a la feria y trabajos manuales, cada vez más demandados. Pero debemos irnos. Como siempre, en paz. No queremos que nadie más de los nuestros fallezca en este lugar —añadió y me clavó la mirada.

Jemima me arrebató al niño, que yo llamaba Ellis en mis pensamientos.

El pequeño miró hacia atrás y se despidió de mí con un movimiento de mano.

Mientras la ira me carcomía por tener que hacerle pasar por eso, me alejé del grupo, cogí un palo y me dirigí hacia donde había visto la sombra.

Quizá… con una absurda esperanza que no sabía que me quedaba, pensé, por un momento que quizá era él. Owen, que al fin me había encontrado, y conseguiríamos salir adelante juntos, como había dicho.

¿Pero qué pensaría de mí?

Detuve mis pasos.

El tipo de vida que había llevado no era el mejor y ahora era madre. No, sería mejor que no fuera él. Si me viera así… Tenía miedo de que sus ojos me juzgaran.

Me quise dar media vuelta, pero la melodía proveniente de unos silbidos me detuvo.

15. Anne

Divisé hacia un lado y a otro con el palo que había cogido, alzado a la altura de mi cabeza, preparada para atacar. No iba a permitir que me sucediera lo mismo dos veces.

—Sabía que vendría —dijo una voz grave y seca, que provenía de las sombras.

—¿Quién es usted? —pregunté, a la vez que miraba hacia la oscuridad.

—Alguien dispuesto a sacarla de aquí. Y a su hijo, si no me equivoco.

Me mordí la lengua mientras mi corazón se desbocaba. Cerré mis dedos sobre el palo con más fuerza, como si así lograra dominar el temblor de mis piernas.

Esa sombra comenzó a acercarse y yo intenté no tropezar al alejarme de él.

—¿Por qué no grita o llama a los suyos?

Cuando lo tuve de frente, no estaba segura de si debía relajarme o correr.

Era un caballero bien vestido, de rostro afable y mirada penetrante, sentía que podía ver a través de mí, lo que despertó un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza.

—Ellos no vendrían, aunque estuviera de cara a la muerte —dije sin bajar la guardia. Si lo amenazaba con lo contrario, sería absurdo, ya que, si sabía que tenía un hijo, seguramente sabía todo lo demás.

—No es la primera vez que nos encontramos, ¿no lo recuerda?

Entrecerré la mirada. No sé por qué no me había ido aún, pero algo me decía que me quedara, que lo escuchara.

Había algo hipnótico en él que hacía que mis pies no se movieran.

Entonces lo recordé.

Ese olor a tabaco de pipa, el abrigo caro y su mirada clavada en mí, desde una esquina de la taberna de Robert, el día que fui a dejarle los amuletos a Merril. Un olor tan característico que no había podido olvidarme de él.

—¿Qué quiere? —pregunté, intrigada.

—Como he dicho: sacarla de aquí.

—¿Por qué? —Tragué saliva con dificultad.

Se acercó más a mí y alzó su mano.

Reculé y agaché la cabeza a causa de esos malditos reflejos que había tenido que usar durante años.

Él sonrió.

—Tranquila, no he venido a hacerte daño, como he dicho…

—Viene a sacarme —lo interrumpí—. No quiero saber cómo piensa hacer eso ni su motivación tras su propuesta. Puede que la vida que llevo no sea la mejor, pero sobrevivo. No sabría hacerlo de otra manera.

Fui alejándome, paso tras paso, sin perderlo de vista.

—¿Y si digo que su hijo tendrá el mejor de los futuros si viene conmigo?

Frené en seco. El aire se detuvo en mi garganta y una gota de esperanza caló en mi corazón, no obstante, mi cabeza gritaba que me marchara.

—¿A qué se refiere?

—Venga, acérquese.

No me moví ni un ápice.

—No se preocupe, ya lo haré yo.

Y así lo hizo.

Derrochaba seguridad en cada paso. Una seguridad que ya me habría gustado a mí haber tenido en algún momento.

—Moveré mi mano, no se asuste. Solo quiero enseñarle algo.

Lo miré mientras lo hacía y clavé mis ojos en el anillo que señalaba en su dedo meñique.

—¿Sabe lo que significa esta corona? ¿El escudo?

Negué con la cabeza, aunque parecía algo importante.

—Solo los duques lo llevamos. Un distintivo para lacrar cartas y demás.

—¿Du… duque? —balbuceé.

¿Por qué un duque estaría interesado en sacarme de aquí?

—Como comprenderá, no pretendo engañarla. Sería terrible para mi reputación que alguien me viera aquí. Así que, si lo hago es porque verdaderamente quiero sacarla de aquí.

—¿Y a mi hijo?

—Por supuesto. Como ya le he dicho, podré proporcionarle un futuro próspero. Lo rodearé de los mejores tutores de Londres. Comerá carne y postres deliciosos, vestirá como se merece. En verano estará fresco, podrá respirar aire como este en mi casa de campo y, en invierno, se mantendrá abrigado con las mejores telas y con el calor de una chimenea.

Sin darme cuenta, había cerrado los ojos y sonreía con solo imaginarme a mi pequeño Ellis de ese modo.

Si pudiera ofrecerle ese tipo de vida…

Si pudiera regalarle estabilidad y, además, un futuro mejor que el que le ofrecería la familia Gray, era más de lo que podía pedir.

Respiré en profundidad y lo contemplé en silencio, un minuto, mientras él se dedicaba a girar ese anillo en su dedo.

—¿Y qué quiere a cambio?

En esta vida, todo tenía un precio.

—Sabía que lo entendería. No quiero vagos en mi hogar. Los que me rodean trabajan más que ninguno. Ya debe saber que para llevarse el pan a la boca, antes hay que conseguirlo de algún modo. Solo que el pan que le ofrezco es mucho mejor, ¿no cree?

—¿Qué quiere? —insistí al comprender que ese hombre sabía usar las palabras, lo suficientemente bien como para influir en cualquiera.

—Que baile, por supuesto. Tengo un club de caballeros, bastante exclusivo, si me lo permite. Suelo llevar actos o personas exóticas y usted… es perfecta. No me tome a mal si le digo que ha obtenido lo mejor de las dos razas. Su belleza, su cuerpo… es exactamente lo que estaba buscando.

Sus palabras me hicieron sentir incómoda.

—¿De qué tipo de baile me habla?

¿Hasta dónde sería capaz de llegar para ofrecerle un futuro mejor a mi hijo? ¿Era eso lo correcto?

—Oh, no habrá creído que… Discúlpeme. Usted bailará como lo hace aquí o en las ferias. Tengo un violinista virtuoso de Constantinopla y una preciosa flautista de la India.

Quizá solo era un tipo raro con dinero, que coleccionaba personas para su exposición.

¿Sería tan malo si solo tuviera que bailar?

Resoplé.

—Sería hacer lo mismo, pero en otro sitio, ¿no cree? —Había algo más. Lo podía ver en sus ojos—. También sería mi musa. Desde que la vi… llevo un tiempo imaginándola, por muy raro que suene —Sonrió—, pero me sería mucho más fácil tenerla presente.

—¿Su musa?

—Soy pintor. Con orgullo diría que hasta el mismísimo regente mataría por mis cuadros, pero no soy orgulloso, ni me gustan los halagos. —De nuevo, sonrió.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Posar, como yo se lo indique. Hay artistas que no necesitan modelos. Yo me he dado cuenta de que sí. Quiero superarme, conmover, llegar hasta lo más profundo del alma. ¿Nunca ha visto un cuadro y se ha emocionado?

Negué, estupefacta. A ese hombre realmente le gustaba lo que hacía.

—¿Y cómo sé…?

—¿Que no la engaño? Le entregaré un documento, con mi puño y letra y, por supuesto, mi escudo. Frente a mi notario, si le parece. En él figuraré como el albacea de su hijo para poder instruirlo, darle un nombre en esta sociedad, porque me imagino que, como nómadas, no están inscritos en ningún lugar. Confío en que será suficiente para que usted y yo cumplamos nuestra palabra.

—Quiero que escriba que el niño es mi hijo. Quiero… quiero que quede claro.

Él sonrió y me escudriñó con la mirada.

—Por supuesto. Es usted muy inteligente.

—¿Y qué sucede si no cumple con su palabra? —pregunté con rapidez y la espalda agarrotada por la tensión.

No me di cuenta en qué momento había dejado caer el palo.

—Irá a mi notario y me veré obligado a cederle una casa donde usted quiera y un saldo vitalicio que les dé para vivir a ambos.

La propuesta era tan buena que parecía irreal y, sin embargo, tuve la vaga sensación de que era cierta.

—Tiene esta noche para tomar la decisión. Mañana la esperaré en Chingwell. Si no viene antes de las cinco de la tarde, habrá dejado pasar mi propuesta.

—Pero…

El caballero comenzó a silbar de nuevo esa melodía y se alejó hasta perderse en la penumbra.

16. Owen

—Regresaré a por ti…

El eco de aquella promesa me despertó. Aunque parecía que había pronunciado esas palabras en otra vida, aún las tenía muy presentes.

Me restregué los ojos y bostecé. Un ligero dolor en el costado me punzaba: uno de los ocho soldados con los que compartíamos la tienda, tenía el codo incrustado en mi piel.

Lo aparté de un empujón y me levanté.

Estiré los brazos y salí de la tienda. Caminé y respondí a los saludos, por el respeto que me había ganado a base de sudor y sangre, y me escapé al arroyo para darme un baño.

No había nada como el agua helada para despejar el cuerpo y estar listo para la batalla.

Me enjuagué la boca y, al tomar agua de nuevo, vi el reflejo del rostro de la pequeña Anne, entristecido, en lágrimas.

Golpeé el agua con una mala sensación y regresé al campamento.

El día que salí de St. Joseph llevaba las manos encallecidas y la mirada perdida. Pensaba que el capitán Hallaway —ahora coronel — me había sacado de allí por compasión, pero al crecer me di cuenta de que no fue así.

Al parecer había encontrado en mí una disciplina natural, silencio útil y una futura obediencia que sabía que podría usar a su favor.

Él mismo me había dicho que la compasión rara vez movía a un militar veterano.

Aunque yo no estaba tan seguro, lo llegué a aceptar.

Durante los primeros años aprendí más al observar que al preguntar. Aprendí a limpiar las botas del capitán hasta que ver mi

propio reflejo, a preparar su uniforme sin arrugas y a mantener las armas como si fueran mías.

Comprendí, a través de esas simples tareas, que la precisión marcaba la diferencia entre la vida y la muerte. Un hilo suelto, un botón caído, un arma atascada o un caballo sin calentar, podría ser catastrófico.

Hallaway solía repetirme:

«La guerra comienza mucho antes de escuchar el primer estruendo, chico».

Y cuánta razón tenía.

Con el tiempo dejé atrás mi frágil infancia. Me hice fuerte a base de cargar bultos, de recorrer kilómetros detrás del caballo del capitán y de soportar inviernos crueles.

Nunca me quejé.

Había pasado hambre antes. También había conocido el miedo. Así que nada de lo que el ejército pudiera mostrarme era peor que la *workhouse*.

Al menos allí me sentía útil.

Útil de verdad.

Al cumplir los dieciséis, ya no era un simple *batman*. Hallaway me enseñó a disparar con precisión, a leer mapas, a entender órdenes y códigos militares complejos. Incluso a veces me llevaba a reuniones con los suboficiales, solo para que aprendiera de los hombres que mandaban a otros a la muerte, porque, según él, no me quedaría bajo su sombra para siempre.

Y así fue.

A los dieciocho ya estaba en las filas activas como soldado raso. A los veinte ya me habían ascendido a cabo por mi habilidad para mantener la calma en medio del caos.

Mi nombre comenzó a llenar las bocas de los superiores, con respeto y planes de futuro.

No tardé mucho en llegar a sargento en el ataque a Copenhague, donde, si no nos hacíamos con la flota danesa, Napoleón la tomaría a la fuerza, y estrangularía económicamente a Gran Bretaña.

No fue fácil convencerles.

Entregarnos su flota era como renunciar a su soberanía, y no tuvimos más remedio que bombardearles durante cuatro días.

¿Estuve de acuerdo con esa decisión?

Aún no lo sabía.

Era una cuestión que seguía rondándome la cabeza.

Pero fue en ese conflicto donde me ascendieron, al intervenir entre un grupo de jóvenes reclutas y niños daneses, que intentaban rendirse ante un oficial de los nuestros, ciego de alcohol, que se disponía a dispararles sin piedad haciendo uso de su autoridad.

Sin poder evitarlo, me interpuse, aunque me jugara un castigo disciplinario.

No obstante, en palabras de mis superiores, por mi temple, sentido de justicia y liderazgo real, en vez de un castigo recibí un ascenso.

Podrían condecorarme, ascenderme todo lo que quisieran, pero ya había llegado donde quería y ahorrado todo mi salario.

No tenía familia a quien enviárselo y tampoco el deseo de gastármelo, salvo en unas cuantas muñecas que había comprado desde la India hasta las Américas y Europa. Todas diferentes, cada una confeccionada de singulares maneras.

Para ella.

Para Anne.

En aquel entonces no pude comprarle una en condiciones. Solo una mal cosida que aún me acompañaba escondida en mi pecho en cada batalla, en cada viaje.

Pero aún no podía regresar. Los rumores de Europa llegaban a las barracas con malos presagios. Napoleón, a pesar de nuestros esfuerzos, avanzaba imparable y pronto nos veríamos envueltos en aquel fuego.

Primero fue Portugal. Después, noticias de España y sus ciudades sitiadas, rebelándose o cayendo una a una.

Esa vez sería la última.

Con el apoyo de Hallaway, sería mi última batalla antes de regresar y buscarla.

Y para eso tenía que sobrevivir.

17. Anne

Después de ir al notario y sin soltar la mano del pequeño Ellis, seguimos al duque por las calles más acaudaladas de Londres.

Los transeúntes no reparaban en nosotros; sin embargo, ese duque parecía ser toda una celebridad. Las mujeres mayores lo saludaban y las más jóvenes se avergonzaban solo con verle. Los caballeros se quitaban el sombrero antes de seguir su camino y los comerciantes salían a hablarle de sus novedades, a lo que él contestaba con un: «Luego enviaré a Richard».

Una doncella se acercó a nosotros, apurada, e hizo una pequeña venia hacia el duque.

—No me gusta que corra, señora Johns.

—Lo siento, milord. No sabía a qué hora pasaría y… ¿Este es el niño?

Ellis, al sentirse observado, se escondió tras de mí.

Apreté su mano y mi corazón se aceleró al prever que el momento de separarnos se acercaba. Entonces, una lluvia de malos pensamientos decidió ahogarme.

Era cierto que el niño no había mostrado resistencia cuando, al salir el sol, lo llevé conmigo, teniendo cuidado de no despertar al campamento. Pero Alifair nos sorprendió antes de que desapareciéramos entre los árboles, rumbo a nuestro nuevo futuro.

—¿Estás segura de lo que haces?

Ni siquiera le había dicho a Ellis que era mi hijo, y no tenía intención de decírselo, porque ¿quién querría tener por madre a una vagabunda que se ganaba la vida a base de mover el cuerpo para otros?

—No quiero esto para él —le dije, antes de irme, con su mirada clavada en mi nuca.

Miré a Ellis con tristeza al ver el terror en sus ojos. Él también presentía que lo alejarían de mí.

¿Era lo mejor?

¿Había hecho bien?

Pensé en su desgraciado padre, luego en sus pequeñas manos mientras comía los restos de un erizo ahumado; sus temblores en el invierno y sus pies descalzos, como los que ambos llevábamos en ese momento.

—¿Cómo te llamas, chiquillo? —preguntó la doncella.

—Me llamo So… Ellis —respondió con timidez.

Lo miré sorprendida y me agaché a su lado.

—A veces, sin darte cuenta, me llamas así —susurró—. —Me gusta más. Solomon es muy largo.

Mis ojos se humedecieron, pero tuve que resistirme antes de que mi tristeza fuera a más.

—Ellis —dijo el duque—, ella es la señora Johns y te cuidará a partir de ahora.

—Me dijiste que iría contigo —me recriminó con el ceño arrugado.

—Tu ma… la señorita trabajará conmigo —intervino el duque —. Pero podrás verla siempre que quieras.

—¿De verdad? —Su rostro se relajó.

—Por supuesto. Ahora ve a que te den un baño. Ah, y señora Johns, encárguese de recibir a los tutores. Hoy mismo llegarán y…

—¿Hoy?

¿Fue cosa mía o el silencio que se había creado a su alrededor, tan cortante como el hielo, había salido de la mirada que el duque le echaba a esa señora por interrumpirle?

Sin embargo, tras una sonrisa logró que el calor regresara.

—Sí, señora Johns, llegarán hoy. Y dígale a la cocinera que le dé un trozo de esa tarta de zanahoria tan exquisita que sé que ha preparado.

—Sí, milord.

La doncella me ojeó un instante y luego se agachó hacia Ellis.

—Ven, vamos a buscarte unos zapatos y…

Sin poder resistirme, lo abracé antes de que se marchara.

—Si prefieres volver, dímelo; estás a tiempo —le dije al oído.

—Nunca he comido tarta de zanahoria —respondió—. Quiero probarla. Quizá pueda traerte un trocito.

Me separé y sonreí tanto como pude. Después desvié la mirada al duque, quien nos observaba, atento.

—¿Cómo sabré que estará bien?

—Lo sabrá. Confíe en mí.

Asentí, sin saber dónde me metía, consciente de cómo la desesperación me hacía confiar en alguien a quien no conocía. Pero quienes lo rodeaban parecían respetarlo, admirarlo, y ese hecho me hizo creer que yo también podía hacerlo.

La señora Johns tiró de Ellis y él se fue, dejando atrás su timidez, avasallando a la doncella con preguntas sobre las actividades que harían.

Sonreí, admirada de esa curiosidad que siempre lo acompañaba, y solté el aire que retenía en el momento en que dejé de verlo.

—Sigamos. Como comprenderá, los de mi clase solemos estar bastante ocupados.

Seguí sus zancadas, más largas que las mías, hasta que nos detuvimos en plena Mayfair frente a una puerta estrecha y negra, con una diminuta máscara inexpresiva incrustada en uno de los laterales de la madera.

Di un paso atrás y observé el resto de la calle.

El club parecía invisible comparado con los edificios que lo rodeaban; si no fuera por esa pequeña puerta, pasaría desapercibido para muchos.

—Bienvenida a The Silence, Anne.

Me resultó extraño escuchar mi nombre.

—En cuanto atraviese esta puerta, no tendrá permitido hablar, salvo en mi estudio. ¿Entendido?

Quise preguntar, pero era lo bastante inteligente para saber que, mientras mantuviera la cabeza gacha y la boca cerrada, Ellis estaría mejor.

Así que asentí y, tras él, atravesé la puerta, para adentrarme en un mundo desconocido.

18. Anne

Releí la carta que tenía entre mis manos una y otra vez, hasta entender cada palabra que ponía. Me la llevé al pecho y sonreí con los ojos acuosos, repitiéndome que no había sido un error, que estar en ese lugar, por muy difícil que fuera, merecía la pena.

Por él.

Por mi hijo.

En el transcurso de un año, había aprendido a leer y escribir, utilizando una caligrafía digna de príncipes, a pesar de su corta edad. El día a la semana que se me permitía visitarle en la iglesia, siempre se mostraba sonriente. Tomaba a lord Montlowe —como me había dicho que se llamaba— de la mano y se dejaba guiar por él, orgulloso de que lo presentara como su protegido.

Sin embargo, había algo en ese duque que hacía que se me erizara la piel.

En los últimos meses me había hecho recrear unas posturas un tanto extrañas. Parecía más exaltado de lo normal, más exigente. Incluso un día había llegado a levantarme la mano por atreverme a hacerle una pregunta mientras me colocaba, algo sutil, un mísero gesto que quizá yo me había imaginado.

Salí de mi pequeño dormitorio y bajé las escaleras que daban al club.

En ese lugar no entraba la luz.

El salón principal estaba tapizado de alfombras turcas para amortiguar el sonido; las paredes, con paneles de madera negra con relieves de máscaras de distintas expresiones faciales, que parecían mirarme cada vez que cruzaba por allí.

Atravesé una de esas cortinas pesadas, de color verde botella, que dividían los diferentes ambientes.

Arrugué la nariz ante esa mezcla de olores de velas aromáticas y humo de pipa, e ignoré mi reflejo en esos raros espejos que parecían distorsionar la realidad.

Ahí dentro nadie hablaba, lo que hacía que el ambiente fuera aún más asfixiante.

Según lord Montlowe, el arte debía contemplarse, no comentarse.

Hablar estaba prohibido, salvo para él.

Abrí la puerta de la habitación privada, donde se me había enviado a bailar.

Respiré para tranquilizarme. Limpié el sudor de mis manos en ese atuendo que aún conservaba la esencia nómada, pero transformado en algo más sofisticado, acorde al ambiente del club.

El corsé de seda negra con bordados dorados que dibujaban espirales y flores, realzaba mi figura hasta el punto de hacerme sentir incómoda. Debajo llevaba una blusa de gasa ligera del color de los vinos que allí se bebían. Mi falda, de color negro y granate, abierta en capas y con bordes también dorados, hacía que, al girar se asemejara a aquellos fuegos que hacíamos en el campamento.

Hasta mi vestido era arte.

Un diseño que el mismo Montlowe había encargado exclusivamente para mí.

En cuanto atravesé el umbral, cuatro rostros se giraron hacia mí. Entre ellos, el del duque, que recorrió con su mirada desde mis pies descalzos hasta mis pestañas.

Tragué saliva, me sentía cada vez más incómoda.

Ni siquiera mis pasos hicieron ruido cuando me acerqué y subí a la plataforma que me esperaba para bailar.

En esa sala tampoco me acompañaría el violín, como en el salón principal.

Solo estaba yo, y cuatro pares de ojos que me observaban.

Elevé las manos sobre mi cabeza, dejando que la luz se reflejara en los hilos dorados de mi vestimenta. Cerré los ojos y comencé a bailar como siempre hacía.

—Abre los ojos.

La voz del duque me sorprendió por su cercanía.

Obedecí su orden.

Me encontré con su mirada y, sin querer, detuve mi danza.

Tomó mi mano y me hizo girar.

A la tercera vuelta me soltó y regresó con los otros tres.

El silencio obligaba a mirar, desear, interpretar, temer e incluso a someterse.

Había algo relajante en él y, a la vez, aterrador, sobre todo cuando yo era el objeto de ese escrutinio.

Bajé la vista un instante. Traté de recordar cómo respirar, pero sabía que no podía demorarme más.

Reanudé la danza sobre la madera pulida, a diferencia de la de las ferias donde me dejaba la piel, sin hacer ruido alguno, como si me hubiera convertido en una sombra.

Moví las manos despacio.

Giré para hacer ondear la falda, y observé los cambios de posición de los espectadores al enseñar más que mis tobillos en esos giros.

Los podía sentir.

A los cuatro.

Cada uno de ellos de forma distinta.

Sus respiraciones, sus pequeños movimientos, sus expresiones.

Uno respiraba de forma más pesada que el resto. Otro inclinaba la cabeza como si estudiara una nueva especie. Mientras que el tercero se mantenía rígido, con los dedos apretados en el borde del sillón como si tuviera que contener el deseo de llegar a mí. Y Montlowe…

Él no pestañeaba. Ni siquiera cuando las vueltas hacían que revelara mi piel. Admiraba y memorizaba cada parte de mí.

Una punzada atravesó mi pecho al recordar que lo de ese hombre no era admiración. Mucho menos respeto. Era posesión.

Una extraña y agobiante posesión.

La misma sensación que me devoró la vez que Solomon apoyó sus manos donde no debía. Me invadió la certeza de que, por muy alto que gritara, ya no era Anne. Ni siquiera la gadjo. Solo era

aquello en lo que me habían convertido. Algo que se podía usar, mirar y luego guardar.

Tragué saliva y alcé la barbilla con la poca dignidad que me quedaba.

Si debía bailar, lo haría.

Si debía posar, también.

Pues ya no solo era mi vida. Era la de mi hijo.

De nuevo sentí sus ojos clavarse en mis labios, como si los tocara, aunque estuviera lejos, sobre mis brazos alzados y en mi vientre.

En todo aquello que yo deseaba ocultar, allí reposaba su mirada.

Mi respiración comenzó a descomponerse.

Aun así, continué bailando.

Si mostraba miedo, si vacilaba por un segundo, aquel lugar me devoraría. Él lo haría.

Cuando al fin recibí la orden de detenerme, el duque se acercó a mí. Extendió su mano y no pude negarme a tomarla para bajar. De un rápido movimiento me pegó a su cuerpo y susurró:

—Como siempre, perfecta. Los rostros de la humanidad escondidos en uno solo; un cuerpo creado para contemplarse. —Me acarició con su pulgar—. Más tarde diríjase a mi estudio. Hoy la necesito.

Escondí el temblor de mis manos detrás de mi espalda y, tras un toque en mi barbilla y una caricia sobre mi mejilla, me dejó ir.

19. Anne

Ese pasillo, el que se dirigía al estudio de milord, siempre me había parecido más estrecho que el resto, como si guiara hacia un lugar que no debía ser encontrado.

Me detuve, como siempre, frente a ese tapiz que cubría una puerta de madera envejecida, para mentalizarme, para decirme que todo estaría bien.

Tomé ese pomo frío como el hielo después de apartar el tapiz que lo cubría. Sospechaba que solo unos pocos conocían la ubicación de ese lugar.

Antes de poder abrirla, una mano se posó sobre mi hombro. Di un sobresalto.

Era Richard.

Me señaló un collar que tenía entre las manos y lo apoyó contra mi cuello. Estaba hecho de un simple cordoncillo y una pequeña figura tallada en madera que parecía una tortuga.

—¿Quiere que lo use? —pregunté.

Sabía que Richard, el muchacho de los recados del duque, era sordomudo, pero hacía poco había descubierto que sabía leer los labios con destreza.

Él asintió.

Quise tomarlo, pero él me lo impidió. Hizo que me girara y él mismo me lo colocó.

Cuando miré de nuevo, ya no estaba.

Toqué el collar sobre mi cuello.

Se me erizó la piel.

Últimamente me pedía lucir objetos mientras me pintaba: una pulsera, unos pendientes, incluso un broche de pelo. Y había descubierto que, incluso antes de empezar, ya tenía hecho un

pequeño bosquejo a carboncillo en su cuadernillo de tapas de cuero, uno que siempre llevaba con él.

Al parecer, tenía una nueva colección de cuadros a los que llamaba «El alma durmiente». Con ellos, había conseguido cosechar gran admiración. Todos los nobles querían uno de sus cuadros

De repente, la puerta se abrió de par en par y un aire gélido y con olor a aceite de linaza me golpeó de lleno.

—¿Qué hace ahí parada? Sabe que detesto los retrasos, y más si se trata de arte. La creación no da pausas, señorita Anne. Es un proceso constante.

Asentí y pasé a ese lugar que, para Montlowe era un santuario.

Allí dentro me esperaba un caballete, lienzos apoyados sobre las paredes, pero nunca visibles: yo no podía ver su arte. Una mesa llena de pinturas, pinceles, pequeñas espátulas y botes con distintos líquidos, que desprendían un olor fuerte y desagradable. Docenas de velas iluminaban el estudio, nuevas y desgastadas.

Pisé ese suelo lleno de cera seca y pintura.

La única ventana permanecía abierta ante la imponente luz de la luna.

«La mayoría de los artistas prefieren luz natural para crear —llegó a decirme una vez—, pero a mí no me hace falta. Pintar en la oscuridad añade esa sorpresa que luego solo se ve a la luz».

Montlowe caminó unos pasos por delante de mí y me invitó a recostarme sobre el suelo, como hacía siempre.

Al principio me había sorprendido, pero me hubiera resultado extraño que hiciese lo contrario.

—Sabes que aquí puedes hablar —dijo, mientras me observaba con detenimiento.

Era estremecedora la forma tan amable que tenía de hablarme. Pero tenía la sensación de que estar en su sola presencia era algo malo, como si tras esa fachada amigable y educada ocultara otro rostro que no estaba segura de querer descubrir.

—Este collar… —me atreví a decir. Pero él me interrumpió.

—Tienes permitido hablar, pero sabes que hay ciertas preguntas que no puedes hacer.

Asentí.

Me colocó boca arriba, con una pierna doblada sobre la otra estirada, mis manos aferradas a ese colgante y el rostro girado hacia él.

Se alejó para mirar su bosquejo y, con cierta ansiedad, se agachó frente a mí.

—Tu boca debe estar ligeramente abierta. Solo un momento. Hasta que yo te diga. Luego podrás cerrarla. Y aférrate a ese colgante como si fuera lo único que te separara de la muerte.

Comenzó a silbar.

Metió una mano en su pantalón y con la otra realizó los primeros trazos con un pincel.

Mi cabeza dio vueltas. Mis pensamientos empezaron a atar cabos que era mejor mantener sueltos, pero no podía evitarlo. La evidencia de que algo extraño sucedía era cada vez mayor.

—Una cosa es cierta, señorita —dijo tras detener el silbido, lo que consiguió desprenderme de todos esos pensamientos aterradores—. Solo cuando el alma se retira, cuando se aleja con el último suspiro, es cuando el rostro se vuelve verdaderamente bello. Cuando el cuerpo se relaja, sin pretensiones, sin vanidad, cuando solo es cuerpo…

Chasqueó la lengua.

—El arte, el verdadero arte, no puede esperar a que la vida se apague del todo. Tiene que ser justo en ese preciso momento. En cuestión de segundos, a veces un poco más. Es ahí cuando se capta la esencia real, aquello que en plena vida no mostramos. Esa vulnerabilidad pura.

Aterrada, mis lágrimas mudas descendieron por mi rostro, como si con esas palabras, todo lo que había rumiado se volviera real.

¿A quién pertenecía ese collar?

20. Owen

Era una tarde fría de abril.

El estruendo de los cañones, acompañado de cada explosión, hacía vibrar la muralla bajo mis pies.

Después de veintiún días de asedio, conseguimos abrir tres brechas, tres aperturas que nos llevarían a la victoria contra las tropas napoleónicas, que habían tomado Badajoz.

Para que la ciudad cayera, primero tendrían que hacerlo sus murallas.

Miles de casacas rojas nos arrastrábamos en silencio, sin querer compartir miradas, con miedo a que fueran las últimas.

—Como lleguen las tropas de Soult y Marmont, estamos perdidos —gritó uno.

No respondí. Preferí no pensarlo.

Si eso llegaba a suceder, solo avanzaríamos hacia nuestra propia muerte.

Éramos siete divisiones en Badajoz, pero el comandante Arthur Wellesley había destinado a tres para crear un cinturón orientado hacia afuera, para que esos mariscales no nos pillaran por sorpresa.

La mía era la división ligera, comandada por el coronel Hallaway y, junto a la cuarta división, liderada por sir Colville, intentábamos pasar por la tercera brecha.

Lo que no sabíamos era lo que nos esperaba al otro lado de esa escalera formada por los cuerpos de los que habían intentado una primera invasión.

—¡No os detengáis! —nos animó Hallaway.

Pero su mirada se detuvo en mí un instante. Había terror en ella. Como si de algún modo quisiera decirme que esa sería nuestra última misión juntos.

—¡Avanzad! —grité con seguridad, aunque lo más probable era que ninguno de nosotros saliera de allí con vida.

Luego vino el horror.

En cuanto llegamos a la cima y comenzamos nuestro descenso, nos encontramos con toda la artillería enfilada y barriles llenos de metralla, que nos disparaban cientos de balas sin piedad.

Me tiré al suelo en cuanto vi a mi teniente caer y el caos a mi alrededor.

Aquello se había convertido en una escabechina.

Los que lograban pasar se encontraban con los *chevaux de frise* ocultos por el humo y la desolación.

Pestañeé con rapidez.

No podía dejar a Hallaway ahí.

Me arrastré sobre los cuerpos entre disparos, gritos e intentos de huida fallidos. Mi corazón latía tan fuerte que parecía querer romperme el pecho.

Una nube de humo negro se levantó de una mina que los franceses habían colocado.

No sabía cuántas más habría.

Esos desgraciados habían cavado e, incluso, escondido algunas bajo los primeros cuerpos y barriles de pólvora.

Vi la chispa de una mecha consumirse hacia mí y apenas tuve tiempo de alejarme.

Por un instante un destello me cegó. Caí de rodillas y un calor agudo recorrió el lado derecho de mi cuello La piel me ardió por dentro.

Cubrí mi cabeza y me agaché al escuchar dos estallidos más.

Un instante después, el humo se disipó, pero la confusión volvió.

Los hombres gritaban.

Los cañones tronaban.

Y los franceses aprovechaban cualquier momento para disparar.

Los más desquiciados se atrevían a acercarse, para insertar sus bayonetas en cuerpos que apenas se sostenían en pie.

Dolorido, llevé mi mano al cuello. Palpé mi piel, ahora quemada y caliente, con un dolor punzante que aumentaba debido al roce de la brisa.

Pero no podía detenerme.

Tenía que vivir.

Tenía que volverla a ver.

Cada segundo contaba. Cada respiración era un regalo.

Convertí mi dolor en fuerza. Apreté los dientes y grité:

—¡Hallaway!

No podía dejarle allí.

Nunca se lo diría, pero lo consideraba mi familia. Me había ayudado a sobrevivir. A convertirme en quien quería ser.

Repté entre los cuerpos mientras el humo me cubría. Cuando se disipaba, me transformaba en un muerto más.

Avancé un poco más hasta llegar a su casaca azul. Esa de la que se había negado a desprenderse a pesar de haber sido obligado a dejar los Light Dragoons.

Y gracias al cielo que lo había hecho, porque, si no, me habría sido imposible hallarle.

—¡Retirada! —oí gritar a lo lejos.

Retirada para la media docena que seguía a duras penas con vida.

Estiré la mano y tomé su muñeca para ver si tenía pulso, tal y como él mismo me había enseñado.

Estaba vivo.

Aliviado, tiré de él, incapaz de controlar el temblor en mis manos.

Sin saber de dónde salían mis fuerzas, lo deslicé por los cuerpos hasta llegar a la cúspide. Una vez allí, rodamos por la brecha cual piedras arrastradas por un río de sangre y humo.

—Aguante, por favor —le dije al coronel.

Un pitido aturdió mis oídos, como si mi cuerpo al fin reaccionara a lo que acababa de suceder.

En cuestión de minutos acabaron con nosotros.

Hallaway apenas abrió los ojos. Tomó mi mano. Y antes, siquiera, de que pudiera darme cuenta, unos gritos se acercaron.

—¡Aquí! ¡Aquí hay dos!

Unas manos firmes me arrancaron al coronel de los brazos. Intenté seguirlo, pero una sombra oscura se cerraba sobre mis ojos.

Él tenía prioridad por ser quien era.

Hasta en esos momentos, ser un don nadie podía costarte la vida.

—Está vivo —oí decir—. Llévenlo al puesto avanzado.

Quise hablar, incorporarme, pero las piernas cedieron.

Hallaway desapareció entre casacas rojas y camillas improvisadas. Y antes de que mi mundo se volviera negro, vi algo que me hizo seguir respirando:

A ella.

Bajo la lluvia.

Bailando, sonriendo.

21. Owen

El anochecer llegó gris de cielo, gris de ánimos.

Abrí los ojos y escuché los quejidos a mi alrededor. El humo aún se alzaba sobre las brechas, mientras el olor a pólvora y sangre flotaba en el aire como recordatorio de que la batalla aún no había terminado.

En el improvisado hospital de campaña —una pequeña ermita con los bancos apartados y el suelo cubierto de paja— los heridos llenaban cada rincón. Solo fui consciente de dónde estaba cuando el dolor regresó a mi cuerpo.

Estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared, con la camisa abierta. Apenas había conseguido dormir y, al parecer, ya no debía hacerlo más.

El calor del fuego sobre mi cuello latía bajo mi piel. Llevé la mano a mi cuello ennegrecido para comprobar hasta dónde llegaba el daño, pero unas palabras que no logré entender me sorprendieron antes de que llegara a tocarme.

Se trataba de una mujer, que bien podría ser española o portuguesa, de manos firmes y ojos hundidos por el cansancio.

Se inclinó sobre mí con un cuenco de agua y un paño limpio. Entonces comprendí que era una de las enfermeras civiles que ayudaban al cuerpo médico británico.

—No se mueva, podría hacerle daño —dijo en un inglés torpe, pero claro.

Empapó el paño en el agua y temí lo peor.

Si algo detestaba, era la hora de lavar las heridas de guerra y, de ellas, las peores eran las quemaduras, aunque no sabía hasta qué punto el fuego se había comido mi piel.

Tensé los músculos de mi cuerpo al notar el contacto del agua fría sobre la quemadura, fue como si un rastrillo se deslizara sin

piedad.

Después de limpiarla, la mujer quiso enseñármelo a través del reflejo de una bandeja de plata.

Mi piel estaba carcomida, enrojecida y ampollada. No tardé en percatarme del olor agrio, entre pólvora y carne quemada, que desprendía.

Para mi sorpresa, la quemadura abarcaba desde mi oreja hasta la clavícula.

Quedaría una cicatriz espantosa. De esas que no solo marcan la piel.

—Lo importante es que sobrevivirá —dijo ella, como si me hubiera leído la mente.

Y cuánta razón tenía. Cualquiera hubiera preferido eso, a ser un cadáver más, entre miles de cuerpos.

La enfermera procedió a untarme un ungüento espeso de lo que parecía grasa y, por el olor, aceite de lino, y luego la cubrió con una venda limpia.

El alivio fue inmediato, aunque el dolor persistía punzante.

—Cámbiela cada día y ni se le ocurra dormir cerca del fuego. El calor puede reabrir la herida.

Asentí.

Me toqué el vendaje y sentí mi pulso, intenso.

La mujer se marchó después dejarme un frasco con el ungüento que había usado y, antes de que pudiera incorporarme, un muchacho —batman, como lo había sido yo— llegó vociferando.

—¡El comandante Wellesley está aquí!

Todos se asentaron firmes, incluido yo.

El muchacho desdobló una nota entre sus temblorosos dedos y leyó, alto y claro, para que todos lo oyéramos.

—Los hombres de Leith han atravesado el bastión de San Vicente, y el coronel Ridge no ha sobrevivido, pero su compañía ha logrado superar el muro con escaletas y en una batalla de cuerpo a cuerpo. El resto de brechas están bajo la ofensiva de las divisiones cuarta y ligera.

¿La división ligera?

Miré a mi alrededor por si había rastro del coronel, pero no lo hallé.

Demonios. ¿Ha ido a atacar?

—Necesitamos a todos los hombres que aún tengan fuerzas —continuó—. Vamos a acabar con esto hoy.

No hizo falta decir más. Aquellos que fueron capaces de ponerse en pie, lo siguieron. Por su sed de venganza, por sus ganas de acabar con que habían masacrado a los suyos en una sola tarde.

Un mal presentimiento recorrió mi cuerpo. Cuando los hombres eran movidos por ese tipo de sentimientos, cuando se perdía el orden y el objetivo real, cosas peores sucedían.

***

Con temor, subimos a la misma brecha que casi se queda con mi vida. Si Hallaway estaba ahí, yo no podía estar en otro sitio.

Esperábamos el humo, los estruendos, los estallidos; el mismo horror vivido unas horas atrás, pero aquello estaba desierto.

—¡Al castillo! —gritó uno, desde abajo—. ¡Hemos tomado el castillo!

Avanzamos hasta las calles laberínticas entre miedos y dudas.

El empedrado se llenó de los pasos de las casacas rojas, que nos movíamos con sigilo en la oscuridad.

Debían ser las dos de la madrugada. Había luz en las ventanas, españoles que se habían negado a dejar sus hogares que observaban desde las sombras.

La tercera y quinta división se unieron a nosotros tras entrar por las otras brechas o haber conseguido escalar los muros, luego de una noche intensa de lucha. A veces desde las puertas salían disparos. Algún soldado francés desertor.

Entonces, llegó lo peor.

Mis compañeros en armas, al saberse vencedores y con esa sed de venganza, salieron en busca de alcohol, mujeres y botín enemigo antes de que alguien más se lo arrebatara.

El caos se desató.

Quedaban vivos pocos oficiales para poder controlar a los soldados.

Sin impedimento, recorrieron las calles.

Rompían puertas y ventanas, mataban a todo aquel que opusiera resistencia.

No.

No, no…

Me llevé las manos a la cabeza ante el horror.

Intenté detenerlos, pero no escuchaban.

Sordos por la pérdida y por lo que habían vivido, arremetieron contra inocentes que imploraban clemencia.

Cada casa era un expositor del desenfreno, saqueos y crueldad.

Uno de los nuestros disparó por puro pasatiempo a un pobre niño que se escondía. En ese momento, mi furia llegó a un límite incontrolable.

Me lancé sobre él, le arrebaté el arma y apreté el cañón frío sobre su frente.

Los que estaban a mi alrededor se detuvieron.

—¡¿Qué hacéis?! —grité—. ¡Habéis perdido la cabeza!

A lo lejos escuché cánticos borrachos y alaridos de mujeres.

—¡Sois soldados, no animales! —Se me saltaban las lágrimas de impotencia—. ¿Cómo habéis podido…?

Por un instante bajé la guardia y entre tres me redujeron.

—Wellesley dice que el saqueo tiene que terminar —dijo uno de los soldados que se acercó en una carrera con los brazos enfundados en baratijas.

—Pues que venga y me lo diga a la cara —soltó otro.

El resto rio con sus bocas llenas de alcohol.

Luego me arrastraron hacia una de las casas, me ataron a una columna de madera y, antes de cerrar la puerta, dijeron todo aquello que desde hace tiempo guardaban.

—Aquí ya no nos molestarás.

—Es lo que tiene ser el perro faldero de Hallaway. Muchos no te tenemos aprecio. ¿Te crees que no sabemos de dónde vienes… rompe huesos?

Si pensaba que me había ganado su respeto, estaba completamente equivocado.

Uno de ellos se acercó a mí y con la culata me dio un fuerte golpe en la cabeza.

Apenas conseguí abrir los ojos, para ver la puerta cerrarse y apartarme de la barbarie.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero ya era de día. La puerta se abrió y la luz del amanecer bañó mis botas.

Un niño y una niña entraron corriendo y cerraron de golpe. Se agacharon y se abrazaron, temblorosos.

La niña, más pequeña, lloraba y el otro la consolaba con una voz que, por mucho que intentara disimular, estaba rota por el miedo.

La niña giró su rostro y me vio.

Se levantó de un sobresalto y se escondió tras el otro.

En ese instante, la pequeña Anne invadió mi mente para llenarme con esa fuerza que necesitaba.

—No voy a haceros daño —dije con calma.

Se miraron entre ellos.

—Estoy atado, ¿veis?

La expresión del chico cambió al instante, pero su vista, cargada de terror, seguía clavada en mi uniforme.

No me entendían.

Cerré los ojos con frustración por no haber aprendido suficiente español para poder comunicarme con claridad.

—Mover… —dije— mover…

Negué con la cabeza con la esperanza de que me entendieran.

La niña susurró algo al oído del chico y, cogidos de la mano, se acercaron.

—Yo… ayudar a ti —expresé como pude.

—¿Nos ayudarás? —preguntó él.

Asentí exageradamente. ¿Confiarían en mí?

La pequeña se agachó frente a mí, curiosa por lo que salía del pecho de mi uniforme. El niño la apartó con cautela, pero ella le dio

un manotazo y se agachó de nuevo. Esa vez sacó la muñeca que llevaba dentro.

—¿Tienes una hija? —preguntó ella, extrañada de que un soldado tuviera algo así.

—Amiga. Es mi amiga.

—¿La muñeca es tu amiga?

Ellos se miraron primero y luego a mí, como si fuera una nueva y extraña especie.

Se escucharon unos disparos afuera y pasos en la casa contigua.

Sin verlo venir, la chiquilla se abalanzó a mi pecho y el otro se agachó tras de mí.

Fue entonces cuando noté sus pequeñas manos desatar mis ataduras.

En cuanto me puse en pie, los dos me miraron desde abajo.

—Vamos a terminar con esto —dije, aunque no me entendieran—. Wellesley me va a oír.

Cogí a la niña en brazos y al chico de la mano.

—Ayuda —repetí—. Voy a ayudaros.

22. Owen

Los saqueos continuaban por las calles, llenas de aquellos que, en ese momento sentía vergüenza de llamar compatriotas.

Apreté a la niña contra mí para que no viera nada que pudiera quedarse grabado en su mente, además de lo que ya habría visto. Enterró su cabeza en mi cuello y pude sentir su respiración acelerada.

Unos soldados de casacas rojas nos impidieron el paso y el niño, a mi lado, comenzó a sudar.

—Apartaos —ordené, pues tenía autoridad para hacerlo sobre esos soldados rasos, aunque dadas las circunstancias de ebriedad y desenfreno, dudaba que tan siquiera me escucharan—. He dicho que os apartéis.

—Sargento —dijo otro, apurado al reconocerme. Entre el cuello vendado y el estado de mi cabeza, sería difícil reconocerme—. Dejadle pasar, imbéciles —espetó.

Los soldados se apartaron, tambaleantes, y al fin logré llegar al maldito castillo.

Subí las escaleras con esfuerzo y bajé a la niña de mis brazos, para luego darle la mano.

Enseguida, reconocí a la enfermera que me había curado el cuello. La mujer se acercó a toda prisa.

—¡Carmen! ¡Santiago! —chilló.

—¡Tita!

Los niños se soltaron de mi agarre y corrieron hacia ella para fundirse en un abrazo. Entendí que les preguntaba algo sobre su madre, pero ambos comenzaron a llorar.

La enfermera me agradeció con un gesto y, justo cuando iba a solicitar hablar con el comandante al soldado que estaba en las puertas, sentí que algo faltaba sobre mi pecho.

Me llevé las manos a los botones y noté el vacío.

En aquel momento, antes incluso de que me girara, la niña tiró de mi casaca y alzó la muñeca.

Sabía que debía regalársela. Quizá a ella no le quedaba nada y tener algo que la acompañase, la ayudaría…

—Amiga —me dijo.

Tiró de mí y con sus pequeñas manos devolvió la muñeca al sitio donde la había encontrado.

Me dio un beso en la mejilla y, sorprendido, la vi alejarse hasta que se aferró su tía.

Acaricié allí donde me había besado y sonreí al recordar la capacidad de los niños para sobrevivir. Una sonrisa que duró poco, pues la ciudad seguía siendo testigo de los actos más crueles.

—Quiero ver al comandante —dije alto y claro.

—Señor, no puede pasar.

Lo aparté de un empujón y abrí las puertas de par en par.

A lo lejos, vi a los altos mandos reunidos sobre un mapa, preparando seguramente el siguiente ataque: Salamanca.

Varios soldados intentaron interrumpir mi paso y, a pesar de que opuse resistencia, al final, entre dos, consiguieron reducirme.

—¡Comandante! —grité—. Tengo que hablar con usted.

Vi el rostro de Hallaway que se había asomado, al reconocer mi voz.

¡Gracias al cielo se encontraba bien! Con el rostro magullado por la metralla, y los brazos vendados por quemaduras, pero estaba vivo.

—¡Soltadle de una vez! —ordenó.

Se levantó y se acercó a mí para ayudarme a incorporarme.

En cuanto estuve a su altura, no pude evitar abrazarlo hasta que carraspeos incómodos y un silbido, hicieron que me empujara con educación.

—Me alegro de que estés bien, muchacho —susurró.

—Quiero hablar con Wellesley.

—Owen, ahora estamos…

Me alejé de él parallegar a la mesa. No sabía cuál de ellos era el comandante, pues jamás lo había visto, y tampoco tenía el tiempo

ni las ganas de fijarme en las distinciones de sus uniformes.

—Tienen que parar esto —exigí—. Los soldados han perdido el control. Hasta… niños… ellos han… —Traté de aguantar la compostura—. Lo que quiero decir es que ya no tengo claro quién es el enemigo aquí, caballeros. Hay saqueos, mujeres ultrajadas… ¡Tienen que detenerlo!

—Reconozco que su hombre tiene agallas, Hallaway —soltó el que estaba en el centro.

Debía ser el comandante, por los bordados dorados en su cuello y puños, además de esas charreteras más ornamentadas que las del resto.

—Se lo dije —contestó Hallaway.

—Así que fue usted quien no dejó morir a un coronel. No como el resto que abandonaron a sus superiores a su suerte, en cuanto el miedo se enterró en sus ojos.

—¿Me ha oído lo que le he dicho? —pregunté con enojo—. ¿Qué demonios importa ahora lo que yo haya hecho o dejado de hacer? ¡Demonios! ¿Ha salido ahí afuera?—. Señalé la puerta.

—Señor… Miller, ¿verdad? Relájese, ¿quiere?

—¿Cómo quiere que…?

—¿Ve esto? —Alzó un papel bien alto para que lo viera—. Es una orden que acabo de firmar. Una orden general que deberá cumplirse desde hoy. Se pasará lista cada hora, en cada campamento, y todo aquel que no se presente y se demuestre que continúa con el saqueo o cometiendo semejantes barbaridades, será ejecutado.

Abrí la boca, pero la volví a cerrar al no saber qué decir.

Hallaway, a mi lado, sonrió.

—Ya que está aquí —continuó el comandante—, será usted el encargado de que se cumpla. Desde hoy, ha sido promovido a teniente por méritos propios.

—Eso…

—Alégrese. La mayoría compra los rangos de oficial. Usted se lo ha ganado. Hallaway se ha encargado de escribirlo en el registro del regimiento. En cuanto esto acabe, deberán regresar a Inglaterra.

Desde la India, tengo entendido que ni el coronel ni usted se han detenido. Es el momento de que regresen a casa.

23. Anne

Un golpeteo urgente llamó a mi puerta y rompió el silencio de la noche.

Sobresaltada, me incorporé, tomé el chal de lana que reposaba sobre una silla y me envolví con él.

—Anne. —Escuché decir en la voz de Montlowe. No solía llamarme así y mucho menos molestarme a esas horas, cercanas al amanecer—. Ábrame.

Mi corazón golpeócontra mis costillas con fuerza, mientras debatía entre si debía abrir o no.

—Por favor —insistió con una voz demasiado viva, una que rozaba la súplica.

Como siempre, terminé cediendo.

Encendí una vela, me acerqué a la puerta, corrí el cerrojo y abrí con cautela.

Sin moverse, y con los ojos bien abiertos, brillantes como si hubiera sido testigo de una visión irrepetible, me miró. Dio dos pasos hacia adelante y, una vez dentro de mi habitación, se giró antes de que yo pudiera reclamarle que no le había dado permiso para entrar. Extendió su mano para aferrarse a mi trenza desordenada, la que siempre me hacía para dormir. Tiró de mí y se llevó mis cabellos a la nariz con los ojos cerrados.

Quise alejarme, pero me lo impidió al tomar mi rostro entre sus manos, con delicadeza, como si fuera de porcelana. Recorrió todas mis facciones y sonrió.

Distinguí un ligero temblor en sus dedos, algo que me extrañó, porque ese hombre disfrutaba de una compostura inmejorable ante cualquier situación. Sin embargo, esa noche no solo hallé esa frialdad contenida en su mirada. Había… euforia.

—Necesito retratarla.

Fue más una orden que una petición.

Bajó sus manos a las mías y las apretó.

Mi cabeza daba vueltas a una velocidad que no podía controlar, lo que me hacía incapaz de reaccionar.

Llegó un extraño olor metálico.

¿Sangre, quizá?

Asustada, me solté de su agarre y retrocedí al ver dedos manchados de carboncillo.

Había trabajado en otro bosquejo.

Pero… ¿y ese olor?

—Es imprescindible. —Su voz tembló de emoción—. Ha ocurrido algo extraordinario esta noche, algo que necesito capturar antes de que se desvanezca. Ya sabe que la inspiración llega en los momentos menos oportunos.

Su mano manchada intentó alcanzarme, pero di un paso atrás.

Hasta que mi hijo Ellis atravesó mi mente. ¿Nos despacharía si me negaba a acompañarle?

—¿Se resistirá? ¿Es esta una noche especial? Hoy, señorita Lovell, he sido testigo de la hermosura de la resistencia. No me incite más oponiéndose usted también.

—¿También? —reaccioné.

De nuevo intentó tomar mi mano y esa vez no se lo impedí.

Tragué saliva y bajé la mirada.

—Eso es. Sabía que serías una buena chica. Y tu hijo no puede estar más agradecido.

Apreté los ojos para no llorar.

Solo sería una pintura más, solo tenía que posar, como ya había hecho antes.

¿Por qué ahora dudaba?

Lo sabía, pero me negaba a darle espacio en mi mente. A veces la indiferencia era la única forma de sobrevivir.

Pero… esas pobres chicas.

¿Quién las ayudaría?

No, olvídate de ellas. Tienes un hijo.

Las garras de la culpabilidad me rasgaron por dentro, arañándome hasta conseguir que liberara lo que sentía.

Montlowe chasqueó la lengua varias veces en cuanto llegamos a su estudio y, entonces, contempló mi rostro.

—No quiero lágrimas. Sabe que me distraen. Después de esto le entregaré otra carta de tu hijo. Ah, y también un dibujo. Lo reconozco, tiene madera de artista.

Alcé la mirada.

Ansié golpearle.

La sola idea de que se pareciera a él y que, además, heredara la lujuria de su padre, me dio ganas de vomitar.

De nuevo, no dije nada.

Montlowe limpió mis lágrimas con esa delicadeza que me desconcertaba. Con esas manos que seguramente…

—No frunzas el ceño.

Me hizo tumbarme en el suelo, después de quitarme el chal, y procedió a colocarme. Sus manos estaban frías, duras como el mármol.

—No así, no —me regañó, como si yo hubiera adoptado esa posición por voluntad propia—. Boca abajo, como si te arrastraras, como si intentaras huir de mí.

Mi respiración se detuvo un instante, por sus palabras y por su aliento en mi nuca.

Que acabe ya. Por favor. Que acabe ya.

24. Owen

Había regresado.

Después de más de una década, al fin lo había hecho Convertido en una sombra de mí mismo, había dejado atrás a ese niño que abandonó a su amiga a su suerte. Sin embargo, no fui capaz de renunciar a su recuerdo.

En todos estos años no había existido ni un solo día en el que no pensara en ella: ¿cómo sería?, ¿estaría bien?, ¿me odiaría? La idea de su rostro de adulta, de la vida que habría llevado, de la promesa que debía cumplir.

Habían pasado semanas desde lo de Badajoz, pero aún podía sentir el calor de las explosiones en mi piel, el olor a pólvora, el fuego en mi cuello que dejó esa cicatriz ya sanada, al menos en el exterior.

No fueron heridas mortales, pero sí dolorosas. Recordatorios constantes de la suerte que tuve de salir con vida.

Después de navegar desde Lisboa, me encontraba con Hallaway, a caballo, rendido, con ganas de llegar, con ganas de parar.

El ritmo de mi jamelgo marcaba el compás de cada pensamiento: el caos del asalto nocturno, los gritos atrapados en mi cabeza, la tierra húmeda bajo mis botas mientras avanzaba entre cuerpos caídos; el pánico al ver a Hallaway caer, al pensar que lo había perdido.

La locura de esos hombres, que todavía invadía mis noches de insomnio.

—Nos detendremos aquí —dijo Hallaway.

Ni siquiera buscábamos refugio. Nos habíamos acostumbrado a dormir en la intemperie y, en ese momento, con los últimos días

de primavera, era, incluso, agradable.

Sin responder, detuve a mi caballo.

Observé cómo el sol caía sobre la llanura y me descubrí deseando algo tan simple como un techo, un cuenco de agua limpia o quizá, el sonido de mi nombre pronunciado por ella.

Aun así, debía mantenerme erguido y sacar fuerzas para encontrarla.

Mis pies tocaron tierra. Intenté disimular el temblor involuntario que me recorría. Aquel olor dulzón a sangre volvía en una maldita oleada y no me dejaba despejar la mente.

Sin hablar, consumimos las viandas que nos quedaban hasta que nos encontramos, ya al anochecer, con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Por qué no fue en el carruaje que fue a recogerlo? —pregunté al fin, después de varios días dándole vueltas—. Vi su escudo familiar.

—¿Y tú adónde hubieras ido si yo no hubiera venido contigo?

Lo miré.

—¿Qué pensabas hacer? ¿Perderte en mitad de Londres y empezar a preguntar por ella?

—Primero quería establecerme, por si…

—¿Establecerte? ¿Y dónde se supone que ibas a hacerlo?

—Con todo el respeto, milord…

—Déjate de milord. Hemos compartido más que un padre e hijo. No me hables con formalidades, te lo ruego. —Suspiró—. Te lo dije antes y te lo vuelvo a repetir desde que te conozco, tu vida ha girado en esa promesa. En volver. En poder ofrecerle a esa muchacha una vida de provecho. — Hizo una pausa—. ¿Acaso lo has pensado? Han pasado años, Owen. Quizá ella…

—No se olvidaría de mí. Ella no.

—Era incluso más pequeña que tú. ¿Y si ha encontrado su propio camino? ¿Y si ha rehecho su vida? ¿Y si verte solo consigue recordarle un pasado doloroso del que quizá ha querido huir?

Sus palabras dolieron más que la metralla de esos barriles.

Sabía que tenía razón. Que había vivido de una ilusión absurda. De una misión que podría haber perdido todo el sentido.

Pero la conocía. Tanto si había conseguido salir adelante como si no. Tenía que verla para comprobarlo. Anne era una niña fuerte, pero escondía una fragilidad que, me temía, solo me había permitido ver a mí.

Era su pureza, ese creer que la gente sin bondad no existía, lo que la dañaría. Se dejaba llevar por una mínima muestra de cariño y tenía que llegar a cierto extremo para finalmente expresarse. Igual que aquel día bajo la lluvia, cuando fue a visitarme mientras molía huesos, cuando creyó que la había abandonado. Que me había olvidado de ella.

—Sea como sea, la encontraré. Si compruebo que está bien, ni siquiera se enterará de que estuve allí.Detuve unos segundos mis palabras para sumergirme en mis pensamientos.

—Ahora bien, si descubro que es infeliz, no podré resistirme a intervenir.

—Está bien. Pero antes deberás oír mi propuesta.

—¿Su propuesta?

—Ya habrá tiempo para eso —sonrió de forma leve—. Ahora disfrutemos de nuestro último día como compañeros de guerra.

Asentí y removí las ascuas de la fogata, que habíamos hecho para calentarnos.

—¿Qué harás con esas muñecas si no la encuentras?

Miré hacia el saco que me había acompañado todos estos años, donde llevaba la prueba de que siempre la llevaba en mi mente.

—Supongo que… no lo sé. No lo había pensado —Negué con la cabeza—. Porque sé que la encontraré.

Hallaway resopló.

Unos minutos después ambos nos dormimos.

Al día siguiente, conocería a la familia de Hallaway.

25. Owen

Londres, aquella ciudad que me vio nacer y crecer en sus peores calles, aquellas en las que había perdido todo lo que amaba, nos recibió con el bullicio normal de una tarde de domingo.

Los carruajes iban y venían, algunos transeúntes nos miraban con curiosidad y otros, con orgullo. No había olvidado ese olor húmedo cargado de recuerdos.

Las tiendas seguían abiertas, con escaparates abarrotados de telas, sombreros y utensilios de cobre que brillaban al sol de la tarde. Los vendedores anunciaban sus mercancías mientras los niños correteaban entre los carros y los caballos.

Un hombre, subido sobre una caja de botellas vacías de leche, se dejaba los pulmones vociferando y repartiendo panfletos a todo aquel que se acercaba, curioso.

Hallaway y yo nos miramos y los dos decidimos escucharle.

—¡Protejan a sus hijas! ¡Nobles y plebeyos, protejan a sus hijas! ¡La muerte no distingue entre clases! ¡Proteged a vuestras hijas!

Vi la fuerza con la que Hallaway se aferraba a las riendas de su caballo.Sabía que tenía tres hijos, dos de ellas mujeres, así que lo que ese hombre anunciaba debió de preocuparle.

—Un loco que quiere entretener —dijo con aparente despreocupación—. Con la perspectiva del fin de Napoleón deben de buscarse otra cosa de la que hablar.

Su tono no me convenció.

—Vamos. Quiero abrazar a mi familia. A este paso no estoy seguro de si me reconocerán.

Sonreí ante su exageración, pues a diferencia de mí, él había regresado a casa hacía dos años, antes de continuar con nuestra misión.

Animamos a nuestros caballos a avanzar, pero no pude evitar arrebatar un panfleto que alguien alzaba. Solo me costó un insulto, pero al fin pude leerlo.

¡ATENCIÓN, VECINOS DE LONDRES!
¡RESGUARDEN A SUS HIJAS, EL PELIGRO ACECHA!

Un monstruo se mueve entre nosotros.
Ya se han hallado los cuerpos de cinco mujeres, con ojos abiertos al horror y manos frías.
Según los testigos, un hombre de capa negra y de pasos silenciosos, acecha en la niebla de las calles. Nadie está a salvo.
Si ven una silueta extraña entre las sombras, no se acerquen ni un instante.

Aparté la mirada del escrito al escucharlo gritar de nuevo, mientras nos alejábamos:

—¡Padres y madres, mantengan a sus hijas dentro! ¡Cierren puertas y ventanas con llave! ¡No permitan que el monstruo toque sus hogares! ¡La última ha sido la mismísima hija del barón Rochester! ¡Nadie está a salvo! ¡Nadie!

El ambiente se volvió frío ante tales advertencias. Los rumores y resoplidos se extendieron por la calle. Desde mi altura podía ver cómo aquello se expandía como una bandada de pájaros. Rostros que se transformaban; mujeres que miraban a su alrededor como si cualquiera que las rodease fuera esa maldad que acechaba, personificada en cada uno de los hombres que bajaban la mirada como si fueran culpables por su sola existencia.

Resoplé. Dudaba de que cualquiera de ellos sobreviviera a los horrores de la guerra al ver su temor por un simple rumor, y regresé la mirada al papel.

Quien tenga información acuda sin demora a Bow Street, donde Samuel Pike, el mejor runner[5] de Londres, anotará cada detalle.

Samuel Pike.

Ese nombre tintineó en mi cabeza, trayendo consigo un lejano recuerdo.

En el ejército se hablaba de un sanguinario soldado apodado «el astuto», por prever cada movimiento de su contrincante o incluso de un pelotón entero.

Nunca lo conocí, pero su nombre había llegado hasta mí a base de historias y hazañas de ese soldado ya retirado.

Seguí a Hallaway el resto del camino hasta llegar a una imponente fachada en Berkeley Square, en la zona de Mayfair.

—Bienvenido a mi humilde hogar —dijo él.

—Creo que su definición de humilde no concuerda con la mía, milord.

Hallaway me miró resignado.

Al fin parecía haber entendido que no iba a dirigirme a él de otro modo.

Si algo me había quedado claro a lo largo de mi vida, era lo distantes que eran su mundo y el mío. Que lo tratara como un igual, solo haría sentir incómodos a los que nos rodeaban. Incluso podrían dudar del respeto que le debían si se dejaba llamar amigo por alguien como yo. Un teniente, sí, pero uno que no había comprado su título, uno que venía desde abajo. Entonces, me pregunté si en algún día el honor valdría más que el dinero en esa sociedad.

En cuanto nos bajamos de los caballos, un mozo apareció por un lateral como por arte de magia.

—Señor —dijo nada más antes de arrebatarme las riendas de mi fiel compañero.

Un segundo después, un mayordomo abrió la puerta y, con una reverencia y una sonrisa, recibió a su señor, encantado.

—Bienvenido, milord, y…

El mayordomo me miró de reojo sin disimular el asombro.

—Owen Miller, sí. Puedes quitar esa cara de sorpresa —intervino Hallaway—. Ha crecido, ¿cierto?

El mayordomo asintió y me sonrió.

—No se acordará, pero…

—Claro que me acuerdo —lo interrumpí—. Usted me cortó el pelo antes de partir.

—En esos días era un muchacho llorón.

Hallaway soltó una carcajada. Y fue justo en ese instante, al verlo cerca del mayordomo, en el umbral de sus dominios, que vi su transformación. Ya no era el coronel. El vizconde de Dorset había regresado.

—Como ve, señor Binns, ahora es un hombre hecho y derecho. Partió de aquí como un muchacho sin rumbo ni destino, y ahora es un respetable teniente.

—Me alegro. Me alegro mucho.

La alegría sincera de Binns hizo que me sintiera un poco menos fuera de lugar.

—¿Dónde está mi mujer y mis hijas? Sé que a William le está yendo bien con sus estudios en Francia y que Wilma está embarazada, pero no sé nada de mi hija ni de esa mujer que se hace llamar mi esposa.

—Han ido a visitar a lady Rochester.

—¿La baronesa? —pregunté.

Los dos hombres me miraron con sendas cejas levantadas.

—Me imaginé que…

—¿No creerás lo que ese hombre ha vociferado ahí afuera? —Hallaway comenzó a desabotonarse la chaqueta del uniforme.

—De hecho… milord. La señorita Rochester ha fallecido. Por eso su hija y la vizcondesa han ido a presentar sus condolencias.

—¿Las dos? ¿Solas?

—El mozo las acompañaba.

Hallaway ignoró al mayordomo y entró hecho una furia.

—Ese muchacho no tiene ni media bofetada —espetó, indignado.

Lo observé con atención.

Parecía que ahora sí se creía las palabras de ese sensacionalista.

—Estarán de regreso para la cena, milord. Así tendrá tiempo para adecentarse. Ha sido un viaje muy largo y sabe que a la vizcondesa le gusta verlo acicalado.

—¿Acicalado, Binns? Lo que va a verme es caldeado. Siempre igual con esta mujer. —Resopló—. Que preparen un baño a mi invitado y otro para mí. Y déjale un traje de los míos.

—Con todo el respeto, señor, le quedarán gigantes. Es mucho más esbelto.

—Binns.

—¿Sí, milord?

—¿Quiere conservar su empleo?

—A veces me lo planteo.

Sonreí ante la camaradería que se traían esos dos.

—Acompáñeme, señor Miller.

Seguí al mayordomo hasta la primera planta, donde se alojaban los invitados, mientras yo iba hacia el ala izquierda, Hallaway desapareció por la derecha.

—Siempre es una alegría ver ascender a uno de los nuestros.

—Gracias, Binns.

—¿Irá a por esa chica? ¿A por Anne?

—¿Cómo lo sabe?

—La noche que pasó aquí antes de marcharse, en sueños lloriqueaba su nombre.

Me llevé la mano a la nuca y enredé los dedos en mi cabello, incómodo.

—Anne es alguien muy especial para mí.

Era algo que no me costaba admitir a pesar de los años.

—Es por eso que yo mismo intenté localizar a una niña de cabellos dorados con ese nombre.

Detuve mis pasos.

El corazón se me paralizó por un instante ante la expectativa.

—¿Qué está diciendo?

Me acerqué demasiado, pero no pareció incomodarlo. Al contrario: me dio dos ligeras palmadas en la mejilla, como a un muchacho torpe.

—Calma, señor Miller. Lo sé… y se lo diré.

Me miró como si fuera a decírmelo, pero en cuestión de segundos, su expresión cambió.

—Primero escuche la propuesta de milord. Después le contaré lo que sé.

26. Anne

Sonreí al ver a Ellis.

Los domingos era lo único que necesitaba para sobrellevar el resto de la semana. Ese día en el que era consciente de que respiraba gracias a él.

Podría odiarlo, cierto. Renegar de él. Haberlo dejado a su suerte en aquella vida nómada para la que no todo el mundo estaba hecho. Su sola presencia podría perturbarme por ser el recuerdo de uno de los peores días de mi vida. Pero lejos de mis pensamiento destructivos, ese pequeño bebé de mofletes regordetes y mirada curiosa, se había convertido en mi luz, en mi compañero, en esa boya a la que podía aferrarme cuando todo se hundía. Sin pedirlo, había formado parte de mi cuerpo durante meses. Quizá, al principio creí aborrecerlo, pero comprendí que dentro de lo malo, cabía la posibilidad de hallar algo bueno.

En pie, derecho y firme, escuchaba las últimas palabras del clérigo en esa zona alejada de la gente de a pie, en la parroquia donde el duque Montlowe se presentaba siempre con su prometida.

Su mirada embistió con la mía, lo que hizo que me tragara mi propia sonrisa. Y, por un instante, la imagen de él, oliendo mi trenza, consiguió estremecerme.

Inclinó ligeramente la cabeza, con sus labios estirados, y regresó la atención al púlpito.

A la hora de entonar el último coro, apenas me salía la voz. Me preguntaba por qué ese hombre aparecía por allí. Puede que fuera a expiar sus pecados. Esos que no me atrevería a mencionar, pues sería la acusación de alguien muy pequeño contra alguien de mucho poder, sin ni siquiera tener pruebas. Debía cerrar los ojos y seguir sobreviviendo, como había hecho hasta ese momento.

El organillo dejó de sonar y, como siempre, esperé a que los feligreses abandonaran la parroquia para disfrutar de unos míseros minutos con Ellis.

El niño dio dos toques en mi hombro y, al girarme, me quedé prendada de su amplia sonrisa.

—Hola, señorita Lovell.

Oírle llamarme así, hizo que mi piel se convirtiera en escarcha.

—Puedes llamarme Anne, Ellis —dije, mientras intentaba esconder mi tristeza.

—Montlowe ha dicho que es una falta de educación. Tengo que dirigirme a las señoritas por su apellido.

—Entiendo —respondí con una fingida sonrisa—. Estás hecho todo un caballero.

Se sentó a mi lado y, con un suave gesto de sus pequeños dedos sobre mis manos, consiguió derretir el hielo que él mismo había traído sin saberlo.

Sus pies colgaban del banco y comenzó a balancearlos. Le hice cosquillas en la mano y él terminó por inclinarse y apoyarse en mi hombro. Esa sensación de cercanía, la que pensaba que había desaparecido al llamarme de ese modo, me llenó de toda la energía necesaria.

«Lo estás haciendo bien», me dije. «Es lo correcto».

Cerré los ojos con dureza cuando la imagen de una mujer arrastrada por el suelo con un collar de tortuga me miró con la súplica retratada en los ojos. Como si yo pudiera ayudarla.

Mis lágrimas amenazaron con salir, pero en su lugar deslicé mi brazo sobre Ellis y lo atraje más hacia mí, como si fuese posible.

—Ellis…

—¿Estás triste?

Pestañeé varias veces al encontrarme con su rostro muy cerca del mío. Sus manos tomaban mis mejillas y las apretaban, haciendo que mis labios se fruncieran.

A veces era un problema que ese niño supieraleerme tan bien.

—Estoy feliz de verte —repliqué en un balbuceo, al no poder mover casi los labios.

Él sonrió.

—Pareces un pez.

Pinzó mis labios con su pulgar e índice y volvió a reír.

—Dime —dije al tomar sus manos—, ¿estás bien? ¿Ese duque te sigue tratando bien?

Ellis asintió, lo que me envolvió en un abrazo de alivio.

—¿Has visto algo raro en él?

La pregunta salió sin permiso de mis labios y me maldije por ello.

—¿Raro?

—Olvídalo, no le des importancia.

—¡Ah! —De repente, se levantó y hurgó en su bolsillo—. Te he dibujado esto.

Ellis desdobló un papel con entusiasmo. Luego me lo pegó tanto a los ojos, que tuve que separarme unos centímetros para poder enfocarlo.

Mi boca se secó.

Abrí los ojos con espanto y retuve el aire.

—¿No te gusta? —preguntó—. Sé que el duque dibuja mucho mejor, pero estoy aprendiendo. La tortuga de su cuello me ha quedado bien, creo. Aunque según la señora Johns, parece una manzana aplastada.

—¿Él te ha hecho dibujar esto?

—No se lo digas. —Miró hacia atrás— . Pero es que siempre va con un cuadernillo y, el otro día lo dejó en la biblioteca para recibir a una visita, y lo vi. Pensaba que te gustaría. Quizá algún día puedo dibujarte a ti.

Mis manos comenzaron a temblar. Cogí el dibujo y lo doblé, porque no quería destruirlo frente a él. Lo apreté en mi mano y luego lo tomé de los hombros.

—Jamás debe enterarse de que has visto ese cuadernillo.

—Pero…

—Jamás.

—Me haces daño.

No había sido consciente de lo fuerte que lo había apretado.

—¿Me lo prometes?

Antes de que contestara, una mala sensación recorrió mi nuca y erizó mi piel.

Un paso.

Un carraspeo.

—¿Todo bien? —La voz grave del duque caló mis huesos.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—Debemos irnos —añadió.

Ellis me dio un rápido beso en la mejilla y, tras susurrarme «lo prometo», tomó la mano de Montlowe y, con todo el dolor de mi corazón, lo vi partir.

El resto del día tuve la impresión de que alguien me seguía, pero por mucho que mirara a mi alrededor no hallé a nadie. Era solo él extendiéndose dentro de mi memoria como una mancha de tinta que nunca seca.

El presentimiento de que Ellis corría peligro añadió una preocupación más a mi día a día. Y, por mucho que lo hubiera retrasado, por mucho que hubiera confiado, había llegado la hora de conocer al verdadero duque Montlowe. Al que se ocultaba tras esa sonrisa educada, tras sus apariciones entre los feligreses como un devoto que se mezclaba con todo tipo de gentes a pesar de su estatus.

Tenía que saber a quién me enfrentaba. A quién, en mi desesperación, le había entregado la educación de mi hijo.

27. Anne

Miré a los dos extremos de ese eterno pasillo alfombrado.

Había conseguido despistar a Richard, porque sabía que era los ojos de Montlowe en su ausencia. Cuando le comunicaba que estaba en mis días, solía comportarse de forma extraña e incómoda, como si me hubiera convertido en un bicho raro. No se lo decía por gusto, por supuesto. Era una información que Montlowe reclamaba para controlarme, para ver si alguien se había atrevido a tocarme, alguien que no fuera él. También para comprobar si estaba saludable, pues, según él, no había rostro más feo que el de alguien enfermo. Su obsesión con la belleza, con la perfección en cada detalle de su club, en las posturas en las que posaba, era demencial, aunque para algunos causara verdadera admiración.

Tomé aire mientras mis sienes palpitaban.

Nunca me salía de lo estipulado. Siempre cabeza gacha y en silencio ante lo que veía, ante lo que sentía. Pero lo que me había llevado a reaccionar así, no era por mi propio interés.

Los ojos risueños de Ellis acariciaron mi mente y fue el impulso que necesitaba para seguir.

Mis pasos se dirigieron, casi por instinto, a la puerta del estudio. Toqué ese pomo frío y empujé.

La penumbra me recibió con ese fuerte olor, uno que hacía que se me erizara la piel como si contuviera su presencia. Cerré la puerta e intenté controlar el temblor de mis manos. Pensar que él podría encontrarme era aterrador, sobre todo si era capaz de hacer lo que creía. Pero me había asegurado de que, como cada domingo, se hubiese marchado a almorzar con la familia de su prometida.

Tenía tiempo.

Tengo tiempo.

Me animé a avanzar. Sabía que, si quería conocer más acerca de ese hombre, lo hallaría en ese lugar.

El caballete del centro estaba cubierto con una sábana blanca.

Nunca me dejaba ver sus pinturas. Pensar en el motivo de esa prohibición, me hizo retroceder.

Me fijé en los cuadros apoyados contra la pared, en el suelo. Encendí una vela, con cuidado. Algo también restringido. Algo que solo él podía hacer, pues la pintura ardía rápido y los lienzos también. Un mínimo descuido bastaría para comenzar un fuego que terminaría ahogando el club en llamas.

Me agaché y acerqué la vela a uno de los cuadros. Aún estaba húmedo, como si ese mismo día hubiera terminado los últimos retoques. En él, una joven dormía sobre la hierba, iluminada por una luz cálida entre sol y sombra. Sus labios relajados y sus pestañas como abanicos, reposaban sobre sus ojos cerrados. Era hermosa, serena; quizá demasiado.

Mis dedos temblaron antes de tocar el borde. Reconocía esa postura. Ese rostro. Era el mío.

Tragué saliva. Iluminé el cuadro de al lado. De nuevo mi rostro. Los dos lunares de mi quijada, un cuerpo que flotaba en el río.

Su vestido ondeaba en el agua como si una brisa cálida lo envolviera, no como lo haría la corriente de un río. Parecía… en paz. La piel translúcida. La boca entreabierta en un suspiro. Y la mirada perdida.

La mirada…

Me acerqué más al ver algo casi imperceptible. Un ligero fruncido de ceño. Un…

Me miró.

Esos ojos se clavaron en mí. Mi corazón se hundió en el estómago. Retrocedí un paso. Luego otro. Con la respiración agitada, con el pulso descontrolado. Tropecé y caí.

Intenté que la vela no lo hiciera conmigo y, por el movimiento, la cera salpicó sobre mi mano. Tuve que contener un grito de dolor.

Asustada, con la esperanza de que nadie me hubiese oído, giré la vista hacia la puerta.

Cuando regresé la vista a ese cuadro, ya no me miraba.

Noté las perlas de sudor en mis sienes y maldije a mi imaginación. Me coloqué de rodillas, aún con la vela, y me arrastré hacia el cuadro que casi había golpeado con la espalda al caer.

Una tercera joven estaba retratada tumbada entre flores. Como si acabara de dormirse. Bella, pero vacía. Excepto por un detalle.

Me llevé la mano a la boca.

El aire se volvió arena mojada dentro de mí. En la sombra de su cuello había un collar de tortuga en un trazo sutil. Como algo que no debía atraer miradas.

—No… —susurré.

De pronto la imagen de una mujer que se arrastraba por el suelo se volvió nítida, Real. Como si yo misma la hubiera presenciado. Vi su mirada suplicante. Su boca abierta, pero sin voz. El terror. El mismo que no estaba retratado en esas posturas.

Me alejé en el momento en el que la saliva abandonó mi boca. Encendí otra vela y, otra más. Cuando tuve todo iluminado, giré los cuadros que descansaban en la pared. Y el aire dejó mi cuerpo.

Un brazalete, ese abalorio de pelo, un pañuelo, un anillo...

Todo lo había usado yo

Para él.

Mis rodillas temblaron. Quise negarme. Huir de la idea. Pero me acerqué al caballete, tiré de la sábana, y lo vi: un bosquejo a carboncillo sujeto en un lateral, y un mechón de pelo colgado de los tornillos que sostenían el lienzo.

El duque de Montlowe no las imaginaba. Las recordaba.

«El beng ha puesto los ojos en ti».

Las palabras de Mirrel se hicieron realidad.

Tapé mi boca para ahogar un grito. Unas lágrimas silenciosas empaparon mi rostro.

Era un asesino. Y cada uno de sus retratos era un trofeo disfrazado de arte.

Dios mío.

La habitación daba vueltas. Ese desagradable olor penetró en mi cabeza. La sonrisa de mi hijo se mezclaba con los gritos de mujeres indefensas. La luz se apagó en un zumbido.

Cerré los ojos.

Y entonces… vacío.

Por mucho que intenté resistirme, mi mente se entregó a la nada. Y mi cuerpo con ella.

Cuando volví a abrir los ojos, mi espalda descansaba sobre mi cama. Escuché la puerta cerrarse y me incorporé, asustada.

¿Cómo había llegado ahí?

Me llevé la manta hasta las cejas, controlando el temblor de mi cuerpo.

Lo peor no era saber cómo había llegado allí. Sino la pregunta de quién me había llevado.

28. Owen

Lady Hallaway y su hija clavaron sus ojos en mi presencia en cuanto entré al comedor, para mi gusto, demasiado ostentoso.

—Buenas noches —me animé a decir, ya que nadie más lo hizo. Miré a mi alrededor y no vi rastro de Hallaway—. Soy el teniente…

—Sabemos quién es —interrumpió la vizcondesa.

Se acercó y, para mi sorpresa, tomó mis manos.

—Gracias por no abandonarlo. Sin usted quizá no lo hubiéramos vuelto a ver.

—No esté tan segura. —Siempre se me había dado mal aceptar cumplidos—. El coronel es como la mala hierba, cuesta deshacerse de ella.

La hija de los vizcondes sonrió tras su madre.

—Ella es la señorita Rose, nuestra hija.

Hice una ligera reverencia.

—Encantado de conocerla.

Sin querer me quedé prendado en sus ojos azules. Era extraño ver la hermosura femenina después de haber convivido con hombres la mayor parte de mi vida. Como un estúpido, me sudaron las manos.

—El placer es mío, señor Miller. Debe de estar agotado después de haber aguantado a mi padre tanto tiempo.

Volvió a sonreír, pero su rostro cambió cuando se fijó en mi cuello.

Incómodo, me subí el pañuelo todo lo que fue posible. Ella bajó la mirada como si hubiera hallado algo interesante en los hilos tejidos de la alfombra.

De pronto, recibí dos fuertes palmadas en la espalda.

—Veo que ya conoces a las damas de esta casa —dijo Hallaway.

Asentí sin decir nada.

La vizcondesa se acercó a su marido y le propinó tal bofetada que juraría haber visto los candelabros moverse.

—¿Cómo se te ocurre llegar hace horas y no decirme nada? —espetó lady Hallaway.

Rose se dio media vuelta, como si supiera lo que sucedería a continuación.

Un segundo después, antes siquiera de que el coronel pudiera frotarse la mejilla dolorida, la vizcondesa lo besó.

Como había hecho la señorita Hallaway, seguí su ejemplo y me giré.

—Winifred, guarda tu temperamento para luego, tenemos invitados.

El coronel se aclaró la garganta para invitarnos a tomar asiento.

No pude ocultar una sonrisa.

Y yo que tenía en mente que nadie dominaría a alguien como él.

Me miró con cara de pocos amigos, como si me hubiera leído el pensamiento. Luego me indicó cuál era mi sitio.

—Pareces otro —comentó en el momento en que nos sirvieron el primer plato—. No hay nada como agua caliente y una pastilla de jabón. Veo que Binns también te ha cortado el pelo y afeitado. Resulta que eres rubio. ¿Quién lo hubiera dicho?

Entrecerré la mirada ante su exageración, y él sonrió.

—¿Verdad que es apuesto, Rose?

Tanto la señorita Hallaway como yo, nos vimos sorprendidos ante la pregunta, aunque fue ella la primera en desviar la vista. Ganó color en el rostro, mientras que a mí se me secaron los labios.

¿Qué demonios, Hallaway?

—Sí, padre… es muy apuesto. —La última palabra fue apenas un susurro.

—¡Rose! —Lady Hallaway la miró escandalizada.

Fijé mi vista en el plato y me llevé la cuchara a la boca con la imperiosa necesidad de hacer algo.

Lo había decidido. Iba a matar a Hallaway. Así que le devolví el revés.

—¿Cómo está la baronesa? No la conozco, pero no puedo evitar preocuparme por alguien que ha perdido a un ser querido.

Enseguida percibí que el coronel apretaba los cubiertos.

—Es una tragedia —replicó lady Hallaway—, una verdadera tragedia.

—Ha sido ese asesino.

—¡Rose!

—Todos lo niegan, como si así dejara de ser real. Pero negar lo evidente solo nos pone en peligro —sentenció la hija.

El coronel iba a fundir sus manos con los cubiertos. Lo conocía. Estaba haciendo un trabajo de contención de primera.

—Lady Rochester está destrozada. Nunca hubiera imaginado que su dulce y hermosa hija fuera a acabar de esa manera. Este año era su debut.

Lady Hallaway se llevó el pañuelo a los ojos y con la otra mano estrujó la de su hija.

—Entonces —Hallaway dio un golpe en la mesa—, ¿por qué demonios se os ha ocurrido ir solas y regresar de noche? ¿Es que en mi ausencia habéis perdido la cordura?

Está bien. Había jugado sucio. Había abierto la caja de Pandora de forma innecesaria. No me sentí orgulloso, pero al menos conseguí desviar la atención.

—Si yo hubiese muerto, me hubiera gustado que la baronesa y su hija visitaran a madre —añadió Rose.

—Si tú hubieses… No quiero ni pensarlo —El coronel respiró como un animal enjaulado—. Si lo pienso, me hierve la sangre. Es por eso que necesitas protección. Un marido que no te deje hacer estupideces.

El coronel se levantó.

—Debo saberlo ya.

—¡Padre!

Demonios. Había metido la pata hasta el fondo.

—Owen, acompáñame. Necesito aire.

Me disculpé con las damas y lo acompañé.

Él caminaba por el balcón de un lado a otro. Cuando lo hacía de ese modo, como si pudiera atravesar el suelo con la suela de sus zapatos, solo significaba que me caería una monserga de las suyas.

—Esta es mi propuesta. Cuanto antes lo sepas, será lo mejor para ambos. No creas que ha sido algo precipitado. Llevo meditándolo meses.

Lo escuché con atención, sin saber a qué atenerme.

—Quiero que te cases con mi hija.

No le faltó claridad. Por un momento, todo se quedó en silencio. Mi cuerpo parecía pesar al menos cien kilos más y mis dedos se agarrotaron de forma extraña.

—¿Cómo…? ¿Cómo me propone algo así? ¿Era eso lo que tenía que decirme? ¿Desde cuándo lo ha planeado?

—Sería el último escalón que subirías, Owen. Serías el yerno de un vizconde. Y he visto cómo has mirado a Rose, incluso tus nervios florecer cuando te ha dicho un cumplido. —Tomó aire—. Piénsalo. Es lo mejor que te puede suceder dadas tus circunstancias.

—Pero sabe por qué lo seguí. Por qué quise vivir y convertirme en quien soy ahora.

—Sé realista. Esa niña a la que tanto adoras es solo una añoranza. Un recuerdo del que ya es hora que te desprendas.

Sus palabras fueron como manos heladas que apretaban mi corazón.

Di un paso hacia él y lo encaré.

—Ella no es un simple recuerdo que se pierde o se olvida. Ha sido el refugio de mi mente en un mundo de guerra y muerte. Mis ganas de vivir. ¡Mi propósito! ¿Cómo insinúa que la olvide?

Sonreí con amargura, alucinado de que no lo comprendiera.

—Perdóname. Eres como un hijo para mí y no quiero que pierdas lo que has conseguido por una idealización absurda. Tenía la esperanza de que quisieras mirar hacia adelante. —Suspiró—. Pero te conozco. Conozco tu corazón y tu determinación. Ha sido estúpido por mi parte pensar que querrías algo diferente.

Resoplé y relajé los hombros

Quizá esa fue la primera vez que me pedía disculpas.

—Ya que no deseas la mano de mi hija, al menos déjame ofrecerte un trabajo.

—Milord…

—Necesito a alguien de confianza. Es lo único que te pido, y no aceptaré un no por respuesta. Precisas de un sustento.

—He ahorrado…

—¿Te crees que no lo sé? En lo único que te has gastado el dinero es en esas malditas muñecas. ¡Pero ni con lo ahorrado, ni con la media pensión de tu rango, tendrás suficiente si quieres ofrecerle una vida mejor a esa mujer! ¿Cuánto duraréis sin mayores lujos? ¿Cinco años? ¿Seis?

—¿Está seguro de que no está siendo compasivo de nuevo? Acabo de rechazar la mano de su hija y aun así…

—Aun así, te he visto crecer. ¿Qué clase de persona crees que soy? Estoy ya mayor, Owen, y necesito a alguien de confianza que administre mis terrenos. Alguien en quien mi hijo, el futuro vizconde, también pueda delegar. Solo puedo confiar en ti.

Suspiró. Y se recolocó el pañuelo, mientras yo lo miraba fijamente.

—Me sabe mal reconocer que mi anterior administrador fue descubierto falsificando contratos de arrendamiento y cobrando de más. En cuanto me llegó la misiva supe que te quería a ti.

—Pero…

—Dijiste que querías establecerte. No hay mejor lugar que Dorset para vivir. Y sé que podrás permitirte una buena vida. —Bajó la voz—. Y quizá, si no encuentras a Anne, podrías darle una oportunidad a Rose. Nadie adora Dorset tanto como ella.

—Me ofrece demasiado. No puedo aceptarlo.

Estrechó mi mano.

—Es lo menos que puedo hacer por haberme salvado la vida. —Luego añadió con calma—: Ve, asiéntate y búscala.

29. Owen

Dorset me recibió con el canto de las olas, con la ligera brisa cálida y el aroma a sal, a libertad.

Solté una mano de las riendas de mi caballo y la llevé al cuello, molesto por el sudor en esa cicatriz que aún picaba y me recordaba que había conseguido salir con vida.

Tardé más de lo esperado al seguir el carruaje que trasportaba mis cosas. Artefactos y muebles que Hallaway me hizo creer que eran necesarios. Un baúl con ropa nueva y recién confeccionada por el sastre preferido del vizconde. Aún me sentía incómodo al usar otras telas que no fueran las de mi uniforme reglamentario, pero, al fin y al cabo, debía acostumbrarme.

A lo lejos, había dejado atrás un pequeño pueblo de pescadores, bajo esos acantilados de caliza blanca que se alzaban, imponentes, como muros impenetrables.

Cuando llegamos a la modesta casa me bajé del caballo, sacudí mis botas y abrí la puerta de una madera acorchada por la humedad.

—Bienvenido a Lulworth Cove, señor —dijo el mozo al que Hallaway había encomendado acompañarme a instalarme.

—Gracias, Benjamin.

Juntos bajamos las cosas del carruaje y, poco a poco, me ayudó a colocarlas.

—¿No le parece que está demasiado aislado? —me dijo con la última carga.

—Lo prefiero al bullicio de Londres. Llevo demasiado tiempo escuchando gritos y estallidos; el silencio del mar y del viento, sin embargo, puede calmar hasta las almas más agitadas.

Benjamin frunció el gesto, como si no tuviera sentido lo que acababa de decir. Para cualquier otro el mar sonaba, el viento

silbaba, sin embargo, para mí, aquello era silencio, paz.

—Pronto conocerá a los lugareños. Son bastante curiosos. Como comprenderá, no se suelen ver caras nuevas por aquí.

Asentí.

—El cottage de los Hallaway está tras esa pradera, rodeada de esos árboles que aportan algo de privacidad, pero no suelen venir mucho. Allí se encontrará al señor y la señora Ross, los cuidadores en ausencia de los vizcondes. Son como de la familia.

Intenté ver más allá de los árboles por si conseguía distinguir la silueta del cottage, pero no alcancé a visualizar nada.

Me llevé a la boca un caramelo de anís y me tragué su frescura mientras Benjamin seguía con sus explicaciones.

—Al final del sendero, en la zona sur, se encontrará con los campos de trigo, uno de los más resistentes del lugar. El señor Hyde lo llama: «el trigo de invierno». Rinde más y aprovecha las lluvias de otoño, a pesar de que aquí arriba no es de las zonas más fértiles. Tendrá suerte de verlo; sus espigas están verdes y esbeltas en esta época.

Asentí, esperando no olvidarme de nada.

—Al norte, más cerca del acantilado, se encontrará con los señores Davies, una familia de ganaderos, con tres hijos revoltosos. Si oye campanillas, no se asuste, son sus ovejas.

—¿Tienen permiso para pastar en todo el terreno? —pregunté. Como administrador, debía enterarme de cada detalle.

—Así es, salvo cerca del cottage de los Hallaway. El antiguo administrador habrá dejado todo anotado. Si no, tendrá que descubrirlo usted mismo.

Tragué saliva. ¿Y si aquello era más difícil que luchar contra los franceses?

—A su izquierda, tras ese estrecho sendero, hallará a las hermanas Taylor, cada una en su casa, y mejor que sea así. No quiere estar en una de sus discusiones. Se dedican al cultivo local y resistente, que luego venden por la zona, sobre todo a los pescadores: nabos, coles, a veces guisantes.

Achiné los ojos al tratar de enfocar a una señora que se acercaba apresurada, precisamente desde el área de las Taylor.

—Oh, no, aquí viene. Si no me necesita más, me marcho —dijo el mozo de forma atropellada.

—Pero...

—No se preocupe, todos suelen ser puntuales en sus pagos y adoran a los Hallaway —Sonrió apurado—. En fin, que tenga buen día.

Benjamin se subió al caballo, dio la orden al animal, y esa fue la primera vez que vi a una carreta desplazarse tan rápido.

—Buenas tardes —escuché cada vez más cerca—. Buenas tardes.

Tras esa señora apareció otra y, algo más lejos, otra más.

Tierra, trágame.

Me planteé si sería maleducado esconderme tras la puerta y hacer como si ahí no hubiera nadie.

—¡Alto ahí! —le gritó la segunda a la tercera, que se había adelantado, al parecer, sin su permiso.

La más cercana a mí miró hacia atrás como si quisiera comprobar la distancia y, al regresar la mirada, se torció el pie y cayó al suelo.

—¡Te pasa por querer ir siempre por delante! —gritó la más regordeta.

Resoplé y froté mis ojos. No podía dejarla allí.

A prisa me acerqué a la que yacía en el suelo y me agaché a su lado.

—¿Se encuentra bien?

—Ehm... —Tosió varias veces. Me miró, apartó la mirada y, de nuevo, volvió a mirarme—. Tengo tobillos de mantequilla, no se preocupe. ¿Está preocupado?

Levanté una ceja y sonreí, pero la mujer estuvo cerca de desmayarse.

—Cuidado, ¿está mareada? Quizá por la caída. —Tanteé su tobillo y esta lanzó un grito al cielo—. Perdón por el atrevimiento, solo quería comprobar su estado.

En la guerra no había tiempo para miramientos; si alguien se lesionaba, no se preguntaba, se actuaba. Supongo que tendría que mejorar mis modales.

—¡Quite esas sucias manos de mi insoportable hermana!

Alcé la mirada hacia la recién llegada y esta me asestó un golpe en el rostro con un manojo de hierbas. Tomillo, para ser exactos.

—Solo intentaba ayudarla —me expliqué.

—Oh —dijo la última en llegar, a la vez que se llevaba las manos a la boca—, ¿pero qué le has hecho en la cara, Bonnie? Nunca había visto un estampado rojo de tomillo. Por eso mamá siempre decía que eras la más bruta de todas.

—Las tres sabemos que tú eras la mimada —dijo la lesionada.

—Soy...

—El nuevo administrador —dijo la del tomillo—. Sabíamos que llegaría hoy.

—¿Y a qué les debo su visita? —pregunté incómodo, ante esos tres pares de ojos que me examinaban atentos.

—No se haga el condescendiente con nosotras. No nacimos ayer. —La mujer se cruzó de brazos y frunció el ceño—. Por muy apuesto que sea, no conseguirá engatusarnos como no lo hizo ese carcamal de Peters. No es una visita cordial. Venimos a advertirle.

—Entiendo. —Esa mujer tenía más genio que Napoleón—. ¿Advertirme sobre qué exactamente?

—Como abuse de los arrendatarios, como pida algún tipo de comisión o eleve el precio sin consentimiento del vizconde, lo sabremos. Así que ándese con ojo.

—No haré nada de eso.

—Ya veremos —dijo Bonnie, que me miraba con sospecha.

—Tiene un rostro amable, no creo que...

—Cierra la boca, Brenda —dijeron las otras dos hermanas casi al mismo tiempo; no logré diferenciar las voces—. Tu inocencia nunca nos ha traído nada bueno. Lo del acantilado fue tu culpa.

—Otra vez lo del acantilado no —espetó la otra a la par que se levantaba del suelo.

—Bueno... —Me aclaré la garganta. Como había dicho Benjamin, yo tampoco quería formar parte de esa discusión—. Me doy por advertido.

No estaba seguro de que me hubieran escuchado, pero aproveché el pleito para retroceder, muy despacio, como un tigre que acechaba a su presa, solo que yo no quería cazar, solo huir.

Sin apenas respirar, conseguí escabullirme mientras hablaban de acantilados y tragedias.

Lo mejor sería mantenerme alejado de esas señoras.

Caminé unos minutos, siempre vigilando mi retaguardia por si me hubieran seguido, hasta que llegué al acantilado.

Me asomé y, por un instante, me maravillé tanto con las vistas, que mi piel se erizó de la impresión, de lo minúsculo que me sentí.

Cerré los ojos y respiré.

Hacía tiempo que no disfrutaba de la pureza de un aire así de limpio, de vivo.

Mis ropajes danzaron al ritmo que marcaba el viento hasta que un silbido, seguido de unos ladridos, atrajo mi atención.

Miré hacia atrás e hice que mis manos taparan el sol de mis ojos para ver quién se acercaba.

Si eran aquellas mujeres, no descartaría lanzarme.

Sonreí ante mi estupidez y al fin logré ver a un señor mayor acompañado de un perro que, si se sostuviera sobre sus patas traseras, alcanzaría mi altura.

—¿Quiere matarse? —preguntó el recién llegado.

—Solo admiraba las vistas.

—¿Está ciego? ¿Por qué demonios tiene que acercarse tanto al filo?

—La verdad es que gozo de buena vista. Quería ver la caída. ¿Cuánto cree que...?

—Unos cuatrocientos pies

Lo examiné con atención y, al final, llegué a una conclusión.

—Usted debe de ser el señor Hyde.

—¿Cómo lo sabe?

—Lleva un trigo en la boca.

—Entonces, usted debe de ser el nuevo administrador.

—¿Por qué lo dice?

—Porque parece más perdido que una de las ovejas de los Davies en un baile de palacio. —Sonrió—. Aléjese de ahí, se me descontrolan los nervios. Hágame el favor.

Accedí a su petición y estreché su mano

—Soy Owen Miller

—Señor Miller, espero que cuide estas tierras.

Quise preguntarle un par de cosas, pero no me dio opción. El hombre se marchó por donde había venido, casi como si ese encuentro hubiera sido producto de mi imaginación.

Regresé a casa, con la esperanza de que las Taylor hubieran dejado el campo despejado. Por un momento las manos me sudaron, como si encontrármelas fuera lo mismoque enfrentarme, cara a cara, a un trío guerrero del que nadie lograba escapar.

Terminé de colocar mis enseres, cené un poco de queso con algo del pan que había traído y se había quedado correoso por el camino.

Revisé los papeles del anterior administrador, los ordené y durante toda la noche, estuve aprendiéndome los terrenos, dónde colindaban, las reparaciones que se habían llevado a cabo, el mantenimiento de los senderos y demás, hasta que las palabras de Binns, antes de que dejara Londres, regresaron a mi cabeza:

—Usted dijo que se la habían llevado en un carruaje tirado por burros y que hablaban con un acento raro. Eso fue lo que me llevó a oír, hace unos años, una historia sobre una jovencita a la que llamaban gadjo y que bailaba de maravilla, como usted también me había comentado. Vivía con un grupo de romaníes en el bosque de Epping. Intenté averiguar el nombre de la señorita, pero fue en vano. Cuando más cerca estuve de lograrlo, el nuevo dueño de los terrenos del bosque los echó.

—¿Sabe adónde se marcharon?

—Solo sé que ella no fue con ellos, pues un romaní llamado Alifair... ¿Alifar? No me acuerdo de su nombre, pero estuvo preguntando por ella en las ferias, por la gadjo *bailarina, hasta que un día dejó de hacerlo. Sin embargo, encontré a una mujer, una adivinadora.*

—Binns, por el amor de Dios, no creerá en esas cosas.

—Por supuesto que no, pero sé que ella también había formado parte de los romaníes del bosque. Quizá ella podría ayudarle a encontrarla.

30. Owen

Chigwell, aquel poblado cerca del bosque de Epping, con sus calles vacías por la hora temprana, me vio venir. No fue difícil encontrar la taberna de un tal Robert donde trabajaba Merril, la pitonisa. Intenté abrir la puerta y, como era de esperar, estaba cerrada.

Debía haber llegado más tarde.

Llamé un par de veces por si la suerte me acompañaba, pero nadie me abrió. Me alejé unos pasos mientras pensaba en qué podría ocupar mi tiempo, hasta que alguien diera señales de vida. Me senté en el escalón de piedra de la entrada y las primeras almas comenzaron a salir a hacer recados o a pasear. Fue en ese momento, cuando caí en la cuenta de que, quizá, mi atuendo llamaba la atención, ya que todos me miraban como si no perteneciera a ese lugar. Estiré mi traje, me levanté y sacudí mi trasero.

Había optado por la mejor vestimenta pues, esa misma tarde, el coronel me había invitado a la casa de uno de sus amigos con el que también compartimos campo de batalla. Al parecer sería una pequeña reunión de infantería, no solo como un reencuentro, sino para celebrar los avances de la armada contra Napoleón. El emperador caería tarde o temprano.

De nuevo llamé a la puerta y al fin alguien abrió.

—Aún no abrimos, pero puede pasar —dijo un sujeto de buena envergadura.

—¿Señor Robert? —Pregunté sin poder evitarlo. Tampoco quería evidenciar mi entusiasmo, pero solo la posibilidad de obtener algo de información de Anne me llenaba de vida. Y todo gracias a Binns. Si él no hubiera hecho sus investigaciones, mi trabajo de búsqueda habría ido a otro ritmo, desde cero sin ir más lejos.

—¿Quién lo busca? —preguntó él tras asomar la cabeza a la calle y mirar hacia un lado y otro.

—Soy Owen Miller.

—¿Se supone que debo reconocer ese nombre? —Me indicó que pasara con un gesto.

—Claro que no. —Sonreí de forma forzosa—. Quería hablar con Merril. ¿Sería eso posible?

—¿Tan desesperado está por una lectura? Es cierto que vienen de todos los lugares de Inglaterra, pero no a estas horas. Merril trabaja a partir de la hora del té.

—Sí, la verdad es que estoy algo desesperado. Busco a mi amiga.

—¿Su amiga?

—Anne, Anne Lovell. ¿La conoce por casualidad?

—Márchese. Aquí no le podemos ayudar.

Que se cerrara de esa manera me hizo sospechar.

—Sabe de quién le hablo, ¿cierto?

—No, no lo sé. Así que, si no viene a gastarse los cuartos en bebida, ya sabe dónde está la puerta.

—De acuerdo —respondí en apenas un murmullo.

Me encaminé hacia la salida sin ninguna intención de marcharme. Había visto otra puerta a la izquierda de la que colgaba un amuleto. No había que ser muy inteligente para saber que, tras esa madera, la pitonisa atendía a sus clientes.

La abrí de par en par y grité:

—¡Merril! ¡Señora Merril!

Robert llegó tras de mí, pero me alejé antes de que me atrapara.

—¡No puede hacer eso! —me reprendió.

—¡Señora Merril! Busco a Anne, Anne Lovell.

—¡Salga de aquí ahora mismo! —insistió el tabernero.

Subí unas pequeñas escaleras que había hallado tras una cortina e insistí:

—¡Señora Merril! Busco a la gadjo.

Al fin la vi. Trenzaba su eterno pelo, sentada sobre un camastro de sábanas revueltas.

—¿Cómo se atreve a subir a mi lugar de descanso? Robert, ¡explícate!

No lo dejé hablar.

—Sé que conoce a la gadjo. Necesito que me diga todo lo que sabe.

—No puedo —Se ató el final de su trenza.

—Márchese —insistió Robert—. Solo nos traerá problemas.

—¿Por qué? ¿Qué es eso que no me pueden decir? Solo quiero ayudarla, si es que lo necesita.

No me pasó desapercibida la mirada que la pitonisa le echó al tabernero, casi como si pidiera permiso.

—Merril, no.

—Pero...

Robert me agarró por la espalda sin saber mi rango militar ni lo que había vivido. Como un acto reflejo, lo tomé del cuello y lo tiré al suelo.

—Lo siento —dije al tabernero que tosía con angustia.

Me acerqué a Merril y tomé sus manos.

—Por favor, hice una promesa.

En ese momento, ella cerró los ojos y dobló el cuello hacia atrás hasta que sus pestañas miraron hacia el techo.

Me apartó las manos, como si fueran de fuego, y se levantó de un aspaviento.

—¿Cómo dice que se llama?

—Owen. Owen Miller.

—Owen... Así que eres a quien ella lleva añorando todo este tiempo. Pensaba que eras un invento suyo.

Sus palabras perforaron mi corazón y un nudo se formó en mi garganta.

No se había olvidado de mí.

Se aproximó a su secreter mientras Robert aún seguía en el suelo frotándose el cuello. Su movimiento fue rápido, fugaz, como si no quisiera que él se enterase de lo que hacía.

—Será mejor que se marche.

Me plantó una de esas bolsitas-amuleto sobre el pecho y comprendí.

No dije nada. Agradecí con un leve cabeceo y me marché.

Respiré el aire de la mañana, pero aun así, no conseguí llenar mis pulmones por la angustia.

Abrí la bolsita y extraje una pequeña nota.

Tragué saliva y leí:

Un caballero distinguido. Fuma pipa que huele a cuero. La siguió durante meses. No volvió a aparecer por aquí y Anne… tampoco.

31. Owen

Llamé a la puerta del hogar de los Hallaway. Binns me abrió enseguida

—Buenas tardes, señor Miller. —Miró hacia ambos lados de la casa y luego susurró—: ¿Ha averiguado algo?

Asentí intrigado.

—¿Por qué susurra?

—Será mejor que la vizcondesa no se entere de que está aquí. —Se colocó las manos en la boca como si fueran un instrumento de viento—. Sabe que ha rechazado a su hija.

—¿Cómo se ha enterado? —Di un paso atrás, por si acaso. Esa mujer derramaba un carácter capaz de destruir más que una tormenta; lo mejor sería no tentar a la suerte.

—No hay nada que no consiga sonsacarle al vizconde. Parece de porte regio, pero, entre nosotros, —Sonrió— su mujer lleva los pantalones.

Ambos reímos, pero la presencia del coronel frenó nuestro jolgorio.

—Vámonos ya. En esta casa hay más trampas que en Badajoz.

Hallaway pasó por mi lado y se subió al carruaje que nos esperaba.

Subí tras él y me acomodé.

—¿Y bien? ¿Qué tal te ha recibido Lulworth? ¿Aburrido tras tanta acción?

—Lulworth es... tranquilo. Al principio me ha resultado extraño, el silencio, la paz, pero creo que podría acostumbrarme.

—Bien. Sabía que encajarías en un sitio así. Imagino que habrás conocido a los lugareños.

—Son agradables.

—¿Qué tienes en la mente? Tengo la sensación de estar hablando con un maldito perro que parece que te escucha, pero solo piensa en comer. Y dudo que tú estés pensando en comer.

Llevé mi mano al pequeño bolsillo de mi chaleco y saqué entre mis dedos la pequeña nota. La desarrugué y se la entregué. Podía confiar en él. Dos cerebros funcionaban mejor que uno.

El coronel la leyó, la dobló y, mientras se rascaba el mentón, miró por la ventana del carruaje. Luego abrió la nota de nuevo para ojearla.

—Cuero... —dijo pensativo.

Lo miré, intrigado.

—Solo se me ocurre un tabaco con ese olor característico: latakia.

—¿Latakia?

El coronel asintió.

—Es una variante casi exclusiva, poco común fuera de las redes aristocráticas. Solo aquellos con poder y dinero pueden obtenerlo. Su precio suele ser elevado y su importación, limitada.

—Entonces...

—No hagas conclusiones aceleradas, Owen. Yo mismo lo he fumado alguna vez. Y esta nota habla de una coincidencia, nada más.

—Pero…

—Entiendo que quieras abalanzarte por cualquier puerta que se te abra, pero sé prudente. Apuntar hacia alguien de arriba te traerá problemas.

—¿Entonces me está diciendo que lo deje pasar? ¿Que ignore la pista? —Sin querer, me solivianté—. Si ese hombre se la llevó, si le ha hecho algo, yo...

—¿Por qué crees que sería algo malo? Quizá, lo único que ha hecho, es ofrecerle un trabajo o, quizá, ni siquiera se marchó con él y ha sido una mera coincidencia. Sabiendo lo

que has visto, lo que has vivido, me extraña que te concedas absurdas conjeturas.

—No lo entiende. —Resoplé—. Ella es un ángel, de buen corazón. Su inocencia y...

—¡Espabila de una vez! Ya no es una niña, Owen. Quizá es un demonio de corazón y cuerpo corrupto; quizá accedió a ser amante de ese caballero y, de ser así, ¡bien por ella! No sabes lo bien que viven las queridas de un solitario noble.

No lo pensé. Ni yo mismo lo vi venir. Me abalancé sobre él y tomé su cuello entre mis manos. Lo apreté con ira, sin contención, como si él tuviera la culpa de todos mis males.

—¡Suéltame! —logró decir con esfuerzo.

—Ella nunca accedería a algo así —solté entre dientes.

Por un segundo vi sus ojos y entré en razón. Relajé el agarre, pero no lo solté.

—Deberías saber hasta dónde lleva la desesperación por sobrevivir.

Lo dejé ir. Controlé mi temperamento, pero no lo miré.

—Solo quiero prepararte, igual que lo hice para la guerra. Debes ser consciente de todos los escenarios en los que te puedes encontrar. Con esto me refiero al rechazo. Me enfurece ver la esperanza en tus ojos.

—Pues no debería. Fue esa esperanza la que me mantuvo con vida, la misma esperanza que hizo que no lo abandonara ese día.

En ese momento, fui consciente de que el carruaje llevaba un rato sin moverse.

Hallaway sonrió con desgana. Vi descender el hueso de su garganta mientras tragaba y cómo se acariciaba el cuello dolorido.

—¿Por qué crees que te he invitado a esta aburrida reunión? No para que veas a generales jubilados y con barrigas que ni los tirantes sostienen sus pantalones. No te he traído para que los escuches hablar, ni para que te elogien por tus avances ni por tu desfachatez con Wellington en Badajoz. Te traigo porque quiero que veas algo.

—¿El qué?

—Algo de lo que no estoy seguro.

—Demonios, Hallaway, hábleme con claridad.

—No te condicionaré. Si tiene algo que ver, lo verás. Y ahora baja; al menos no hagamos el ridículo llegando los últimos.

32. Owen

La casa, menos adornada que la de Hallaway, tenía un aire sobrio y aristocrático. Una extraña opresión me sacudió; no sabía si por el comentario anterior del coronel, por el que estaba alerta, o porque los rostros que me miraban me examinaban con demasiado interés.

—Aquí está el hombre que se enfrentó a Wellington —dijo el anfitrión.

—Más que enfrentarse, creo que le exigió que acabara con la barbarie —dijo otro.

—¿Desde cuándo se permite que alguien de su rango hable así a un superior? En mis tiempos hubiera sido llevado a la horca —dijo otro.

—Caballeros, sus opiniones son variadas; sin embargo, mi invitado tiene oídos y un fuerte temperamento en cuanto a injusticias —dijo Hallaway mientras me miraba y se frotaba el cuello.

Aún no entendía qué era lo que quería que viera en ese sitio.

—Déjeles opinar, Hallaway. Vivimos en un mundo libre. Al menos para algunos.

Mi comentario consiguió elevar algunas carcajadas y murmullos.

Hallaway me presentó a veteranos y a otros que, nuevos como yo, habían logrado que sus nombres llegaran hasta ellos.

Tras varios brindis y risas falsas, aproveché para ojear a mi alrededor, pero tampoco había algo que llamara excesivamente mi atención. Busqué la mirada del coronel, pero este me ignoró.

—Esa cicatriz debe atraer muchas miradas —dijo alguien a mis espaldas.

Me giré y fue inevitable fijarme en el grabado del bastón que portaba ese caballero: una corona y las iniciales G.R., algo que solo

los *runners* llevaban.

Antes siquiera de que pudiera contestar, apareció el coronel a mi costado sin darme opción.

—¡Si es el mismísimo Samuel Pike! —Y esas palabras fueron la manera «sutil» con la que el coronel me lo presentó.

Observé al caballero: ceja partida, espalda ancha y barba cuidadosamente cortada. Como si le hubiera dedicado más tiempo a esa zona que a cualquier otra parte de su físico.

Así que ese era el mejor investigador de todo Londres.

—Milord —le dijo él al coronel—, debería decir que es un placer verle, pero sería una mentira que nadie, con una mínima inteligencia, creería.

—Siempre tan sincero —rio Hallaway sin un atisbo de diversión en sus ojos—. Escúchame, Owen: este hombre es de lo que no hay. Supongo que habrás oído hablar de él, como cualquier casaca roja que se precie.

Asentí y extendí mi mano para saludarle, pero este ignoró mi gesto sin disimulo.

—Desde que lo intentaron envenenar con un simple saludo —explicó Hallaway—, Pike no da la mano a cualquiera.

—¿Todavía cuentan esa absurda historia? Si no doy la mano es porque no me da la gana hacerlo, Hallaway. Solo se la doy a aquellos que merecen mi respeto. Ahora, si me disculpan.

—Será posible...

Hallaway miró hacia un lado y a otro, con ese rostro que intentaba disimular su sensación de ridiculez. No era la primera vez que lo presenciaba en una situación así y, con toda seguridad, buscaría a alguien a quien culpar.

En cuanto encontró a quien buscaba, me dio una palmada en el hombro y se marchó dando voces.

—Teniente Green, teniente. ¿No me había dicho que el mismísimo Samuel Pike no estrechaba su mano por...?

Con curiosidad, decidí seguir a ese *runner*. No sé por qué, pero al verlo alejarse del resto y adentrarse en el pasillo principal, tuve la inexplicable corazonada de que debía hacerlo.

Abandoné el salón con menos prisa de la que quería, debido a varias interrupciones y conversaciones de dos palabras en ambas direcciones.

Toqué a la puerta contigua y abrí al no recibir respuesta. Pero solo hallé a dos caballeros que fumaban sendos puros y hablaban de mujeres como si fueran unos sucios imberbes.

Llamé a la siguiente y luego abrí. Era la biblioteca, vacía. Iba a cerrar la puerta cuando un leve reflejo, un rostro pintado, llamó mi atención.

Supongo que no pasará nada si paso un momento.

Miré hacia un lado y al otro del pasillo. Encontrarme solo, fue el visto bueno que necesitaba para pasar. Crucé el umbral de la puerta. En ese mismo instante, el aire se quedó atascado en mi pecho. Las conversaciones que salían del salón y el tintinear de las copas y carcajadas, se apagaron hasta quedarme en un completo silencio.

Me quedé inmóvil.

No puede ser, es... imposible.

Sin embargo, ahí estaban.

Esa mirada, esos rizos oscurecidos —como su padre había dicho que sucedería, orgulloso de su sangre— y, sobre todo, esos lunares. Los dos en su quijada.

«Este eres tú, y este pequeñito soy yo. Al principio solo tenía uno, pero ahora tengo este otro. ¿Quieres tocarlo? Madre dice que pueden salirme más».

El rostro de la pequeña Anne que apareció frente a mí como una imagen borrosa, desapareció fundiéndose con ese cuadro.

—¿No acostumbra a pedir permiso para merodear por casa ajena?

Ni siquiera esa voz repentina consiguió sacarme de mi letargo.

—Ese cuadro… ¿sabe quién es ella?

—¿Acaso no me ha oído? —insistió el que reconocí como el mayordomo que nos había abierto la puerta.

—Vamos, relájese. Solo admira una pintura.

Oí la voz rasposa de Pike discutir con el mayordomo, hasta que nos quedamos solos. No por mucho tiempo, ya que el dueño de esa biblioteca se acercó a grandes zancadas.

—¿Se puede saber qué hacen aquí? —preguntó el anfitrión.

—Yo solo...

—Solo admirábamos su biblioteca.

Pike y yo hablamos a la vez, lo que hizo que nuestras miradas se encontraran.

—Entiendo que quisieran ver la sorpresa, pero deberían haber esperado como todos los demás.

—¿Sorpresa? Lo siento, no sé a qué se refiere —solté con una sonrisa impostada.

Pike miró al cuadro, luego a mí y luego al anfitrión.

—Claro, la sorpresa —dijo el *runner*—. Reconocerá que es un cuadro digno de ver. No queríamos que luego, cuando lo sacara, todos los caballeros se pusieran delante y no pudiéramos apreciarlo del mismo modo. Por eso, decidimos adelantarnos.

—No sabía que le gustara el arte, señor Pike.

—Por supuesto. Soy un gran admirador del arte, pero sobre todo si huele a pintura y hay una mujer de por medio —dijo de forma exagerada.

Yo no le creí, pero el caballero que nos observaba sí.

—Es de la colección «Almas dormidas», ¿cierto? —preguntó Pike.

O quizá me había equivocado y en verdad le gustaba.

—Sí, del misterioso pintor del que aún no sabemos su nombre —replicó el caballero.

—Es una lástima. Me encantaría conocerlo y hacerle un par de preguntas.

El semblante de Pike se tornó en una seriedad fría y calculadora, de cierto modo sorprendente.

—Sí... —agregué aprovechando la situación, a lo que él me miró con una ceja alzada mientras se cruzaba de brazos, sin ocultar su curiosidad sobre lo que diría a continuación—. Me gustaría saber quién es ella. ¿Lo sabrá usted por algún casual?

El anfitrión se carcajeó.

—Estos jóvenes, solo piensan en una cosa, ¿cierto?

—Muy cierto —respondió Pike, mirándome de reojo.

—Vamos, no te hagas de rogar y diles lo que sabes. Sé que lo estás deseando. —Reconocí esa voz.

Otra vez, Hallaway había aparecido de la nada, como un maldito espía.

El anfitrión se acercó y acarició el marco dorado del lienzo.

—Si quieren ver más de este pintor, solo los miembros del círculo de Montlowe tienen acceso. Creemos —agregó, casi en un susurro— que el duque es su benefactor. Ahora hagan el favor de marcharse. Me temo que tendrán que esperar, como el resto de los mortales, a que saque todos los cuadros.

—Por supuesto, por supuesto.

Pike me dio entre una palmada y un empujón y juntos salimos de la biblioteca.

Quise hablarle, pero antes siquiera de intentarlo, ya había desaparecido por un lado, mientras que Hallaway, tiraba de mí hacía el otro. —¿Y bien? ¿Ya sabes por qué te he traído aquí? —comentó el coronel.

—¿Cómo lo sabía?

—Tu primera borrachera. —Sonrió como si estuviera viendo mi mismísima imagen del pasado—. Dibujaste a una niña de rizos y lunares. Verte retratar así, siendo casi un crío y con lágrimas de desesperación en el rostro, me marcó más de lo que te imaginas. Me pregunto si dejaste de sentirte culpable por marcharte conmigo.

—Milord...

—Me quedé con el dibujo por tonterías mías, como cuando un hijo te pinta algo y te lo regala. Me pareció curioso, gracioso… hasta que vi el cuadro el mismo día en el que mi amigo lo recibió. Como comprenderás, tuve mis pensamientos. Quería ver si reaccionabas al verlo, antes de decirte nada. Lo que no esperaba era que husmearas por ahí solo en una casa que no es tuya. No creo haberte enseñado acciones de tan poco gusto.

Se me secó la boca. Había sido incapaz de cerrarla durante unos instantes antes de hablar. Pero antes de que lo hiciera, Hallaway extendió la mano con un papel doblado.

Era el que yo había dibujado.

—No puedo estar seguro del todo —dije a la vez que miraba mi dibujo, bastante decente para no ser artista y haber estado borracho—, pero tiene razón, juraría que el retrato que acabo de ver ahí dentro, es de Anne.

—Bien, pues habrá que dar con la modelo.

—¿Cómo? ¿Conoce al tal Montlowe?

—A mí nunca me ha gustado. Sabes tan bien como yo que, si alguien le cae bien a todo el mundo, oculta algo. No obstante, es difícil hablar con él. Apenas se le ve en sociedad, pero, cuando aparece, aquel que lo ha visto recuerda su presencia. as damas de Londres suspiran por sus malditos encantos. Ahora bien, siempre está en su dichoso club cuando no toca ninguna sesión parlamentaria.

—Pues iremos a ese club.

—Irás. No es fácil entrar. Solo se puede acceder con una invitación. No cualquiera puede conseguirla, y menos si es para dos.

—Pero tengo que conseguirlo. Si lo hago quizá... puede que esté un paso más cerca de ella.

Por un momento, me llené de esa esperanza engañosa.

—Tengo una idea, pero debes prometerme que serás prudente; que no llamarás la atención en ese club. Irás, averiguarás lo que necesites y volverás. Lo que encuentres puede no gustarte. —Se aclaró la garganta—. Sabes el tipo de vida que llevan las modelos

—Lo sé.

—Pero escúchame bien —gruñó, y me dio un golpecito en el brazo para que lo atendiera—: no confíes en Montlowe. No confíes en su círculo. Y, por Dios, no confíes en Pike más de lo necesario. Sé que ha captado tu atención, pero debes saber que ese desgraciado siempre sabe más de lo que dice. —Alzó la barbilla hacia el salón—. Vamos. Antes de que empiecen a preguntarse por qué demonios dos militares parecen estar planeando la caída del regente con vagos cuchicheos, en un mísero pasillo.

33. Anne

No había dicho nada. Durante tres días no lo había vuelto a ver, al menos cara a cara. Montlowe, ocupado con otros asuntos que no me concernían, hasta ese día. Uno que, como el año pasado, sabía que era especial para él.

No era su cumpleaños, ni siquiera el aniversario del club, pero era un día que le gustaba celebrar. Uno que, según el resto de empleados, llevaba celebrando hará unos diez años. Por lo tanto, haría una gala especial. Quizá alguna presentación de sus cuadros o, como el año pasado, traería a una cantante aclamada o extravagante de esas con voz rara, que a algunos parecía fascinar y a otros repeler.

El día anterior lo vi de lejos, mientras hacía una de mis actuaciones. Lo pillé mirándome unos segundos antes de que desapareciera de nuevo.

Era la primera vez que se distanciaba de mí tantos días.

¿Había sido él quien me descubrió en su estudio?

El hecho de pensarlo consiguió erizar mi nuca y afilar mis sentidos. Desde esa noche no había podido dormir, al menos no tranquila. La sensación de que aparecería por mi puerta me helaba la sangre y, a la vez, el deseo de oír sus pasos, me torturaba. Ese pensamiento me horrorizó más que cualquier otra cosa. Era como si... como si me sintiera mal por haberlo defraudado. Quizá había perdido su aprecio y, su ocupación, no había sido otra que la búsqueda de otra musa.

¡Soy estúpida!

¿Qué clase de insensatez poseía mis pensamientos? ¿Cómo podía sentirme así después de lo que había visto, de lo que creía saber?

—¡Richard!

En cuanto lo vi, no pude evitar detenerlo. Desde esa noche me rehuía.

—Richard, escúchame, por favor.

Su cuerpo, de espaldas a mí, se detuvo unos instantes. Giró levemente la cabeza y pude distinguir una ceja partida y la mejilla de tonos violáceos.

Retuve el aire en mis pulmones como si me fuera imposible expulsarlo.

—Richard, tú... ¿tú me viste?

Sus puños se apretaron y, sin hacer un mísero gesto que me diera una pista, una señal de que lo había hecho, se alejó.

Esa misma mañana, una nota se deslizó bajo mi puerta, tras tres toques en la madera.

Las palabras, escuetas y sin firma, retumbaron en mi cabeza.

Bailarás frente a todos los invitados acompañada de música.

¿Era un castigo? ¿Una advertencia? ¿Yo sería la atracción principal en ese día tan especial?

Al llegar la noche, el club estaba abarrotado de clientes, aquellos que solo podían acceder por invitación del mismísimo duque o de los miembros más destacados.

Montlowe, más acicalado de lo normal y con cierta euforia en sus ojos, anunció mi próxima actuación.

Lo que no me esperaba era que, antes de subir a la plataforma del salón principal, tapara mi rostro con un pañuelo de gasa, elaborado de seda negra, que olía a pintura, a él.

—Así me caeré —dije angustiada. Que me nublaran uno de los cinco sentidos me hacía sentir impotente. Las pestañas se me enredaban en la tela y me era difícil abrir los párpados.

—Hay demasiados ojos. No me puedo permitir que aprecien tu rostro; sin embargo, tus finos rasgos siguen siendo perceptibles, Anne.

Mi nombre, en su voz solemne y aterciopelada, hizo que me estremeciera de miedo y, a la vez, de algo extraño.

Montlowe tenía la capacidad de convertirse en esa luz a la que todas las polillas acudirían como si nada más existiera.

Y eso, él lo sabía.

Asentí como si no tuviera más que decir, como si hubiera caído bajo su maldito hechizo.

El nudo del pañuelo se incrustó en mis cabellos y, un segundo después, unos dedos se entrelazaron con los míos. Ahogué mi reclamo y me dejé guiar hasta la plataforma.

El silencio se hizo eterno hasta que los primeros acordes del violín dieron inicio a mi baile. Nunca había experimentado la angustia de ser vista sin ver, de bailar para ojos mudos.

Pensé en la sonrisa de Ellis esa mañana, mientras giraba, hasta que su dibujo invadió mis pensamientos. Las pinturas, rostros de mujeres, su voz...

Mis pies se enredaron.

Intenté mantener el equilibrio, pero fue en vano. Iba a caer, a defraudarlo de nuevo, y esa vez en su día especial.

Extendí mis manos a la espera del impacto, pero lo que recibí, lejos de un golpe frío y seco, fue la calidez de un abrazo.

No abrí los ojos porque esperaba hallar la mirada reprobatoria del duque. Tenía que ser él; nadie más se hubiera atrevido a tocarme en su presencia.

Pero un olor llegó a mí.

Un aroma que revolvió mi estómago y me transportó a mi infancia, a mi hogar:

Anís.

34. Owen

Recorrí la acera de enfrente una y otra vez hasta perder la cuenta… ¿o la cordura?

Necesitaba relajarme, respirar. El no saber lo que me encontraría allí dentro me frustraba y me emocionaba a partes iguales. ¿Cómo podría hablar con ese tal Montlowe si allí dentro, según las palabras de Hallaway, no se podía ni siquiera susurrar?

Saqué la tarjeta de cartón grueso y marfil que ardía en mi bolsillo, y la miré por enésima vez. Pero nada.

Seguía igual, en blanco, sin una palabra.

¿Y si a Hallaway le habían vendido gato por liebre y aquello era una jugarreta de algún desgraciado… o del propio Hallaway para darme otra lección de las suyas?

Demonios.

Ni los malditos franceses me habían causado tanta agitación.

Crucé la calle sin apartar la vista de esa puerta negra y de esa pequeña máscara sin expresión que me hacía sentir observado.

Levanté la mano para llamar. Antes de que mis nudillos tocaran la madera, la puerta se abrió lo suficiente para que corriera el aire, no para que entrara nadie.

Esperé un momento, para que quien fuera que la hubiese abierto, terminara de hacerlo, pero, tras unos minutos sin que nada sucediera, decidí dar un ligero toque y asomar la cabeza como un crío curioso.

Era la primera vez que me avergonzaba de mí mismo, ¿cómo no iba a estarlo si iba a terminar rodeado de caballeros con más títulos que Charles Howard[6]?

Un carraspeo hizo que regresara mi cabeza a su sitio. Entonces la puerta se abrió. Un hombre me recibió con una máscara

blanca. Era similar a la que adornaba la puerta. Tendió la mano y supuse que quería la invitación.

Tragué saliva y, en cuanto se la entregué, la inspeccionó y asintió.

Chasqueó los dedos y un segundo hombre apareció con una pequeña caja metálica. La abrió y el de la máscara sacó un paño húmedo. Lo pasó por mi tarjeta y acercó la vela.

—Teniente Owen Ellis Miller. Bienvenido.

De repente, me quedé solo en ese estrecho y lúgubre pasillo.

Agité la nariz debido a un olor metálico, a hierro.

Sonreí por lo idiota que había sido.

Alcé la tarjeta y al fin logré ver mi nombre en ella y un pequeño símbolo, semejante a un nudo. Jamás hubiera imaginado que usaran el viejo truco de la tintura de alumbre y roble para una simple invitación.

Ese Montlowe debía de ser algo peculiar.

Un lacayo retiró la cortina pesada que me cortaba el camino. El calor que salió de ese salón azotó mi rostro, así como un perfume desagradable y exagerado, casi amargo.

Esperé que mi expresión de desagrado pasara desapercibida, pues, lejos de impresionarme, ese lugar me ocasionaba una inexplicable repulsión.

El silencio era abrumador. Agotador, podría decirse. Tomé uno de mis caramelos y lo mordí por la opresión que apretaba mi pecho.

Nunca imaginé que pudiera echar en falta el bullicio de la guerra, hasta ese momento. Una cosa era disfrutar el silencio en la soledad de los aposentos o de la naturaleza, y otra muy distinta dejar que te envolviera con rostros que te observaban.

Sin darme cuenta ignoré todo lo que me rodeaba al quedarme embelesado en uno de los cuadros expuestos, con esa añoranza que me había provocado el primero, hasta que una voz elegante llamó mi atención.

—Caballeros, están a punto de disfrutar una de las mayores obras de arte que nos ha ofrecido este mundo.

¿Él sí puede hablar?

Así que ese debía ser el duque, quien conocía al dichoso pintor de las obras. El patrocinador artístico del club, como decían unos para no mencionar que era el fundador, el dueño absoluto.

Cada vez lo tenía más claro: se movían más excrementos en la aristocracia que en cualquier barraca de infantería.

Unos minutos después, los invitados se miraban unos a otros, expectantes. Y no lo iba a negar, su discursito también había llamado mi atención, pero yo no quería ver ningún arte. Solo acercarme a él.

Poco a poco, deslizándome entre los caballeros, llegué frente a la plataforma.

Si hubo quejas de mi proceder, nunca me enteraría.

Quizá el silencio no era tan malo después de todo.

Un tipo, claramente extranjero, comenzó a tocar el violín de una manera majestuosa, con una melodía capaz de engatusar a cualquiera. Pero, por mucho que quisiera quedarme a oír esa obra de arte —aunque un poco exagerada para decir que era la mejor—, miré hacia un lado y a otro para encontrar a ese caballero.

No obstante, como por arte de magia, había desaparecido.

Maldito violín.

Iba a escabullirme por un lateral cuando noté varios cuerpos a mi alrededor tensarse y el paso de la saliva dentro de varias gargantas.

Desvié la vista hacia la plataforma y… no pude respirar.

Una mujer bailaba con gracilidad, y pies descalzos. Su cabello, recogido en trenzas finas adornadas de hilos dorados, se mezclaba con sus rizos sueltos que caían por su espalda.

Giró hacia mi dirección y me quedé atónito.

¿Por qué demonios taparía su rostro?

Agudicé la mirada y percibí su incomodidad, sus pestañas aplastadas contra la tela. ¡Apenas podía abrir los ojos! De un momento a otro, se caería de ese escenario y… Ese gesto con la mano que había hecho hace un segundo…

Igual que…

La vi tropezar y no lo pensé.

Me apresuré a llegar a ella y, antes de que cayera, la sostuve entre mis brazos.

No podría distinguir entre nuestras respiraciones cuál de las dos era la más agitada.

Ella percibió algo. Algo que la hizo estremecerse y deshacer mi agarre con rapidez.

Miró hacia un lado y a otro y, apurada, subió de nuevo a la tarima para retomar el baile. Pero no podía permitirlo. Mi corazón palpitaba de un modo doloroso. La sola idea de que fuera mi pequeña Anne me llevó a cometer una estupidez, una imprudencia.

De un salto, sin pensar en las consecuencias, dejé mi juicio y las palabras de Hallaway a un lado y subí donde ella estaba.

Sabía que lo que iba a hacer cruzaba una línea invisible que no debía ser traspasada, y menos con espectadores. Pero poco sabía de protocolos al acercarme a una mujer.

La agarré de la muñeca con una mano y con la otra deslicé mis dedos bajo esa seda negra. Logré levantarla un poco. Lo suficiente para verlos.

—Dos lunares —susurré.

El violín había cesado, pero no la música de esperanza que retumbaba en mi corazón.

—¿Anne?

35. Owen

—¡Qué demonios sucede aquí!

El estruendo de la voz del duque hizo que la mujer se alejara de mí y desapareciera tras la cortina pesada.

Entonces, aplausos. Aplausos que rompieron el silencio después de ese gruñido.

Como me había visto obligado a hacer en innumerables ocasiones en mi vida, improvisé. Me incliné agradecido unas tres veces. Luego aplaudí hacia el violinista y, después, en dirección a la cortina donde había desaparecido la bailarina.

Varios caballeros se acercaron al duque, que sonreía forzosamente entre halagos silenciosos y manos estrechadas.

Aproveché la ocasión para escabullirme. Atravesé la cortina, recorrí el pasillo, abrí puertas, buscándola. Tenía que verla, asegurarme de que era ella.

Era un idiota; estaba seguro de que la había asustado. Ni siquiera me reconocería a estas alturas; habían pasado tantos años...

Continué mi camino, sin dejar de vigilar que nadie me siguiera por la retaguardia, hasta llegar a una puerta acristalada de la que creí escuchar algo.

Un sollozo.

Abrí la puerta con sigilo y me adentré con prudencia, esperando que ese duque siguiera entretenido. Alcé la vista a mi alrededor y me di cuenta de que me hallaba en un jardín de lirios blancos que reflejaban la luz filtrada de la luna.

Miré hacia atrás, como si algo no cuadrara.

¿Un invernadero anexo al club?

No tardé en vislumbrarla junto a una mesa de mármol con macetas y utensilios apilados.

Sus manos, ancladas a la piedra, temblaban.

Respiré antes de decir nada, antes de asustarla, y me impregné de ese aroma dulce de las flores.

—¿Anne? —Me acerqué unos pasos—. Anne, ¿eres tú?

Se alteró. Hizo un simple gesto, ese que provocaba una exhalación detenida.

Giró despacio.

Ya no llevaba el pañuelo, pero su mirada seguía oculta, hacia el suelo, hacia sus pies juntos e inmóviles.

—Se equivoca —respondió con una voz más afilada que una navaja—. No sé de quién me habla.

Me acerqué un poco más.

Ella se topó con la mesa y, entonces, alzó la vista. De pronto parecía obligada a sostenerme la mirada. Apenas pestañeaba y creí distinguir la contención en sus ojos.

Fruncí el ceño y una sombra cruzó de forma fugaz sus facciones.

—Seguro que...

Quise acortar la distancia, pero me inmovilizó con sus palabras:

—Aquí vienen muchos hombres que creen reconocer a fantasmas. Yo —tragó saliva— no soy el suyo.

—Pero juraría...

—Este lugar confunde. Hace ver cosas irreales. Las pinturas, la música, el olor. No debería estar aquí.

Me negué a creer que lo que salía de su boca fuera cierto, así que me acerqué más.

Mentía.

Y eso me hirió más de lo que hubiera imaginado. Tenía que ser ella. Pero ¿qué posibilidad había de encontrarla tan pronto tras años separados?

En ese momento, estábamos demasiado cerca. Podía ver el pulso acelerado en su cuello, la tensión en su boca, en su mirada.

—Dos lunares —murmuré—. Aquí. Tú y yo.

Ella intentó alejarse, pero el mármol no se lo permitió.

Alcé mi mano. Mis dedos apenas lograron rozar esas pequeñas lunas negras, antes de que el silencio nos aplastara con la fuerza de una ola.

Al fin, de sus ojos brotaron lágrimas mudas, tímidas.

Quería limpiárselas. Abrazarla como cuando éramos niños y se caía, cuando perdía a su muñeca y lloraba; o al darse cuenta de que, en esa infestada casa, solo quedábamos los dos, sin padres, sin comida, sin sustento.

—Anne...

De un empujón se separó de mí y desapareció entre las sombras.

Quise seguirla, pero antes de intentarlo recibí un golpe en la quijada, con tal fiereza, que acabé en el suelo junto a un par de macetas.

—Al ser un militar, no debería resultarle complicado seguir las reglas de este lugar. Esto no es un vulgar lupanar, señor Miller.

Vi que no había tardado mucho en averiguar mi nombre.

—¿Es usted Montlowe?

—Lord Montlowe.

Desvié la mirada. Intenté no sonreír ante su absurda aclaración, mientras mi labio expulsaba ese líquido rojo de gusto metálico.

—Váyase de aquí y olvídese de pisar de nuevo mis dominios.

—¿Dominios? Vaya. Habla como un rey tirano. Tranquilícese, dudo que vuelva a conseguir una invitación para hacerlo.

Me levanté y sacudí mi traje.

—¿Estas flores también son de sus dominios? —agregué, fijándome en una de las macetas que había roto al caer. Algo brillante, como un abalorio, había llamado mi atención entre la tierra.

No se molestó en responder, sobre todo cuando dos fortachones aparecieron tras él y se acercaron a mí con sus facciones duras, apenas iluminadas.

—Recordadle por qué no puede volver a aparecer, ni siquiera por las inmediaciones.

—Sí, milord —contestaron al unísono.

Cogí aire y endurecí el cuerpo, preparado para lo que vendría después.

Si pensaban que se lo iba a poner fácil, estaban muy equivocados.

36. Anne

—Averigua quién es.

Cuando escuché las palabras de Montlowe al dejar el invernadero, sin saber a quién se las dirigía, mi cuerpo quiso desvanecerse, pero mi cabeza gritaba que no debía hacerlo.

Subí las escaleras con sigilo y, al escuchar los pasos, entendí que él también subía. Siempre caminaba con esa pausa casi estudiada, sin prisa y de zancada firme.

Abrí la puerta de mi alcoba y me encerré con el pecho encogido.

Me abracé por miedo a reaccionar, por miedo a sentir ese peligroso sentimiento: ilusión.

Al verlo fruncir el ceño, como cuando se concentraba, me llevé la yema del índice a mis lunares y mi estómago evitó dar un vuelco al remover el pasado.

Unos fuertes golpes en la puerta me sobresaltaron, a pesar de que los esperaba.

Tenía que abrir, aunque él podía hacerlo, pues tenía la llave. Si no lo hacía, solo empeoraría las cosas.

Deseé detener el temblor de mis manos y el de mis piernas.

Me aferré al pomo y abrí.

Lo primero que vi fueron sus botas, luego sus perneras, hasta que, con un agarre en mi quijada, me obligó a encararlo.

Cerré los ojos, aterrada ante la idea de terminar convertida en una más para sus cuadros, pero lejos de violentarme, acarició mi rostro.

Sorprendida, abrí los ojos.

Me tomó de los hombros, me llevó hasta el lecho y me obligó a sentarme.

—¿Estás bien?

La palabra desconcierto, apenas describía cómo me sentía en ese instante.

Examinó mis manos, mi cuello y, de nuevo, mi rostro. Luego se agachó y tomó mi pie con delicadeza, pero yo, como acto reflejo, lo aparté y lo escondí en mis faldas.

—¿Te lo has torcido? Debí pensar que te caerías.

No me atrevía a hablar.

No entendía lo que sucedía. ¿Quería confundirme? ¿Era eso? ¿O de verdad se preocupaba por mí?

Alguien así no se preocupa por nadie.

Preferí no responder y me limité a mover la cabeza.

Entrelacé mis manos sobre mi regazo. Se sentó a mi lado, haciendo que, por el peso, me inclinara un poco hacia él.

—Dime, ¿lo conoces?

Sin querer, retuve la respiración.

—Vamos, puedes decírmelo. ¿Has estado viendo a alguien los domingos? ¿Es eso? El único día que puedes salir te has dedicado a...

—¡No! —Me levanté.

El hecho de pensar, que el precio de lo que acababa de suceder, sería dejar de ver a mi hijo, me partió en dos.

—¿Y cómo sabe tu nombre?

—¿Qué?

Mis piernas se ablandaron. Tuve que sostenerme en la silla junto a la jofaina para no caer.

—Antes de golpearle, por atreverse a tocarte, lo oí. Después de todo lo que he hecho por ti, es una lástima que lo niegues. Incluso después de haberte traído aquí la otra noche, al encontrarte desmayada en el pasillo. En mis brazos. Alguien de mi posición.

Alcé la mirada.

¿En el pasillo?

—No lo conozco —insistí—, ni sé por qué sabe mi nombre. Quizá se le ha escapado a alguno de sus amigos.

Si le decía la verdad podría ponerlo en peligro.

—Si averiguo que has estado viéndote con él, me veré obligado a cambiar nuestro contrato, ¿recuerdas? No puedes

entregarte a otro hombre mientras estés conmigo.

Se levantó con calma y se dirigió a la puerta.

—Por cierto, este domingo Ellis no irá a la parroquia.

Tras él la puerta se cerró y sus palabras me atravesaron como cuchillos.

Así que ese sería mi castigo.

Me dejé caer de rodillas y pegué la frente a la madera del suelo.

Lo había esperado tanto. Soñé tanto con el momento de verlo de nuevo. Tantos años preguntándome si estaría vivo, si me había buscado, si cumpliría la promesa que gritó el día que lo vi por última vez, desde aquel carruaje...

Y lo había hecho. Había regresado a por mí. Solo que ya era demasiado tarde.

Le pertenecía a Montlowe. Al menos, mientras tuviera a mi hijo.

37. Owen

Era la tercera vez que escupía sangre.

Miré por última vez esa maldita puerta negra mientras adecentaba mi cabellera revuelta. Luego, comencé a caminar con una estúpida sonrisa.

La había encontrado.

Podía negarlo todo lo que quisiera, pero había dado con ella. Y, como que me llamaba Owen Ellis Miller, teniente por mis propios méritos, la sacaría de allí, costara lo que costara. Ese maldito duque no iba a impedírmelo.

No era consciente de la hora, ni me importaba. Tenía tal cúmulo de pensamientos, que solo dejé que mis pies me arrastraran hasta la puerta de Hallaway, con una sensación extraña.

¿Eso había sido todo?

¿El motivo por el que me había mantenido con vida? ¿Por el que quise convertirme en un hombre de bien? ¿Por el que había coleccionado docenas de muñecas que ahora cogían polvo en el baúl de mi alcoba, en Dorset? ¿Para ser olvidado o, más bien, renegado, ignorado?

Sonreí de nuevo y llamé a la mansión sin pudor ni educación.

Binns abrió la puerta con los párpados pegados y el gorro de dormir, torcido, sobre los cuatro pelos que le quedaban.

—La he encontrado —dije, como si aún no me lo creyera.

—¿Es eso cierto? —preguntó con cierta emoción, frotándose los ojos. Asentí, mientras cruzaba el umbral del hogar de los Hallaway.

—¿Se encuentra bien? ¿Era como la recordaba? ¿Lo ha reconocido? ¿Qué ha hecho cuando lo ha visto?

—Eso… Binns… son demasiadas preguntas, para estas impetuosas horas.

—Lo ha ignorado —sentenció.

—¿Qué? ¿Cómo…?

Su afirmación, tan acertada, me pisoteó el orgullo.

Detuve mis pasos, esos que me llevaban a la alcoba, para lavarme el rostro, enjuagarme la boca y dejarme caer sobre el camastro caro.

—¿Cómo no iba a hacerlo? ¿No es consciente de lo que ha tardado en aparecer?

Mi sonrisa desapareció de cuajo. No, no podía estar en lo cierto.

—Anne no reaccionaría de ese modo.

—Quizá no la que conoció.

Resoplé.

—Me alegro de que te haya rechazado. Así podrás seguir con tu vida. Debes volver a Dorset, a tu trabajo, conocer a una hermosa mujer y obtener una vida feliz y aburrida.

Binns y yo abrimos la boca con sorpresa.

¿Cuánto tiempo llevaba Hallaway ahí, de pie, junto a la baranda de la escalera? ¿Es que siempre tenía que aparecer de ese modo?

Era peor que las cotillas de cualquier pueblo cerrado.

—¿Qué? —Se alzó de hombros con simpleza—. No esperabas que pudiera dormir, a sabiendas de que estabas en ese sitio. Después de la guerra necesito acción, algo que me mantenga alerta. Hay demasiada tranquilidad en este sitio y lo único que he tenido que hacer para proteger a mi hija es no dejarla salir en la noche. Ni siquiera una emboscada, una trinchera, un arma improvisada. ¡Hasta mi caballo está engordando!

Miré a Binns con una ceja arqueada.

—Creo que milord ha discutido con milady y se ha pasado con el whisky.

—¡Infundios! —espetó—. ¿Y bien? ¿Qué tal ha ido, además de la paliza que te han dado? ¿Aún conservas todos los dientes?

—Ese Montlowe no me gusta nada —respondí.

—Eres el primero al que oigo decir algo semejante. La gente lo adora, como te dije. ¿Ahora entiendes lo que te decía?

Asentí.

—La he visto, Hallaway. La he visto, gracias a ti.

—Bueno, no era ese mi objetivo. Ni en mil años me hubiera imaginado que esa muchacha hubiera terminado en ese absurdo club. Podría haber acabado en un sitio peor. Al menos no es un lupanar.

—Me retiro —dijo Binns con un bostezo.

Ya había dicho todo lo que tenía que decir y, a diferencia del vizconde y de mí mismo, él debía madrugar.

—Puede que no sea un lugar de vicios, cierto. Es más, en ese lugar solo hay cuadros, objetos y gente extraña.

—Bueno, si no se ha ido y, como ha dicho Binns, te ha ignorado, supongo que está bien y tus asuntos con ella han terminado. Dijiste que, si no necesitaba tu ayuda, la dejarías ir.

—Ella no está bien, no es feliz. Lo vi en su mirada, en su expresión. La hacían bailar con el rostro tapado. ¡Apenas veía!

—Por el amor de Dios, esa mujer terminará por arrastrarte a la ruina.

—No, Hallaway. He estado en la ruina sin ella.

—¿Qué demonios piensas hacer? Estás hablando de los dominios de un duque.

—Otra vez esa palabra. ¡Una persona no puede ser del dominio de nadie!

Intenté relajarme, pero, por otro lado, me estremecí. ¿Y si mi percepción había sido incorrecta y Anne sí era feliz?

—Volveré a hablar con ella —dije con firmeza al subir las escaleras. Me comenzaba a doler el cuello de mirar hacia arriba.

—¿Y cómo demonios piensas hacer eso?

—Había un invernadero.

—¿Y eso qué demonios tiene que ver?

—Ese invernadero tiene acceso al club y, por supuesto, da a un pequeño jardín trasero. Y ese jardín debe dar a un muro. ¿Y sabe una cosa? Se me da bien saltar muros. Si pude trepar el de Badajoz, ese será pan comido.

—¿Has perdido el juicio? ¿Crees que puedes meterte ahí y que no pasará nada? Si Montlowe te vuelve a ver allí, podría decirles

a sus matones que acaben contigo.

—Pero eso no sucederá.

Hallaway se sentó en la escalera tras soltar tres improperios.

—Si fueras mi hijo te azotaría en este instante. Es más, debería haberlo hecho cuando aún eras un crío.

—Quizá… —Sonreí, aunque pronto recuperé la seriedad—. Mañana hay sesión parlamentaria, la penúltima, si no me falla la memoria, antes de que comience el verano.

—No es obligatorio ir —refunfuñó—. Por muy duque que sea, si no quiere ir, no irá.

—Por eso irá usted, para avisarme si él ha asistido.

—Ah, no. No, no y no.

—Será lo último que le pida. ¿No quiere que vuelva a hablar con ella? Si me rechaza una segunda vez, la dejaré ir —prometí con la boca pequeña.

—La de la semana pasada fue una pesadez. ¡Una tortura! Un tal lord Elford, Cedric, me parece, nos mantuvo horas hablando de las malditas condiciones de los trabajadores.

—Un pequeño sacrificio para que no me vuelvan a moler a palos.

—¿Por qué demonios no te defendiste?

—Lo hice. Podría haberlo alargado, pero en algún momento tenían que echarme, así que les dejé.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Ayudarme.

38. Anne

Los demás descansaban antes de que la noche llegara y con ella, el duque, para ponernos a todos a trabajar. Cuando él no estaba se respiraba tranquilidad, solo que ese día yo no la tenía.

Caminaba de un lado a otro, descalza. Arrastraba mis pies por esa madera áspera, como si me lo mereciera, como si fuera un castigo.

¿Era él de verdad? Pero ¿cómo me había encontrado?

Cerré los ojos y los apreté con mis manos. No, lo de anoche había sido un sueño, una ilusión creada por mi desesperación. Por creer que Montlowe me había descubierto, por su cercanía a mi hijo, por lo que vi en su estudio.

Eso fue todo.

Al caerme mientras bailaba, mi mente había creado una imagen feliz, ese algo que esperaba que sucediera en algún momento, aquello que en mis sueños suplicaba.

¿Y si había sido él?

No podía saber quién era, no debía.

Si supiera lo que me habían arrebatado y, a la vez, añadido; lo que callaba como una rastrera cómplice de corazón pútrido. Que viera mi alma, esa que sería condenada, si es que no lo estaba ya….

De nuevo lloré.

Lo mejor sería que me recordara como aquella niña de rizos dorados, inocente, con sonrisas para regalarle cuando lo veía triste; aquella por la cual había cumplido su promesa.

Me dejé caer sobre mi lecho, entre esperanza y negación, sin retener mis lágrimas hasta que, de pronto, escuché un ligero alboroto, algo extraño a esas horas.

Gritos. Pasos acelerados.

Salí de mi alcoba y me asomé a la escalera.

—¡Fuego! ¡Hay fuego!

—Como no lo paremos antes de que se extienda, estaremos condenados.

Bajé a toda prisa, pero Richard me tomó de un brazo, antes de que consiguiera alcanzar el último escalón.

Con la mirada hundida y un gruñido me hizo subir de nuevo.

Ambos sabíamos que, si mi piel llegara a quemarse, los dos acabaríamos castigados.

Me dirigí a prisa a mi alcoba para asomarme por el pequeño ventanuco donde apenas entraba la luz del atardecer.

Quizá desde ahí podría ver lo que sucedía afuera.

Por un lado, deseaba que lo que fuera que estuviera bajo el fuego, se extendiera al club y lo engullera en sus llamas, que lo hiciera desaparecer.

Me detuve frente a la puerta de mi habitación. La abrí y alguien me abrazó por detrás. Me tapó la boca y me arrebató el aire.

El intruso me empujó hacia mi habitación y cerró la puerta con un empujón de su pie.

Reaccioné sin pensar.

Clavé los dientes en su mano y me zafé, gracias a un tirón brusco.

Busqué algo —cualquier cosa— con la que defenderme, pero no llegué a dar un paso.

Sus dedos se aferraron a mi muñeca con dureza y me giró en un solo impulso.

Lo tenía de frente.

—¡Suélteme!

El extraño se quitó el pañuelo que cubría su cara y me quedé paralizada. Sin aire.

Soltó su agarre y yo, con torpeza, me alejé.

Ha vuelto.

—Puedes mentirme de nuevo si quieres, pero nada conseguirá que me marche de aquí, hasta que me escuches. Si después quieres seguir ignorándome, me iré y jamás volverás a verme.

—No se acerque… no me toque o me desmoronaré.

Maldije la sinceridad de mis palabras.

Aparté mi mirada de la suya y le di la espalda mientras me mordía la lengua, para no decir una estupidez.

—Anne, mi pequeña y dulce Anne.

Su forma de decir mi nombre, como nadie más podría pronunciarlo, como si fuera capaz de acariciarme el corazón con cuatro míseras letras.

Su voz era distinta a como la recordaba, más grave, pero seguía transmitiendo esa seguridad, ese calor de hogar que tanto añoraba y que veía imposible de recuperar.

Quise girarme, pegarme a su pecho y, aunque fuera por un momento, ser esa niña malcriada que solo quería experimentar el mundo y sacar de quicio a ese otro niño que parecía un adulto gruñón y responsable.

El nudo que apretó mi garganta dolía, pero no sería capaz de deshacerlo. Si lo hacía, lo pondría en peligro. Si Montlowe lo encontraba allí de nuevo, no se limitaría solo a expulsarlo.

—¿Te acuerdas de mí? —continuó—. Sé que te abandoné. Me sentí culpable por ello, por no seguir al carruaje que te alejaba de mí, pero fue el empuje que necesitaba para ser alguien, para convertirme en una persona de provecho para que, al encontrarte, pudiera darte todo lo que hace años no pude.

—Ha debido de ser una carga esa Anne de la que habla —me atreví a decir.

Debía echarlo, pero en el fondo no quería que se marchara.

—Al contrario —replicó.

Apoyó una mano sobre mi hombro y me estremecí.

—Su recuerdo fue lo que me mantuvo con vida. La promesa que le hice me sacó adelante, me dio fuerzas para convertirme en lo que soy ahora. Esperaba encontrarla y ver si era feliz, si había encontrado su camino. También me dije que, si veía algún sufrimiento en ella, la llevaría conmigo y no volvería a separarme de ella.

Di un paso más para que su mano dejara de tocarme.

Había crecido, pero era el mismo. El mismo que arruinaría su vida con tal de protegerme.

Si lo había conseguido, si había salido adelante, no sería yo quien lo arrastrara de nuevo al infierno.

—Bien —dije con la entereza que me quedaba—. Pues le deseo suerte, señor.

—Owen Ellis Miller —dijo casi en un susurro.

Su nombre, junto al de mi hijo, me encogió el corazón.

—Márchese antes de que alguien lo encuentre.

—Anne...

—Ya lo he escuchado. Ahora le digo que se marche.

Al no obtener respuesta me giré y al hacerlo la vi. La muñeca de trapo que había perdido. La que me había hecho para que no volviera a escaparme a ver aquel escaparate. Me fijé en las puntadas desiguales, en la tela raída y descolorida y en las manos que la sostenían. Entonces cometí el error de mirarlo. De hundirme en sus ojos bien abiertos, como cuando esperaba a que su madre regresara a casa tras la jornada de trabajo.

Alcé la mano para tocar la muñeca, pero me detuve a mitad de camino. Hice un esfuerzo sobrehumano en contener mis lágrimas, para que no se unieran a las que ya tenía secas en mis mejillas.

—Váyase.

De nuevo le di la espalda y, un suspiro después, escuché la puerta cerrarse.

Me lo había advertido: Si lo rechazaba, no volvería a verlo jamás.

Todos mis músculos se tensaron. Mi corazón palpitaba como si fuera a salir expulsado por mi boca. Mis ojos estallaron en lágrimas, mientras un dolor insufrible me recorría de pies a cabeza, un tormento que me mordía de tal manera que no me dejaba reaccionar.

Había esperado tanto ese momento y no podía… no quería…

Vuelve.

—Vuelve —sollocé.

Por un acto de egoísmo, me precipité hacia la puerta con la esperanza de alcanzarlo.

Decidida, tiré del pomo y me encontré con su semblante en el umbral junto a la muñeca asomada por su chaqueta.

—Lo sabía —sonrió.

Sin evitarlo me abalancé sobre él, lo abracé y dejé que mis lágrimas cayeran.

Sus brazos me rodearon y apretaron mi cintura como si tuviera miedo de que me desvaneciera.

Había olvidado la plenitud de un abrazo sincero, la calidez y la seguridad de estar junto a él.

Por primera vez en muchos años sentí que la rigidez de mi cuerpo desaparecía, que la amargura de mi corazón se aligeraba con solo tocarlo.

—Te he echado tanto de menos —gimoteé.

—Me alegro de que no me hayas olvidado —susurró sobre mi cabello.

—Jamás, no podría.

Se separó de mí y me tomó por los hombros.

—Vámonos. Te sacaré de aquí. No nos queda mucho tiempo.

Me limpié las lágrimas.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes? ¿Acaso ese imbécil sofisticado es tu dueño o algo?

—Viene alguien —susurré al reconocer los pasos en la escalera.

Tiré de él hacia la alcoba y cerré la puerta.

—Escóndete.

Ambos miramos en torno a la pequeña habitación. No había lugar posible para que él se ocultara.

—Ahí debajo —dijo él, señal mi camastro.

Era un escondite demasiado obvio, pero serviría.

—Richard no oye nada. En cuanto entre, haré que se asome al ventanuco y tú saldrás.

Los pasos estaban cada vez más cerca. No podía darle más explicaciones.

Me acerqué a la pequeña chimenea de la habitación, donde quedaban restos de ceniza del invierno. Tomé un puñado y se lo restregué por el rostro.

Antes, al bajar, había visto a algunos manchados por el humo; así pasaría desapercibido.

De repente el azul de sus ojos me pareció más intenso que nunca.

—Te espero en el invernadero —susurró.

—No, debes marcharte ya.

Se escondió con rapidez y la puerta se abrió de par en par.

En cuanto Richard traspasó la puerta, tiré de él y lo llevé hacia la ventana.

Cuando giré la vista, Owen ya no estaba.

39. Owen

Me aseguré de que no hubiera nadie antes de entrar al invernadero. Me sacudí la ceniza de la cara e intenté recuperar el ritmo normal de mi respiración.

Aún no había desaparecido el calor de su abrazo; es más, tenía la sensación de que siempre lo llevaría conmigo.

No sabía si sonreír, llorar como un maldito cachorro o enfurecerme por su respuesta: «no puedo».

Era extraño. Haberlo deseado tanto, haberme aferrado a la idea de volverla a ver, que ahora que se había hecho realidad era como si mi vida comenzara de nuevo, algo que no tenía sentido.

O quizá sí.

Todo este tiempo ella había sido mi punto de partida y mi final.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Y si no me necesitaba?

Me imaginé la sonrisa y la mirada de Hallaway seguida de un «te lo dije», lo que provocó un ligero picor en mi nuca.

Esperé como un animal enjaulado, con el riesgo de ser visto. Lo sabía, me había dicho que me marchara, pero tenía el presentimiento de que bajaría, solo por curiosidad, solo por saber si la había escuchado. De la misma manera que sabía que abriría esa puerta hace unos minutos, arrepentida por echarme de nuevo.

Por aquél entonces éramos distintos, apenas unos críos, pero había cosas que nunca cambiarían. En cambio, otras...

Anne se había convertido en una mujer preciosa. Bueno, siempre lo había sido, pero desde la mirada de un niño nunca me había fijado. Sin embargo, en ese momento... Negué con la cabeza como si alguien más pudiera verme y me froté el mentón pensativo.

Tuve la tentación de hurgar en una de las macetas. No podía quitarme aquella imagen de la cabeza, la de ese abalorio. Quizá era

una deformación mía, pero siempre que algo no cuadraba llamaba sumamente mi atención. Supongo que las constantes amenazas que traía la guerra me habían vuelto algo neurótico.

¿Cómo había llegado allí? ¿Estaba dentro de una maceta y, al romperse, había salido? ¿Pero por qué esconder algo así?

Tomé uno de los lirios y, justo cuando iba a tirar de él, la puerta del invernadero se abrió.

Me agaché como un estúpido hasta que vi las faldas de Anne.

Sonreí.

Era como si de repente regresara a mi infancia y jugara al escondite para que ella no me encontrara.

Menuda estupidez.

Hallaway tenía razón. Había perdido el juicio.

Me levanté apenas un centímetro para verla y me encontré con su mirada clavada en mis ojos.

Sí, seguía siendo mejor que yo en las escondidas.

—¿Por qué no te has ido? —musitó.

—¿Por qué has venido? —repliqué.

Ni siquiera hizo el amago de sonreír. Su rostro parecía una estatua.

Se llevó las manos al rostro y lo ocultó.

—Anne...

Me acerqué a ella y descubrí sus ojos.

—Escúchame, no voy a irme hasta entender qué demonios pasa en este lugar y por qué no puedes venir conmigo.

—Es peligroso.

—¿Desde cuándo eso te ha detenido? Solías hacer lo que querías, incluso en St. Joseph conseguiste llegar hasta mí. Siempre has sido una imprudente, una desobediente y una...

—¡Ya no somos niños! —Su desgarro de garganta al decirlo me atravesó como la metralla—. No es tan fácil, después de tantos años no puedes... —Me dio la espalda—, No puedes llegar y pretender que todo sea como antes.

—No como antes, Anne: mejor. —La tomé de la muñeca e hice que girara hacia mí—. Ahora soy teniente, tengo un salario y he conseguido un trabajo en un lugar maravilloso. Oh, si lo vieras... —

Miré hacia la ventana como si allí se encontraran los acantilados de Dorset—. Si respiraras ese aire, te darías cuenta de que, a pesar de todo, la vida sigue siendo maravillosa, que, a pesar de todo, los pájaros siguen volando, Anne, las olas rompiendo y el trigo creciendo.

Cerré la boca en el mismo instante en que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Si todo es tan maravilloso, ¿por qué estás aquí?

Bajé los hombros. Mi vida no había sido fácil, pero intuía que la suya podría haber sido peor. La luz de su mirada, esa chispa, esa curiosidad por saberlo todo, había desaparecido.

—Estoy cumpliendo mi promesa.

—La promesa... —Resopló—. Pues ya la has cumplido. Ahora puedes regresar a ese aire, a esos pájaros y al maldito trigo.

—Anne.

—Márchate. Montlowe debe de estar de camino si le han informado del fuego.

—Ven conmigo.

Ella apretó los puños y endureció la mirada.

—No puedo dejar a Montlowe.

—¿Por qué, Anne?

Ella miró hacia atrás como si hubiera escuchado algo. No me pasó desapercibido el temblor en sus manos.

—No quiero que me digas si puedes. Mejor respóndeme a esto: ¿quieres venir conmigo? —insistí.

Su cuerpo se tensó y esta vez luchó por contener sus lágrimas. Quería entenderla, de verdad, pero me lo ponía muy difícil. Me decía que me marchara, sí, que no podía, pero su mirada gritaba lo contrario. Lo mismo que gritaban ese día que creía que la había abandonado, que me había olvidado de ella.

—Anne —repetí—. ¿Quieres venir conmigo?

Asintió, como si temiera hacerlo, reconocerlo.

Tomé sus hombros y los apreté con mis manos.

—¿Sabes cómo puedo sacarte de aquí?

Bajó la cabeza, pero yo la volví a levantar al sostenerle la barbilla.

—Montlowe... —Me mantuvo la mirada con los labios entreabiertos, temblando, como si lo que fuera a decir a continuación fuera algo casi imposible de pronunciar—. Los cuadros no son solo cuadros.

Un grito a lo lejos nos sobresaltó.

—¿Dónde está?

Anne se alejó de mí.

—Él tiene un secreto, si tú... si tú...

—Lo descubriré —susurré.

Le tendí la muñeca que había llevado con intención de devolvérsela, pero la rechazó.

—Si él la encuentra, los dos estaremos en peligro.

Se escucharon pasos y de nuevo el mismo grito.

Tenía que irme.

Tomé uno de los lirios por una corazonada y la miré por última vez.

—Te sacaré de aquí.

—Los domingos puedo ir a la parroquia. Quizá allí...

—Iré.

40. Anne

Lo vi desaparecer tras el muro y supe que nada volvería a estar en su sitio.

Cerré la puerta del invernadero con manos torpes. Solo entonces fui consciente de mi respiración entrecortada, del martilleo salvaje de mi corazón, de lo que había hecho sin pensar en las consecuencias.

Owen se pondría en peligro por mi culpa.

Abrí con sigilo la puerta que daba al pasillo, tras escuchar la voz de Montlowe en la zona de las cocinas.

—¿Quién es el responsable de esto?

Ni siquiera gritaba. Era capaz de mantener la calma en el peor de los momentos, lo que antes me provocaba admiración, ahora, solo terror.

Salí despacio y me dirigí a las escaleras que me llevarían a mi habitación, pero antes de que pudiera pisar el primer escalón una mano sobre mi hombro me retuvo.

—¿Dónde vas?

Tragué saliva.

—¿Por qué no estabas en tu habitación? ¿No sabes que en una situación así debes encerrarte? Podrías haberte quemado. Y tu rostro...

Quiso girarme, pero se lo impedí.

—Lo siento —dije sin más.

Temía que mis ojos delataran una verdad que no podía ocultar.

—Quería ayudar. —Busqué la excusa perfecta para ocultar el verdadero motivo de mi presencia allí.

—Debes de estar asustada.

No tardé en desear voltearme para contemplarlo. Su voz, sus palabras complacientes, como si de nuevo se preocupara por mí, tenían un poder que no llegaba a comprender.

Quería sacármelo de la cabeza, sacar eso que a veces me hacía sentir de una forma retorcida; sabía que estaba mal, lo percibía en cada gesto y, aun así, me sentía miserable por creer, aunque fuera por un instante, que su preocupación era real.

—Quizá, si este domingo vieras a Ellis...

Esa vez me giré sin pensar.

—Me dijo que no iría. —Intenté ocultar la esperanza que mi invadió.

—Bueno, siempre puedo retrasar su visita a Eton.

—¿Eton?

Abrí los ojos hasta sentir la sequedad y el humo que aún bailaba en el aire.

No entendía mucho de educación, pero sabía que Eton era la mejor escuela de Inglaterra, donde los nobles enviaban a sus hijos.

—¿Ellis va a ir a Eton? —Necesitaba oírlo de nuevo, para saber que no me había confundido.

—¿A dónde iría si no? Le ha demostrado a sus tutores que es más digno que cualquiera de sus otros alumnos. Le irá bien. Querían hacerle un recorrido a él solo, pero puedo hablar con ellos y que lo hagan otro día.

—No —respondí más rápido de lo que quería—. Estoy segura de que le encantará ir.

Montlowe sonrió y, con un suave gesto de sus nudillos, acarició mi mejilla.

—¿A que ya te encuentras mejor?

Asentí con esa sensación que no podría definir, y dejó que me marchara.

Cerré la puerta de mi alcoba.

Necesitaba gritar, llorar y retorcer mis manos. Pero en vez de eso me quedé estancada, fría, en pie, sin moverme, mirando a ningún sitio en concreto, hasta que la luz natural de mi habitación desapareció.

¿Qué había hecho?

¿Cómo había sido capaz de arrebatarle a mi hijo su futuro por… por irme con él, con Owen?

41. Owen

Me dirigí a los tribunales de Londres, donde Hallaway me había indicado que encontraría a Pike en las oficinas de los *runners* anexas al edificio.

El lugar era oscuro, abarrotado y con una mezcla de olor a humedad, sudor y tabaco que haría huir a cualquiera con la nariz sensible.

A mi alrededor volaban las quejas, los lamentos y las peticiones. Víctimas, testigos, rateros atados de manos, prostitutas y soldados reunidos en un mismo lugar.

Me era fácil distinguir quiénes, de todos ellos, pertenecían a los *runners*. Eran hombres curtidos, observadores y de mirada desconfiada, como si con un solo vistazo fueran capaces de armar una vida a mi alrededor.

Pasé la zona común, entre miradas e insultos, y me dirigí al pasillo principal.

En una de las puertas había dos *runners* inclinados sobre un cadáver apoyado en una mesa de madera. Uno de ellos me miró y cerró la puerta. En otra, una prostituta lloraba; en otra, un aristócrata y el que parecía su mayordomo tenían una discusión acalorada con uno de los investigadores.

Al final llegué a otro salón, más pequeño, con una celda para detenciones breves y una chimenea apagada, que usaban como almacén de papeles desordenados.

En una esquina, en un escritorio desgastado, se hallaba Pike rasgando el papel con su pluma a una velocidad que no pertenecía a este mundo.

Sin avisar de mi presencia, planté la maceta con fuerza sobre su mesa, sin prever que tiraría la tinta encima de los papeles.

—¡Por todos los demonios!

Con la misma velocidad con la que escribía, su bastón llegó a mi cuello.

—¿Sabe lo que era eso?

Miré la tinta esparcida sobre sus documentos.

—Espero que nada importante —sonreí apenas. A veces funcionaba.

—¿Ha venido hasta aquí para traerme flores, señor Miller?

Bien, se acordaba de mí. Eso ya era un paso.

—Quiero que me ayude.

Pike deseó mi muerte; al menos eso me decía su mirada.

—¿Tengo pinta de santo, Miller? ¿Es eso? Porque, si es así, dígamelo. No quiero crearle confusiones a nadie más.

Sus ojos ya habían visto la maceta unas dos, tres veces desde que se la había puesto delante. Sabía que había despertado su curiosidad.

—Creo que buscamos a la misma persona. —Respiré despacio.

Sonreí confiado. Sin quererlo, Anne me había dado la mejor de las informaciones: el nombre del pintor. No me había dicho: «Los cuadros no son solo cuadros». Había dicho: «sus cuadros».

—Yo no busco, señor Miller. Yo encuentro.

Bajé la mirada. Había ciertos tipos de profesiones que creaban a unos pedantes sin cuidado. Añadiría a mi lista de médicos y arquitectos, a los *runners*.

—Si es así, habrá encontrado ya al pintor de la colección «Almas dormidas». No sé por qué, pero algo me dice que no lo busca solo por amor al arte.

—Baje la voz.

Pike miró a varias direcciones y me hizo señas para que lo siguiera.

—Vaya… así que usted también lo sabe. Montlowe, ¿cierto?

—¡Quiere callarse! Sígame.

—¿Significa eso que va a ayudarme?

—Yo no ayudo a nadie. Si hago algo, es por dos motivos. —Me empujó a uno de los despachos vacíos—. Porque me interesa o porque me pagan.

—Entonces, ¿le interesa o tengo que pagarle?

—¿Qué sabe?

—No mucho más, salvo lo que hay en esa flor, en la maceta. Espere.

Regresé al escritorio del que veníamos, tomé el lirio y volví con Pike. Solo que, al abrir la puerta de nuevo, me equivoqué de despacho y me encontré con una tortura de dudosa legalidad. Cerré con rapidez y, esta vez sí, me encontré con Pike en el despacho correcto.

—¿Qué hay en esa maldita flor? —dijo Pike señalándola con el bastón, que parecía ser una extensión más de su cuerpo.

—Compruébelo usted mismo.

Pike tomó la maceta. Primero la examinó por fuera, sin éxito. Luego sujetó el tallo y tiró.

Podría haberle dicho que lo hiciera antes, pero no habría tenido la misma reacción que buscaba.

De repente, sonó un estruendo.

Un disparo.

Los oídos me pitaron y mi cuerpo comenzó a sudar de manera descontrolada. Veía destellos. Olía a pólvora. Sentí un ligero mareo y la humedad de mis manos manchadas de sangre se hizo real. No me di cuenta en qué momento Pike había salido ni cuándo había vuelto.

—Ese idiota… no sé por qué le dan un arma si no sabe usarla. Podría haber matado a alguien el muy desgraciado. —Me zarandeó —. ¿Señor Miller? ¿Se encuentra bien? ¿Señor Miller?

Escuchaba a Pike, podía oírlo, pero por algún motivo no era capaz de contestarle.

—¡Señor Miller!

Un golpe de frío llegó a mi rostro y con él reaccioné.

Me acerqué a Pike, lo tomé del cuello y me faltó poco para golpearle. El desgraciado me había tirado agua por encima.

—Lo siento, pero era necesario —se disculpó mientras se alejaba uno pasos.

Limpié mi cara mojada con el pañuelo y tiré con enojo el vaso vacío que había sobre la mesa.

—Al principio es intenso —me explicó—. Luego desaparecerá, aunque nunca del todo. Badajoz debió de ser muy duro.

—Es la primera vez… no sé cómo ha podido suceder. —Aún notaba el aturdimiento.

—Estará confundido. El ruido del disparo ha provocado sus recuerdos.

—Su… supongo.

—¿Dónde ha encontrado esta flor? —dijo de forma abrupta, como si lo demás no hubiera pasado, pero yo me encontraba mareado.

—Montlowe tiene un invernadero lleno de ellas —balbuceé.

—¿Lleno, ha dicho?

Asentí. Necesitaba sentarme, pero vi el colgante que pendía de las manos de Pike.

—¿Sabe a quién pertenece este collar?

Negué con la cabeza y maldije a mi cuerpo por no reaccionar de una vez.

—Supongo que a una de sus víctimas.

—Ella dijo que sus cuadros no son solo cuadros. Quizá. Puede que…

—¡Señor Miller! ¡Señor Miller!

42. Owen

Oía cuchicheos, voces que pretendían ser susurros. El mareo había cesado, pero el malestar continuaba, no en mi cuerpo, sino en mi cabeza.

Abrí los ojos y vi el dosel de la cama de la habitación donde Hallaway me dejaba dormir cuando estaba en Londres.

Demonios.

No saber cómo había llegado ahí hacía saltar mis nervios y crecer unas ganas tremendas de golpear a alguien.

Me apoyé sobre mis codos y miré a esos dos, a Hallaway y Pike, que hablaban con seriedad retratada en los rostros.

—Mire quién ha decidido honrarnos con su lucidez al fin.

Contemplé a Pike con cara de pocos amigos, a la vez que me di cuenta de que la señorita Hallaway estaba a mi lado, escurriendo un paño de agua.

De soslayo observé a Hallaway y este se alzó de hombros como si no hubiera podido controlar la situación en la que nos encontrábamos.

—Rose, cielo. Ya es suficiente. Puedes dejarnos.

—Pero, padre...

Solo hizo falta una mirada del coronel para que Rose supiera que su tiempo en la habitación había acabado.

No me pasó desapercibida la forma en la que Pike miró a la señorita mientras recogía las cosas antes de irse.

Sonreí para mis adentros y me aclaré la garganta.

—¿Qué me ha pasado?

A pesar de las negativas del vizconde, me incorporé hasta lograr levantarme. Era como si mi cabeza me hiciera creer que mi cuerpo pesaba el triple de lo que debería.

—Padeces de lo que los médicos llaman: nervios destrozados o corazón de soldado —explicó Hallaway.

—¿Corazón de soldado? ¿Qué clase de ñoñería es esa? —pregunté con la necesidad de beberme una pinta de agua

—Pierde los nervios, Miller, hasta el punto de incapacitarse —agregó Pike.

—Tonterías. No los perdí en la India, ni siquiera en España.

—Tu mente y tu cuerpo estaban demasiado ocupados en mantenerte con vida —intervino Hallaway—. Ahora que tienes tiempo para pensar… todo lo que has postergado irrumpe sin avisar.

—Pues lo seguiré postergando. Ahora no es un buen momento.

Ignoré la mirada que se echaron esos dos y fui al grano.

—¿Va a hacerlo o no?

Sabía que no necesitaba decir nada más, para que Pike supiera a lo que me refería.

—Es complicado.

—¡¿Acaso hay algo en esta vida que no lo sea?!

—Le dije —musitó Hallaway hacia el *runner*— que si se empeña en algo, no cesará hasta conseguirlo.

—Hablamos de un duque —respondió Pike, como si fuera una aclaración necesaria.

—¡Como si es el mismísimo Regente! Si está asesinando mujeres, debe ser inculpado.

—Bueno —dijo Hallaway—, decir eso son palabras mayores, Owen. Cualquiera que te oiga podría condenarte. Además, ¿cómo demonios has llegado a esa conclusión?

—Sé reconocer a un asesino cuando lo veo.

Hallaway entrecerró la mirada y resopló.

—¿Cómo se lo explico, Miller? —dijo Pike, tras cruzarse de brazos—. Aunque encontremos pruebas, ese hombre tiene influencia en la Cámara de los Lores, familia poderosa y no hablemos de la capacidad de sobornar o silenciar testigos en el caso de que los hubiera, por supuesto.

—¿Y me va a decir que eso lo va a echar para atrás? Creía que era famoso por algo.

—Al contrario. No puedo negar, caballeros, que todo lo anterior solo hace que sea más excitante.

Sentí un alivio instantáneo. Creía que había perdido a mi mayor esperanza antes siquiera de poder convencerlo.

—El collar en esa maceta era una baratija —continuó—, de la hija de alguien sin voz ni título, pero si diéramos con alguna prueba de la hija de los barones… eso, camaradas, lo cambiaría todo. No obstante, lo ideal sería conseguir una superviviente. Con eso no necesitaría más para meternos en ese club, ponerlo patas arriba y lanzarlo frente a los magistrados. —Cambió el peso de un pie al otro —. Si tuviéramos a alguien de dentro… —Me miró con fijeza—. ¿Quién fue el que le informó de lo de los cuadros?

Dudé si debía o no comentarle sobre Anne. Barajé las posibilidades de poner su nombre sobre la mesa y qué consecuencias tendría para ella. Lo mejor sería dejarla fuera de todo esto.

—Una tal Anne, me temo.

En cuanto escuché a Hallaway, faltó poco para que mi mandíbula tocara el suelo.

Lo fulminé con la mirada y, de nuevo, se alzó de hombros.

—¿No tiene nada aburrido que hacer? —solté entre dientes.

—Vamos, Owen. Esto es lo más excitante que me ha pasado desde que volvimos. No querrás dejarme fuera después de que hayas llegado a este punto gracias a mí.

Por mucho que me molestara, tenía razón.

—Quiero que su nombre permanezca en el anonimato. Es más, quiero que ignore lo que acaba de decir Hallaway.

—Lo siento. Si me dan un hilo de dónde tirar, tiraré. ¿Es de fiar? ¿Dónde la conoció? ¿Qué relación tiene con Montlowe? ¿Cómo sabía lo de los cuadros? ¿Le dijo si se trataba de sus víctimas? Lo crea o no, las posturas retratadas han llamado mi atención. Espere… no me diga que consiguió entrar a The Silence.

—Dos veces.

¿Es que Hallaway no se callaría?

—No es de su incumbencia —repliqué con enojo.

—Si quiere que lo ayude, lo es.

Eché aire por la nariz como una bestia.

Mal. Todo avanzaba peligrosamente mal.

—Empiece por decirme por qué sospecha de él —solté. Ni siquiera tenía la certeza de que Pike supiera algo de utilidad.

—Habrá visto los carteles en todo Londres. A los alarmistas que vociferan en las calles. Muchachas que aparecen muertas. Al principio, una al año. No cualquiera hubiera encontrado relación entre las muertes.

—Pero usted sí —intervino Hallaway.

No lo entendía. A veces, parecía rechinarle su presencia y, otras, su fiel admirador.

—Casualmente, el tiempo entre las muertes comenzó a reducirse. Una cosa lleva a otra; al final solo tuve que atar cabos. Buscar coincidencias.

—Por favor… continúe —dije cada vez más nervioso. La sola idea de que Anne conviviera con alguien tan peligroso, hacía correr por mis venas la urgencia de sacarla de allí.

—Lo primero que llamó mi atención —siguió Pike— fue que todas morían estranguladas. Las marcas de las manos del asesino siempre estaban marcadas. Suelen ser veinteañeras y, tras examinar varios cadáveres, encontramos restos de carboncillo en la piel: cuello, manos, muñecas, incluso rostro.

Abrí los ojos con sorpresa.

—Creí que las posturas en las que las hallaban, según las descripciones y otras víctimas a las que yo mismo llegué cuando aún estaban en el lugar, se parecían a ciertos cuadros que comenzaron a circular por la aristocracia.

Lo escuché con atención. Parecía que iba detrás del asesino desde hacía años.

—Mi mayor descubrimiento fue averiguar que las víctimas, en su mayoría, habían asistido, al menos una vez, a la parroquia Saint Peter, cercana a The Silence. Y, adivine quién asiste a esa parroquia todos los domingos con su prometida.

—¿Montlowe?

Pike asintió.

—Pero no fue hasta encontrarme con el cuadro más reciente, en esa pequeña reunión de infantería donde coincidimos, que supe que Montlowe era el supuesto benefactor de ese pintor al que nadie conoce.

—¿Qué más pruebas necesita?

—¿Más pruebas?

—Lo que tengo no son pruebas, señor Miller, solo meras conjeturas. Nada físico, nada real que apunte hacia él de forma directa. Ni siquiera puedo confirmar que él sea el pintor. ¿Cree que los magistrados aceptarían juzgar a alguien como él por una maldita corazonada? ¿Por una suposición?

—Necesita una superviviente.

Lo dije más para mí que para ellos. A esas alturas, sería la única opción.

—Y un testigo no estaría mal —agregó Pike.

—¿Y cómo piensa conseguirlo? ¿Por arte de magia? —dije resignado.

—¿Por quién me toma? —respondió Pike—. La necesitamos a ella. A Anne.

43. Anne

Era domingo.

El primero en que no lo vería, el primero en que no podría comprobar que estuviera bien; que había comido, que había aprendido algo nuevo, que sonreía, que sus ojos seguían llenos de vida, de curiosidad y afecto por mí.

Llevaba tres noches sin dormir. Me imaginaba lo que estaría haciendo Owen con lo que le había dicho. Pasaba de castigarme por haber revelado demasiado, a quitarle importancia; al fin y al cabo, solo había sido una simple frase. El hecho de decirle que los cuadros no eran solo cuadros no podría sacar nada en claro. Ni siquiera sospechar lo que yo sabía y me negaba a reconocer.

No sabía qué hacer. Desde el incidente en la cocina, Montlowe había ordenado a Richard que no me perdiera de vista.

¿Y si sabía algo? ¿Y si me había visto con Owen?

Me mordí el labio, confusa, cansada de mis pensamientos, de mis miedos y de mi... indiferencia.

La culpabilidad me retorcía el pecho sin piedad, pero por mucho que quisiera evitarlo, para mí, la vida de mi hijo, su futuro, era más importante que cualquier otra cosa, que cualquier persona.

Me resistí a llorar, una vez más.

Como siguiera así, Anne desaparecería de una vez por todas, entregada a la locura, a la desesperación, y viviría en las sombras como un objeto que colocaban y descolocaban a su antojo, todo para que él estuviera bien.

Ellis.

La puerta de mi habitación sonó.

Abrí sin importarme que mis pies estuvieran embadurnados en grasa, mezclada con aceites, para aliviar el dolor que me había causado bailar tantas horas la noche anterior.

El rostro de Montlowe me recibió serio, parecía preocupado.

—Arréglate —dijo al dirigir su vista a mis pies—. Iremos a la parroquia.

—Pero... Pensaba que, si Ellis no iba, yo...

—Ellis irá.

¿Cómo era posible que pudiera emocionarme y entristecerme al mismo tiempo?

—¿Y Eton? —dije apenas en un susurro.

Mi baile de la noche anterior no había sido el mejor. Quizá me había castigado. Quizá me había pillado mientras intentaba escuchar lo que les decía a esos clientes para los que me hacía bailar siempre en exclusividad. Habían hablado de este día, de a quién le tocaba. Lo que me hizo pensar en cosas horrorosas. Justo cuando tropecé. Justo cuando los miré.

—Lamento decirte que Ellis se enteró. Bueno, más bien se me escapó decirle lo triste que te encontrabas al no poder verlo hoy. El chiquillo se revolvió como ningún otro día. Por desgracia, por mucho que intenté relajar a sus tutores, decidieron, al ver tal actitud, que debía madurar antes de dar el paso.

—¿Co... cómo? ¿No puede volver a hablar con ellos? Dígales que ha sido mi culpa. Seguro que Ellis no pensó en las consecuencias. Es solo un niño. Por favor.

Sin querer, tomé la mano del duque para suplicarle, pero este la rechazó con un paso hacia atrás.

Sentí que un agujero se abría bajo mis pies, uno oscuro y frío que deseaba tragarme.

—Será mejor que hoy ni se lo menciones. Me dijo que no te lo contara, pero es mi obligación. Después de todo lo que he hecho por vosotros, créeme cuando digo que no me disgusta menos que a ti. Lo mejor para todos es no volver a hablar del tema y esperar a que se presente otra oportunidad.

Al escuchar sus andares alejarse, cerré los ojos y quise dejarme caer, era como si una carga cada vez más pesada fuera echada sobre mis hombros, para aplastarme, para acabar conmigo.

Me arreglé porque tenía que hacerlo y seguí a Richard, quien se detuvo frente al carruaje de Montlowe.

—Sube —dijo la voz del interior.

—Pero siempre voy a pie —respondí con un nudo en la garganta.

—Hoy no.

El viaje en carruaje me mantuvo alerta los míseros diez minutos que duraba el trayecto. No me atreví a mirarle y él tampoco había hecho el amago de dirigirme la palabra. Quería que supiera que estaba disgustado, porque sabía que yo haría lo posible para que dejara de estarlo.

No me lo había dicho, ni siquiera sugerido, pero la realidad era que le pertenecía.

En cuanto llegamos a las puertas de la parroquia, Montlowe me indicó que fuera entrando, mientras él saludaba a sus conocidos y esperaba a su prometida y a Ellis, a quien siempre traía la niñera.

Fue en ese momento, en el mismo en que pisé el suelo sagrado, que un muchacho se acercó a mí y me hizo agacharme.

—Debería ir al confesionario —susurró.

Alcé las cejas. Quise preguntarle por qué, pero ya se había marchado.

Miré hacia las puertas. Montlowe seguía distraído y, luego, se sentaría en el lado derecho, lejos de mí.

Contemplé el confesionario, llena de dudas, hasta que al fin decidí acercarme.

—Ave María purísima —solté.

—Anne.

La garganta se me cerró y una sensación helada me atravesó el estómago.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijiste que vendrías. No estaba seguro de a qué parroquia, pero por cercanía, supuse que era esta.

—Olvida todo lo que te dije, por favor. Yo... no quiero irme.

Noté la incomodidad de Owen al escuchar el roce de las telas de su vestidura al moverse.

El silencio que se creó entre los dos fue efímero, pero doloroso.

—Anne. Es peligroso. Si supieras lo que esconde en el invernadero. —La frustración de su voz me atravesó—. Sus cuadros, Anne. Tenías razón. He comenzado a trabajar con alguien que puede ayudarnos a que salgas de ese lugar.

Con alguien.

¿Alguien más lo sabía?

Me mordí el interior de la mejilla hasta que aprecié el sabor salado de mi sangre.

Varios papeles aparecieron bajo la cortinilla que nos separaba. No quería cogerlos, ni mirarlos, porque me daba miedo, como si en el fondo supiera lo que encontraría.

—Por favor, cógelos. Sé que estás lo suficientemente aislada como para no saber ciertas cosas.

Conseguí ver su mano y por un momento deseé aferrarme a ella, tocarla, aunque solo fuera un segundo para sentir esa paz que él me regalaba sin saberlo.

En un momento de debilidad, cedí y tomé los documentos.

Mis hombros se endurecieron y tardé más de lo necesario en desdoblar esos papeles. Nada más posar mi mirada sobre las hojas, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Volantes de padres que pedían justicia para sus hijas. Avisos de que un demonio acechaba en las calles y tomaba la vida de mujeres sin piedad. Recortes del *Observer*, del *Morning Post* y del *Morning Chronicle*, con fechas que llegaban hasta mi estancia en el bosque de Epping. Apuntes, retratos de mujeres y de sus pertenencias, por si alguien las vendía.

Mi pulsación martilleaba mis sienes, la sequedad de mi boca me impidió tragar.

—Tiene que ser él. Debes saberlo. Everett Montlowe es un asesino. Si supiéramos quién puede ser su próxima víctima, si diéramos con ella, podríamos atraparlo.

—No puedo hacerlo —dije, apenas en un hilo de voz.

—Se llamaba Claire, la muchacha a la que pertenecía un collar que encontré enterrado en un lirio. A la señorita Claire Hill le gustaban las tortugas, así que su hermano talló una, para que la llevara siempre consigo.

De repente mi mente viajó al estudio dentro del club… ese olor a pintura, a muerte. Los movimientos eufóricos del pincel, su mirada, su «estate quieta».

Abrumada, solté los papeles y salí del confesionario atropelladamente.

Enseguida noté la mirada de Montlowe sobre mí. Al localizarlo en su bancada habitual y ver su mano reposada en el hombro de Ellis, algo se me removió por dentro. De pronto, tenía náuseas, me costaba respirar.

Sujetándome de los bancos, llegué a un lugar vacío y me senté.

Esa sería la misa más larga de mi vida. Oí sin escuchar, canté sin voz y recé sin paz. Retorcí la manga de mi vestido hasta que todos se marcharon, hasta que todo se quedó en silencio.

Entonces, una pequeña mano tocó mi espalda.

—Señorita Lovell.

—Ellis. —Controlé el temblor de mi voz.

Sin poder contenerme, tomé sus manos, tiré de él y lo abracé.

—Lo siento mucho, siento que te hayas quedado sin ir a Eton. Ha sido mi culpa.

Había decidido ignorar las palabras de Montlowe. Era mi hijo y quería conservar la libertad de hablar con él sobre lo que yo decidiera.

Ellis debía de estar disgustado. Si necesitaba consuelo, se lo daría. Necesitaba demostrarle que yo estaba bien; le mentiría lo mejor que pudiera.

—¿Por qué dices eso?

El niño se apartó de mí.

—Hace un mes que fui a Eton. No sabía que ya te lo podía decir —explicó orgulloso—. Él me dijo que no te lo contara porque iba a ser una sorpresa.

Mis piernas temblaron. Un vacío inquietante me rodeó y con él la angustia de saber, de ser consciente de que ese hombre me había manipulado a su merced. Sentí ira, impotencia, mucho más

grande que el alivio que me causaba comprender que no le había robado a Ellis aquella oportunidad.

—¿Anne?

—Perdón. —Tragué como pude—. Sí que ha sido una grata sorpresa. Inesperada.

—Claro, se supone que las sorpresas son inesperadas —respondió sonriente.

—Tienes razón. Escúchame. Lo mejor es que no le digas a Montlowe que me lo has contado. Creo que él quería esperar un poco más.

Ellis se llevó las manos a la boca.

—No te preocupes, no diré nada —lo tranquilicé.

Asintió con rapidez y se marchó al escuchar su nombre.

Lo vi alejarse hacia Montlowe, quien me saludó con un movimiento de cabeza, y desapareció con su prometida.

Y si creía que podría irme sola, estaba muy equivocada.

Richard me estaba esperando.

Sin mediar palabra, lo seguí por las calles de Londres con la mirada clavada en mis pies. Choqué contra un hombre, surgido de la nada. El libro que llevaba cayó al empedrado y, al darse cuenta, Richard se detuvo unos pasos más adelante.

—Discúlpeme —murmuró el hombre al agacharse.

Me incliné apresurada a ayudarlo; la embestida había sido mi culpa por no mirar al frente. Nuestros dedos, al tomar el libro, se rozaron tan solo unos segundos, los justos para que algo pasara de su mano a la mía.

No pude alzar la mirada, pues me lo impidió al ver mi amago.

—No me mires —dijo sin levantar la vista.

Owen.

Cuando decidí incorporarme, él ya se había alejado.

44. Owen

—¡Qué demonios la retiene! —Golpeé la mesa de Hallaway sin piedad—. ¿Qué es lo que la ata a él? Debe de ser algo demasiado importante como para que sea incapaz de entregarlo.

—¿Amor? —dijo Pike, a quien yo mismo había citado en la casa del capitán—. Todos sabemos lo admirado que es entre las damas.

¿Amor?

¿Anne estaba enamorada de él? ¿Hasta qué punto?

—¿Quién en su sano juicio se enamoraría de un maldito asesino?

—Quizá fue antes. Quizá no lo sabía y, cuando lo supo, fue demasiado tarde.

—Por el amor de Dios, Pike —espetó el coronel—. ¿Qué tal si escribe un artículo en *La Belle Assemblée*?[7] Las damas estarían encantadas.

—No tiene gracia —dije con enojo—. Me niego a pensar que ese sea el motivo.

—¿Se niega? —La risa de Pike hizo que me entraran ganas de golpearle—. ¿Hasta qué punto la conoce, para decir que no es así?

—Hasta el punto de que sé diferenciar el miedo del amor en los ojos de una mujer.

—Así que es un versado en líos de faldas.

Ignorarle, eso es lo que debía hacer para no agarrarle del pescuezo en ese instante.

—Solo quiero saber si contamos con su ayuda —aclaró Pike.

—Dados los acontecimientos, me temo que no —soltó Hallaway.

Lo miré con dureza. Pero, por mucho que quisiera negar sus palabras, podría tener razón.

—Debemos entrar de nuevo a ese club. Tiene que estar lleno de pruebas. Me imagino que es allí mismo donde pinta sus obras. No creo que sea tan estúpido de hacerlo en su casa —añadió Pike, mientras caminaba de un lado a otro—. ¿No puedes provocar otro fuego en las cocinas? —Me miró.

—¿Quién cree que soy? ¿Un ladronzuelo que se cuela en casas ajenas según le apetezca? Además, no fue idea mía, sino de Binns.

El mayordomo, que acababa de entrar a dejar una serie de bebidas, nos miró con la cara tensa y se escabulló.

—Como buen mayordomo, sabía los horarios de entrega de las verduras y carnes —expliqué—. Solo me hice pasar por un proveedor más. Un paño untado en grasa de cerdo sobre una cesta que dejé caer cerca de la lumbre y eso fue todo. Un minuto después: caos.

—¿Qué tal si solo llamamos a su puerta? —sugirió Hallaway.

Tanto Pike como yo lo miramos como si se hubiera vuelto loco.

—Jamás nos permitiría entrar —dijo Pike—. Mucho menos si tiene algo que ocultar. Y nuestra presencia allí… tan solo el hecho de intentarlo, podría alarmarlo. Sabe quién soy, y seguramente se acuerde del rostro de Miller cuando entró con la invitación.

—Necesitamos una orden —pensé en alto.

—Muchos de los magistrados son del círculo de Montlowe. —Pike dio un trago al whisky que le había ofrecido Hallaway.

—¡Pues encuentre a uno que no lo sea! —espeté.

—Quizá... ese ¿cómo se llamaba? Thorne. —Pike se frotó las cejas pensativo.

—¿Logan Thorne? ¿El abogado de los casos perdidos? —preguntó Hallaway con rapidez.

Pike asintió.

—Seguro que conoce a alguien que no esté untado de escoria aristocrática. No tuvo reparo en destapar los trapicheos con los esclavos.

—Que no se le olvide, Pike — intervino Hallaway—, que yo formo parte de esa escoria aristocrática, como la ha llamado.

—¿Espera una disculpa? Porque no la tendrá.

Esos dos comenzaron a lanzarse palabras como puños, a la vez que mi mente era sacudida por ese nombre.

Logan.

De repente, me encontraba en una pelea con otro niño llamado Logan en St. Joseph, el mismo con el que había entablado una fuerte amistad y con quien había jurado salir de nuestra miserable vida.

¿Qué posibilidades habría?

Ninguna.

Seguro que había más de un Logan en Londres.

—Hablaré con él —dijo Pike.

—Lo acompaño.

45. Anne

Me encerré en mi habitación.

Había comido con los demás y después, antes de que anocheciera y él llegara, había ido al invernadero.

Todavía no era capaz de asimilar lo que había visto.

Maceta tras maceta, todas escondían algo: un trozo de tela, un pendiente y más cosas que, seguramente, pertenecían a otras mujeres como Claire Hill.

Saber su nombre; a quién pertenecía esa pequeña tortuga, hacía que todo fuera más real.

Levanté el brazo y me lo mordí con rabia para no gritar, para no cometer una locura. Pensé en todas las veces que había acudido a aquel invernadero cuando me sentía desbordada, en cómo le hablaba a esas flores en busca de consuelo… y eran ellas las que me escuchaban, las que yo había decidido ignorar.

Entonces me acordé de la nota.

Con urgencia, hurgué en la manga donde la ocultaba y la saqué.Me senté en el suelo, de cuclillas, y la desdoblé con el corazón acelerado.

El día que nuestra vida cambió me dijiste: «Yo te tengo a ti».
Que no se te ocurra pensar que eso ha cambiado.
No sé lo que te retiene, pero no dudes ni un segundo de que
te cuidaría ni de que te daría una vida digna.
Por favor, ayúdame a ayudarte.

Owen

Me llevé el pedazo de papel al pecho y lloré. Jamás olvidaría el día que le dije esas palabras. Era pequeña, pero lo

suficientemente perspicaz como para saber que pudo abandonarme, dejar que muriera y velar por su vida. Entregarme a mí sola a esa *workhouse* y haber huido. Sin embargo, nunca me dejó. Pero ¿cómo le diría que tenía un hijo? ¿La forma en la que me había visto obligada a tenerlo? ¿Me miraría entonces de forma distinta? Si lo supiera, ¿hubiera venido a por mí?

Debía tomar una decisión. Por muy cegada que hubiera vivido bajo la protección de Montlowe, por lo que ofrecía a mi hijo.

Él era un monstruo. Aun así, necesitaba creerlo, verlo con mis propios ojos.

No quería que hubiera más como Claire. Pero tampoco quería devolver a mi hijo a la incertidumbre del día a día. No quería que acabara… que acabara como yo.

Apreté la nota de Owen y algo se rompió dentro de mí. Como si ese pensamiento que rondaba mi cabeza hubiera decidido anteponerse a todo lo demás.

Mi hijo no lo tendría como ejemplo a Montlowe. No quería que lo tuviera cerca.

Fue en ese momento cuando me juré que jamás permitiría que ese monstruo tuviera otro cuadro que pintar.

Owen necesitaba una superviviente.

Y yo se la iba a dar.

46. Owen

—Señores, siguen demasiado insistentes y eso rara vez juega a su favor. La desesperación lleva a absurdas peticiones y acusaciones disparatadas. Hablan de Montlowe, un duque.

Habíamos esperado horas para poder entrar al despacho del dichoso magistrado. Todo para recibirnos de ese modo y sin levantar la vista.

—No es absurdo ni disparatado si se trata de un asesino, sir Fenton —dijo una voz que no era la mía ni la de Pike.

El caballero que acababa de aparecer, debía ser el tal señor Thorne. Ni siquiera pude verlo antes, en su hogar, al encontrarse ausente. Fue su mujer, la señora Thorne, quien nos atendió y, debo decir, con verdadero entusiasmo. Ella misma nos dio el nombre del magistrado con quien el señor Thorne solía tratar, y nos prometió que Logan se reuniría con nosotros.

Al escucharle, supe que la dama no se había guardado nada en el tintero. No sé cómo lo había conseguido, pero nos había sonsacado lo que quiso como si ella fuera la investigadora y nosotros meros testigos. No quisimos contarle detalles para que no se sorprendiera, pero ante su insistencia, no dejamos nada sin comentar. En cualquier caso, ese hombre parecía haber conseguido al fin la atención del magistrado.

—Habla con ligereza, señor Thorne. ¿Se puede saber por qué usted también lo señala? —preguntó sir Fenton.

—No he señalado a nadie —replicó Logan—. Solo he dicho que hay un asesino. Y que actúa de la misma forma, en el mismo lugar, durante un largo período de tiempo.

Pike, al ver que no le convencía, dejó sobre la mesa un pequeño paquete envuelto en tela.

—Un objeto personal —dijo—. Encontrado en The Silence. Ha sido reconocido por los familiares de una mujer que ya no está con nosotros.

El magistrado frunció el ceño, pero no tocó el paquete.

—Eso no es una prueba de asesinato. Caballeros, espero que no me obliguen a explicárselo.

—No —intervine, con la voz tensa—. Pero sí es una prueba de ocultación. Y de reincidencia.

—¿Reincidencia? —espetó con ambas cejas alzadas.

—Hay más —respondí—. Estoy seguro.

El magistrado me miró por primera vez con atención.

—¿Y usted quién es?

—Alguien que quiere justicia, el que conoce a la musa tras esos cuadros —respondí sin rodeos—. Y que sabe que habrá otro si no actuamos.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Cuadros? —preguntó el magistrado despacio—. ¿Musa?

¿Es que solo sabía hacer preguntas?

Dudé de que ese tipo nos resultara útil de alguna manera.

Pike dio un paso adelante y cambió su expresión, como si fuera a medir cada palabra.

—Obras privadas. No expuestas. Pintadas con una obsesión poco habitual. Y siempre después de una desaparición. Yo mismo las he visto. El rostro siempre es el mismo, pero los cuerpos cambian, así como su posición. Posiciones, me temo, que coinciden con la postura en la que encontramos a las víctimas.

—No se olviden de que Montlowe es un caballero respetable y admirado, por favor —dijo el magistrado, molesto, y algo acelerado —. Mi deber también es proteger a los ciudadanos de acusaciones temerarias.

—¡Será posible! Señor Thorne, ¿este es el mequetrefe con el que colabora? —al final estallé.

—Sir Fenton, con el debido respeto —intervino Logan—. Sabe que suelo tener razón. Estos hombres solo quieren evitar que otra mujer desaparezca, mientras usted decide si un apellido tiene más fuerza que los hechos.

El magistrado golpeó la mesa.

—¡Mida sus palabras, señor Thorne!

—Si me lo permite, sir Fenton—dijo Pike, como si hubiera bebido veneno al pronunciar *sir*—. Si mañana aparece otro cuerpo y, según mis cálculos, está cerca de volverlo a hacer, la pregunta no será quién lo hizo, sino quién fue el imbécil que miró a otro lado.

—¡Señor Pike!

—Gríteme todo lo que quiera, pero al menos denos la opción de seguir investigando.

—¡Demonios! —El magistrado se levantó y caminó hacia la ventana—. ¿Qué quieren exactamente?

Vi cómo Logan sonreía y entendí por qué trabajaba con él. Parecía duro de roer, pero, con un poco de presión, daba su brazo a torcer.

—Una orden —expliqué—. La inspección de su club privado. No un arresto, no un registro público. Con algo discreto bastaría.

—¿Y qué creen que van a encontrar?

—Material que confirme nuestra teoría, o la certeza de que estamos equivocados —dijo Pike.

El magistrado permaneció en silencio un tiempo que se me hizo eterno.

Al final, suspiró.

—Si concedo esto, será de noche. Con mis hombres. No quiero un maldito escándalo. Y si no encuentran nada…

—Entonces nos retiraremos —dije tajante—. Y no volverá a oír hablar de nosotros.

El magistrado volvió a su asiento y miró a Logan de mala gana.

Su pluma empezó a rasgar el papel.

—Podrán registrarlo dentro de dos días. Recen para no equivocarse. Ese duque se codea con los más poderosos de la ciudad.

47. Anne

Había un rastro de tierra. Más que verlo, pude sentirlo, ya que iba descalza. De nuevo me había vestido como él había querido, perfumada con el aceite que él había escogido y con el cabello adornado como deseaba. Debía bajar ya, pero antes tuve que seguir esos granos de tierra que me llevaron hasta el estudio de Montlowe.

La puerta estaba cerrada por mucho que la intentara abrir.

Un presentimiento me estremeció, pero debía bajar antes de que mi ausencia llamara su atención.

Entré en el salón donde él me esperaba, esa vez, solo.

Era la primera vez que me aterraba su presencia, la primera que mi boca gritaba en silencio: ¡corre!

Se acercó a mí, despacio, con el rostro endurecido a la luz de las velas. Extendió su mano hacia mí y tuve que ser fuerte para no reaccionar y apartarme. Tomó mi cabello y lo echó hacia atrás con esa delicadeza suya que había llegado a trastornarme. Se acercó aún más y aspiró el aroma de mi cuello.

—Estás hermosa, como siempre —susurró, haciéndome cosquillas en la piel—. Pero te noto tensa.

Alejó su rostro del mío y tomó una de mis manos.

—¿Algo que deba saber?

Por instinto, bajé la mirada.

—Entiendo que lo de Eton haya sido un golpe duro. Es algo que nadie como tú podría soñar o aspirar. Pero ya verás que lo solucionaré.

Alcé la mirada y contuve mi ira.

—Baila.

Me alejé de él, pero el peso de su presencia fría y oscura seguía sobre mí.

Di comienzo a mi danza. Veía su figura en aquel sofá. Seguía un ritmo con sus dedos como si escuchara música en su cabeza. Podía intuir su anticipación, olerla. Ese día estaba ansioso, como si esperara a que algo llegara, como sucedía las noches en las que pintaba.

Tropecé.

Corregí rápido mi postura, pero al levantar la cabeza, me encontré con su torso tras de mí.

Me abrazó desde atrás, rodeando mi cintura y entrelazó sus dedos sobre mi vientre.

—No pares de moverte —susurró

Mi cuerpo se tensó y mis ojos se humedecieron.

—Lo sé —volvió a susurrar—. Esta es la belleza del momento, Anne. El calor que emanan nuestros cuerpos, las sombras que proyectamos. Fíjate. Míralas.

Seguí su orden y las vi mientras me mecía junto a él.

—Es reconfortante recibir cariño, ¿cierto? Si era eso lo que querías podrías habérmelo dicho. No me gustaría pensar que lo buscas en otro lado.

Me dio la vuelta y condujo mis manos a su cuello, haciendo que mi cuerpo se pegara a al suyo.

Su rostro se transformó en el de Solomon. Intenté quitar mis manos, pero no me lo permitió.

—No es la primera vez que estás tan cerca de un hombre, Anne. No aparentes algo que nunca has sido. ¿Qué crees que pensarán de ti ahí afuera? ¿Quién te querrá? ¿Quién te cuidará como lo hago yo?

Mis piernas temblaron hasta el punto de dejar de sostenerme. Sin embargo, él lo hizo.

—Nunca te juzgaré, Anne. Aquí estás a salvo.

Me tomó en sus brazos y me llevó a mi habitación.

Mi cuerpo no obedecía a lo que mi mente gritaba: ¡apártale!, ¡reacciona!

Me dejó sobre la cama y hurgó en mi vestido como si supiera lo que buscaba.

Entonces la encontró, la nota de Owen.

Contuve la respiración.

—No sé lo que te ofrece ese estúpido teniente, pero jamás podrá ofrecerle a Ellis lo que puedo ofrecerle yo. Quédate aquí, espérame. Hoy posarás para mí.

No me di cuenta hasta ese momento del temblor de mi cuerpo, del castañeo de mis dientes.

Me dejé caer de la cama y me arrastré hasta la puerta. Llegué al pomo, apenas sin fuerzas, solo para comprobar que estaba cerrado.

Apoyé mi frente sobre la madera. Pensé que me ahogaría. Era como si mi pecho no supiera qué hacer con el aire que entraba.

En un instante me mareé con un vaivén que me obligó a doblarme sobre mí misma. El suelo parecía demasiado lejos o demasiado cerca. Pensé que moriría en cualquier instante.

El aire silbó al entrar, como si fuera inútil.

Algo me oprimía por dentro, como si el mismo miedo tuviera manos y pudiera retorcerme.

Gateé hasta la ventana y me levanté.

La abrí, la brisa de la noche me golpeó y, conseguí respirar de nuevo.

En ese momento lo vi.

Allí estaba Montlowe, con su cabeza tapada con una capa, mientras se alejaba poco a poco.

Va a pie.

Me encorvé al notar cómo algo estrangulaba mi estómago y tiraba hacia abajo.

Frente a mí apareció una tortuga. Todos los rostros en los papeles que Owen me había dado. El nombre Claire gritado en mis oídos, tan cerca, tan castigador.

Va a pie.

Corrí hacia la puerta y la golpeé con todas mis fuerzas. Sabía que Richard estaría allí. Si no podía oírme, al menos sentiría los golpes.

Aporreé una y otra vez hasta que la puerta se abrió.

Me abalancé sobre Richard y le grité:

—¡Déjame ir!

Vi su rostro golpeado. Lo había castigado. Si sabía lo de la nota, quizá él mismo lo había visto y lo había golpeado por permitir mi contacto con otro hombre.

Contra todo lo que esperaba, Richard se quitó la chaqueta y me la cedió. Me la echó sobre los hombros con brusquedad.

—Uh —gruñó, empujándome hacia la escalera—. ¡Ete!

Negó con la cabeza una y otra vez, con los ojos brillantes. Señaló la puerta. Luego la oscuridad del pasillo.

—¡Ete!

Me dio el último empujón y corrí.

Llegué al invernadero y sentí algo extraño, como si algo hubiera sido movido.

No tenía tiempo que perder.

Salí del invernadero y, como pude, tras varios raspones, subí el mismo muro que Owen había trepado días atrás.

Esperando encontrarle, corrí hacia donde lo había visto alejarse.

Esa noche no habría otra Claire que pintar.

48. Anne

Lo había encontrado.

En una calle estrecha y húmeda, oía mis pasos inseguros sobre el adoquinado.

Allí estaba él, con toda su presencia. Elegante, con un porte impenetrable, con una sonrisa torcida que me dio escalofríos.

A su lado, una joven parecía incapaz de moverse, con una mirada que poco a poco tornaba de la fascinación al temor.

Él extendió su mano, mientras palabras suaves y aterciopeladas salían de su boca. El mismo veneno dulce que había usado conmigo.

Montlowe dio un paso más, luego otro, hasta que sus manos se cerraron alrededor del cuello de la joven.

No.

Sabía que no podía quedarme paralizada, pero mi corazón latía con tanta fuerza que parecía querer huir antes que yo.

Una voz me sugería que no me metiera. Una vez que interviniera no habría vuelta atrás.

Cada segundo que pasaba parecía eterno. Y con cada segundo la vida de esa mujer pendía de un hilo.

Al escuchar cómo luchaba por respirar y sus gritos ahogados, mi parálisis, el miedo y ese bloqueo desaparecieron.

Corrí y me lancé hacia Montlowe. Me encaramé sobre él y anudé mis brazos en su cuello con toda la fuerza que pude reunir.

—¡Suéltala! —rugí.

La joven cayó de rodillas, tosiendo entre llantos y temblores.

—¡Corre! —espeté sin demora—. ¡Vete de aquí!

Montlowe me tiró al suelo como una bestia, con los ojos llenos de furia y sorpresa como nunca lo había visto antes.

Por fin veía su verdadero rostro.

—¡¿Qué has hecho?!

Era la primera vez que me gritaba.

Me arrastré por el suelo en un intento de huida, pero me tomó de un pie. En cuestión de segundos su peso me atrapó contra el suelo.

Solomon regresó de nuevo a mi cabeza, como si nunca se hubiera ido y hubiera permanecido escondido.

No. Otra vez no.

—Déjame —grité—.

Esta vez no iba a callar. No iba a permitir que hiciera conmigo lo que quisiera.

El forcejeo fue brutal. Para mí era una cuestión de vida o muerte; para él, un simple juego de dominio.

Pataleé, mordí y empujé hasta que un golpe resonó en mis oídos y un dolor insoportable se hizo con la parte trasera de mi cabeza. En ese instante, todo perdió color.

El olor a pintura envolvió mi alrededor. El aire de la calle ya no me acariciaba; se había vuelto denso, asfixiante. Supe perfectamente dónde me hallaba.

No quería abrir los ojos por miedo a lo que me encontraría. Pero al escuchar su voz no me quedó más remedio.

El escenario había cambiado, sin embargo, el dolor sordo en mi cabeza persistía y él me tenía bajo sus garras.

Deseé que esa muchacha hubiera llegado sana y salva a su hogar, que les contara a sus padres lo ocurrido y que ese fuera el final de ese monstruo.

Él estaba pintando.

Eso significaba que lo había hecho. ¿La había atrapado después de todo?

Mis labios temblaron ante la impotencia al ser consciente de mi postura: frente a él, manos atadas y en el suelo.

—Seguramente te preguntarás por esa joven. Creerás que, después de haberla salvado, confesará y me delatará.

Su voz apagó ese silencio que tanto le gustaba.

—La señorita Donaldson no dirá nada. ¿Sabes por qué? Vamos, pregúntamelo.

Me negué a hacerlo.

—Bueno, quizá puedes preguntárselo a él.

Cerré los ojos.

No.

Ellis no estaba allí. Esa sombra que había visto oculta tras Montlowe no era mi hijo.

—Ellis, dile a tu… dile a Anne el motivo por el cual la señorita Donaldson no dirá nada.

Abrí los ojos.

—Ellis… —Mi voz enmudeció al verlo cuando ese malnacido acercó una vela a su rostro.

El pobre tenía los ojos cansados y vestía su ropa de cama.

—No deje que me vea así —supliqué—. Deje que se vaya.

—Oh, pero si solo le estoy enseñando arte, querida Anne. Le he dicho lo buen intérprete que eres. Que esta noche retrataríamos a una mujer desesperada. ¿Cierto, muchacho? —Reposó sus sucias manos sobre Ellis—. Te dije que cuando Anne encarnaba su papel causaba terror de lo bien que lo hacía.

Ellis asintió, no muy convencido.

—Ella quiere que te vayas, pero para eso tiene que hacer la pregunta.

—¿Por qué no dirá nada? —repliqué con rapidez.

Lo que fuera para que él no tuviera que presenciar mi humillación por más tiempo.

Montlowe sonrió. Susurró algo en el oído de Ellis y este se marchó. Pero antes de hacerlo me vio con tristeza. No era tonto. Sabía que lo mío no se trataba de una impecable actuación.

—Bien, ya que has preguntado, contestaré. La señorita Donaldson no dirá nada porque fue ella quien vino hasta mí. ¿Cómo crees que reaccionarían sus padres, barones, por cierto, al saber lo que había ido a hacer su hijita? Ni si quiera lo dirían. A veces, la reputación es más importante que cualquier otra cosa.

Su declaración me aplastó más que una docena de barriles llenos de piedras.

—No soy estúpido, Anne. Me ofende que así lo creas. ¿Crees que no sabría que habías hurgado en mis lirios? ¿Que Richard no te había llevado a tu habitación después de estar aquí? ¿O que no has hablado con ese idiota de… cómo se llamaba? Ah, sí, Miller.

Mis ojos se abrieron tanto, que me dolieron los párpados.

El terror se instauró en mi pecho.

Me deslicé hacia la pared para buscar un mínimo refugio.

El chasqueo repetitivo de su lengua se hizo hueco entre los lienzos desnudos. Luego comenzó a silbar esa odiosa melodía. Después, sin apartar la mirada de mí, habló.

—Cuando estás aterrada te resta belleza. Deberías relajarte.

No me atrevía a hablar. Nada de lo que dijera me ayudaría.

—Verás, ese tal Miller… Hay algo que debe saber. Tu rostro, tu mirada, cada línea, cada sombra —Sonrió—, me pertenecen, y no puedo permitir que nadie más las tenga.

—¡¿Por qué no me matas a mí también?! —espeté con la voz rota—. ¡¿Por qué merezco vivir más que las otras?!

Su sombra se movió y se acercó a mí como una serpiente.

Se agachó frente a mí. En ese momento, hasta respirar su mismo aire era desagradable.

Tomó mi barbilla con su mano llena de pintura y me obligó a mirarle.

—¿Quieres saberlo? —Sonrió—. Porque no puedo dejar de verte, Anne. Tu belleza me persigue, me consume. No soportaría perderla. ¿Entiendes que sin ti… no soy artista? Volvería a lo de antes. Sabía pintar, sí. Pero lo que transmito… lo que transmito cuando te tengo enfrente y recuerdo esos cuerpos, perfectos, inmóviles.

Aparté mi rostro, pero lo agarró de nuevo, esta vez con las dos manos.

—Tu existencia depende de mí. ¡La de tu hijo! ¿No lo ves? ¿No ves que solo quiero cuidarte, atesorarte?

Soltó mi rostro y tomó un mechón de mi cabello.

Mi cuerpo entero se encontraba inmerso en una batalla para no desmoronarse frente a él.

—Dejar que otros te admiren sabiendo que eres mía es… —Resopló y luego tragó saliva—. Tu belleza, tu fragilidad, me atan a ti de un modo que ni tú misma puedes comprender.

—Está… loco —dije mientras el pánico me amenazaba con susurros de muerte.

—¿Loco? No. —Al fin se levantó y se alejó unos pasos de mí —. Considérame un conservador de lo hermoso, antes de que la vida lo estropee.

Unos toques en la puerta lo interrumpieron por unos segundos, antes de que siguiera hablando.

—El cuerpo muere, Anne. Tarde o temprano siempre lo hace. Pero no la belleza, sobre todo si yo la salvo.

Lo miré aterrorizada. Ese hombre era el diablo. No uno con cola y cuernos que escupía fuego por la boca como había visto en algunos dibujos.

Era peor.

Era un lunático disfrazado de salvador.

Volvieron a llamar a la puerta.

Se alejó para abrir y yo aproveché para intentar desatarme, sin dejar de escuchar lo que la voz al otro lado decía.

—Milord. Han venido un magistrado, el señor Pike y el señor Miller junto a otros hombres. Tienen una orden para registrar el club.

Owen.

Saber que estaba allí, la idea de que quizá hubiera encontrado el modo de acabar con todo esto, se enroscó a mi cuerpo como el humo: una esperanza que podía ver, pero ni soñar con tocar.

Contrario a lo que creía —que ese desgraciado saldría corriendo en cuanto fuera descubierto—, dijo un escueto:

—Déjelos pasar.

Cerró la puerta y luego se acercó a mí con un trapo que, claramente, usaría de mordaza.

—¡Aquí! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Owen!

—Di una palabra más y el siguiente cuadro que pintaré será el de tu hijo.

Sus amenazas no iban a detenerme esa vez.

La rabia que me hervía por dentro desbordó y volví a gritar, esta vez con más pulmón, con más garra.

Si lo atrapaban, por mucho que me amenazara jamás podría volver a tocar a Ellis.

—¡Owen!

Tomó mi cabeza entre sus manos y lo vi en su mirada: él sabía que una simple mordaza no conseguiría apagar mis ganas de ser oída, como yo sabía lo que haría para conseguirlo.

Un movimiento brusco.

Dolor.

Y mis párpados se cerraron bajo su desquiciada mirada.

49. Owen

—¿Creen que Montlowe nos dejaría pasar con esa tranquilidad si ocultara algo?

—Con todo el respeto, señor Fenton, mi instinto me dice que sospechaba que algo así sucedería más pronto que tarde. La gente como él es inteligente —respondió Pike.

—Pues bien podría usar su maldita inteligencia para otra cosa —dije con indignación, mientras el portero terminaba de recibirnos.

—Milord, ha dicho que no sabe a qué se debe su visita; sin embargo, pide su total discreción, ya que algunos caballeros se encuentran en el club. Saben que aquí no se puede hablar.

El magistrado dio orden a sus muchachos con un cabeceo y estos pasaron, sin poder evitar admirar el lugar.

—¿Qué se han creído sus hombres? ¿Que es una visita a una exposición de arte? —soltó Pike.

—Vayamos al invernadero, es ahí donde conseguí el lirio con el colgante.

—Bien —dijo Fenton—. Como no hallemos nada, van a tener que darme explicaciones, los dos.

Miré a Pike y él a mí, como una especie de afirmación de que lo que íbamos a hacer era lo correcto.

Los dirigí al lugar como si hubiera estado en ese club innumerables veces y, fue ahí, en la puerta acristalada, donde vimos a Montlowe.

—Milord —dijo Fenton—, perdone la interrupción, solo queremos comprobar algo.

Montlowe me atravesó con una mirada afilada que duró apenas unos segundos para transformar su gesto en una sonrisa ladeada.

—¿Qué es lo que buscan exactamente? —preguntó mientras se frotaba las manos, lo que hizo que me llegara un olor a aceite de linaza.

—Pruebas —dijo Pike sin tapujos, ignorando la mirada reprobatoria de Fenton.

—¿Alguien se ha quejado de mi club? ¿Algún empleado, quizá?

Si algo detestaba era que me mintieran en la cara, y más con esa despreocupación y desfachatez, como si fuéramos imbéciles.

—¿Pinta, milord? —pregunté sin resistirme.

—Aprecio el arte, señor Miller, pero de eso a crearlo hay un trecho que no soy digno de atravesar. —Se aclaró la garganta—. ¿Es por ese pintor? La colección Almas dormidas ha dado de qué hablar.

—Se lo volveré a preguntar —insistí, con la poca paciencia que me quedaba—. ¿Pinta o no, milord?

—Conteste a la pregunta —dijo el magistrado, para mi sorpresa—. Me ha llegado un ligero aroma a linaza; es lo que usan los pintores para limpiarse las manos, ¿cierto?

—No sé para qué la utilizan los pintores —respondió—, pero yo la uso para nutrir mis muebles, que es lo que hacía hace un momento, antes de que me interrumpieran.

La respuesta pareció dejar satisfecho a Fenton. Pero a mí no me cuadraba que no fueran los sirvientes los encargados de esa tarea. Me mordí la lengua de impotencia.

—Si no le importa, revisaremos el invernadero —intervino Pike, tan cansado como yo.

—Por supuesto —accedió Montlowe—. Adelante.

Lo miré con sospecha y con unas ganas desaforadas de golpearle, no sin antes dirigir la vista a esas escaleras que llevaban hacia Anne.

—Es mía.

Fue un susurro en mi nuca, uno tan ligero y hueco que no supe si me lo había imaginado.

Una vez dentro, los hombres hurgaron dentro de las macetas de los lirios, pero nada. En cuestión de un minuto, todos los ojos se clavaron en mí.

—¿Señor Miller? —dijo el magistrado, con una ceja que le llegaba a su incipiente calva.

Tomé uno de los lirios, tiré de él y nada. Tomé otro, y otro, y más de lo mismo.

—Espero que luego reparen este destrozo —dijo Montlowe con calma—. A mi prometida le encantan los lirios; los tengo aquí por ella.

—¿Miller? ¿Pike? —El magistrado tenía el rostro rojo, como si de repente se sintiera ridículo.

Pike rompió en una carcajada, mientras dejaba caer una de las macetas.

—Lo sabía, ¿cierto? —soltó, cortando la risa de cuajo—. Sabía que vendríamos.

—No tenía ni la menor idea —dijo con una voz tan relajada, que no pude contenerme más. Me abalancé sobre él y lo agarré del cuello.

—¡Señor Miller!

—Las ha escondido, sé que lo ha hecho —dije con furia, reteniéndolo contra el cristal.

—Si me dice el qué, a lo mejor puedo ayudarle a buscarlo. —Su voz era capaz de sacarme de quicio.

—Lo que guarda de ellas —gruñí.

—¡Señor Miller! Deténgase en este instante o será a usted a quien lleve a juicio. —Las amenazas de ese magistrado no surtían efecto sobre mí.

—¿Dónde está?

—¿A quién se refiere? ¿A la bailarina de quien se enamoró el otro día en su visita?

—¿De qué demonios habla, Miller? —espetó Fenton.

Pike se acercó a mí y me obligó a soltarle mientras me susurraba un «no lo empeores».

—Dígame, magistrado. No me diga que se ha dejado guiar por las palabras de este hombre. Lo único que quiere es a una de mis artistas. Creo que le ha prometido cielo y tierra para que me abandone.

—¿Es eso cierto, Miller?

—¡Claro que no! Lo que sucede aquí es que...

—Tome, lea esta nota usted mismo. Se la entregó al embaucarla tras asistir a misa.

Pike se llevó las manos a la cabeza y me miró con ojos desorbitados.

Me convertí en un nudo de una maldita cuerda, en uno que yo mismo había atado y me impedía moverme.

El magistrado me tiró la nota a la cara después de leerla y se disculpó con Montlowe por haberle hecho perder su tiempo.

Salimos del invernadero, con la sensación de que ese malnacido se estaba riendo a mis espaldas. Entonces, antes de que pusiéramos un pie en la calle, unos golpes llamaron nuestra atención; luego, un grito. Desgarrador y lejano.

Anne.

Regresé sobre mis pasos, aparté a Montlowe de un empujón y me dirigí escaleras arriba, de donde venía el ruido.

—¡Pike! —grité.

El *runner* supo a lo que me refería; con ese simple aviso no dejaría huir a ese imbécil.

—¡Milord! Explique esto —oí gritar al magistrado.

Me detuve en el pasillo superior para escuchar de dónde venía el ruido.

—¡Owen!

—¡Anne! —grité—. ¡Anne, dónde estás!

Los golpes retumbaban en la pared de madera, pero en aquella zona no había puerta.

—¡Anne!

—Owen. —La oí sollozar—. Estoy aquí.

Me faltó poco para tirar la pared y sacarla de allí hasta que moví un pesado tapiz y encontré el pomo. Lo giré, pero estaba cerrado.

—Ahora vuelvo, Anne, ¿me oyes?

—Sácame... sácame de aquí.

Su voz, acompañada de esas palabras, retorció mi corazón de dolor. No había tiempo que perder.

Regresé escaleras abajo, donde Pike retenía a Montlowe. El muy desgraciado permanecía tranquilo e impasible. Me abalancé sobre él y lo golpeé.

—¡¿Dónde está la llave?! —espeté.

—Si me dice a qué llave se refiere, podré ayudarlo.

Ni con un labio sangrante se bajaba de su estúpida calma.

—Deje de jugar —le dijo Pike—. En su posición le conviene colaborar.

—¿Y qué posición es esa exactamente?

Lo golpeé de nuevo, ya no quedaba paciencia que agotar.

—¡Señor Miller! Deje de golpearle, es...

—¿Un duque? —completó Pike con desagrado.

Fenton decidió callar, envuelto en una situación que no podía controlar.

Busqué con urgencia en los bolsillos de Montlowe, ya que Pike lo sujetaba y, en cuanto tuve la llave, regresé con Anne.

Mis manos temblaban tanto que no acertaba en encajar la llave. Cuando al fin lo conseguí, abrí la puerta de par en par.

Unos brazos se abalanzaron sobre mí y me rodearon con tanta fuerza que estuvieron a punto de dejarme sin aire, mientras una cabeza se enterraba en mi cuello. Su cuerpo tiritaba y su corazón latía tan fuerte que podía sentirlo en mi pecho.

No supe cómo reaccionar.

—No dejes que toque a mi hijo —lloró—, por favor, que no lo toque. —Su sollozo se convirtió en un bramido—. Que no toque a mi hijo, por favor. ¿Cómo he podido? Que no lo toque, por favor.

—Anne...

Apoyé mi barbilla en su cabeza y acaricié su cabello, tras contener mi propia agitación al descubrir al fin aquello que la ataba. Había debido sufrir tanto, guardar tanto, que sentía la rabia, la impotencia.

—Por favor, por favor, por favor —repitió con rapidez—. Que no lo toque, aléjalo de él, que no le haga nada, por favor, por favor.

Mi vista se nubló por unas lágrimas que al fin dejé caer.

50. Owen

Anne no dejaba de temblar.

No importaba cuántas veces le repitiera que ya estaba a salvo, era como si mis palabras no llegaran a ella.

Abajo, las voces crecían. Órdenes, pasos. El tono áspero del magistrado al intentar imponer el control a algo que se le había ido de las manos.

Fenton no tardó mucho en subir y, en cuanto lo hizo, nos apartó de la puerta mientras intentaba comprender, con una expresión de nerviosismo, lo que hacía una mujer entre mis brazos.

—¡Qué demonios sucede a... —Se quedó sin habla en el mismo instante en que entró en esa habitación del horror.

Observó a su alrededor, se tapó la nariz con su pañuelo ante el fuerte olor a pintura y me miró.

—Explíqueme esto, señor Miller.

—Esto, señor Fenton, es la guarida de un asesino.

La nuez del magistrado bajó lentamente al tragar. Se acercó a los lienzos apoyados en la pared, al que estaba en el caballete. Su rostro perdió color.

Anne, sin despegar su cabeza de mi cuerpo, levantó el brazo como si llevara plomo colgado, estiró su dedo índice y apuntó hacia el pequeño escritorio.

Fenton y yo nos miramos antes de que él se acercara a ese escritorio. Desde mi posición solo podía ver bocetos a carboncillo, miga de pan para borrar y un muñeco articulado de madera que parecía estar de rodillas.

El magistrado procedió a abrir el primer cajón, de donde sacó pinceles y trapos. Lo peor fue cuando abrió el segundo. Tomó una pequeña bolsa de papel, la abrió y metió los dedos. Su cara fue de espanto. Quitó los dedos como si se hubiese quemado y dejó caer la

bolsita. Llevé mi mirada al suelo y atisbé varios mechones que sobresalían.

Cogí aire y abracé a Anne.

Ella alzó de nuevo el brazo y esta vez apuntó hacia el suelo.

El magistrado parecía impactado, como si se encontrara en una de sus peores pesadillas. Para él, todo hubiera sido mucho más fácil si Pike y yo nos hubiéramos equivocado.

Fenton siguió el rastro de tierra del suelo que desaparecía en un punto del entarimado. Se limpió el sudor de la frente con el mismo pañuelo que había usado para su nariz y dio un taconazo en el suelo. Al ver que la madera se movía, se agachó con poca agilidad y deslizó los dedos entre la ranura. En el momento en que apartó la madera y acercó una vela al agujero, esta no tardó mucho en temblar entre sus dedos.

—Dios mío... —susurró.

Se levantó renqueante y con la mirada perdida. No sabía si el miedo que emanaba era por las consecuencias que pudiera tener su descubrimiento o por llegar a la conclusión de que el duque Montlowe era un asesino.

—Dígale... —La lengua parecía pesarle—, dígale a Pike que lo arreste, y a los muchachos que suban.

Tomé a Anne de los hombros y bajé mis manos sobre sus brazos hasta entrelazar mis dedos con los suyos.

—No te muevas —susurré. Creía que si lo decía más alto podría asustarla.

Temía que la conmoción que se había apoderado de ella no la abandonara con prontitud.

—Donalson —dijo con los ojos aún llenos de lágrimas—. La señorita Donalson.

—¿Donalson?

—¿Qué está diciendo, Miller? —preguntó el magistrado sin moverse del lugar donde había clavado los pies.

—¿Qué sucede con la señorita Donalson? —pregunté, después de agachar mi rostro a la altura del suyo.

—Ella casi... Montlowe... —Apretó mis manos—. Montlowe iba a matarla. Yo... —tembló de nuevo—. Me abalancé sobre él, y ella,

ella logró escapar.

—¡Qué hiciste qué! ¡Anne!

—Miller, no es momento de sentimentalismos. Si tenemos una superviviente, hay que dar con ella.

Anne se soltó de mis manos y miró a Fenton con una sonrisa de derrota que rompía con todo.

—No dirá nada.

—¿¡Cómo que no dirá nada!? —A Fenton solo le faltaba tirarse de los pelos, pero, luego, al igual que yo, creyó comprender—. Pues conseguiremos que hable. Señor Miller, ¡haga de una vez lo que le he dicho!

Y eso pretendía hasta que Anne se aferró a la manga de mi camisa. La miré y comprendí.

Me aferré a su mano y tiré de ella.

En el instante en que abandoné aquella habitación, supe con una claridad aterradora que ya no había vuelta atrás.

Lo que le habían hecho, lo que había visto… y lo que yo sabía ahora nos uniría para siempre.

51. Anne

La mano de Owen era lo único que me sostenía. Todo lo que había pasado desde la muerte de mis padres hasta este instante, había sido una eterna pesadilla que no me había permitido cerrar los ojos en ningún momento, descansar o respirar con libertad, con calma. Mis pies parecían flotar, pero mi cuerpo pesaba, además de que notaba un oscuro agujero en el corazón, oscuro y frío, que no tenía fin. Las muñecas me dolían por haber luchado contra las cuerdas que me ataban para poder desprenderme y gritar, gritar por mi libertad.

Deshecha, me dejé llevar escaleras abajo sin soltar a Owen. Los muchachos de ese señor que había conocido en la habitación, subían y bajaban. Un tal Pike me apretó el hombro al pasar a mi lado y continuó su camino. Oía voces, veía siluetas. Mi corazón rebotaba entre mis costillas. Era incapaz de controlar los temblores de mi cuerpo. De repente, no sabía cómo había llegado allí, una espesa nube se había agazapado sobre mis pensamientos. Me mareé, la cabeza se hizo demasiado pesada como para que mi cuello la sostuviera. ¿Había pasado? ¿Se había acabado?

La mano de Owen me apretó con fuerza mientras escuchaba el eco de voces y murmullos.

—¡Qué disparate es este!

—¡Sir Fenton, será mejor que se explique!

—¡Arrestar a un duque en su propio club!

—¡Saben lo que hacen!

Todo se distorsionó. Los rostros se alargaban, las voces se apagaban.

Entonces, Ellis.

Ellis.

Solté la mano que me sostenía y detuve mis pasos, aunque no estaba segura de si caminaba o flotaba.

—¿Dónde vive? —escuché mi propia voz, como si no me perteneciera.

—¿Anne?

—¿Dónde vive Montlowe?

—Anne, ¿qué vas a hacer?

—¡¿Dónde vive Montlowe?! —grité—. ¡¿Dónde vive?!

Todo se redujo a la mirada de Owen y a sus palabras.

—Número seis de Bedford Square.

Mis pies dieron un paso detrás de otro hasta que se echaron a correr.

Llovía.

El aire húmedo entró en mis pulmones mientras llenaba mi mente de imágenes que ubicaban a Ellis entre mis brazos. El sabor salado de mis lágrimas se mezclaba con el de la lluvia. No me importaba ir descalza, si iba a encontrarme con él. Corrí sin parar, sin saber con certeza dónde se hallaba esa calle, pero creía haberme fijado en ese nombre cuando la señora Johns se llevó a Ellis el primer día.

Escuché mi nombre a lo lejos, pero no me detuve.

Oí los cascos de un caballo sobre los charcos, pero eso tampoco hizo que me frenara. Nadie me impediría llegar a donde quería. Pero el caballo apareció a mi lado.

Él trotaba, yo corría.

—Anne, detente.

Era la voz de Owen.

—¡Te llevaré!

El caballo se paró frente a mí, lo que interrumpió mi carrera.

—Yo te llevo.

Owen, empapado al igual que yo, extendió su mano y no dudé en tomarla. Me apoyé en su estribo y con su ayuda subí frente a él. Me abrazó para sujetar las riendas y me pegó a su cuerpo para que no cayera.

No dijo nada más, no me pidió explicaciones, solo siguió.

En cuanto el caballo se detuvo frente al número seis, me tiré y caí de rodillas. Lo que sentí no era dolor en comparación con lo que ya me rasgaba por dentro.

Llamé a la puerta con desespero hasta que al fin se abrió.

Era la señora Johns.

—¡Dónde está! —rugí.

La aparté de un empujón y entré. Los del servicio, que habían salido de sus cuevas ante el escándalo, me miraron con escrutinio, pero cuando volví a gritar regresaron a sus puestos.

—¡¿Dónde está Ellis?!

—¿Sabe milord que está aquí? —intervino la señora Johns, agarrándome del brazo.

En ese instante, entre las sombras, unos pies tímidos se asomaron bajo una cortina que separaba dos ambientes en el recibidor.

Me solté del agarre de la niñera y me acerqué a las pesadas telas que colgaban.

Despacio, me agaché y cubrí esos pies con mis manos, como si pudieran desaparecer de un momento a otro. Apoyé mi frente en ellos y lloré.

—Lo siento, Ellis. Lo siento tanto.

La cortina se descorrió y unas manos sostuvieron mis mejillas.

—Mamá.

Me quedé sin respiración.

Mamá.

¿Lo sabe?

Tomé sus manos e hice que me envolvieran. Rodeé su cintura y lo apreté contra mí, como si así pudiera desvanecerlo todo.

Mamá.

52. Owen

Creo que en mi vida no había derramado tantas lágrimas silenciosas, salvo cuando de niño pensé que la fiebre pútrida me arrebataría a Anne, además de a mi madre.

Demonios, recomponte.

Me sentía un intruso, un mero espectador lejano de lo que una madre y su hijo compartían.

¿Le había llamado Ellis? No, debía habérmelo imaginado, ¿por qué Anne en su sano juicio llamaría a su hijo de ese modo? Aun así, mi pecho se sumergió y nadó dentro de un absurdo mar de orgullo. Bobo, seguro que mi rostro en ese instante era el de un bobo.

Todo iba bien hasta que el chiquillo me miró con angustia sin ni siquiera saber quién era yo. Aunque parecía darle cierta confianza el hecho de que hubiera llegado con su madre.

Lo vi golpear la espalda de Anne y tomarla de los hombros.

—Mamá, mamá.

Una alarma se encendió en mi interior.

Algo andaba mal.

A prisa, me acerqué y me agaché cerca de ellos. Anne tenía la mirada perdida, como si su alma se hubiera escapado a un lugar mejor.

—Anne, ¿me oyes?

No había reacción.

Chasqueé los dedos muy cerca de su rostro y, aun así, no me oía.

El chiquillo lloró y la zarandeó de los hombros.

—¿Qué le pasa? —preguntó con angustia.

—Anne, Anne, por favor —insistí.

Le di pequeños toques en la mejilla, la abracé, volví a hablarle y nada.

Mi párpado palpitó a la par que me crecía una incesante necesidad de tragar.

—Tiene que verla un médico —le dije al chico. Será mejor que te quedes hasta que solucionemos todo. Tu padre... ya hablaremos de ello.

Levanté a Anne y la acuné entre mis brazos, pero el muchacho tiró de mi pantalón apenas había dado un paso.

—Él no es mi padre.

Levanté las cejas y apreté la mandíbula.

—¿Cómo dices?

—Lord Montlowe no es mi padre. No me deje aquí.

Miré a la señora Johns, pero ella apartó la vista con rapidez; era como si no quisiera saber nada de lo que sucedería a partir de ese momento.

—Bien, no te alejes de mí —ordené. De cualquier modo, si lo pensaba, Anne no me hubiera perdonado que lo dejara allí. Las consecuencias que acarreara mi decisión las resolvería más adelante.

Subí al niño al caballo y luego me las apañé para subir a Anne cerca de la crin. Me senté entre los dos y me alejé de ese lugar.

—Agárrate bien —le dije al niño.

Al instante supe que me dejaría sus pequeñas manos marcadas. Apoyó su frente en mi espalda y se dejó llevar.

En silencio, despacio, y acompañados solo por la lluvia, llegamos a la casa de Hallaway, quien, a pesar de las intempestivas horas, me esperaba mientras subía y bajaba las escaleras que precedían su entrada.

—¡Válgame Dios! Pensaba que había sucedido algo.

En la puerta, apoyado, creí ver a alguien más.

—El señor Thorne venía a informarse, ha oído que se han llevado a Montlowe. ¿Es cierto? ¿Habéis encontrado lo que buscabais?

Sin contestar, bajé del caballo e hice lo mismo con el niño. Hallaway me contempló con expresión interrogativa, pero pareció intuir que no era momento de hacer preguntas.

—Ven, muchacho. Ven a secarte. —Lo dijo de tal forma que me hizo recordar aquel día en el que decidió sacarme de St. Joseph.

Con delicadeza, bajé a Anne, ya que, se asemejaba más a su querida muñeca de trapo que a una mujer que acababa de demostrar una inmensa fortaleza.

—Tiene que verla un médico.

Subí con ella en brazos y el señor Thorne me pidió mi caballo.

—Iré a traerle un médico.

No hizo falta que dijera nada para que entendiera que estaba agradecido.

Subí a Anne a la alcoba en la que me había quedado durante mi estancia en Londres y la reposé sobre la cama.

—Binns —escuché decir a Hallaway—. Atiende al niño. Y llama a la doncella de mi hija. Esa muchacha necesita ropa seca.

Tomé las manos de Anne y las calenté con las mías.

—Anne, por favor, reacciona. Vamos.

Era extraño, sus ojos estaban abiertos, su pecho subía y bajaba despacio. Ya no temblaba, ya no lloraba, ni siquiera apretaba mi mano.

—Anne.

No sabía qué hacer ni cómo ayudarla. Mi pie se volvió loco golpeando el suelo; había perdido la cuenta de las veces que había visto mi reloj de bolsillo, como si eso fuera a hacer que el médico llegara por gracia divina.

Me levanté y senté varias veces, me llevé un caramelo de anís a la boca para calmarme, y hurgué entre mis cosas para sacar la muñeca de Anne, la que le dije que devolvería. Levanté su brazo y coloqué la muñeca sobre su costado, como solía llevarla.

—Así que es ella —dijo Hallaway desde la puerta.

Asentí sin apartar la mirada de Anne.

—Nunca dudé de que lo conseguirías.

Levanté una ceja.

—Solo quería que fueras prudente. —Sonrió—. Debe de haber pasado por mucho. Me alegro de que alguien como tú esté a su lado.

—¿Se pondrá bien? —pregunté en cuanto recibí el peso de su consuelo sobre mi hombro—. He tardado demasiado. Si hubiera llegado antes, quizá...

—No te fustigues, lo importante es que has llegado. —Hizo una pausa—. ¿Qué ha sido de Montlowe?

—Pike y Fenton se lo han llevado. Tendrá que responder a muchas preguntas.

—En el hipotético caso de que Fenton consiga llevarlo ante la ley, dudo que el juicio sea público.

Yo también lo dudaba, era raro que enjuiciaran a alguien de su rango de forma pública, incluso solían escaparse de sus fechorías abusando de su poder. Pero lo de Montlowe no había sido una simple malversación o un abofeteo a una criada. Era un asesino.

Al poco tiempo, al fin oí las voces del señor Thorne y alguien más acercarse. En cuanto entraron a la habitación, me aparté de Anne para darles espacio.

—Edmund Rowles —se presentó el que debía de ser el médico.

—Gracias por venir a estas horas —dije, después de estrechar su mano—, por favor, dígame que estará bien.

El médico se aproximó a Anne y comenzó a examinarla. No me había dado cuenta de la sangre pegada a su cabello hasta que Edmund, al levantarle la cabeza, dejó visible la mancha de la almohada.

—Parece que ha recibido un fuerte golpe en la cabeza, incluso dos, me atrevería a decir. ¿Su estado ha sido repentino? Quiero decir, ¿vio usted el golpe? —me preguntó.

—No —respondí con impotencia. Si yo hubiera estado no hubiera permitido que ese imbécil la tocara—, temblaba mucho, repetía las mismas frases una y otra vez. Luego salió bajo la lluvia y corrió.

—¿Corrió, dice?

Asentí.

—Fue después de ver a su hijo, que todo pareció desvanecerse para ella.

—Entiendo.

El médico sanó la herida de su cabeza, mientras la doncella le sujetaba la cabeza. Apenas pude mirar. Había visto heridas peores que esas, órganos fuera del lugar al que pertenecían y nunca me

había impresionado tanto. Porque ella no era un soldado cualquiera, era Anne.

Edmund continuó examinándola, hasta que...

—¡Qué demonios hace!

Anne soltó un grito de dolor y a los pocos segundos regresó a su estado ausente.

Me faltó poco para golpear a ese médico al ver sus dedos marcados en el brazo de Anne, tras el pellizco que le había dado.

—Tenía que comprobar algo —sentenció.

Miré al señor Thorne, parecía ensimismado, con la vista clavada en la muñeca de Anne.

Qué demonios.

—¿Ha pasado por alguna situación, digamos, extrema, o ha estado bajo presión durante un largo período de tiempo?

Mi atención regresó al médico.

—Me temo que sí, estoy seguro de que Anne ha sufrido de un modo que nadie debería haberlo hecho.

—En ese caso, estoy casi seguro de que la señorita se encuentra en un estado de estupor.

—¿Estupor? —Quise saber.

—A veces, nuestra mente, al verse sobrepasada, desconecta para protegerse. Está despierta, pero no presente, señor Miller.

—¿Cómo? —Me iba a volver loco.

—Sé que es difícil de digerir, pero por esa mirada perdida, la flacidez de su cuerpo, su falta de respuesta a la voz o al tacto, a no ser que sea doloroso, incluso sus movimientos, es algo casi aprendido; como ha podido ver, se ha vuelto a tumbar sola.

—¿Cuánto puede durar? —dije, apenas sin voz—. ¡Dígame cómo puedo ayudarla! ¡Que tiene solución!

—Miller, cálmese —espetó Hallaway.

—Eso depende del paciente. Puede durar minutos, horas e incluso días o semanas. Puede recomponerse de forma brusca o poco a poco. Quizá la ayudaría sacarla de aquí, alejarla del lugar donde ha sucedido aquello que la ha provocado llegar hasta aquí, no dejar de hablarle, por supuesto, de incentivarla. Encontrar aquello que la haga feliz.

No sabía lo que me habían sudado las manos hasta que tuve que limpiármelas en el pantalón.

—Me la llevaré a Dorset. Allí podrá recuperarse.

—Eso es una excelente idea. El mar y el campo siempre han demostrado tener efectos curativos.

Por una milésima de segundo me sentí útil.

Agradecí al médico su visita antes de que se marchara, pero el señor Thorne parecía querer preguntarme algo.

—¿Cómo ha dicho que se llama la mujer?

—Anne —respondí—, se llama Anne.

—Esa muñeca, ¿es suya?

—¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada, olvídelo.

Parecía que al fin se marcharía, pero antes de cruzar la puerta se giró.

—¿Cuál es su nombre de pila, señor Miller?

—¿Mi nombre de pila? —Por un instante sus ojos llamativos removieron recuerdos que creía olvidados, una pelea, un puñetazo, un empujón—. Me llamo Owen.

Logan se sujetó de la puerta, como si le hubieran fallado las piernas.

—Perdone la pregunta, quizá me equivoco, y mi objetivo no es ofenderle, pero ¿conoce St. Joseph Workhouse? —Lo preguntó con tanta rapidez que me costó entenderle.

—¿Cómo dice?

—Que si estuvo en St. Joseph Workhouse.

—¿Eres... el diablo? —susurré. Di un paso hacia delante, pero él se había quedado petrificado. —Cuando escuché tu nombre —añadí de forma cercana, casi seguro de que era el mismo Logan de mi infancia—. Creí que podrías serlo, pero ¿qué posibilidades había?

Silencio.

Logan tomó aire y, de la nada, se abalanzó sobre mí y me abrazó. Sin evitarlo, yo le devolví el gesto. Aquello no era posible; extraño y a la vez maravilloso. ¿Cómo demonios habíamos podido encontrarnos de este modo?

Ninguno de los dos parecía querer deshacer esa muestra de cariño, se sentía como si ambos dejáramos ir una parte del sufrimiento y angustia. Toda clase de recuerdos pasaron delante de mis ojos, hasta que un carraspeo nos interrumpió.

—Binns —dije con seriedad, aclarándome la garganta. Quizá la forma en la que me había separado de Logan había sido un poco brusca.

Al final, ambos apartamos la mirada el uno del otro. Esperaba que no se notaran las lágrimas que habían amenazado salir disparadas de mis ojos.

—Señor Miller —dijo Binns—, ha venido un muchacho. Dudo que me haya oído y ni siquiera que pudiera hablar, pero me ha entregado este sobre antes de marcharse a toda prisa.

—Gracias, Binns.

Tomé el sobre y lo guardé pegado a mi pecho.

—Logan. Digo, señor Thorne —lo llamé nervioso. Pasaba del tuteo a las formalidades como un estúpido—. ¿Querría quedarse? Sé que es tarde y que tiene a una mujer que lo espera, pero...

—Me quedaré. —Se giró hacia la calle donde Edmund lo aguardaba—. Dile a Amelia que no me espere despierta.

—¿Y sufrir yo las consecuencias? —Oí gritar al otro—. Me hincará su preciada pluma de escribir en el ojo como le lleve tal mensaje.

—Podrás con ella, o no... —dijo Logan, para luego cerrar la puerta con una sonrisa.

Los dos teníamos mucho de qué hablar.

Pero aquella noche, lo único que importaba era que Anne respiraba y que Ellis no volvería a dormir en la casa de un monstruo.

53. Owen

Logan estaba sentado frente a mí, con los codos apoyados en las rodillas, la mirada perdida en un punto del suelo. Yo, en cambio, estaba cansado, y tenía la espalda agarrotada de pasar la noche entera sentado junto a Anne sin atreverme a soltarle la mano, como si alejarme de ella fuera un pecado imperdonable, después de todo lo que había pasado. Era lo menos que podía hacer.

Logan y yo habíamos dejado tanto atrás, me había dado cuenta después de hablar durante horas con él, pero en su mirada aún podía ver a aquel niño que le temía a la oscuridad. Juntos acordamos que lo mejor sería no hablarle de los demás a Anne hasta que se recuperara por completo, pues una noticia así, que pudiera causarle una emoción tan fuerte, podría retrasar su progreso. O quizá mi miedo era que, aun conociendo la noticia, no reaccionara. En cualquier caso, pensé que sería lo mejor.

Miré de soslayo a Ellis, quien había aparecido en mitad de la noche para acostarse en el regazo de su madre. El sol, que comenzaba a despuntar, iluminó su pequeño rostro y poco a poco abrió los ojos, de unas pestañas tan largas como las de Anne. Lo cierto era que se parecían como dos gotas de agua. Anne le había concedido a su hijo el mismo rostro de ángel.

—Ve a que te preparen algo —le dije al escuchar las súplicas de su estómago.

Anoche no había querido probar bocado, y no era de extrañar. Ver a su madre de ese modo le habría impactado de una manera aterradora.

El niño asintió. Le dio a Anne un dulce beso en la mejilla y recolocó su muñeca. Antes de irse, la miró una vez más. En ese mismo momento, Hallaway entró.

O era cosa mía o esa noche nadie había conseguido conciliar el sueño en esa casa.

—Buenos días —dijo el coronel.

—Buenos días —respondimos Logan y yo.

—No quiero abusar más de su amabilidad —le dije a Hallaway —, pero, si no le importa, nos quedaremos unos días más hasta que sepa que lo de Montlowe está resuelto y, de paso, ayudaré a Pike a convencer a la señorita Dolanson. Quiero que, cuando Anne vuelva en sí, no tenga nada más de lo que preocuparse.

—Ya oíste a ese médico —dijo él—, lo mejor es alejarla de aquí cuanto antes. No conviene quedaros, la cosa se va a poner peliaguda.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche, mientras Fenton lo interrogaba, Montlowe acusó a un tal Richard de los asesinatos, pero, según Pike, el muchacho tiene pruebas suficientes para justificar que no fue él. No obstante... —Se tomó un respiro y desvió la mirada hacia Anne—. Dice que no se puede llevar al niño.

—¿Cómo? ¿Con qué derecho?

—El derecho que ejerce un padre.

Una risa nerviosa salió de mis labios, era como si, de repente, viera una losa pesada que se aproximaba a mi cuerpo.

—El mismo niño ha dicho que eso no es así. Es más... — Saqué con rapidez los papeles que Binns me había dado y había tenido tiempo de ojear—. Aquí —dije señalando el punto exacto que nos interesaba—, dice que Anne Lovell es la madre de ese niño. ¿Lo ve? Ellis Lovell.

—Sin embargo, no dice que él no sea el padre.

—¡De qué demonios hablas, Hallaway! —Levanté mucho la voz y los tres miramos a Anne como si pudiera haberla despertado, pero lo cierto era que no se había inmutado—. ¿Me dice que tengo que dejarlo aquí? ¿Es eso? ¿Cómo lo voy a dejar con un asesino? ¿Y quién demonios es ese Richard al que acusa?

—Lo que digo, Owen, es que hay que tener cuidado. Ya sabías que era poderoso. Te dije lo que pasaría si acusabas a un hombre de ese rango.

Golpearía a alguien, definitivamente lo haría si no fuera porque los dos que tenía enfrente no se lo merecían. En cambio, apreté los puños hasta que me crujieron los nudillos y ese papel que no nos servía de nada.

—Si me permites, Owen — Logan me quitó los papeles y los ojeó, mientras yo me hundía cada vez más en un pozo sin fondo.

—Ahora mismo puedo decirte que la maternidad se da por sentada; en cambio, la paternidad hay que reclamarla. Ahora bien, si lo que dicen estos papeles es cierto, Montlowe se menciona a sí mismo como el albacea del niño. No como padre, solo como alguien que prometió la manutención. Y eso juega a tu favor.

—Explícate, Logan —dije, al borde de la desesperación.

—Si no lo reconoció en ese momento y quiere hacerlo ahora, después de apuntarse como su albacea, sería un proceso tedioso y bajo juicio formal. Por no decir que tendría que reclamarlo de manera pública, exponiendo así su relación con Anne y el contexto de su embarazo, lo que pondría en riesgo su compromiso y reputación.

—¿De verdad consideras que eso sería un riesgo para él cuando ya está bajo una acusación de asesinato? No le quedará reputación que mantener. ¿Qué padre casaría a su hija con alguien acusado de tal atrocidad?

—Te sorprendería.

Resoplé y revolví mis cabellos.

—Considero que es una simple amenaza. Me temo que no quiere perder el control sobre Anne, aunque no sepa su estado actual.

—¿Y qué me recomiendas? —pregunté con la esperanza de que me contestara con la misma seguridad.

—Que Montlowe simplemente diga o sugiera que es su hijo no basta —contestó—. Pero, si ese hueco sigue vacío, se convierte en un espacio peligroso.

Giré el rostro hacia Anne.

—Ella no puede decidirlo ahora, ni siquiera ha podido decirme quién es el padre.

—Lo sé. Por eso no hablo de Anne. Hablo de ti.

En su expresión había una seriedad afilada, de esas reservadas para asuntos importantes. Miré a Hallaway, pero parecía tan perdido como yo.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Si tú lo reclamas antes, de forma oficial —bajó la voz—. Ese niño necesita protección. Si Anne...

—¡Ni se te ocurra mencionarlo! Anne se recuperará.

Sentí cómo algo me apretaba el pecho mientras que el miedo me hincaba sus garras en el cuello.

—Si lo reclamas —insistió.

—¡No soy su padre!

—No —admitió Logan—. Pero puedes serlo.

Me quedé en silencio.

—Si el niño accede —prosiguió—, y el padre Marcus lo bautiza hoy registrando tu nombre como garantía, el registro dirá lo que deba decir y será oficial. A partir de ahí, quien quiera arrebatárselo tendrá que ir contra un documento eclesiástico. Y te aseguro, amigo, que eso es complicado.

Miré hacia el pasillo donde había visto alejarse a Ellis esa mañana y dejé salir el aire por la nariz muy despacio.

Me tambaleé hasta el lecho de Anne, me agaché y la tomé de la mano.

—Anne, por favor, dime qué quieres que haga, ¿qué debo hacer?

—Si querías ayudarla —sonó la voz de Hallaway tras de mí—, este es el momento. No dejarás que, después del camino recorrido, no haya servido para nada.

—Hallaway, no sé... yo no sé ser padre. —Apoyé la frente en nuestras manos—. No sé cómo hacerlo, no estoy preparado.

—¡Sandeces! —Te vi con esos niños en Badajoz, cómo te desviviste por ellos. Estoy seguro de que serás un gran padre, y más de ese niño. ¡Lleva tu nombre, por el amor de Dios! ¿Qué más necesitas?

Respiré hondo.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si no es lo que ella quiere?

Levanté la cabeza. Por ella, estaría dispuesto a cumplir con la responsabilidad.

—Entonces cargarás con ello, como hacen los padres.

—Anne despertará —intervino Logan con firmeza y su mano apoyada en mi hombro—. Y cuando lo haga, tendrá a su hijo a salvo. Eso es lo único que importa.

54. Owen

Bajé a las cocinas y me encontré a Ellis subido en una banqueta ayudando a la cocinera a remover un guiso. Contemplé su rostro concentrado, pero también el reflejo de la preocupación.

—Ellis —dije algo incómodo; la conversación que tendríamos a continuación prometía ser difícil.

El muchacho bajó de un salto. Se limpió las manos en el delantal de la cocinera. Luego se plantó frente a mí con mejor porte que un soldado.

—Tenemos que hablar —anuncié.

Caminé para salir de las cocinas y el niño me siguió hasta el jardín.

Los pájaros cantaban y las flores se abrían al sol, pero por muy bonito que resultara, para mí era una desfachatez. Había sufrimiento, pero la tierra parecía seguir el orden del día, indiferente, sin preocuparse. Mentiría si no dijera que un pensamiento de enojo cruzó mi mente, pero ¿qué culpa tenían los demás del sufrimiento ajeno? Miré hacia el sol, extendí mi mano para taparlo, y abrí los dedos para que los rayos lo atravesaran. Necesitaba un segundo para encontrar la manera de comunicarle al niño la decisión sin que le supusiera un espanto.

—¿Sabes que yo también me llamo Ellis? —comencé.

—Mentira —respondió con rapidez—, he oído cómo los demás lo llaman Owen.

—Owen Ellis Miller.

Saqué el documento de mi ascenso a teniente y se lo mostré para que leyera mi nombre.

No tardó mucho en abrir los ojos con asombro.

—Tu madre y yo éramos muy amigos de pequeños.

—¿Y ya no? —preguntó, curioso, a la vez que me devolvía el papel—. ¿Por qué nunca lo he visto?

—Quiero creer que sigue siendo mi amiga, sí. Verás... —Me agaché de cuclillas para estar a su altura, pero, al darme cuenta de que era más alto de lo que parecía, disimulé cogiendo una florecilla y me levanté de nuevo—. Por circunstancias de la vida, que ninguno podíamos controlar, acabamos separados. Sin embargo, siempre he llevado a tu madre conmigo, aquí —añadí y me señalé el pecho—. Lo primero que hice al volver fue buscarla.

El niño me miró como quien mira un objeto extraño.

—¿Por qué quería buscarla?

—Hice una promesa.

—¿Solo por eso?

—¿Qué? —La pregunta me pilló con la guardia baja, nunca me había planteado si había otra motivación más que mi promesa.

—Debe quererla, ¿verdad? No creo que la promesa de un niño valga demasiado. A mí mismo se me olvida lo que dije ayer.

—Esto... sí —Me aclaré la garganta; la conversación iba a ser incómoda para él, pero el incómodo había resultado ser yo.

—A ella le gusta el cariño, no he conocido a nadie que lo disfrute más. ¿Sabe? A veces, cuando solo toco su cara, su sonrisa es tan amplia que puedo contar todos sus dientes. Cuando le envié mi primera carta, dijo que la había leído cientos de veces, y eso que yo creía que no sabía leer. —Ellis dio una patada a una piedrecilla que fue a acabar en el muro—. Y cuando la llamé mamá, sus ojos se llenaron de algo que no había visto hasta ahora; lo que no me esperaba es que ella... bueno, terminara así. ¿Ha sido mi culpa? ¿No se lo debería haber dicho?

Acababa de recibir demasiada información en solo dos segundos. Yo le había dicho que tenía que hablar con él, pero él parecía tener mucho que soltar. Ellis hablaba de un modo que ni en mil años yo hubiera podido hacerlo a su edad. Ahora entendía todo el esfuerzo que Anne había hecho por sacarlo adelante. Cada logro de ese niño debía de ser una palmada de ánimo en su desgastada espalda. Sin embargo, el último tramo de sus palabras me llamó la atención.

—¿Ella nunca te dijo que era tu madre?

El niño negó con la cabeza.

—Pero no soy tonto. Antes de que saliéramos del bosque escuché a las ancianas que decían que un niño siempre reconoce a su madre. Y yo sabía cuál era la mía, aunque me dijeran que había muerto.

Sin evitarlo, agité el cabello del muchacho y lo atraje hacia mí. Seguramente, era el amor que ese niño le profesaba lo que le mantuvo la voluntad de seguir, y el amor que ella debía sentir por él.

¡Por todos los campos de batalla! ¿Desde cuándo me había convertido en un sensiblero?

—No ha sido tu culpa, creo que, al reconocerlo frente a ella, de algún modo le diste la paz que necesitaba. Solo está... descansando.

—¿De verdad?

Asentí.

—Ahora bien. —Lo tomé de los hombros y lo alejé para poder verlo bien—, ¿Qué sabes de tu padre?

Ellis se elevó con puntas de los pies y me susurró algo en el oído. Tras escucharlo, di unos pasos hacia atrás.

—Eso decían los niños del bosque para molestarme, por eso me llamaban Solomon. Creo que yo no era el único que creía que Anne era mi madre.

Una ira roja y con uñas largas subió desde mis pies hasta mi pecho. Como lo que Ellis me acababa de decir fuera cierto, yo...

¡Demonios! ¿Por qué?

Me froté la cara y estiré las mangas de mi maldito traje, que parecía querer embutirme hasta hacerme desaparecer.

¡Jamás! Jamás permitiría que le pasase algo así de nuevo.

—Escúchame bien, Ellis. —Fue mi ira lo que me llevó a dejar las delicadezas e ir directo al grano—. Montlowe te reclama como su hijo. —El rostro del muchacho no fue otro que de descomposición—. Pero no lo consentiré, ¿entiendes?, solo si tú estás de acuerdo.

El muchacho asintió con rapidez.

—¿Quieres ser mi hijo? Sé que no me conoces de nada, que soy un tipo raro que ha llegado de repente a tu vida, contándote

historias del pasado… Pero todo lo que venga de Anne, de tu madre, es valioso para mí, igual que lo es ella. No tengo ni idea de lo que tengo que hacer, ni cómo demonios ejercer tal título, sin embargo, lo haré lo mejor que pueda.

Estaba tan nervioso que se me había olvidado respirar.

—Lo seré, solo si tú quieres ser mi padre.

Sonreí como si me hubiera vuelto loco, resoplé, lo miré, luego al suelo, y de nuevo a él.

—Seré tu padre.

Esa misma mañana, Ellis fue bautizado. De modo surrealista, todo transcurrió frente a mis ojos como si no estuviera presente. El padre Marcus apareció para ayudarnos una vez más, después de ponernos al día y de que me contara que también nos había buscado, como al resto. Logan y su mujer asistieron, e incluso Hallaway, que soltó alguna lágrima de emoción.

Cuando escuché mi nombre pronunciado en voz alta y vi cómo el apellido Miller quedaba sellado bajo una marca poderosa, fue como si siempre hubiera estado destinado a ser el padre de ese niño.

No supe quién cerró la puerta del carruaje que Hallaway nos había prestado, ni cómo había llegado a sentarme en su interior. Solo supe que, al alejarnos de Londres, nada de lo que habíamos hecho aquel día podría deshacerse.

55. Owen

El carruaje avanzaba por los caminos rurales de Dorset mientras la luz del atardecer descansaba sobre los campos. Los árboles bajos y los setos perfectamente alineados, marcaban los límites de la propiedad. La fragancia fresca del campo, mezclada con la brisa que mecía las hojas, era un bálsamo después de lo ocurrido. Anne seguía en mis brazos, dormida o ausente de este mundo. Cada respiración suya me recordaba lo frágil y lo fuerte que podía ser a la vez.

Miré a Ellis y sonreí al verlo luchar contra el sueño que lo hacía golpearse con la ventana.

No iba a negar que sentía verdadero pánico de encontrarme a las hermanas Taylor. De hacerlo, pedirían docenas de explicaciones sobre el estado de Anne, su procedencia, y la llegada de un niño. Por suerte, al llegar frente a la casa, no había nadie.

El cochero que Hallaway nos había proporcionado me ayudó a bajar a Anne, y en cuanto la tuve en mis brazos miré hacia mi reciente hogar, de muros claros y ventanas amplias que reflejaban la huida del sol. Era un lugar donde la violencia y el miedo no tenían cabida, o al menos eso esperaba. La sensación de espacio, de aire abierto y de luz me hizo respirar un poco más hondo de lo que había conseguido en días.

Continué mis pasos hacia adentro, donde mis pies crujieron en la madera vieja, y me dirigí a aquella habitación diseñada para acoger, para calmar. Ahora sería suya.

Dejé a Anne con suavidad sobre la cama, bajo la atenta mirada de Ellis, y la cubrí con una manta cálida. Me permití sentarme a su lado por un momento, tranquilizándome con la serenidad que emanaba su rostro.

—Voy a ayudar a bajar las cosas —dijo Ellis.

De soslayo, lo vi marcharse.

—¿Sabes? Tienes un hijo maravilloso, Anne.

Al decirlo, la duda de si había hecho bien me carcomió.

—A partir de ahora, todo estará bien. Aquí lo estarás. —Aunque esas palabras fueran para ella, yo también las hice mías.

Según Edmund, debía recordarle aquello que la hacía feliz, lo que la animaba. En un arrebato, alcé la mirada para comprobar que Ellis aún no había regresado y, aunque llevaba tiempo sin hacerlo, canté en apenas un susurro.

—Soy como un río.
Sé de dónde vengo, pero no sé a dónde voy.
Solo sigo mi camino,
el de los árboles, el musgo y el sol.
Como los gorriones, me alzo al vuelo
y extiendo mis alas hacia la libertad.
Algunos me desprecian, otros me admiran
y yo… yo solo fluyo.

—¿Conoce esa canción? —La voz de Ellis me interrumpió.

Me levanté más rápido que un maldito rayo y me dispuse a doblar la ropa que había dejado de mala gana sobre una silla antes de partir a Londres.

—Vamos, debes de tener hambre.

—Pero...

Lo saqué de la habitación y lo invité a seguirme a la pequeña cocina, donde se hallaba una despensa tras una cortinilla algo desgastada.

—Veamos qué podemos hacer con... un par de patatas, arroz y pasas.

Miré al crío, apenado, pues había poco que pudiera ofrecerle. No previ tener visitas, y mucho menos pensar que Anne acabaría aquí y que tuviera un hijo.

Ahora tuyo.

Ese pensamiento me avergonzó aún más. Si así era como ejercía de padre, había comenzado de forma desastrosa.

—Ahí hay una caja con comida —explicó Ellis—. El coronel dijo que, si no nos la daba, me mataría de hambre.

—¿Cuándo...? —Rasqué mi nuca y sonreí—. Por supuesto que Hallaway haría algo así.

Me remangué y traje la caja, que estaba en la entrada. Cuando comencé a sacar las viandas, supe que más me valía administrar bien esas tierras a cambio de su bondad, por mucho que dijera que no tenía ninguna.

Había dos codornices, jaleas, mantequilla, conservas de verduras y jamón, pan de distintos tipos, azúcar, harina y legumbres.

—¿Sabías quién daba de comer al coronel en las campañas? —le dije al muchacho.

—¿Usted?

—Como su *batman*, era una de las muchas cosas que tenía que hacer y puedo asegurarte que no se me da nada mal. A no ser que Hallaway sea el mejor de los mentirosos.

Ellis soltó una carcajada, lo que me sentó de maravilla.

—Ah, y no me llames de usted. Creo que puedes tutearme, si te parece —sugerí mientras lo miraba con fijeza.

El niño asintió.

—Bien, ¿quieres ayudarme?

—Puedo pelar patatas —dijo con una sonrisa.

—Perfecto, pues tú pelarás las patatas y yo...

Un sentimiento de angustia me atravesó y me dejó sin palabras. ¿Y si se cortaba? *¿Debería dejarlo cocinar? ¡Podría quemarse! ¡Por el amor de Dios! ¡Si casi se queda dormido en el carruaje!*

—Pensándolo bien, ve a descansar —dije con voz seca. Cuanto más lo pensaba, más horrible me parecía.

—Pero quiero ayudar.

Demonios, esos ojos. ¿Iba a llorar o era de cansancio? ¿A su edad todavía se lloraba por esa clase de tonterías? ¿Cuántos años tenía? ¡Ni siquiera lo sabía!

—¿Qué edad tienes?

—¿Por qué? ¿Hay una edad mínima para cortar patatas?

Me crucé de brazos y alcé una ceja.

—Nueve, pero casi cumplo diez.

Eché mano de mi memoria. A esa edad yo acababa de llegar a la India y tenía que llevar las armas de Hallaway y mantenerlas limpias. Si yo había sido capaz de hacer eso, él podría cortar patatas, ¿no?

—Está bien, pero ten cuidado. Como te cortes, seguro que tu madre se levanta para darme un escarmiento. Con esto no quiero decir que te cortes por la posibilidad de que se levante.

No estaba hecho para esto. Definitivamente, me iba a costar adaptarme.

—Papá.

—¿Qué? ¿Cómo?

Me quedé de piedra. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—No tienes por qué llamarme así. —Tragué saliva.

—Eres muy gracioso y me gusta.

—¿Gracioso? —Mi ceja de nuevo se fue de paseo a las alturas.

Respeto, eso es. Los padres debían infundir respeto, no ser graciosos, ¿cierto?

Me inflé el pecho e intenté dar a mi voz toda la gravedad posible.

—Cortarás las patatas, y lo harás bien. Para comer hay que ayudar.

—Sí, papá.

Me deshinché de un plumazo. Esa palabra pesaba más de lo que creía. Cerré los puños y los volví a abrir, mientras el sonido del cuchillo rasgaba las patatas.

Por el momento me mantendría callado. Después de todo, creí que eso sería lo mejor.

En una cazuela, cocinamos las codornices con las patatas y hierbas. Como toque final le añadí un poco de la única botella de vino que tenía y, antes de servir, le eché un trocito de mantequilla por encima; un truco que marcaba la diferencia.

Cuando al fin nos sentamos, el silencio se hizo entre nosotros.

Me observaba y yo a él mientras la vela se consumía, hasta que no pude soportarlo más.

—¿Te ha gustado?

—¿Se me permite hablar? —preguntó él—. Milord no me dejaba hablar en la mesa cuando comía con él.

—¡Claro que puedes hablar! —respondí casi con indignación.

—Es la mejor codorniz que he probado en mi vida —se animó a decir—. Quizá porque he cocinado contigo me parece todavía más rica, o quizá era por el hambre que tenía. Pero la salsita... ¿puedo echarme más salsita?

—Recuerda que hay que dejarle a tu madre. —Sonreí lleno de orgullo—. Si quieres más, te daré de mi plato.

Desde ese instante, decidí que lo mejor sería comer lento por si él se quedaba con hambre.

Después de comer, me ayudó a recoger y a limpiar el destrozo que habíamos hecho en la cocina y él mismo se ofreció a darle a Anne la comida. Al menos ayudaba al abrir la boca y tragar; si no... no sé cómo lo hubiéramos hecho.

Al tiempo, me asomé a la puerta con disimulo para comprobar que el crío no tuviera problemas. Entonces lo escuché, lleno de emoción y energía.

—... y luego hemos puesto las patatas. Owen le daba la vuelta a la codorniz y yo le echaba la salsa por encima, porque así sabe mejor. Él es muy gracioso, y tiene una casa muy bonita. Espero que podamos quedarnos aquí mucho tiempo...

Decidí alejarme con una sonrisa en los labios, pero al pensar en Montlowe y lo que habría hecho la justicia con él, se me quitó el sueño. Logan había prometido escribirme con noticias sobre el caso, y estaba convencido de que Amelia conseguiría hacer que la señorita Donalson declarara contra él. Recé para que así fuera y me dejé caer en el sillón frente a la chimenea apagada. Tomé el libro metido entre el acolchado y me dejé llevar por las letras de un manual de agricultura hasta quedarme dormido.

56. Owen

Una risita me sacó de mi ensoñación. Después de todo, sí había logrado pegar el ojo. Miré a mi alrededor buscando el origen de esa alegría y vi a Ellis, con la ropa llena de barro mientras el perro del señor Hyde lamía sus manos.

—No, no, no. —Me levanté, escopetado—. Mira el suelo, ¡el barro! Como Anne vea este desastre, pensará que soy un irresponsable y un desastre de padre postizo.

Pero Ellis, al contrario de sorprenderse, me miró risueño.

—El perro del señor Hyde es enorme, ¿a que sí? Creo que le he caído bien.

El perro ladró. De la nada, se alzó sobre mí y posó sus dos patas embarradas en mi camisa.

Ellis se retorció de la risa, pero mi boca, lejos de acompañarle, estaba más cerrada que la mente de los malditos franceses.

—Se llama Flour, de harina, ¿a que es gracioso? Como el señor Hyde siembra trigo, pues lo ha llamado Flour.

—Creo que lo he captado, Ellis.

—Vamos, chico. Ven aquí.

El niño, entre risas, se marchó y yo sacudí mi camisa. Pensé que el señor Hyde debería mantener a ese chucho en su terreno y miré a Ellis, que se alejaba cada vez más.

—¡Espera! —grité—. ¡Vuelve aquí!

—¡Vamos, Flour!

—Pero sin el perro... —musité.

—Dime, papá.

Demonios, que me llamara así me bloqueaba por completo y bajaba todas mis defensas de una manera escandalosamente rápida.

—No puedes ir correteando por ahí sin que yo lo sepa. Podrías perderte. Además, hasta no tener claro qué ha pasado con tu albacea, lo mejor será que no te pierda de vista.

—Pero el señor Hyde quería que lo ayudara con su valla.

—¿Y cómo narices te has presentado ante Hyde? Se habrá sorprendido de ver una cara nueva.

—Le he dicho que era tu hijo.

Me llevé las manos al rostro.

—No puedes... —Me aclaré la garganta—. No puedes decirlo así. Tienes que dejarme explicar ciertas cosas.

—¿Por qué?

El niño entrecerró la mirada y me observó de tal modo que me imaginé estar en un juicio de guerra por haber cometido alguna atrocidad.

—Porque hay ciertas cosas que son complicadas, ¿entiendes?

—¿Cómo ser mi padre?

¡Demonios!

—Sabes qué, ve yendo con el señor Hyde, ahora mismo voy yo.

En cuanto vi al niño alejarse, respiré de nuevo. Si creía que la vida en el campo podría llegar a parecerme aburrida, mientras ese niño estuviera, no sería así.

Entré despacio en mi habitación, pues aún tenía mis cosas ahí a pesar de haber instalado a Anne.

Me acerqué y la contemplé con tristeza. Me incliné sobre ella y, con suavidad, aparté uno de sus rizos del rostro. Definitivamente aún conservaba el rostro más bonito que jamás había visto.

Me aparté con rapidez ante mi pensamiento.

Cerca de la jofaina, me quité la camisa sucia y me aseé. Miré mi incipiente barba, que no recortaría en unos días, y por un segundo, quizá por imaginación mía, la vi moverse. Me giré con rapidez y la observé con detenimiento. Di dos pasos hacia ella y susurré, porque no quería asustarla.

—¿Anne?

No hubo respuesta.

Entonces, al colocarme una camisa limpia, lo pensé: Anne llevaba con la misma ropa desde Londres. Ni siquiera me había atrevido a moverla desde que la había dejado en mi lecho. Recorrí su cuerpo con la mirada y negué con la cabeza. Yo no podría hacerlo, no debería.

Supe, muy a mi pesar, que tendría que hacerles una visita a las hermanas Taylor. Y, si era así, lo mejor era no demorarlo y aprovechar que Ellis estaba con Hyde.

Resoplé y la miré.

—Esto solo demuestra lo mucho que te quiero.

Me avergoncé de mis palabras por decirlas tan a la ligera. Pero lo cierto era que la quería. ¿Cómo si no la hubiera llevado tanto tiempo en mi corazón? Desde que era una pequeñaja, con esos bucles revueltos, persiguiéndome a todos lados. Se había instalado en mi corazón sin hacer nada más que existir.

Sonreí como un estúpido. Pero qué podía decir: el alivio que sentía de tenerla ahí, aunque fuera en ese estado, era inmenso.

***

Tres veces fueron las que toqué la puerta de Brenda, la pequeña de las Taylor y la que más afable me parecía, pero tres fueron las cabezas que aparecieron.

—Señor Miller —dijo Beth, la mayor, de forma seca.

—Teniente —dijo Bonnie, tras mirarme de pies a cabeza.

—¡Señor Miller! ¡Qué alegría verle! —soltó Brenda—. ¿Qué lo trae por aquí? Se ha quedado una bonita mañana, ¿verdad? Sobre todo, al verle.

—¡Brenda! —soltaron las dos hermanas.

Intenté sonreír, pero solo salió un ligero movimiento lateral de labios, algo tenso.

—Buenos días a todas —dije con toda la amabilidad que pude. No estaba acostumbrado a tratar con mujeres y mucho menos con tres a la vez.

—¿Quiénes son sus acompañantes? —dijo Bonnie, que parecía una espía de Napoleón—. No se crea que no los hemos

visto.

—Sin embargo, la mujer no ha salido de esa casa —añadió Beth, para variar.

—Precisamente es de eso de lo que vengo a hablar.

—¡Sí, a lo que sea! —dijo Brenda—. Pase, pase.

—No hace falta. —Volví a fingir una sonrisa—. Solo necesito ayuda con algo que, me temo, queda fuera de mis competencias.

—Siga —dijo Bonnie.

—Este... Anne, la mujer a la que han visto, se mueve más bien poco, o casi nada.

—¿Es paralítica? —preguntó Beth.

—No, no —repliqué con rapidez—. Ella tiene un estupor.

—¿Estu qué?

—Bueno, es largo de contar. El caso es que creo que sería bueno asearla, ya saben, para que se encuentre más a gusto —dije tan rápido que sentí que mi lengua se había hecho un nudo.

—Por supuesto que lo ayudaremos —dijo Brenda—. ¿Verdad, hermanas?

—Para eso tendríamos que saber al menos quién es, ¿no cree? —soltó Beth, invadiendo mi espacio personal—. Como comprenderá, su llegada ha sido algo sospechosa.

—¿Y si la ha raptado? —dijo Bonnie.

—¿Cómo dice? —Me atraganté con mi propia saliva.

Había sido mala idea, malísima. Quizá debería haber pedido ayuda a la señora Davies, pero aún no nos habíamos presentado formalmente. Apenas nos habíamos cruzado un saludo lejano cuando la vi con sus hijos, que jugueteaban con los pequeños corderos.

—Ya vale de tanta charla. Yo tengo que ir al pueblo —dijo Beth—. Algo me dice que no debemos inmiscuirnos en sus asuntos.

Abrí tanto la boca que se me quedó seca.

—Y yo tengo que encargarme de las plantas. Además, quién sabe, quizá me meto en su casa y no me deja salir, como a esa pobre. Tenga por seguro que descubriré lo que esconde bajo esa fachada de caballero apuesto y sereno —sentenció Bonnie.

—Como yo solo me dedico a respirar, lo ayudaré —añadió Brenda, a la par que echaba una mirada llena de enojo a sus hermanas—. Usted haga lo que tenga que hacer y yo me encargo de ella. Si no quiere decir quién es tendrá sus motivos, pero, a diferencia de mis hermanas, tengo la ligera intuición de que no es por nada malo.

—Gracias, Brenda —dije aliviado.

Como acto reflejo, fui a estrechar su mano, como estaba acostumbrado a hacer cuando cerraba un asunto, pero Beth, al ver mi intención, me dio un manotazo.

¿Por qué me sentía tan estúpido a sus ojos?

Al despedirme ni siquiera sonreí, de lo incómodo que me había sentido. Solo esperaba que Brenda consiguiera asearla sin el menor problema.

Más adelante ayudé al señor Hyde a reconstruir la valla; al fin y al cabo, formaba parte de mi trabajo como administrador. Agradecí que fuera un hombre callado y vago en preguntas. Trabajamos sin descanso. Ellis a ratos, porque había momentos en los que prefería jugar con Flour, a sujetar madera.

Los días comenzaron a pasar uno sobre otro, sin que me diera cuenta, como si Dorset hubiera decidido concederme una tregua. Anne seguía ausente, ajena a lo que sucedía alrededor de la casa. Brenda había supuesto una gran ayuda a la hora de cuidarla e incluso estaba agradecida de tener un descanso de sus hermanas.

Ellis me acompañaba en mis recorridos por las tierras casi sin pedir permiso. Al principio caminaba unos pasos detrás, como si observara a su alrededor con una atención desconcertante, sin parpadear para no perderse nada. A veces tenía la sensación de que se había impuesto imitar todo lo que yo hacía. Poco a poco comenzó a hacer cada vez más preguntas, pocas, pero concretas y siempre en el momento menos esperado: mientras los hijos de los Davies trepaban por mis piernas a la par que intentaba tener una conversación decente con su padre, o mientras bajábamos al puerto e intentaba calcular el pescado necesario para hacer un regalo a los

arrendatarios, como muestra de agradecimiento por recibirme y enseñarme el funcionamiento y mantenimiento de los terrenos.

A veces no le respondía; otras, me sorprendía al explicarle cosas que jamás había imaginado saber, como por qué los lindes debían respetarse, cómo reconocer una valla mal colocada o por qué un campo descansado daba mejor cosecha al año siguiente; el porqué de mis cicatrices, si todavía me dolían, si me daba miedo la guerra, o la muerte; si me llamarían de nuevo a filas... y así una detrás de otra. Incluso llegué a pensar que, como el chiquillo siguiera así, lograría conocerme más que yo a mí mismo.

Aprendí que le gustaba sentirse útil, así que le encomendaba pequeñas tareas como llevar recados a las Taylor —y de paso me evitaba hablar con las dos mayores—, contar sacos, avisar al mozo cuando el caballo cojeaba; y todas ellas las cumplía con una seriedad y responsabilidad sorprendentes para alguien de su edad.

Revisé cuentas, hablé con arrendatarios, inspeccioné establos y escuché quejas antiguas con la paciencia que ese lugar ameritaba. Había orden en lo que hacía, y en ese orden encontré algo parecido a la calma, aunque engañosa, pues con temor esperaba el día en que llegara una carta que lo desestabilizara todo. Ni siquiera quise escribir yo primero; era mejor no saber nada, que saber algo inconveniente.

Administrar esas tierras era lo contrario a la guerra y destrucción que había conocido: ahora reparaba, nutría, cuidaba, y eso llenaba de paz mi corazón, una paz que quería que durara.

Por las noches, cuando el silencio se instalaba en la casa y el niño ya dormía, me detenía junto a la cama de Anne. Le hablaba en voz baja, le contaba cosas pequeñas: cómo había cambiado la luz sobre los campos; la ocurrencia del día de Ellis o cómo el perro del vecino seguía empeñado en invadir nuestro jardín gracias a que el niño le echaba la comida que sobraba a escondidas.

No sabía si me oía, pero hablarle se había convertido en un ritual casi necesario.

¿Era demasiado pedir que me contestara? ¿Que me mirara, aunque solo fuera una vez?

Sabía, por las palabras de Edmund, que había casos en los que personas se habían quedado en ese estado meses, incluso que habían llegado al año, pero tras casi tres semanas no podía evitar sentir angustia. La quería aquí, conmigo. Ahora que por fin tenía una vida digna que ofrecerle, quería que la viera, que la saboreara, ¡que la viviera!

—Anne —susurré—. Vuelve a mí.

57. Anne

Tenía la boca seca, pero con regusto a algo sabroso. Me relamí y abrí los ojos, en el lugar donde solo la oscuridad me habría recibido, si no fuera por la escasa luz que dejaba entrar la luna por esa ventana bastante amplia.

¿Amplia?

Un dolor extraño recorrió mi cuerpo, como si llevara quieto mucho tiempo y ahora le doliera despertarse. Un recuerdo, que parecía demasiado lejano, se hizo eco en mi mente: una canción, su voz. Había cambiado; nada tenía que ver con aquella vez que se la oí cantar de niño para que yo bailara, sin embargo, seguía siendo preciosa, relajante.

Pero ¿dónde estaba? ¿Qué había pasado?

Pensé en Ellis. Miré a mi alrededor con inquietud y noté un bulto apoyado en mi regazo. Contuve el aire y un grito que amenazó con salir. Me moví un poco hasta que vi el rostro de mi hijo, tranquilo, entregado al sueño más profundo.

Parpadeé varias veces, como si tuviera que despertarme de un sueño, de una broma que alguien había orquestado para mí, para hacerme sufrir, para decir: tómalo, luego te pediré cuentas.

Azorada, me levanté. Algo se cayó al suelo y vi la muñeca, mi muñeca. Con cuidado la tomé y la observé. Le había dicho que cuando estuviera fuera podría dármela. ¿Eso significaba...?

Me asomé a la ventana, desorientada, y regresé mi mirada a Ellis.

Mamá.

—¿Cómo lo sabía? ¿Ese monstruo se lo había dicho?

Montlowe.

Sus ojos aparecieron frente a mí como dos luceros iluminados de rabia. Sentí sus brazos rodearme y esa mirada vacía. La

sensación de quedarme sin aire después de proteger a la señorita Donalson, el peso de su cuerpo sobre el mío.

¿Dónde estoy

¿Me había atrapado de nuevo? ¿Se había salido con la suya?

Me llevé las manos al pecho y caminé hacia atrás hasta darme con un baúl. La luz de la ventana se reflejaba en una puerta cerrada. Con temor me arrastré hasta ella y la abrí sin hacer ruido. Fuera lo que fuera que me encontrara en ese lugar, lo mejor era permanecer alerta.

Saqué un pie y luego el otro, hasta que mis ojos dieron con la luz de una vela. Sigilosa, me aproximé y vi un cuerpo iluminado. Lo recorrí desde los pies hasta...

¿Owen?

Con prudencia me acerqué lo que me atreví y lo vi. Era él, descansando con un libro medio caído de su mano. La respiración profunda y el ceño fruncido, como si discutiera con alguien en sueños.

Me invadió una paz instantánea, podría decir, desconocida. Una que quizá solo él podía desprender. Sin embargo, la realidad no era otra que Owen era un completo desconocido, igual que yo lo sería para él.

Miré a mi alrededor, como si la maldad pudiera salir de cualquier esquina, en cualquier momento.

Me acerqué a él y, sin querer, golpeé su pierna con la mía.

No lo vi venir. Pasó tan rápido, que no supe cómo acabé con sus manos en mi cuello y mi cuerpo atrapado con el suyo contra la pared.

Él abrió mucho los ojos y me soltó como si hubiera metido las manos en agua hirviendo.

—Anne... —Mi nombre se dibujó en su boca en apenas un susurro—. Anne, estás... ¡Estás bien! ¿Estás bien? Lo siento, siempre... bueno, tengo la costumbre de reaccionar así cuando me sorprenden.

No pude decir nada.

Tocó mi rostro, colocó su mano en mi frente, luego bajó hasta mis manos y las apretó antes de abrazarme.

—Gracias al cielo que estás bien. Gracias por no tardar más en volver con nosotros —dijo en mi oído.

Confusa, lo vi separarse de mí.

La inseguridad me invadió. El único contacto que había tenido con hombres se había basado en lo físico, en su afán por poseerme, por manejarme. No podía saber si para todos era igual, si para todos yo solo era un objeto al que someter.

—Gracias a ti por ayudarme. En cuanto Ellis se despierte nos iremos de aquí y...

—¿Cómo dices?

—Quedas liberado de tu promesa, Owen. Lo mejor será que nos vayamos. Has construido una vida durante años, no seré yo quien la derrumbe. Me iré lejos de aquí, Owen.

—¿Qué estás diciendo? No puedes aparecer de las sombras con esta lucidez tan desbordante solo para decirme esto. ¿Sabes cuánto tiempo...?

—Quieres algo a cambio —dije como si esa fuera la única verdad. Pero entonces, ¿por qué me dolía?

Porque tenía miedo.

—Por el amor de Dios, Anne, ¿con quién crees que hablas? ¡Soy Owen! ¿Acaso el maldito estupor te ha hecho perder la cabeza?

—Tendrás preguntas, unas que no sé si puedo responder.

—¡No tengo preguntas, Anne! Lo único que tengo es la paz que intento darte, la que sé que te mereces.

Sus palabras se anclaron en mi corazón de manera dolorosa.

—La paz, Owen, es algo que yo debo hallar. No es algo que se me pueda entregar.

Él resopló y apretó los puños. Luego, con una sonrisa irónica, me recorrió con la mirada y se marchó dando tal portazo que las ventanas retumbaron.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Apreté los dientes con esa sensación de extrañeza que no me dejaba ver las cosas con claridad. Fui dando zancadas a la habitación de la que había salido; lo mejor sería dejar ese sitio cuanto antes.

No quería favores, no quería depender de nadie y tener que vender mi vida de nuevo. Si al fin había conseguido la libertad que

buscaba, no podía ponerme nuevas cadenas.

Por mucho que Owen... por mucho que él... ¿verdad?

Escuché los sollozos de Ellis bajo la manta. Me limpié los ojos y respiré hondo. Me senté en el lecho y, poco a poco, lo destapé.

—¡Eres mala!

Su grito fue una puñalada.

—Te he oído y quieres que nos vayamos. Hubiera preferido que siguieras en la cama, así al menos podría quedarme un poco más.

—¡Ellis!

Me levanté dolida mientras lo miraba como si hubiera cometido una traición. Después de todo lo que había hecho por él, después de entregar mi vida a ese hombre era... ¿mala?

Ellis corrió fuera de la habitación. Preocupada, lo seguí hasta la entrada, donde salió como si supiera exactamente a dónde iba. La luz del amanecer iluminó el campo y el sonido de las olas llegó a mis oídos. Impactada por unos segundos, ante ese soplo de pureza, no dejé de ir detrás de él.

—¡Papá! —Le oí decir—. Papá, yo no quiero irme.

¿Papá?

Por un instante no entendí lo que acababa de oír. Algo dentro de mí se tambaleó, pero no me impidió seguirle hasta las caballerizas. Me apoyé en la pared, sin aire, y cuando logré asomarme, lo vi abrazado a la cintura de Owen con lágrimas en los ojos.

—Por favor, dile que nos tenemos que quedar. No quiero irme.

Mi corazón palpitó con fuerza, un zumbido chilló en mis oídos y sentí que todo a mi alrededor se derrumbaba, como si ya nada tuviera sentido. Me dejé envolver por el aire, por los susurros del viento que se reían de mí, cansada y llena de una profunda tristeza, como si nada en mi vida hubiera servido, como si mi propia existencia no tuviera sentido.

¿Cómo había llegado a esto?

No sabía qué estaba haciendo, no sabía lo que quería, ni siquiera si quería algo.

Así que me escondí. De mí misma y de todos.

Solo... necesitaba tiempo.

58. Owen

¡Demonios!

Si me había esperado que el despertar de Anne fuera como un maldito ensueño, en el que la vería sonreír de nuevo y abrazar la vida, estaba muy equivocado. Después de todo, Hallaway tenía razón: no la conocía en absoluto.

Con Ellis, abrazado a mí y hecho un mar de lágrimas, tragué mi frustración e intenté razonar con mis dichosos pensamientos, que solo tenían insultos para mi persona: por idiota, por haberme dejado llevar por una estúpida promesa, creyendo así que solucionaría su vida. Pero al verla me di cuenta: Anne no solo necesitaba recuperar su libertad, necesitaba sanar. Y yo, como un estúpido, iba a ayudarla, por muy doloroso que fuera su rechazo.

Ellis alzó su cabeza y me miró con esos lagrimones capaces de desbaratar mi entereza.

—Tu madre —dije mientras intentaba buscar las mejores palabras— ha sufrido mucho, ¿entiendes? Por no hablar de que debe estar desorientada. Ponte en su lugar, hijo.

Ambos nos observamos sorprendidos al referirme a él de ese modo por primera vez. Estaba perdido.

—Imagínate que estás en un lugar y, sin saber cómo ni cuándo, apareces en otro sin tener ninguna información de lo que ha sucedido.

Ellis se limpió las lágrimas.

—Yo estaría asustado —dijo en un murmullo.

—¿Y no crees que ella también puede estarlo?

—¡Pero ella es mayor!

—Los mayores también nos asustamos, Ellis. No te imaginas cuánto. Incluso más, al ser conscientes de lo complicado que puede ser todo.

—Le he dicho que era mala, seguro que estará enfadada conmigo —murmuró y se alejó de mí.

—¿Qué le has dicho qué? ¡Eres consciente de...! —Intenté relajarme y recordarme que solo era un niño—. Te aseguro que tienes a la mejor madre que este mundo ha concebido. Solo quiere lo mejor para ti, así que no seas tan duro con ella.

—Quizá debería disculparme.

—Sí. —Sonreí y desordené su pelo—. Deberías. Verás cómo, si se lo pides bien, podréis quedaros un poco más.

El niño sonrió, con una actitud renovada, y salió a toda prisa hacia la casa.

En ese momento mi vista fue interrumpida por la presencia del mozo, quien traía las cartas y se encargaba de otros recados. Al verle alzar la mano ante mí, con dos misivas, se me paró el corazón.

Con ellas en la mano, me alejé hasta los acantilados para tener espacio y tranquilidad. No quería que ni Ellis ni Anne me sorprendieran leyendo algo que pudiera trastocar su vida, de nuevo.

Observé el remitente. Una era de Hallaway y la otra, de Logan. No sabía cuál abrir primero, pero algo me decía que debía ser la de Hallaway, ya que estaba seguro de que Logan mencionaría lo sucedido con Montlowe. A estas alturas, su caso ya tendría que estar resuelto.

Mi queridísimo Owen:

Perdón por la cursilería, pero no me da vergüenza confesar que te echo de menos. Te conozco lo suficiente como para saber el motivo de tu aislamiento y falta de comunicación. Sin embargo, los Ross, además de cuidar Hall Manor, me sirven de espías y me han ido informando de tu situación diaria.

Tengo entendido que el estado de Anne no ha cambiado y que ese chiquillo se ha hecho con tu corazón. Te dije que serías un gran padre y he pensado que quizá sería bueno que lo llevaras a mi biblioteca para que no descuidara sus estudios. Los Ross ya han sido avisados, solo debes llamar a su puerta y encantados os atenderán.

En cuanto a Montlowe, recibirás noticias de Logan, ya que está mucho más informado que yo, pero ha llegado a mis oídos que lograron convencer a la señorita Donalson para dar su declaración.

Cuando leas esta carta, seguramente esté tomando un barco rumbo a Francia, un viaje que le debía a mi mujer y que, si no hacía ya, iba a terminar

colgado sobre el Támesis.

Te he confiado la administración de mis tierras, así que no me hagas arrepentirme. Algo me dice que escogí bien, aunque cierta señora Taylor me haya escrito unas tres veces con la pregunta de si eres de fiar. Reconozco que al principio pueden ser un poco molestas, pero si las tienes de tu lado, no tendrás mejores ayudantes.

No quiero entretenerte más, y yo tampoco puedo seguir escribiendo; a la baronesa le molesta.

Adiós, amigo. Cuando regrese, espero que hayas encontrado la vida con la que habías soñado.

Sonreí sin remedio, con ganas de abrir la de Logan. Si la señorita Donalson había declarado, quizá todo había terminado y Anne podría olvidarse para siempre de Montlowe.

Rompí el sello, pero antes de que pudiera leer, Anne apareció a mi lado.

59. Anne

El temblor de mis manos no me dejaba pensar.

Caminé por la habitación, angustiada y bañada por una mezcla de rabia y dolor. No sabía el tiempo que llevaba allí, pero debió de ser suficiente como para que Ellis se refiriera a Owen de ese modo. ¿Cómo le había permitido llegar a eso? Le había llamado padre y no parecía haberle extrañado, como si no fuera la primera vez que lo escuchara.

Mi respiración comenzó a descontrolarse. No entendía nada y la impotencia y la frustración me apretaban sin descanso.

No podía esconderme para siempre en esa habitación. Debía hablar con ellos y tranquilizarme, detenerme a pensar y ver qué hacía. Quizá lograría entrar como doncella en una buena casa, y así Ellis conseguiría... ¡Jamás podría permitirme una escuela como Eton! Quizá un tutor sería más asequible, uno bueno que pusiera interés en la educación del niño.

No tenía sentido. Nada de lo que pasaba por mi cabeza lo tenía. Lo cierto era que me encontraba atrapada como una rata en un callejón sin salida, donde el gato que me perseguía se había marchado y ahora tenía la calle libre, pero ¿hacia dónde me llevaría esa calle? Quizá la rata se quedaría en ese callejón por miedo a lo que habría afuera. Por muy tentador que resultara volver a la madriguera de la que venía, sabía que las demás ratas no la recibirían después de haberse marchado de ese modo, y todo lo que había conseguido no habría servido para nada. Pero ¿qué había conseguido exactamente? ¿Encontrar otro plato de comida asegurado? ¿A cambio de qué?

¿Por qué hablo de ratas?

Me senté en la cama y enterré mi cabeza entre las rodillas. Quizá lo mejor hubiera sido no despertar, como Ellis bien había

dicho.

Me dejé llevar por los ruidos de mi cabeza cuando alguien llamó a la puerta y entró.

—Mamá.

Alcé la mirada y vi el rostro de Ellis, con las mejillas enrojecidas y un puñado de florecillas silvestres en la mano. Se acercó a mí y las puso sobre mi regazo.

Lo miré y forcé una sonrisa.

—Lo siento —expresó con timidez.

Al principio dudé. Tal y como se había marchado antes, no sabía si me quería cerca, pero, tras una leve respiración de alivio, lo traje hacia mí y lo abracé sin decir nada, sin el más mínimo movimiento por miedo a que se separara de mí.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

Dejé caer mis hombros y lo abracé con más fuerza, antes de separarme.

—Estoy bien. —Apenas salió un hilo de voz.

—Mentira, como todas las veces que me lo decías en esa iglesia. Ya soy mayor, no hace falta que me mientas.

Lo miré orgullosa y triste a la vez.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunté—. ¿Desde cuándo sabes que soy tu madre?

—Creo... —Ellis subió el mentón, pensativo, y se mordió el labio mientras guiñaba un ojo.

Me estremecí al ver el parecido con los gestos de Owen. ¿Cuánto tiempo habían pasado juntos para que algo así sucediera?

—Desde que fui listo —dijo al fin.

—Siempre has sido muy listo —recalqué, después de colocar tras su oreja un mechón rebelde.

—Entonces debo saberlo desde siempre. —Sonrió—. Lo único que sabía era que me querías. Lo sabía por cómo me mirabas. Siempre me seguías, y en cuanto me hacía daño eras la primera en ayudarme. Y la única que me llamaba Ellis.

Tuve que contener las lágrimas.

—Nunca te lo dije porque pensaba que era lo que querías. Además, como solo yo lo pensaba... quizá era cosa mía —añadió.

—Lo cierto es que me moría por decírtelo, sobre todo en tus momentos de tristeza, en tus malos sueños. Pero en el bosque yo había perdido mi voz. Lo siento.

—No pasa nada. Papá dice que has sufrido mucho. Por eso no quiero irme, porque aquí estamos bien y sé que él nos va a cuidar.

—Ellis...

—Sé que no es mi padre —dijo con rapidez—, pero los dos nos hemos elegido.

—¿Qué quieres decir?

—Milord había dicho que yo era su hijo para separarme de ti.

—¡Qué! —Me levanté de golpe y las flores cayeron al suelo.

—Pero el señor Miller me preguntó si quería que fuera mi padre. Solo sé que fuimos a una iglesia, me echaron agua por encima y pusieron el nombre de papá junto al mío. Ahora soy Ellis Miller Lovell. ¿A que es bonito? Está lleno de eles, de libertad. Eso me ha dicho Owen.

No sabía si llorar, reír o salir despavorida por la vergüenza. Si él había hecho algo así, estaba en deuda con él.

—¿Podemos quedarnos? Solo un poco más.

—Ellis, creo que Owen ya ha hecho bastante por nosotros y no creo que debas llamarle así. Las cosas son complicadas, no puedes...

—¡Para los mayores todo es complicado! ¿Por qué tiene que ser complicado? Aquí estamos bien y él te cuida. Creo que te quiere mucho, mamá.

—¡Ellis! —repliqué nerviosa—, Owen y yo no nos conocemos como para...

—¡Mentira! Él me ha dicho que os conocéis desde pequeños.

—Sí, Ellis, pero al crecer, uno cambia. Ambos tendremos nuestras vivencias, secretos. No somos esos niños que dejamos atrás.

—¿Y por qué regresó a por ti? ¡Él no te ha dejado atrás!

Un perro entró a la habitación y se abalanzó sobre Ellis. Mi primera reacción fue darle una patada, pero al ver que el niño sonreía frené a mitad de camino.

—¡Flour! Como te vea papá aquí dentro, nos castigará a los dos. —Rio, y sin decirme nada se fue corriendo con el perro.

Alguien llamó a la puerta.

Apenas pude digerir la conversación que acababa de tener. Salí de la habitación y una mujer regordeta y sonriente abrió la boca hasta casi tocarse los pies, no sin antes dejar caer una cesta con paños.

—¡Está despierta! —Su grito agudo me descolocó—. ¿Lo sabe el señor Miller? ¡Se pondrá loco de contento! Oh, pero qué digo. ¿Se encuentra bien? Venía a asearla, pero ya veo que a partir de ahora puede usted sola.

—¿A... asearme? —dije atónita. ¿Esa mujer me había aseado? Tuve el instinto de cubrirme el cuerpo—. Lo siento.

—Tonterías —respondió con rapidez—. El día que el señor Miller vino avergonzado a pedir ayuda, no pude negarme. Después de todo es un caballero muy atento y se ha asegurado de que no le falte nada ni a usted ni a ese niño. Puede que a mis hermanas no les guste no saber nada de ustedes, pero digo yo que el hombre sus motivos tendrá para ocultarlo. En cualquier caso, encantadísima.

Hizo una pequeña reverencia tras tomar el borde de su vestido con las manos.

—Venga, le contaré todo de este lugar, si se encuentra bien, por supuesto.

—Agradezco su ofrecimiento, pero creo que antes debería hablar con el señor Miller.

—Por supuesto, por supuesto.

***

El viento sacudía sus cabellos y ondeaba su camisa. Estaba diferente. El sol había oscurecido su piel y su mentón estaba cubierto de barba, lo que le otorgaba un aspecto desenfadado. De repente, lo vi sonreír y luego doblar lo que parecía una carta.

Me aproximé a él hasta quedar a su lado. Apenas hubo notado mi presencia, fijó su vista al mar y ocultó en su pantalón lo que había estado leyendo.

—¿Te encuentras mejor?

Su pregunta me pilló desprevenida. No había sido justa con él y aun así me preguntaba por mi estado.

No respondí, porque lo cierto era que estaba incluso más confundida que antes.

—Debió de ser difícil —me atreví a decir— poner tu nombre junto al de Ellis.

Él enarcó una ceja y me miró por un mísero segundo, antes de volver la vista al mar.

—Reconozco que hubiera preferido que tomaras tú la decisión. Pero no tuve opción. No iba a permitir que ese desgraciado lo reclamara.

—Que figure ahí tu nombre no significa...

—Sé lo que significa —replicó tajante.

—Era mi sueño forjarle un futuro digno. No como el que nos deparaba a nosotros, por eso hice lo que hice.

—Él es feliz aquí. Puede que esto no sea Eton, pero me las arreglaré para encontrar un tutor decente. Hallaway nos permite usar su biblioteca y...

Me agobié y me alejé un paso de él. Lo que decía, era como si pretendiera construirme una vida sin mí permiso,

—¡No quiero que sea un granjero de tres al cuarto, Owen! ¡Lo quiero todo para él, todo lo que yo no tuve!

Entonces sí, clavó su mirada en mí de un modo que pudo atravesar mis entrañas.

—No puedes vivir tu vida a través de la suya —dijo con todo el poderío de su voz, esa que antaño me había acariciado y ahora sentía que me arañaba—. Así acabarás por convertirlo en un desgraciado.

Levanté la mano y le asesté una bofetada con tal dureza que hice girar su rostro. Jamás me había atrevido a golpear a Montlowe. Sin embargo, a él, ni siquiera lo pensé.

—Owen, yo...

Se giró, apretó los puños y se marchó.

60. Owen

Estimado Owen:

Aún me resulta extraño poder escribirle a aquel amigo de la infancia que consideraba perdido. Aun así, lo estoy haciendo.

Sé que esperabas noticias; sin embargo, no estoy seguro de que lo que voy a contarte pueda llamarse justicia.

He formado parte del proceso y puse mi empeño en que Montlowe sufriera todas las consecuencias de sus actos. Pero el juicio se llevó a cabo de forma privada, aunque ni siquiera sé si debería llamarlo juicio, ya que desde el primer momento se movieron hilos para evitar cualquier exposición innecesaria.

Aun así, logramos lo imposible. Gracias a mi querida esposa y a la insistencia de Lily, la señorita Donalson declaró. Con presión, con miedo, pero lo hizo. Su testimonio fue coherente, sin dejar rastro de duda, y más siendo la hija de alguien con título. Con la promesa de que sus palabras no saldrían de ese lugar, no dejó ningún detalle sin describir, incluyendo la intervención de Anne.

El juez quiso también llamarla a declarar, pero Edmund me ayudó a explicar su estado y el porqué de su inhabilitación para llevar a cabo su orden.

No obstante, a pesar de mis esfuerzos —y por supuesto los del señor Pike y Fenton—, el nombre Montlowe pesa más de lo que debería. Algunas de sus obras cuelgan en casa de hombres que ocupan asientos de poder, de los mismos que eran miembros de su club. Jueces, magistrados, personas que casualmente encontraron motivos suficientes para no llevar el asunto más lejos.

Tengo sospechas de que estaban al tanto de lo que ese desgraciado hacía. A veces la propia justicia es la que nos ata de manos.

Al final, demostrando una vez más su inteligencia, optó por un camino de lo más conveniente. Alegó un episodio de desequilibrio mental, una demencia transitoria por culpa de los excesos y el aislamiento que, al parecer, su familia política le provocaba.

Para mi gusto, fue aceptado con demasiada rapidez.

¿El resultado? Se le ha retirado el título de forma temporal y se le ordena el aislamiento inmediato a su propiedad de campo en Escocia, bajo vigilancia y supervisión médica. No debería presentar una amenaza, pero ambos sabemos que la vigilancia será un teatro que durará unos días.

Y antes de que lo consideres, no habrá más apelaciones. El caso se considera cerrado, y con padres que nunca sabrán quién mató a sus hijas.

Arrugué el papel con enojo, respiré y lo estiré para continuar.

Siento no poder ofrecerte algo mejor. Tampoco quería alborotar más el gallinero para que las cosas se tornaran peor para Anne y su hijo,de quienes, por cierto, Montlowe nada tuvo que reclamar en cuanto presenté el acta bautismal.

Si algo puedo decirte con certeza es que Montlowe no volverá a pisar Londres en mucho tiempo. A pesar de todo, su nombre ha comenzado a llenar las bocas de muchos; su compromiso ha sido disuelto bajo la más absoluta discreción.

Por favor, cuida de ella. Siempre nos iluminó con su luz y alegría. Ahora nos toca a nosotros sacarla de la oscuridad.

Espero noticias tuyas para poder ir a visitaros cuando consideres. Quizá, aunque aún esté ausente, podrá escuchar a sus amigas.

Logan.

Tensé mi cuello, resoplé y me levanté de ese viejo sillón con la carta aún en la mano.

¿Por qué siempre ganaban los mismos? ¡¿Por qué?!

—¿Justicia? —gruñí en la oscuridad.

Me dejé caer en el sillón de nuevo. Miré hacia la puerta donde Anne y Ellis descansaban y luego releí la carta con indignación.

¿Cómo se suponía que iba a decírselo a Anne? Dado su revuelo de emociones, no sabía lo que sería correcto: si decírselo o dejar que su mente se estabilizara.

Me llevé la mano al mentón con el recuerdo de su bofetón y lo sobé como si aún doliera. Era consciente de que le había hecho daño y eso me llevaba torturando todo el maldito día.

No me volvió a dirigir la palabra, ni quiso compartir la cena con Ellis y conmigo. Por no hablar de que el niño me había dicho que los niños parecíamos nosotros. Y quizá tenía razón.

Me acomodé como pude en el sofá. Acabé en la misma posición de siempre, ya que el mullido había adquirido mi forma por pasar ahí las noches. Podía dormir en la otra habitación, en la pequeña, o en el estudio, que parecía más un almacén lleno de papeles, sacos y herramientas. Pero me había acostumbrado a estar ahí, cerca de ellos, por si algo pasaba, por si ella despertaba.

Pero ahora que lo había hecho y además me despreciaba, ¿por qué demonios lo seguía haciendo?

Un pensamiento me llevó a otro, y luego a otro y, mientras los observaba martirizándome, debí de quedarme dormido hasta que unos golpes me despertaron.

Alerta, abrí los ojos y me levanté. Enseguida vi la puerta que se abría y se cerraba por el viento.

Corrí hacia ella y la cerré. El señor Hyde había tenido razón el día anterior con que sería una noche ventosa, y temía por sus cultivos.

Me asomé a la habitación de Anne para comprobar que Ellis estuviera bien, ya que alguna noche lo había encontrado a mis pies en ese salón a causa de alguna pesadilla.

Accedí más de lo que debería, porque me parecía que en esa cama solo reposaba Ellis.

¿Anne?

Al final entré y, al ver solo al niño en la cama, contuve la respiración.

La puerta.

Tapé a Ellis y fui consciente, al ver mis manos, de que los nervios se habían apoderado de mí.

Comprobé cada esquina de la casa mientras susurraba su nombre, mientras se iba formando un agujero en mi estómago.

Tomé mi capa y salí.

El cielo estrellado y el reflejo de la media luna en esas nubes que parecían hacer una carrera, me iluminaron el camino.

—¡Anne! —grité—. ¡Anne!

Recorrí los alrededores de la casa, cada vez más intranquilo.

—¡Anne!

Mis gritos se los llevaba el fuerte viento, pero no llegaban a ella.

—¡Anne!

Sin hallarla, regresé a casa y me dirigí a la habitación del niño.

—Ellis —dije intentando controlarme—, Ellis, despierta.

El niño, somnoliento, abrió los ojos, lo suficiente para verme.

—¿Papá?

—¿Sabes dónde se ha ido tu madre?

Abrió los ojos al completo y se incorporó.

—No sé —dijo, después de mirar al otro lado del lecho.

—¡Maldición!

—¿Qué pasa, papá?

—Duerme. Iré con las Taylor, quizá...

De repente, el rostro de Ellis se desfiguró.

—¿Qué pasa? —dije con rapidez—. ¿Qué pasa, Ellis?

—Anoche... —Casi no le salía la voz—. Le conté la leyenda de la puerta del diablo para que conociera el lugar. Me daba susto porque el señor Hyde me la había contado y pensaba que, si se lo decía a ella, dejaría de tener miedo.

Me llevé las manos a la cabeza y quise matar a Hyde.

—Quédate aquí.

—Pero...

—¡Quédate aquí!

Esa fue la primera vez que le grité y la primera que sus ojos se convirtieron en la fuente de mi dolor.

Cerré la puerta y salí de nuevo hacia los acantilados con el corazón golpeando mi pecho como si quisiera abandonar mi cuerpo.

Anne no se creería algo así, ¿verdad?

Quizá, al haber convivido con gitanos, quienes contaban historias y creían en amuletos, ella...

¡No!

Dejé de caminar a prisa para que mi marcha se convirtiera en una carrera frenética. Si cruzaba con ese viento, con la marea alta, no saldría de allí para contarlo.

Llegué a la única zona por donde se podía bajar a la playa y descendí hasta que la vi. Con su ropa de cama blanca; sus cabellos se enredaban en el aire y ella luchaba cada paso contra el viento.

—¡Anne! —grité con todas mis fuerzas.

Noté cómo toda mi piel se erizaba, no por el frío, sino por el terror de perderla, esta vez para siempre.

—¡Anne, detente!

61. Anne

En mi mano pesaba la culpa de haberlo golpeado.

No podía dormir, y tampoco quería hacerlo por miedo a verlo a él sobre mí, por ver los rostros de esas mujeres castigándome, llorando, maldiciéndome por no haber hecho nada antes, por simplemente vivir gracias a mi egoísmo. No merecía respirar ni estar en este lugar y, aun así, lo hacía.

Con mi camisón de algodón pegado por el sudor, salí de la habitación y lo vi, de nuevo en ese sofá, con dos papeles sobre su regazo, el rostro descansado, pero la preocupación marcada en su ceño arrugado.

Sabía que no debía, pero desde que lo vi esconder esos papeles en los acantilados a mi llegada, tuve curiosidad. Quería saber aquello que me ocultaba.

Despacio, tomé la carta y la leí.

Si me hubieran quedado lágrimas las habría derramado; si me hubiera quedado aire lo habría expulsado, pero solo quedaban las garras de Montlowe en mi cuello y la palabra *amigos.*

Caí de rodillas y toqué el suelo con mi frente sin poder controlar el aire que entraba por mi boca.

Montlowe vendría a por mí.

Vendría a por él.

«Si no callas, el siguiente cuadro que pintaré será de tu hijo».

¿Por qué no había acabado en la horca como lo habría hecho cualquier otro asesino?

Me llevé las manos a la boca para acallar mis sollozos y me arrastré hasta la puerta para alejarme de Owen. ¿Cuándo pensaba decírmelo?

Logan.

Me acordé de ese niño lleno de ira y de tristeza. Recordaba a los demás, a mis queridas Lily y Hope, sin las cuales mi vida en St Joseph hubiera sido insoportable; a Thomas... y a él.

Lo miré y un fuerte sentimiento de apego y cariño me recorrió. Jamás me había abandonado y yo... no podía confiar en él.

Estaba rota, deshecha.

Todos habían salido adelante, se habían reencontrado. Aunque esa idea consiguió hacerme feliz por unos segundos, era mucho mayor aquello que me arrinconaba y aplastaba.

La voz de Ellis retumbó en mis oídos: una leyenda, unas palabras que, si fueran ciertas, si pudiera dejar atrapadas todas las desgracias al otro lado: mis pecados, el dolor...

Si podía dejarlos en ese lugar y librarme de ellos, debía intentarlo.

Salí dando tumbos. Dejé que el viento golpeara mi cuerpo, que chillara en mis oídos. Un paso tras otro bajé por esa escalera de piedra que había visto esa misma mañana.

Tropecé, me volví a levantar y la vi.

La Puerta del Diablo.

Ese arco de piedra que nacía de uno de los muros que contenían el mar.

Aún había tierra visible. Si tan solo pudiera atravesarlo... si así fuera capaz de dejarlo todo atrás.

Me quedaba poco. Ya casi llegaba. Lo sentía. Escucharlo como si me llamara.

El agua llegaba a mis rodillas, las olas golpeaban fuerte por el viento y aun así yo me mantenía de pie en una lucha por alcanzarla, por aferrarme a un cuento que prometía salvarme de mí misma.

—¡Anne!

Owen estaba ahí. Podía oírlo, pero no verlo.

—¡Anne!

Su voz sonó más cercana.

—¡Detente, por favor!

—¡No lo entiendes! —grité—. ¡Jamás lo harás! ¡Si solo pudiera...!

—Anne, no.

Su figura apareció tras de mí y me tomó de los brazos.

—Por favor, regresemos o la marea terminará arrastrándonos.

—¡Pues márchate!

—¡Anne, reacciona, por favor!

—¡No lo entiendes! —insistí—. Yo... no soy quien crees. ¡Llegué a desearle! ¡A necesitarle! —La confesión que carcomía mi interior al fin había decidido salir—. ¡A un asesino! Soy despreciable, Owen. ¿Lo ves ahora?

—¡No seas injusta contigo, Anne! Lo veías como tu protector, como el que te sacó de una vida que ya no querías.

—¡Para llevarme a una peor! Y aun así...

—Anne, tenemos que regresar.

Owen tiró de mí y los dos caímos al agua. Por un momento el mar nos arrastró, pero Owen consiguió ponerse en pie y sostenerme.

Me solté de su agarre e insistí en mi empeño.

—¡Por el amor de Dios, Anne!

El mar nos volvió a golpear y él me levantó en contra de mi voluntad. Me cargó hasta la orilla mientras yo pataleaba.

—¡Tengo que cruzar! —Lloré—. ¡Si lo cruzo, todo quedará atrás!

—Regresa a la cordura, ¡te lo suplico! No hay nada al otro lado —jadeó.

Ambos forcejeamos hasta que su fuerza me venció y acabamos tumbados en la arena.

—No... no. —Cerré los ojos y lo golpeé—. Apártate de mí.

Noté el agarre de sus manos sobre mis muñecas, aplastadas contra la arena.

—Mírame.

No quería.

—Mírame, Anne.

—¡No quiero tener que matarte también! —grité—. Por favor no… no me toques.

—¡Anne! ¿Qué estás diciendo?

—Lo maté. Maté al padre de Ellis. Él me forzó y...

—Lo sé.

Abrí los ojos, que no me dejaban ver por las lágrimas.

¿Lo sabía?

Ellis...

Que mi hijo se hubiera enterado por los rumores en Epping siempre había sido una posibilidad, pero nunca pensé que llegaran a él y, lo peor, que se lo creyera.

—Saca todo lo que tengas, Anne. Por favor. Todo lo que te está matando. Escúpelo de una vez.

—¡Tengo miedo! Miedo de que me mires un día y veas lo mismo que yo.

Su respiración era agitada. Me miraba con intensidad; las gotas de su pelo empapado caían sobre mí. Sentí vergüenza al mirarle a los ojos. Me avergonzaba de mí, de mi vida.

—No merezco vivir —confesé.

Su rostro se enfureció.

—Si no lo haces por ti, al menos hazlo por él. Por Ellis. Recuerda lo que es vivir sin una madre. La Anne que conozco no diría eso.

—No me conoces. ¿Aún no te has dado cuenta?

—¿De qué me tengo que dar cuenta, Anne? ¿De que ahora eres una mujer? ¿De lo que has vivido? ¿De lo que piensas de mí? No te creas que no me he dado cuenta de cómo miras mis cicatrices, de la duda que se oculta en tus ojos, de esa desconfianza que duele. Yo tampoco soy un niño, Anne. De hecho, nunca lo fui. Y sí, te conozco. Debajo de esa sombra gris impregnada en tu piel sigues siendo tú: esa niña que adoraba las muñecas, que soñaba mientras bailaba, que sonreía ante cualquier tontería. Veo a una madre que ha dado su vida por la de su hijo, que lo adora a pesar de lo difícil que debe ser vivir con el recuerdo. Debajo de todo eso sigues siendo tú. Como te dije aquella vez, yo seré más alto, pero tu corazón es mil veces más grande que el mío. Eso no ha cambiado.

Rompí a llorar y al fin liberó mis muñecas y me dio espacio.

—Tengo miedo. No puedo confiar en ti, ¿lo entiendes? No sé qué quieres de mí, Owen. No sé qué quieres.

El desgarro en mi voz, dolió.

—Quiero que seas feliz, Anne. Es lo único que quiero. ¡Tu felicidad!

—No. Eso no puede ser. Siempre hay algo, siempre... ¿Acaso me deseas? ¿Es eso? ¿¡Qué diablos quieres de mí!? ¿Por qué has vuelto? Tu vida...

—Mi vida, Anne. Si he llegado tan lejos es por ti. ¡Maldición! —Golpeó la arena con ira—. Esa vida que dices que he construido... ¡¿No te das cuenta de que tú eres los cimientos?!

Se apartó de mí.

Se sentó a mi lado y se quitó la capa pesada por el agua, a pesar de que el viento no daba tregua.

Al verle, vulnerable, ni siquiera sorprendido, me sentí vista como solo Anne, como si hubiera dejado caer una pesada losa que me atormentaba desde hacía tiempo.

Sin embargo, no había cruzado esa puerta mágica.

Él me había quitado el peso, sin juzgarme, sin reprenderme.

Durante tanto tiempo lo único que necesitaba era haber sido escuchada, recuperar la voz que había perdido.

Me eché las manos a la cara y lloré de tal forma que fue como si drenara de mi cuerpo todo aquello que se había acumulado en mi interior: la culpa, el veneno.

—Nada de lo que ha pasado ha sido tu culpa —dijo él entre mis lamentos—. Sé que así lo piensas. Lo que te sucedió, tus emociones hacia Montlowe, la vida de esas mujeres. Nada de eso es tu culpa.

Mi llanto se intensificó sin control.

Poco a poco un alivio inesperado se hizo hueco en mi piel hasta llegar a mi corazón.

—No quiero retenerte aquí, pero deberías quedarte hasta recomponerte. Entiendo que la vida que he planeado no tiene por qué ser la tuya.

Noté la tristeza en su voz y en el decaimiento de su postura.

Respiré, permitiendo que mis pulmones se llenaran, despacio.

Solo se escuchaba el viento, las olas. Pero él estaba a mi lado.

Calmado.

Dándome el tiempo que necesitaba.

Al cabo de un rato, mi llanto cesó, después de que me doliera la garganta y el estómago de los espasmos, del agotamiento.

Al limpiarme las lágrimas vi que se había puesto en pie y me ofrecía su mano.

Con su ayuda me levanté y, en silencio, subimos de regreso a casa.

No tardó en darme un paño para que me secara y, antes de que me retirara, habló:

—Hay heridas tan profundas que parecen imposibles de sanar, pero incluso las flores se abren paso entre las piedras. Estoy seguro de que tú, Anne... florecerás. No se puede detener lo que nace desde dentro y tu interior merece la pena ser liberado.

De nuevo mis ojos se llenaron de lágrimas, pero él las limpió sin pensarlo, como si fuera lo más natural.

—No hay peor cárcel que la que uno mismo se construye. Una vez dentro es difícil salir, pero no imposible. Tómate tu tiempo. Bebe del agua del amor que tu hijo te ofrece, nútrete en los silencios llenos de paz y crece bajo el sol y el perdón, ese que debes concederte.

Me giré para que no me viera más derrumbada de lo que ya estaba.

Pero eso no hizo que sus palabras cesaran.

—Es lo único que puedo ofrecerte: un refugio seguro para que vuelvas a bailar porque quieres bailar, a cantar porque estás feliz y a sonreír porque anhelas hacerlo, porque tienes motivos para ello.

Bajé los hombros, dejé salir el aire que no sabía que guardaba, abrí la puerta y me encerré en la habitación.

Me deslicé por la madera hasta quedar agachada. Tapé mi boca para que Ellis no escuchara mi llanto.

Sin embargo, sus brazos aparecieron en la oscuridad y me abrazaron.

—Te ha encontrado —susurró.

62. Anne

Había oído salir a Ellis de la habitación hacía un buen rato, pero yo no había tenido el valor de hacerlo aún. Mientras me decidía, había optado por mirar por la ventana, absorta, de algún modo experimentando la ligereza que sentía después de anoche. Haberlo soltado todo para mí había sido como volver a nacer, como si de repente se me presentara otra oportunidad.

Por el rabillo del ojo vi algo que me llamó la atención. Del baúl con el que me había tropezado el día anterior asomaba una pequeña mano de tela, como si se hubiera cerrado con rapidez y se hubiera quedado pillada.

Aparté la mirada de la ventana y la observé con curiosidad. Al final, la tentación me pudo y me agaché junto al baúl. Tras comprobar que la puerta estaba cerrada, lo abrí.

Al ver lo que había en el interior fue como si el tiempo se hubiera quedado suspendido en el aire.

Metí la mano y saqué una muñeca, luego otra y otra más, hasta que al menos conseguí una veintena de ellas. Unas más grandes, otras pequeñas, morenas, de porcelana, de tela, sencillas, elaboradas y con muchos detalles.

Las acomodé una a una en mi regazo y me encontré sonriendo cada vez más.

Miré la muñeca sobre la cama y mi pecho se llenó de recuerdos: un pequeño Owen, con el rostro serio, me la regalaba después de haberla elaborado lo mejor que pudo, para que yo no me volviera a escapar ni a llorar por algo tan innecesario.

Todo este tiempo, él las había guardado.

¿Para mí?

Se me cortó el aliento. Apreté las muñecas contra mi cuerpo, incapaz de contener la emoción. Durante un instante me sentí como

aquella niña que creía que nunca se separaría de él.

Escuché una puerta cerrarse.

Metí las muñecas en el baúl con rapidez e intenté respirar con normalidad.

Me estiré el vestido, pestañeé varias veces para no llorar —cosa que se había vuelto habitual— y salí de la habitación sin saber cómo reaccionaría al verle después de todo lo que sabía de mí y de lo que acababa de descubrir.

Ellis desayunaba un pan con jalea, acompañado de un huevo duro aún sin pelar, mientras tenía los ojos fundidos en las letras de un libro.

—Tienes los ojos hinchados —dijo al alzar la vista.

—No he debido dejarte dormir —asumí, apenada.

—Sí, me fui con papá al sillón.

Entonces es él el que no debe de haber dormido.

—Ellis, sobre que le llames así, deberíamos hablar.

—Te ha dejado esto —respondió, ignorándome por completo, a la par que me tendía un papel.

Tomé la hoja y me aparté de Ellis unos pasos. Intenté que no se me notara la urgencia por ver lo que me había escrito. Comencé a leer.

Anne.

Ayer creo que hablé demasiado. No sé si hice lo correcto y tampoco sé si quieres que me dirija a ti de nuevo. Si es así, deja de leer, pues aún me veo en la necesidad de decirte una última cosa.

Levanté la mirada hacia Ellis, pero él estaba concentrado en su libro.

Me aparté un poco más y continué leyendo. Pues anoche sus últimas palabras consiguieron sacar mis ganas de salir adelante. No quería vivir en mi propia cárcel; ya había vivido demasiado tiempo tras las rejas que otros me habían impuesto.

Sé que no confías en mí, pero debes entender que lo único que me mueve es el cariño que tengo hacia ti.

Siempre te he querido, Anne. Desde que tirabas de mi pantalón para que te dejara ver lo que estaba haciendo; desde que vi tus narices pegadas al escaparate de muñecas; desde que bailabas bajo la lluvia, a pesar del horror que nos rodeaba.

Eras mi amiga, mi compañera, la que me hacía fuerte.

No me era necesario verte, ni siquiera tocarte para que, en silencio, mi cariño por ti creciera en la distancia. Tu recuerdo era tan maravilloso que mi corazón se negó a olvidarte.

Las preguntas: ¿estará bien?, ¿ha comido?, ¿seguirá disfrutando del baile?, ¿conservará sus rizos dorados y su rostro de ángel?, me mantuvieron con ganas de vivir, con ganas de volverte a ver.

Te hice una promesa y no pude cumplirla. Prometí nunca dejarte. Prometí que, si aquel día no me abandonabas por la enfermedad que se llevó a nuestros padres, te colmaría de muñecas y dulces.

Y aun así lo hice para convertirme en quien soy ahora, para poder ofrecerte todo lo que no pude.

Cuando te vi, cuando al fin te encontré, mi mundo se cayó a mis pies. Vi a una mujer fuerte, valiente, que como yo había sobrevivido. Sin importar cómo, pero lo había hecho.

Si tus ojos han llegado hasta aquí espero no haberte abrumado. No es mi intención agobiarte, solo que te sientas menos incómoda al comprender mis motivos.

Ojalá estés mejor.

Tu fiel amigo.

Inconscientemente me llevé la carta al pecho, como había hecho con las muñecas, y respiré tranquila.

—¿Dónde está? —pregunté a Ellis, mientras este espolvoreaba sal en su desayuno.

—Se ha ido a ver a todos. Ayer hizo mucho viento. Eso quiere decir que tendremos que hacer muchas reparaciones.

—¿Tenemos?

—Sí —asintió con orgullo—. Yo siempre lo ayudo.

—¿Qué te parece si me ayudas a mí con algo?

—Pero es que el señor Hyde seguro que necesita mucha ayuda. Está mayor.

—Es para Owen. Creo que deberíamos hacer algo por él.

Ellis sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué quieres hacer?

—Ya es hora de que deje de dormir en ese lugar.

Ambos volteamos la cabeza para mirar el viejo sillón.

—¡Sí! Mira, su culo se ha quedado ahí marcado.

—¡Ellis, esa boca!

Ese vocabulario me llevó directa a pensar en su educación. Los nervios iban a apoderarse de mí, pero esa misma noche había decidido concedernos un tiempo. Hasta que aclarara las cosas. Hasta perder el miedo.

La sombra de Montlowe me perseguiría siempre, pero no debía dejar que siguiera controlando mi vida incluso en la distancia.

Montlowe no podía saber dónde estábamos.

—Primero tengo que terminar de leerme diez páginas. Papá no me deja ayudarle sin haberlo hecho. Y tengo que leerlas de verdad, porque luego me lo pregunta.

Abrí los ojos con sorpresa. Después de todo, se había ocupado de que Ellis continuara con sus estudios, lo que me hizo sentir más aliviada.

—Además siempre me hace preguntas raras sobre cabras. Que cuántas hay y si viene un ladrón y se lleva una docena, cuántas les quedarían a los Davies. O si las Taylor dicen cien palabras por minuto, cuántas palabras dirían las tres a la vez, y otras cosas. Cree que no me doy cuenta, pero sé que es su forma de probar mis matemáticas.

Una extraña sensación me recorrió al imaginar la situación y el ceño fruncido de Owen mientras pensaba en la siguiente pregunta para Ellis.

—Has sonreído —soltó Ellis.

—¿Qué?

—Has sonreído de verdad. No de mentira, como hacías.

Tragué saliva y me acerqué al niño para pelar el huevo, porque a ese paso se lo comería con cáscara.

—¿Me puedes decir dónde están las cosas en esta casa? Cuando termines, claro.

—¿Eso significa que nos vamos a quedar? —respondió y, de nuevo, una sonrisa iluminó su rostro.

—Solo hasta que sepamos adónde ir.

63. Owen

—¡Señor Hyde! —lo llamé entre el viento, que aún azotaba, aunque en menor medida que anoche—. ¡Señor Hyde!

La devastación en el rostro de Hyde fue alarmante. Cuando llegué a su parcela lo encontré mirando su plantación, con los ojos pintados de frustración. Las espigas se habían peinado hacia una sola dirección, tumbadas y aplastadas contra el suelo.

—Se ha encamado, señor Miller, y como siga así me quedaré sin cosecha este año. Así no podré pagar el alquiler correspondiente.

Y tenía razón. Había leído que, en ese estado, podría impedir la cosecha o al menos dificultarla. El grano podría pudrirse por la humedad y aparecerían hongos que lo echarían a perder. Pero no sabía cómo ayudarle.

—Tiene que haber una solución —solté a la vez que observaba el terreno—. Mire, aún no está muy aplastado.

Desconfiado —ya que, como militar, pensaría que tenía poco que aportar—, Hyde se acercó y se agachó conmigo cerca de un grupo de espigas.

—Cierto —soltó.

En ese momento le cambió la expresión de derrota.

—Pero llevará mucho tiempo, y mi juventud la dejé hace unos años. Y mi mozo no está, por su madre enferma.

—¿Y para qué estoy yo, señor Hyde? ¿No lo ayudé con su valla?

—Una cosa es usar un martillo, señor Miller; muy distinta trabajar lo que la tierra da.

Cerré los ojos un instante. Sabía que Hyde era orgulloso de su trabajo, pero no conocía hasta qué punto.

—Creo que si me lo explica podré hacerlo.

Miró mis manos y luego mis ojos.

—Tendremos que enderezar las espigas por zonas pequeñas. Las agruparemos en tallos y las ataremos con paja. Nunca me ha gustado usar cuerda porque suele dañarlas.

—Podríamos poner estacas. Así, si el viento continúa, aguantarán.

Parece que mi comentario —del todo acertado, por cierto— le molestó.

—Sí —dijo, tras llevarse una espiga a la boca—. Podríamos hacer eso.

El resto de la mañana trabajamos mano a mano en su campo; levantamos espigas y las atamos. Al principio Hyde me riñó varias veces porque hacía montones muy gordos y, cuando no, demasiado finos. La cosa era que siempre tenía que corregirme.

Yo lo aceptaba con una sonrisa y continuaba, mientras me preguntaba si los demás arrendatarios no habrían sufrido daños en sus zonas por el vendaval.

Ese día iba a ser largo.

Sobre todo, porque no me quitaba a Anne de la cabeza.

Me preguntaba si estaría bien. Si había accedido a leer mi carta. A momentos me arrepentía de haberle escrito y, en otros, pensaba que había sido lo mejor.

Tenía la sensación de que, después de sentirse tan expuesta, por derrumbarse ante alguien que no fuera ella misma, le sería difícil enfrentarme.

Entendía su desconfianza, la dureza de sus palabras y su sufrimiento.

Había tenido que someter mis sentimientos al verla en el agua, arriesgando su vida por una maldita historia.

¿Hasta qué punto de desesperación había llegado para creer que hacer algo así la ayudaría?

Quería ayudarla, protegerla y que viera que mis intenciones no eran maliciosas.

Resoplé y Hyde se percató de ello.

—¿Cansado?

—Señor Hyde —respondí—, ¿qué puedo hacer si alguien no acepta lo que le ofrezco?

Hyde terminó de atar un manojo y se limpió el sudor de la frente antes de observarme.

—¿Ese alguien ha pedido que le ofrezcas algo?

—No —dije escueto—, pero está claro que necesita ayuda.

—Eso no es decisión suya, ¿no cree?

Maldición.

Tenía razón. Por mucho que no quisiera reconocerlo, quizá había sido demasiado agresivo. Quizá me había hecho una idea incorrecta de lo que pensaba que sería, como bien Hallaway se había encargado de recordarme una y otra vez.

Quizá ella no quería la vida que le ofrecía. O ni siquiera me quería a mí en su vida. Y había llegado como un estorbo más que como una mano a la que aferrarse.

—¿Cree que soy un estorbo?

—Por el amor de Dios, señor Miller, ¿puede dejar de hablar en clave? Si me está pidiendo ayuda, podría ser más claro.

—Olvídelo.

—Eso mismo pienso hacer.

—Pero usted no me ha pedido ayuda directamente y, sin embargo, aquí estoy.

El señor Hyde dejó salir el aire por la nariz con lentitud y se levantó. Estiró su espalda y giró sus brazos en el aire.

—¿Es por esa mujer? ¿Es suya? Quiero decir, imagino que es la madre del muchacho. Y él ha dicho que usted es su padre.

—¿Mía? Por supuesto que no. Y espero que nunca nadie sea mío. Esa palabra es... algo posesiva.

—¡Ya me entiende, señor Miller!

—La verdad es que no.

—¡Ni yo a usted!

—Bien.

—Bien.

—Puede venir a mi fiesta de cumpleaños —soltó de repente, como si le costara.

—¿Es una invitación?

—No, se lo digo por fastidiarle —gruñó—. Cumplo sesenta.

—No sé si podré ir.

Sonreí ante su ligera molestia y luego resoplé.

Ese niño me había metido en un desaguisado por presentarse como mi hijo sin consultarme.

Tuve la idea de que le haría leerse, al menos, cinco libros por haberlo hecho. Porque entonces, ¿qué debía hacer? ¿Tendría que explicar a todo el mundo mi complicada relación con Anne?

No creo que le hiciera ninguna gracia. Ni bien, pues una pregunta llevaría a otra hasta llegar a sitios a los que no había que llegar.

Y hablando del niño que me había complicado la vida y... adoraba.

Se acercaba dando tumbos junto a Flour, que fue directo a su dueño.

—¡Papá! —gritó Ellis—. ¡Los Davies están en problemas!

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Las ovejas. Se les han escapado. El señor Davies dice que el viento debilitó una madera del establo y se han desperdigado.

—Vaya a ayudarle —dijo Hyde.

—Ellis, ven aquí y continúa ayudando al señor Hyde.

—Pero recolectar ovejas es más divertido —se quejó, ya a mi lado.

—Pero serás más útil aquí. Sé que sabes hacer unos buenos nudos.

Fue decirle eso y pude ver cómo el orgullo y la determinación subieron de su pecho hasta la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer, señor Hyde?

Me encaminé a la parcela de los Davies.

Sin embargo, no me esperaba lo que me encontré al llegar.

Anne.

Sus mejillas arreboladas, besadas por el atardecer, con el peinado medio deshecho y los bajos del vestido manchados de verdín.

Con una sonrisa que enmarcaba su rostro de una forma preciosa.

Por fin me dio la sensación de que volvía a respirar. Que la dureza que había envuelto su rostro desde el primer día que la vi se

había derrumbado, y la tristeza en su mirada se había disipado, como si el viento también se la hubiera llevado.

La vi caerse tras perseguir a una de las ovejas, luego vi como otra aprovechaba para pasarle por encima.

Soltó una carcajada mientras se sacudía las manos.

Sonreí.

Y nuestras miradas se encontraron.

64. Anne

—¿Crees que le gustará?

Cuando esa pregunta salió de mi boca, estaba terminando de barrer ese estudio que, tras adecentarlo, parecía un lugar adecuado tanto para descansar como para trabajar. Ellis y yo habíamos ordenado los papeles, limpiado la estantería, el escritorio y las dos ventanas que miraban hacia el mar, llenas de salitre. Con cuidado y con más maña que fuerza, habíamos trasladado el camastro y lo habíamos acomodado en la pared que quedaba libre. Me las apañé para encontrar ropa de cama limpia y, tras sacudir cojines y mantas, había quedado mejor de lo que me esperaba. Esa casa era acogedora, no sabía si por el hecho de que sabía a quién pertenecía o por el aire de tranquilidad y armonía que se respiraba.

Ellis me miró después de colocar unos libros en orden alfabético y sonrió antes de responderme.

—Creo que está tan recogido que se sentirá raro en cuanto lo vea, o mal porque lo hayamos hecho, o triste porque prefería dormir en el sofá.

Detuve la escoba a mitad de camino y tragué saliva. ¿Y si, en vez de hacerle un favor, era lo contrario?

—¿Cuánto has llegado a conocerle? —pregunté intrigada. Para plantearse esas posibilidades debía de habérselas sacado de algún lado.

—Bueno... —replicó con sencillez—, hemos hablado mucho. Más él que yo. Yo solo preguntaba y a veces empezaba a decirme una cosa y terminaba contándome mil más —rio.

—¿Ah, sí?

Ellis asintió y yo continué con mi tarea, pero me detuve enseguida.

—Quizá podrías hablarme de él. Creo que también debo conocerle más, sobre todo porque le llamas papá.

—Es que es mi padre.

—Pero tal vez a él le resulta incómodo.

Respondió con un «no» rotundo.

—Seguro que a ti también te gusta que lo sea —sonrió con picardía.

—¡Ellis!

—Ellis, sí. Como él, ¿verdad?

Me cerró la boca y no me atreví a decirle nada más, pero él, quería continuar con esa conversación, que no estaba segura de adónde me iba a llevar.

—A mí me ha dicho que te quiere.

—A la niña que fui, Ellis. Éramos muy amigos —contesté con rapidez—. ¿Adónde quieres llegar? —Preferí ir directa al grano.

—¿Qué es estar enamorado?

—¡¿A qué viene esa pregunta?!

Al final, dejé caer la escoba, tomé a Ellis de la oreja y lo saqué del estudio. De repente, me sentía extraña al estar ahí.

—¡Ay! Suéltame —refunfuñó—. Es lo que dicen las Taylor. Que Owen está enamorado. Enamorado de ti.

—Owen no puede estar... —Quise sostenerme en algo, pero, al no hallar nada cercano, opté por cruzarme de brazos—. No me conoce, Ellis. Y las señoras Taylor deben de estar muy aburridas como para ver cosas donde no las hay.

La imagen de Owen arremetió en mi cabeza: su mirada puesta en mí mientras me escuchaba, su comprensión; cuando me había aferrado a él en el estudio de ese desgraciado y solo tenía palabras de consuelo para mí, sin preguntas, sin juicios apresurados; solo él, entregado a mí, igual que anoche

Me estremecí por un momento y agité la cabeza como si así pudiera borrar esa imagen de él, una que se entremezcló con la falsa atención de Montlowe. Tenía miedo de no ver la verdad oculta tras gestos de cuidado y atención.

—Él es bueno —dijo Ellis como si me hubiera leído la mente.

—Eres un niño, Ellis. No creas saberlo todo.

—Sí, pero ya he estado rodeado de gente mala como para saber quién no lo es.

Resoplé y lo empujé hacia la calle para no seguir con el tema, porque, lo quisiera o no, tenía razón. Estaba segura de que incluso Ellis podría tener mejor discernimiento que el mío.

—¡Vamos a buscarle! —dijo de repente—. Tenemos que ayudar. Seguro que estará con los Davies o con el señor Hyde. Son los que más trabajo le dan.

—Ellis, espera.

Corrió y yo, lo seguí.

***

Ovejas. No sabría decir la cantidad de ellas que merodeaban por el claro cercano al establo que Ellis me había dicho pertenecía a los Davies. Pero estaban apurados en apresarlas o guiarlas de nuevo al establo entre correteos de los niños, el enojo del señor Davies y las risas de su mujer embarazada al verle.

—No se moleste —me dijo el señor Davies al ver que intentaba ayudarle—. Creo que lo tengo controlado.

—No mienta, señor Davies —gritó Ellis, lo que me dejó sorprendida ante la confianza con la que le hablaba—. Voy a buscar a Owen, acuérdese de que es el más rápido de todos.

—¡En esa carrera hizo trampa! Llévate a Flour, hace que se dispersen las ovejas en vez de acercarlas.

Ellis desapareció. Parecía conocer los terrenos como la palma de su mano. Nunca le había visto tan feliz ni integrado, incluso mejor que en Epping, donde tenía a sus amigos.

—¡Deténgala! —me gritó la señora Davies.

Vi a la oveja que venía en mi dirección, me agaché al acecho y, en cuanto la tuve a tiro, me abalancé sobre ella.

—Pero así no —me dijo uno de los niños de los Davies entre risas—. Ni que cazara conejos. Tiene que intentar dirigirla.

Noté que todos llevaban una vara y hacían sonidos extraños con la boca.

—Puedo con una oveja, claro que puedo —me animé.

Me subí las mangas hasta los codos, me acerqué al establo y tomé una de las varas, pero en cuanto intenté hacer sonidos, el segundo niño de los Davies se carcajeó hasta doblarse a la mitad.

—Es muy graciosa —rio.

Decidí ignorarlo y continuar con mi hazaña. Pero una oveja me embistió y me caí al suelo. En mi defensa debía decir que ese animal se asemejaba a una vaca en envergadura. Para colmo, otra me pasó por encima y no me quedó más remedio que reírme, porque sí, había sido divertido. Algo completamente distinto a lo que jamás había hecho.

Sin poder controlarme, mi risa se transformó en una carcajada mientras sacudía mis manos para limpiarlas. Era extraño, como si al escuchar el propio sonido de mi voz, de ese modo relajado, alegre, sintiera una extraña liberación y al mismo tiempo, una especie de nostalgia.

Un instante después, alcé la vista y lo vi, de pie, no muy lejos, con una sonrisa que iluminaba sus ojos.

Owen.

Me quedé anclada en su mirada, sin parar de sonreír hasta que el balido de una oveja hizo que regresara a mi cometido.

Intenté concentrarme en las ovejas, pero uno de mis ojos se empeñaba en averiguar por dónde se acercaría Owen.

—Señor Davies —le oí decir—, menudo desastre, lo lamento.

—Habíamos tenido viento, señor Miller, pero nada como lo de anoche.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse en cuanto miró hacia mí, pero esta vez, en vez de mantenerla, la desvié con rapidez a una de las ovejas que tentaba a la suerte al acercarse demasiado a mí.

—Quizá, si me da permiso, puedo coger madera del viejo faro para reparar el establo. Al menos hasta que consiga material decente.

—Claro —lo escuché decir—. En cuanto reunamos a todo el rebaño le ayudaré a cargarla.

Los oí hablar algo más, hasta que debieron separarse porque lo único que escuchaba eran balidos y risas de niños.

—Anne, te veo bien.

—Eh... sí —respondí, sorprendida ante su repentina cercanía —. Está siendo un día refrescante.

—Sí, el viento aún se empeña en seguir acompañándonos con su presencia.

Asentí, y de la nada se me escapó una risa.

Él frunció el ceño y se mordió el labio de abajo. Algunas cosas nunca cambiaban.

—No te referías al viento —declaró.

De nuevo, asentí.

—En cualquier caso, me alegro. Verte sonreír así es... —Se aclaró la garganta y detuvo sus palabras—. Será mejor que encontremos a todas antes de que anochezca.

Asentí, enmudecida. Que me hubiera visto en el peor de mis momentos, de cierto modo me avergonzaba y no sabía muy bien cómo tratarle.

—No hace falta que finjas conmigo, Anne. Sé que mi presencia debe incomodarte.

No respondí y él tampoco parecía esperar una respuesta.

¿Cómo decirle —cómo admitir siquiera— que no era incomodidad lo que sentía?

Después de su carta, de aquellas muñecas guardadas como un tesoro, de lo que Ellis me había contado, estar a su lado resultaba demasiado fácil. Demasiado seguro.

Y eso era lo que me desbordaba.

65. Owen

Percibía que Anne quería alejarse de mí cada vez que podía. No estaba muy seguro de cómo aquello me hacía sentir. Quizá la carta no había servido de nada. Pero mientras al menos la viera sonreír, era suficiente.

Estiré la vara y chasqueé la lengua para dirigir a las ovejas hacia el montón que el señor Davies había conseguido reunir. Sin embargo, una decidió cambiar de dirección en el último instante, como si quisiera burlarse de mí. Corrí tras ella sin saber que Anne lo hacía desde el otro lado. Ninguno calculó el movimiento del otro y nuestros hombros chocaron con dureza.

El impacto me robó el aire, no tanto por el golpe como por el terror a haberle hecho daño.

La vi tambalearse y, antes de que pudiera caer, aferré su cintura con ambas manos para impedir que se desplomara. Cuando quise darme cuenta de lo que había hecho, ya era demasiado tarde para ignorar la calidez de su cuerpo rozando el mío.

En lo que dura un latido, no hubo persecución, ni ovejas, ni viento. Solo ella.

Debería haberla soltado de inmediato, pero no lo hice. Mis manos permanecieron allí, aferradas, como si hubiera olvidado lo qué estaba haciendo antes del choque. Fue ella quien, incómoda, apoyó las manos sobre mis brazos y aflojó mi agarre, sin embargo, no se movió.

Parpadeé al ver que no se alejaba.

Un mechón húmedo, pegado a su mejilla por el esfuerzo, me llamó la atención con una intensidad absurda. No pude evitar apartarlo. Lo hice con una torpeza cuidadosa, como si temiera asustarla. Mis dedos rozaron su piel y, durante un instante, no existió nada más que aquel contacto.

Su respiración se detuvo.

La mía también.

Un ladrido sonó a lo lejos y ambos reaccionamos a la vez. Retiré las manos con rapidez y ella dio un paso atrás.

—Lo siento —susurré antes de que se alejara a recibir a Ellis, quien había llegado con Flour.

El corazón golpeaba con fuerza mi pecho. Ya no sabía cuántas ovejas había perdido o si habían llegado junto al otro rebaño.

Tuve la sensación de que algo había cambiado. Como si una puerta que llevaba años cerrada se hubiera entreabierto sin permiso para que quizá pudiera asomarme, aunque solo fuera un poco.

La vi, ya en la distancia, y para mi sorpresa volteó su rostro. Al encontrarse con mi mirada, apartó la suya y siguió su camino.

—Gracias, señor Miller. Creo que, si las cuentas no me fallan, hemos recuperado todas las cabezas —intervino el señor Davies, lo que me sacó de mi ensoñación sin sentido.

—Me alegro, señor Davies, solo nos ha llevado toda la tarde —sonreí, inconsciente de mis palabras.

—Por favor, pasen a tomar un té. No es el mejor, pero después de tanto trabajo mi mujer y yo estaríamos encantados de agradecérselo de ese modo.

—¡Yo quiero té! —chilló Ellis.

El niño corrió, dejó a su madre a merced de Flour, y fue directo a la casa de los Davies.

Anne, alzó su mirada con una sonrisa incómoda.

Acorralada por el perro, no podía caminar. El chucho tenía complejo de gato pues no se apartaba de sus piernas.

—Flour, chico. Ven aquí —le ordené, pero el animal pasó de mí como si no existiera.

Conseguí ver la sonrisa de Anne ante mi penosa actuación, por no decir falta de autoridad con ese chucho. ¡Ni siquiera era mío!

—Flour —insistí, pero nada.

Me acerqué a ella y el perro saltó de nuevo a mi camisa. ¿Cuántas de ellas iba a tener con sus malditas huellas?

—Huye mientras puedas —le dije a Anne, quien, sin dudarlo, se escabulló hacia donde había ido su hijo.

Me bajé al perro del pecho y lo miré con una ceja alzada como si fuera suficiente reprimenda. Al final terminé por acariciarle el lomo hasta que tuvo suficiente y me dejó.

Sacudí mis manos y me uní a los Davies, que me recibieron con una taza de té según atravesaba el umbral de su casa.

—La reforma le ha quedado de maravilla —solté impresionado con el acabado que le había dado a la madera del techo, que había empezado a reparar en cuanto llegué como administrador.

—A mi esposo siempre se le ha dado fenomenal trabajar la madera.

—Soy testigo de ello —respondí.

Vi a Anne rodeada de los tres niños de los Davies, junto a Ellis, quienes la observaban con atención, porque el pequeño intentaba enseñarle el sonido que le hacían a las ovejas. Los chiquillos se reían a carcajadas al ver que Anne no cejaba en su empeño de no salir de allí sin conseguirlo.

—¿Ya se encuentra bien? —dijo la señora Davies a mi lado, sin apartar la vista de Anne, como lo hacía yo.

—Eso creo, al menos ya está con nosotros.

—¿Nos va a decir ya quién es? Además de su nombre no sabemos nada de ella. Aunque he visto que Ellis la llama mamá. ¿Usted y ella...?

—Somos amigos.

—No entiendo. ¿Amigos con un hijo? ¿Es alguna clase de modernidad de Londres?

—No... Ellis. Déjelo. Será mejor que nos marchemos ya, apenas queda luz. Gracias por el té, señora Davies.

—Cuando usted quiera, señor Miller, es bienvenido.

—Anne, Ellis, no molestemos ya a los señores. Sus niños deben de acostarse —anuncié.

—Pero antes se darán un baño, tienen lana de oveja hasta detrás de las orejas.

—¡No, mamá! —gritaron los tres—. Seguro que a Ellis no le obligan.

—Ellis también se bañará —dijo Anne peinando los cabellos de su hijo.

—A mí me gusta. Papá tiene unos aceites de la India que huelen muy bien. Se los regaló un sultán.

Anne me miró y yo me alcé de hombros.

Nos despedimos de los Davies y, cansados, arrastramos los pies hasta casa. Notaba a Ellis inquieto, algo emocionado. Ambos, delante de mí, murmuraban, volteaban la mirada y luego murmuraban de nuevo. Una mosca detrás de mi oreja, me decía que esos dos se traían algo entre manos.

En cuanto Ellis abrió la puerta y entramos, la calidez de la casa nos envolvió, así como un silencio que el viento no nos había dejado disfrutar en todo el día.

—¡Te hemos preparado algo! —soltó Ellis con emoción.

—¿Ah, sí? —pregunté sin saber a qué atenerme.

—Ven.

El niño me tomó de la mano y me guio hasta el estudio. Cuando lo vi no podía creérmelo.

La estancia estaba ordenada y limpia, libros colocados, cama hecha e incluso se veía a través de las ventanas, a pesar de que ya había anochecido.

Ambos me miraron con sus manos entrelazadas, como si esperaran mi reacción.

—¿No queréis que duerma en el sillón? —pregunté observándolos mientras ocultaba mi propia emoción—. No tendríais que haberlo hecho, sois mis invitados.

Los dos compartieron una mirada desolada a la par que sus cuerpos perdían altura.

—Creíamos... que ese sillón está viejo y que, por nuestra culpa, te has quedado sin dormitorio —Ellis hizo una pausa y miró a su madre—. Te lo dije.

—¡Me encanta! —dije al fin. Mi broma, se había convertido en una angustia innecesaria—. Tomé a Ellis entre mis brazos y lo alcé para mirarle con detenimiento—. Está perfecto, ahora me será mucho más fácil encontrar los papeles y organizarme.

Ellis sonrió y me abrazó. Lo dejé en el suelo y, entusiasmado, me explicó lo que habían hecho.

—Mira, yo he colocado los libros en orden, mira. Pero ven, no estás mirando.

Me acerqué y puse atención en la estantería.

—Ya lo veo.

—Mamá ha limpiado y te ha hecho la cama. Mira, siéntate.

—Me siento —dije, y en cuanto lo hice alcé la mirada y vi a Anne aliviada, aunque no tenía claro si era tristeza o felicidad lo que había en su rostro, o una mezcla de ambas.

De repente, y entre risas, Ellis se escabulló de la habitación y cerró la puerta con estrépito.

—Me alegro de que te haya gustado —dijo Anne al fin—. Espero que aquí duermas mejor. Después del día de trabajo debes descansar.

Asentí con un vuelco en el corazón. Saber que había pensado en mí me inundaba de una felicidad que jamás pensé que experimentaría.

Antes de que pudiera responder, ella se dirigió con rapidez a la puerta, pero no consiguió abrirla.

—Parece que está atascada —musitó con el rubor tintando sus mejillas.

Me levanté y junto a ella intenté abrir la puerta. En un instante, nuestras manos se rozaron y nuestras miradas coincidieron, pero Anne me dio espacio para dejar que yo lo intentara.

En efecto, no se abría.

Sonreí a mis adentros. Ese niño era un peligro. Estaba casi seguro de que nos había encerrado.

—Ellis, abre la puerta —solté.

—No creerás que él lo ha hecho —preguntó Anne demasiado cerca.

—Me temo que sí.

Anne se llevó las manos a la boca y se alejó.

—Ellis —insistí—, abre la puerta.

—Lo siento. —Escuché su voz a lo lejos—. En cuanto me bañe, lo haré, ahora ya no puedo.

Su risita se desvaneció. Resoplé y pegué la frente en la puerta.

¿Y ahora qué?

66. Anne

Lo vi junto a la puerta, su frente pegada a la madera y sus manos caídas a los lados. No sabía quién de los dos tenía más ganas de echarle una buena reprimenda a Ellis. No hacía falta ser demasiado inteligente para comprender lo que pretendía.

Owen se giró y sonrió incómodo.

Sin saber muy bien lo que hacía, retorcí mis manos entrelazadas y me eché para atrás hasta chocarme con torpeza con el escritorio.

—Supongo que esto te supondrá un problema —dijo él sin moverse ni un ápice.

Dado mi historial, era normal que lo pensara. Si fuera cualquier otro hombre con el que me hubiera tocado compartir ese espacio, ya estaría buscando las posibles salidas o un objeto, en caso de necesitarlo para defenderme. Sin embargo, con él no me sentía acorralada ni temerosa, pero sí nerviosa, no... más bien ¿emocionada?

—Gracias —solté sin responder a su pregunta.

—¿Eh? —respondió con unos ojos llenos de curiosidad clavados en mí. Hasta yo misma me había sorprendido, ¿cómo no iba a hacerlo él?

—Gracias por todo, aún no había hallado el momento de decírtelo.

—No ha sido nada.

Su respuesta fue rápida, casi inmediata; no dudó en dar un paso hacia mí.

—Sí que lo ha sido —respondí con torpeza—. Llevas cargando conmigo una vida entera.

—Ya te he dicho que jamás has sido una carga, has sido mi fuerza.

Ambos, ante tal declaración, desviamos la mirada al suelo.

—He visto las muñecas —confesé tras un silencio que se había espesado entre nosotros.

—Sí, las fui recopilando en cada sitio que iba y... ¡qué! ¿Las has visto?

Colocó más bien a desordenó, libros de forma compulsiva.

Sonreí.

—Son preciosas.

—¿De verdad?

Se fijó en mi con los ojos de un niño ilusionado.

Asentí.

—Jamás me hubiese imaginado ver tanta muñeca junta.

—Sé que ya no las necesitas —se apresuró a decir—, y después de lo que has tenido que vivir te parecerán una banalidad absurda, pero ese día prometí que te conseguiría todas las muñecas del mundo y, cada vez que viajaba, no podía evitar conseguirte una. Fue lo primero que hice con mi primera paga.

Sus palabras, imaginármelo de jovencito yendo orgulloso con su dinero, dedicando el tiempo a comprarla, me llenaron de ternura.

—¿Puedo sacarlas del baúl? Me da pena que estén ahí.

—Claro, son tuyas.

De la nada, un abismo se abrió ante mí, con la sensación de que, si tiraba más de su bondad, de esa vida, podría terminar por gastarla o haciéndola desaparecer. El miedo acudió a mí, oscuro y rastrero, miedo porque había crecido en mí un deseo de cercanía, miedo porque él tenía la habilidad de creer en mí más de lo que yo creía en mí misma.

—Aunque si me marcho quizá no debería —solté como una estúpida.

—Si te marchas... —Me miró confundido, como si esa posibilidad hubiera dejado de existir—. Entonces quizá no deberías sacarlas.

Escuchar mis mismas palabras en su boca fue más doloroso de lo que pensé.

—Creo que deberíamos salir. —Lo dijo como una sentencia más que como una sugerencia.

Regresó a la puerta y con un fuerte golpe de su hombro consiguió abrirla, algo que podría haber hecho antes, pero había decidido quedarse, conmigo.

Lo vi salir y mis ojos se llenaron de unas lágrimas que yo misma había provocado con mi reacción. Fui injusta por mis temores, y estaba segura de que le había hecho daño. Y era eso, precisamente, lo que más miserable me hacía sentir.

Al rato, la cabeza de Ellis asomó por la puerta con el ceño fruncido y la mirada endurecida.

—¿Qué le has dicho? —preguntó.

—Ellis, será mejor que a partir de ahora no intentes nada parecido. Sé lo que buscas, pero yo... no sé si estoy preparada.

—No sabía que había que prepararse para querer a alguien —refunfuñó.

Salí del estudio y, sobre una silla, vi la camisa en la que Flour le había dejado las huellas. Las mismas que tan solo unos minutos atrás llevaba puesta. La tomé y salí al lavadero de la parte de atrás de la casa.

—Mamá, es de noche —oí decir a Ellis.

Pero estaba tan enfadada con él, y conmigo misma, que lo ignoré.

Restregué esa camisa como si me fuera la vida en ello. Sentí el calor en las palmas de mis manos, el mismo que había sentido a través de esa tela, con mi mano sobre el torso de Owen, allí donde percibí su corazón acelerado. Habíamos estado demasiado cerca, cara a cara, respirando agitados por la carrera y el choque, y yo, por un momento, no quise que me soltara.

Él es bueno.

Las palabras de Ellis azotaron mis pensamientos hasta tal punto que froté con tal dureza que me despellejé los nudillos.

Apoyé las manos en el lavadero y cogí aire, porque, aunque pensaba que me traccionaba a mí misma por confiar de nuevo, la realidad era que quería hacerlo.

Aunque no entendía cómo podía seguir mirándome así.

Si Ellis le contó lo de su padre, por los rumores de la gente de Epping —y estaba casi segura de que lo hizo—, entonces Owen

sabía lo suficiente. Así me lo dio a entender con ese «lo sé» tras confesarle en la playa el padre de Ellis me había forzado.

Quizá no conocía los detalles o no creía lo que hice después, pero al menos debería dudar, mirarme con esa mezcla de recelo con la que lo hacían quienes lo sabían o por mi maldito silencio mientras estaba con Montlowe. Sin embargo, nunca lo hizo.

No encontraba el asco en sus ojos, tampoco dureza ni esa cautela por mi condición de no pertenecer ni a un grupo ni a otro; para unos no era lo suficientemente romaní, ni para otros lo suficientemente inglesa, pero a él eso no le importaba, ni siquiera distinguía la lujuria en su mirada, ese deseo en los ojos que me contemplaban en The Silence. Tan solo habitaba en él esa dolorosa ternura obstinada, como si siguiera viendo a ese alguien que yo creía que ya no existía.

Una parte de mí deseaba preguntarle. Sacudirlo, obligarlo a decirme lo que Ellis le había dicho, lo que había averiguado por su cuenta, hasta dónde sabía, si aún me consideraba... digna.

Pero el miedo se agarraba a mi garganta, porque si la respuesta era sí, si de verdad estaba enterado de todo y aun así permanecía a mi lado, ya no tendría excusas para mantenerlo alejado.

Y eso me aterraba más que el rechazo, porque significaría que podía quedarme, que podía permitirme confiar, que podía querer y ser querida y, por fin, vivir.

67. Anne

—¡Mamá! Mamá, despierta.

Abrí los ojos y me encontré con la sonrisa de Ellis, con su rostro despejado, como si llevara horas despierto.

—Owen nos va a llevar a la biblioteca de lord Hallaway. Ah, y había esto en la puerta.

De un salto bajó de la cama, se agachó y alzó un ramo de espigas de trigo y flores silvestres.

—Mira, a ver qué pone.

Ellis tomó una nota escondida entre las espigas y comenzó a leerla.

—No deberías leer algo que no va dirigido a ti —dije, y luego se la arrebaté junto al ramo.

—¿Y cómo sabes que es para ti?, ¿eh?

—Sal, anda. Deja que me cambie.

Ellis salió entre refunfuños. No fue hasta que cerró la puerta que leí la nota:

Gracias por la camisa.

Resoplé aliviada, con la esperanza de que mi gesto hubiera disipado un poco la niebla que se había cernido sobre nosotros. Lo único que había hecho era dejar su camisa, limpia y doblada, frente a su puerta.

Dejé las flores en un pequeño jarrón en el alféizar de la ventana, y fue ahí cuando lo vi.

Estiraba los brazos y la espalda. Luego se frotó la cara y sonrió al ver cómo Ellis se acercaba a él. Mi hijo se encaramó en su espalda de un salto y Owen no dudó en corretear de un lado para

otro hasta que lo dejó en el suelo, con el esfuerzo y la falta de aire retratados en su rostro.

En cuanto alzó la vista hacia la ventana, me aparté a un lado, con la rapidez de una cría traviesa.

Solo hasta ese momento fui consciente del ritmo de mi corazón.

—Él es bueno —susurré, como si necesitara recordármelo.

Me adecenté y salí a su encuentro.

Owen me saludó con un escueto movimiento de cabeza, sin apenas mirarme, y caminó hacia Hallaway Manor. Tanto él como Ellis iban delante. Owen le contaba historias a ratos; en otros hacían apuestas de cuántos libros tendría Hallaway en su biblioteca y otros, simplemente, iban en silencio disfrutando de la brisa de la mañana, ahora que el viento al fin nos había dado una tregua.

—Ven, mamá, no te quedes atrás —soltó Ellis, con el cottage ya a la vista.

Sonreí a espaldas de Owen, pero no aumenté el ritmo de mi caminata.

Sin embargo, Owen se detuvo. No miró hacia atrás, pero en cuanto los alcancé, anduvo de nuevo.

De vez en cuando lo observaba de soslayo, a la espera de que dijera algo, aunque quizá era yo la que tenía que romper el muro que había levantado.

Ellis, alegre, llamó a la puerta en cuanto llegamos y una señora entrada en años nos abrió.

—Señor Miller, bienvenido, bienvenido. Pasen, pasen.

—Gracias, gracias —respondió Ellis, por lo que recibió una colleja en la nuca de parte de Owen.

Al principio me sorprendí, luego sonreí. Había sido un irrespetuoso y yo, con toda seguridad, hubiera reaccionado del mismo modo.

—Y usted debe ser Anne Lovell. Encantada de conocerla.

—El gusto es mío. —Noté la mirada de Owen sobre mí, aunque solo fuera unos segundos.

—Siéntanse como en casa —continuó la mujer.

—Gracias, señora Ross —dijo Owen.

—Dele las gracias a milord. En su carta demostraba verdadera admiración por usted. ¿Es cierto que le salvó la vida?

—Bueno... él me la salvó a mí primero —respondió él, como si lo suyo no tuviera importancia—. Estese al tanto de lo otro que hablamos.

—Oh, por supuesto, por supuesto —respondió la señora Ross casi en un susurro, de repente rodeada de un aura de misterio.

—¿Podemos ver ya la biblioteca?

—¡Ellis! —lo reprendí.

—Por favor, pasen. En breve les llevaré té. Y a usted, señorito, un poco de chocolate. Me ha dicho un pajarito que sería capaz de tomarse un barril entero.

—¡Chocolate! —respondió Ellis, que fue el primero en entrar en la biblioteca.

Yo sonreí, pero vi que Owen también lo hacía, justo en el momento en que nuestras miradas coincidieron al fin.

—¡Cuántos libros! —soltó Ellis con emoción, lo que hizo que ambos regresáramos nuestra atención a él.

—Creo que he ganado la apuesta —intervino Owen.

—Sí, creo que hay más de veinte libros —replicó Ellis mientras comenzaba a ojear la primera estantería—. Mira, papá, tiene el de Robinson Crusoe. ¿Podría leerlo? Me dijiste que era increíble. ¡Ah! Y El progreso del peregrino. Ese también quiero leerlo.

—Puedes tomarlo —respondió Owen—, pero también tienes a Newton.

—¿El que explica por qué se cae todo?

—¡Exacto! —dijo Owen con admiración.

—¡Los quiero todos!

—¿También puedo tomar uno? —pregunté—. Lo único que he leído estos últimos años han sido las cartas de Ellis. Creo que he perdido mucho de lo que el padre Marcus nos enseñó.

—Puedes tomar lo que quieras, Anne.

Su forma de decirlo, su expresión, y el hecho de que era la primera vez que me hablaba desde anoche, hicieron que se me erizara la piel. Para eso, prefería que mejor no me hablara.

Nerviosa, me alejé de los dos. Estaban inmersos en unos libros, así que aproveché para subirme a la pequeña butaca, para alcanzar uno que había llamado mi atención por su lomo desgastado.

Me coloqué sobre la punta de mis pies y conseguí alcanzarlo, pero al girarme, la butaca crujió bajo mi peso y perdí el equilibrio antes de poder agarrarme a ningún lado.

—¡Cuidado!

La voz de Owen llegó a la par que sus manos.

Me sostuvo con firmeza, con una mano en mi cintura y la otra en mi espalda. El impulso me había dejado inclinada hacia atrás, sostenida únicamente por él, como si mi cuerpo hubiera decidido confiar antes que mi corazón.

Primero con las ovejas y ahora esto. Cualquiera pensaría que yo lo hacía adrede.

Durante un segundo no me atreví a moverme, sobre todo cuando fui consciente de mi agarre en el cuello de su camisa.

Observé el cansancio en sus ojos, el ligero temblor de su mandíbula… y entonces la vi. Bajo la tela desplazada que dejaba al desnudo la piel de su cuello, se extendía una cicatriz que lo cubría casi por completo, con tonos pálidos y oscuros y algunas zonas rugosas, la misma que apenas había visto días atrás de refilón.

Ni siquiera lo pensé.

No sé qué estupidez me poseyó para hacerlo. Pero alcé mi mano y rocé su cicatriz con la yema de mis dedos, con delicadeza, por miedo a molestarle si presionaba demasiado.

Enseguida noté la tensión de su cuerpo, cómo su respiración se volvía lenta y pesada. Aun así, no retiré mi mano.

¿Qué haces?, me reprendí.

—Tú... —me atreví a decir—. Tú también has sufrido mucho, ¿verdad?

Él cerró los ojos un instante, como si mis palabras y mi tacto hubieran encontrado un lugar vulnerable que nadie se había dignado a tocar.

Al abrirlos, su mirada era distinta, desnuda.

Tomó mi muñeca y me apartó de su cuello.

Solo en ese momento fui consciente de la cercanía, de la posición en la que nos encontrábamos y de la manera en que su mano seguía aferrada a mi cintura y la otra a mi muñeca.

Me miró con una intensidad capaz de atravesarme y entonces me soltó.

A los pocos segundos alguien llamó a la puerta.

—Traigo el té, señor Miller, como habíamos acordado.

Con una rapidez que me dejó helada, se alejó de mí para aproximarse a la puerta.

La abrió y lo primero que vi fue un bastón y a su dueña, seguido de un precioso rostro enmarcado por una melena dorada y otro de rasgos marcados y cabellos oscuros acompañado de unos ojos verdosos.

Me sostuve en la estantería y retuve el aire.

Por la carta que había leído sabía que estaban bien, pero no me esperaba... no me esperaba verlos tan pronto.

—¿Lily? —conseguí decir—. Hope y... ¿Logan?

Mis ojos se llenaron de lágrimas al mismo tiempo en que los tres se abalanzaron sobre mí formando un abrazo que no sabía cuánto necesitaba.

68. Anne

—Estás preciosa —dijo Hope tomando uno de mis mechones de pelo.

—¡Mi bastón no acaba por poco en el trasero de ese duquesito! —dijo Lily. Su modo de consolar no había cambiado; seguía siendo tan dura como recordaba, lo que me hizo sonreír.

—Anne —dijo Logan, como si pudiera leerme el corazón. Casi consiguió hacerme llorar de nuevo—, siento todo lo que has pasado.

Me apretó las manos entre las suyas y luego dirigió la vista a Owen al mismo tiempo que lo hicieron las otras dos.

—¡Nuestro pequeño rompehuesos! —soltó Lily, que fue la primera en acercarse a él, mientras Logan y Hope compartían una mirada reprobatoria por su forma de llamarlo.

—Lily —dijo Owen, sin saber muy bien cómo saludarla, entre darle la mano o un abrazo. Era cierto que, con ella, como con Hope, no había congeniado tan bien como lo había hecho yo.

Hope se acercó a él y lo abrazó sin pensárselo.

—Gracias por cuidar de ella —dijo con una sonrisa.

Owen y Logan se habían visto antes, pero aun así se abrazaron mientras uno le desordenaba el pelo al otro, ambos con amplias sonrisas.

—Por favor, sácame de aquí —dijo Logan—. No tienes ni idea de lo que ha sido venir con estas dos en un carruaje. Para volver, quizá te pido un caballo.

Owen soltó una carcajada que me hizo sentir una punzada de envidia y, junto a Logan, salió de la biblioteca.

—¿Y este precioso niño? —preguntó Hope al ver a Ellis, quien nos miraba atónito desde una esquina, sin mediar palabra ante tanto alboroto repentino—. ¿Es Ellis?

—¿Tu hijo? —intervino Lily.

Asentí orgullosa, sin saber hasta ese momento la emoción que me causaba que lo conocieran, aunque con miedo de que hicieran preguntas.

—Somos tus tías —dijo Lily con la sencillez que la caracterizaba—. Es increíble lo mucho que te pareces a tu madre.

—¿Mis tías? ¿En serio me parezco a mi madre? —dijo interesado, cuando decidió acercarse a ellas.

—Te pareces muchísimo —dijo Hope—. Otro ángel, sin duda.

—Yo soy tu tía Lily. —Se agachó hacia él—. Tu preferida, ya lo verás —susurró y guiñó un ojo.

—Y yo Hope. Y ya veremos eso de quién es tu preferida. Quizá sea la que te dé antes un primo. —Se acarició el vientre.

—¿Hope, estás embarazada? —Intenté ordenar mis emociones, pues aún no me había recuperado de lo que me acababa de suceder con Owen.

Su radiante sonrisa fue la única respuesta que necesitaba.

—Y está inaguantable, por cierto —soltó Lily.

Alguien llamó a la puerta. La señora Ross pasó y se llevó a Ellis con la promesa de que encontraría un chocolate solo para él en las cocinas.

En cuanto nos quedamos solas, ambas tomaron mis manos.

—¿Cómo estás? —preguntó Hope—. Logan nos ha contado todo. No nos podíamos creer que hubiera coincidido con vosotros.

—La verdad es... —Me eché a llorar con la confianza que no había perdido en ellas, a pesar de los años. Juntas habían logrado que mis días en la *workhouse* fueran más llevaderos e, igual que me habían escuchado llorar en ese lugar, lo hacían en ese momento—. No sé cómo estoy. Estoy... confundida.

Hope me abrazó y Lily no dejó de sostener mi mano.

—Todos lo hemos estado —dijo Hope—. Cuando la oscuridad se acaba, es difícil adaptarse a la luz. A veces, incluso molesta.

—Como cuando amanece después de un profundo sueño y la luz ciega nuestros ojos —agregó Lily.

—Parece un sueño —continuó Hope—, uno que creemos que no merecemos. Pero déjame decirte, Anne, que lo mereces, ¿me

oyes? Si has llegado hasta aquí, a este instante, es por algo. A mí todavía me cuesta entenderlo.

Respiré como si me entrara más aire tras sus palabras.

—Que me lo digan a mí, que estoy casada con un futuro marqués —soltó Lily.

—¿Marqués? —Abrí tanto la boca que Lily tuvo que cerrármela.

—Sí, pero es lo menos aristocrático que conocerás —dijo con una enorme sonrisa mientras desviaba la vista como si estuviera pensando en él.

—Y con una paciencia infinita para aguantarla —añadió Hope, lo que le hizo recibir un codazo de la otra.

—Se te debe hacer raro comer o dormir tranquila.

—O que las manos no te duelan, o que nadie esté al acecho.

—Lo que más raro se me hace es... —No estaba segura de poder confesarlo, pero quería hacerlo—. Él.

—¿Owen? —dijo Lily—. Si aquí no te sientes a gusto, ya puedes volver ahora que ese malnacido está lejos. Podrías ayudarme en mi centro de discapacitados, es una maravilla y toda la ayuda que venga es bienvenida.

Que existiera otra vida para mí, otra posibilidad como la que Lily me ofrecía, de repente me llenó de una profunda tristeza en vez de alegría.

—Creo que no es eso, Lily —intervino Hope.

—¿Ah, no?

—Sospecho que le sucede todo lo contrario.

—¿Por qué iba a ser lo contrario?

—¡Por el amor de Dios, Lily! Te recuerdo que ibas por ahí lloriqueando porque no entendías por qué Cedric se había fijado en ti, por qué alguien como él querría estar con alguien como tú, después de lo que habías hecho, tu dolencia y bla, bla, bla.

—¡Eso lo sabes porque te lo dije yo! —espetó Lily.

—Pues no habérmelo dicho —respondió Hope con una sonrisa de medio lado.

Mientras discutían, alcé la mirada al sentirme tan identificada con Lily. Pero mi gesto no pasó desapercibido para ninguna de las

dos.

—Ha hecho mucho por ti, Anne, pero eso no significa que debas estar con él —sentenció Lily.

—¿Es eso lo que te confunde? —indagó Hope—. ¿Crees que le debes algo? Porque sabes que Owen no es así, al menos el que conocíamos. Ese niño vivía para ti.

—¡Hope! —dijo Lily—. Eso no ayuda.

—Solo quiero decir que si está con ella es porque quiere.

No sabía si la conversación había logrado confundirme más. Por un lado, tenía a Hope desde la perspectiva del amor y por otro a Lily con la posibilidad de una perfecta huida.

—La cuestión aquí no es si él te quiere —dijo Lily—. Deberías pensar si eres tú la que se atreve a aceptar que lo haga.

—Es que cuando me mira —respondí con timidez— siento que me ve, y eso me asusta.

—Pero la luz no duele, Anne —intervino Hope.

—Y dale con la metáfora —resopló Lily.

—Déjame acabar, Lily. —Hope se aclaró la garganta—. Digo que quizá te asusta abrir los ojos después de haberlos cerrado tanto tiempo.

—Voy a ser directa —dijo Lily. Me resultó gracioso que lo avisara, porque no había conversación con ella en la que no lo fuera —. Si te vas de aquí, que sea porque esto no es lo que quieres. Porque, a pesar de todo, a Owen, por muy amigo tuyo que sea, no lo ves en tu futuro. ¿De acuerdo? No porque creas que no lo mereces, porque no eres digna o cualquier tontería que te ronde la cabeza. Sí —dijo mirando a Hope, que se moría por hablar—, como hacía yo. Te hablo desde la experiencia.

Asentí y agarré las telas de mi vestido.

Desvié la mirada a la luz que entraba por la ventana y pestañeé.

¿Debería abrir los ojos?

De repente descubrí que la sola idea de perderlo de nuevo era lo que más me atormentaba.

69. Owen

Hablaba con Logan, sí. Pero mi mente estaba en otro lado. En la forma en que Anne había tocado mi cuello, mi cicatriz —a la que temía que le repugnara—; en el modo en que me había mirado y me había preguntado por mi sufrimiento cuando nadie más lo había hecho. Consiguió que, en vez de sentir euforia por ver a aquellos con los que compartía la miseria, me sintiera descolocado y ni siquiera fuera capaz de saludarlos como debería.

¿Qué demonios pretendía? ¿Cómo podía alejarme de ese modo y luego hacer algo así?

—Va a matarme.

Logan, que me hablaba, creo, de la situación de Thomas y de por qué no los había acompañado, interrumpió sus palabras y sonrió.

—Conozco esa sensación.

Me dio dos palmadas en la espalda y me sirvió una copa.

Aún no estaba a gusto con que Hallaway se hubiera empeñado en que usáramos sus dependencias para recibir a nuestros amigos. Mi casa era como su salón, pero nada tan horrible como para que mis amigos se espantaran después de haber vivido en una *workhouse.* Incluso la señora Ross había dicho que tenía el almuerzo preparado y nos había obligado a pasar al comedor.

—Amelia tenía una especie de código para no enamorarse —comentó—, pero qué puedo decir. No pudo librarse de mis encantos y eso que no pretendía conquistarla.

Permití que el sabor amargo del alcohol quemara mi garganta y dejé la copa.

—¿Estás seguro de que no fue ella la que te conquistó? —Reí —. Cuando fuimos a tu casa y nos obligó a hablar del caso, parecía de armas tomar. Creo que escribirá una novela sobre ello, porque nunca había visto a nadie anotar cada detalle con ese entusiasmo.

Logan sonrió con orgullo.

—Maldición, ¿por qué has tenido que mencionarla? Ahora la echo de menos.

—La has mencionado tú primero. —Sonreí.

—Nunca dejaste de quererla, ¿verdad?

No sé qué me causó más tristeza, si su tono o la afirmación que escondían sus palabras.

—Siempre la he guardado en mi corazón. El problema ahora es...

—Que la deseas.

Apoyé mis manos en una de las sillas y dejé caer los hombros.

—Deseo su felicidad.

Logan soltó una carcajada que resonó en las paredes.

—Eso no lo dudo. Y no me mires así. Tengo ojos en la cara, Owen. Tú también, al parecer, y solo para ella.

—¿Seguro que te llamaban demonio unicamente por tus peleítas callejeras?

—Vamos, Owen. Relájate.

—¿Cómo quieres que me relaje? Siento el aliento del maldito Montlowe en la nuca como si fuera a aparecer de un momento a otro. Está lejos, sí, y «vigilado», pero no estoy tranquilo. Ese niño, Ellis, ¡me llama papá! ¿Sabes lo que es eso? Voy como un idiota intentando que esté orgulloso de mí por llamarme así, cuando pienso que quizá de la noche a la mañana pueda desaparecer de mi vida porque ella... ¡no me ve! Y ya no sé qué hacer para que lo haga. Entiendo por lo que ha pasado, su desconfianza, sus miedos. ¡Lo entiendo todo! Pero es que no sé quién se cree que soy ¿No lo ve? ¡Lo que... lo que siento por ella!

Demonios. Lo había dicho y ya no había vuelta atrás.

—Y sí, un deseo irrefrenable ha crecido en mí y ni siquiera me atrevo a tocarla.

Logan soltó un silbido demasiado largo para mi gusto y se cruzó de brazos con el rostro concentrado, como si meditara sobre algo importante.

—¿Y qué tal si se lo dices? —soltó al fin—. Todo esto que me has dicho.

—¡Estás loco! Cogería al niño, me robaría el caballo y saldría de mi vida en menos de lo que canta un maldito gallo.

—Eso no lo sabes.

Unas risitas se escucharon tras la puerta y unos segundos después se abrió. Allí aparecieron las tres mujeres. Me enderecé con rapidez y estiré mi camisa. Lo peor fue la risita de Logan ante mi patética reacción.

Anne irradiaba luz. Agarrada del brazo de Hope sonreía como si se hubiera quitado años de sufrimiento de encima. Por un instante me miró y yo a ella, pero ambos, como dos críos nerviosos, apartamos la mirada.

—Válgame Dios —susurró Logan.

—Cállate —espeté.

En cuanto Ellis apareció con la señora Ross, conseguí relajarme un poco.

—La he ayudado a cocinar —anunció el niño con orgullo—, así que comeréis bien porque papá me ha enseñado bien.

—¿Papá? —preguntó Lily mirando a Hope y a Anne.

—Lo siento, omití lo del bautizo en mi historia —le dijo Logan a las otras dos.

Ellis se sentó a mi lado bajo la atenta mirada de las mujeres, que imponían más que una guerra eminente.

—¿Lo dejas llamarte así? —Lily insistió.

—Es complicado, Lily. La situación, el niño... necesitábamos una salida.

—Yo no lo veo complicado —intervino Ellis para enredarme más la vida, mientras Logan se lo pasaba en grande—. Parece que los mayores solo sabéis usar esa palabra cuando no queréis explicar algo.

Él sonrió, pero el resto lo miramos con cejas alzadas.

—Él me cuida, me da de comer, me enseña cosas alucinantes y quiere a mi madre. ¿No es eso lo que hacen los padres?

—Claro que sí —Hope alivió el ambiente de un plumazo, pero Lily no tardó en volverlo a cargar.

—Y dime, ¿sabes cuánto quiere a tu mamá? —Lily alzó las cejas en mi dirección, con esa sonrisa que tanta tirria le había cogido de niño.

Anne derramó el vaso de agua al parecer sin querer, aunque yo no estaba tan seguro, y la atención se desvió al mantel mojado y en hacer lo posible para que no cayera en los vestidos de las damas.

Pero Ellis decidió contestar.

—No tengo duda de que papá la quiere mu...

—Ellis —interrumpió Logan, haciendo que me sintiera agradecido—, ¿qué es eso tan rico que has preparado para deleitarnos?

A Ellis le brillaron los ojos y no hizo falta nada más para que cambiara de tema y diera una explicación exhaustiva sobre el menú.

La comida continuó alegre, a veces no tanto, por los recuerdos desagradables. Poco a poco nos pusimos al día. Les conté los sitios en los que había estado, las guerras que había vivido y el origen de la cicatriz de mi cuello.

A pesar de mis intentos, miré a Anne y no hizo falta que dijera nada para saber que los dos nos habíamos trasladado a ese momento en el que me había tocado.

La velada concluyó antes de lo que me esperaba, pues tenían que marcharse para que la noche no llegara a ellos antes de detenerse en la posada a mitad de camino.

Nos despedimos y, mientras lo hacíamos, Hope susurró algo en mi oído.

—No desistas.

Y Lily no se quedó atrás y también decidió soltar un comentario.

—Deberías ser más directo, para acabar con la agonía del no saber.

Logan se despidió con un fuerte abrazo, me dio ánimos con sus palabras, y los tres salimos a decir adiós, hasta que el carruaje desapareció de nuestra vista.

—¡Una carrera a casa! —gritó Ellis, antes de darse a la fuga.

Iba a correr tras él, pero ella me detuvo.

—Gracias por invitarlos. Hablar con ellas ha sido el mejor de los regalos. —Lo dijo con una mezcla de timidez y nerviosismo que desprendía tanta ternura, que solo quise abrazarla.

—En cuanto a lo de antes...

La detuve con solo una mirada, aunque no era mi intención. Lo agradecí.

—Lo de antes, si no estás segura de lo que deseas, es mejor que no vuelva a suceder. Me confunde y es… tortuoso.

Cogí aire y corrí, más que para alcanzar a Ellis, para huir de eso que sentía, cada vez más fuerte cuando estaba a su lado.

70. Owen

—Me niego rotundamente —solté enfurruñado. Tenía demasiado en la cabeza como para concentrarme en las historias de las Taylor.

Ellis me había arrastrado hasta la casa de la primera bajo el engaño de unas reparaciones y, una vez en la puerta, había confesado su fechoría.

—Por favor, llevan invitándonos a tomar una tarta desde que llegamos —dijo el niño.

—¿Todavía tienes hambre después de haber rellenado esos dos carrillos —Le pellizqué una mejilla— en la casa de los Hallaway? —Lo miré con una ceja alzada.

—Bueno, ya han pasado unas horas —explicó mientras se tocaba el estómago con esos endemoniados ojos capaces de manipularme.

—Mañana —sentencié y me giré dispuesto a marcharme—. Ya he tenido demasiada interacción social por hoy.

Anne, quien nos acompañaba, se apartó para despejar mi camino, sin retirar la vista de su hijo. Como decía, esa mujer no me veía, ya ni siquiera en el plano físico cuando la tenía de frente.

Estupendo.

Un paso, luego otro, y la maldita puerta se abrió acompañada de la voz risueña de Brenda.

—¡Señor Miller! Pequeñajo, lo has conseguido.

Ante ese comentario me giré y lancé mi mirada al «pequeñajo».

Arrastró los pies hasta mí e hizo señas para que me agachara.

—Al menos hazlo por ella. Nos ha ayudado mucho con mamá —susurró.

Entrecerré los ojos y apreté los dientes. Para mi desgracia, Ellis tenía razón; era lo mínimo que podía hacer.

—Señora Taylor —dije con una sonrisa impostada—, gracias por la invitación.

—Oh, por favor. —Vino hasta mí y, para mi sorpresa, me tomó del brazo—. No tiene que darlas. Por usted, lo que sea. Oh, espere. —Estiró su mano hasta mi cabello y apartó un mechón de mi frente —.Así mejor.

Atónito, así me había quedado. No sabía si por el gesto tan inapropiado de esa mujer o por la sombra de enojo que había aparecido en los ojos de Anne.

—Señor Miller —dijo Beth, según entramos.

—Buenas tardes. —Bonnie pasó la mirada de Anne a mí y viceversa unas cuatro veces—. Por favor, siéntense.

Ellis fue el primero en hacerlo y, en cuanto llevó la mano hacia las frutas que adornaban esa suculenta tarta, recibió un manotazo de Beth, que le recordó las normas de educación.

Anne se sentó junto a él y Brenda con ella. En mi caso, era sentarme entre las dos mayores o una silla vieja que estaba a mi alcance y no molestaría a nadie. Escogí la silla.

—¿Por qué estaba en ese estado, señorita Anne? No lo tengo claro, ¿debo llamarla señorita o señora? Porque me desconcierta. Es joven, pero tiene un hijo de casi mi altura, por no decir que no veo un marido a la vista o acaso...

—¡Bonnie! —le reprendió Brenda.

Me levanté apenas mi trasero hubo rozado la silla.

—Nos vamos.

—Señor Miller, perdone a mi hermana. No puede evitar ser así.

Bonnie la contempló de manera fulminante.

Beth decidió callar y comenzó a cortar la tarta. Y Anne jugueteó con sus manos como si no supiera qué hacer con ellas.

—Me preguntaba —intervino Brenda— si irán a la fiesta del señor Hyde. Cumple sesenta años y ha invitado a todos sus amigos del puerto.

—Estamos invitados —respondí—, pero no creo que asistamos.

—Yo debo quedarme con Ellis. No creo que sea un ambiente en el que él deba estar —expresó Anne.

—¿Una fiesta de vejestorios? Claro, menudo ambiente para un crío —refunfuñó Bonnie.

La mayor decidió meterle un trozo de tarta en la boca para que se callara, y menos mal, porque, si no, lo hubiera hecho yo por burlarse de Anne.

—Es solo una excusa —dijo con dificultad, a causa del semejante trozo de pastel, que bailaba entre sus dientes. Ni eso había impedido que cerrara la boca.

Observé a Anne mientras tomaba la mano de su hijo.

—Yo no quiero ir —dijo Ellis.

No me pasó desapercibido el guiño de ojo que Brenda soltó hacia el niño antes de hablar.

—Yo me quedaré contigo. Iba a enseñarte a jugar al whist, ¿recuerdas?

Las dos hermanas resoplaron como si no fuera la primera vez que su hermana tenía ideas de ese tipo.

—¡Sí! —exclamó Ellis—. Porque cuando sea mayor y asista a clubes tengo que dominarlo. Cuanto antes empiece, mejor.

—Eso es —lo apoyó Brenda.

Toda su conversación me olía a relato estudiado. De nuevo, Ellis tramaba una de las suyas y yo estaba dispuesto a aprovecharlo. Quizá había llegado el momento de ser directo con Anne, como Logan había dicho.

—Eso es una idea fabulosa. —Ellis y Brenda me miraron con sorpresa—. En ese caso, Anne, ¿te gustaría ir conmigo?

Un rubor repentino subió por sus mejillas, así como su pecho detuvo el movimiento de su exhalación.

Me maldije por ello. Quizá me había pasado de directo.

Maldito Logan.

—Está bien —respondió.

Entonces fui yo quien dejó de respirar.

¿Ha dicho que sí?

Me levanté como un estúpido. Un impulso absurdo. Todas me observaron y me volví a sentar.

—Tenía que estirar las piernas —aclaré.

Ellis se rio y me sentí ridículo.

—Señoras, por favor, háblenme de ustedes. Como administrador me gustaría conocerlas —dije con rapidez.

—Se preguntará —dijo Beth con la misma rapidez; no me hizo falta insistir— cómo murieron nuestros esposos a la vez. Lo vi sorprendido cuando se lo dejé caer el día que lo conocí.

—¿Los tres a la vez? —preguntó Anne desconcertada, y no era para menos.

—Todo comenzó durante nuestro tercer verano aquí —contó Beth mientras asentía.

—Otra vez, no —se quejó Bonnie a la par que le daba un pañuelo, como si supiera lo que ocurriría a continuación.

Beth se colocó la mano en el pecho como si aún le doliera el recuerdo.

—Ese verano decidieron demostrar quién era el más valiente.

—Por culpa de Brenda —intervino Bonnie.

—No se les ocurrió otra cosa que hacerlo cerca de los acantilados.

—¡En el mismo borde! —De nuevo Bonnie—. Cada uno más obstinado que el otro. El mío juraba que podía caminar sin mirar abajo.

—Y el mío saltar de roca en roca como si el mar que esperaba abajo fuera un simple charco —soltó Brenda mientras negaba con la cabeza y se le quebraba la voz.

—Corrimos —continuó Beth—, corrimos hacia ellos gritando.

—Como verdaderas locas —matizó Bonnie.

—Queríamos detenerles.

—Uno se resbaló —dijo Brenda.

—¡Y arrastró a los otros dos!

—Nunca dejo de pensar que si no hubiéramos corrido quizá seguirían aquí.

—¡Los asustamos! De eso no cabe duda —soltó Bonnie compungida.

Silencio.

No porque no tuviéramos nada que decir entre las lágrimas de Beth, la furia en los ojos de Bonnie o la melancolía en Brenda, sino porque, al igual que yo, me encontré a Anne en una lucha por contener la risa.

Una forma macabra de reaccionar por parte de ambos, cierto. Pero su forma de contarlo, el modo en el que había sucedido, parecía una sátira llevada a la tragedia.

—Yo nunca hubiera jugado cerca de un acantilado, solo un tonto...

Anne le dio un codazo a su hijo. Su razonamiento era lo que faltaba para hacer de nuestra contención algo imposible de mantener.

Cogí aire y me concentré en la metralla de los franceses, en el dolor que había sentido. Solo así pude hablar con total solemnidad.

—Debió de ser duro presenciarlo.

Anne me miró y luego agachó la cabeza asintiendo.

—No sabe cuánto, señor Miller —soltó Beth.

De nuevo, silencio.

—Será mejor que las dejemos solas. Me temo que hemos removido un pasado que no debía ser tocado. —Me aclaré la garganta y me levanté para demostrar lo adulto que era.

—Gracias por venir —dijo Beth.

—Mañana iré a su casa para quedarme con Ellis —recordó Brenda con la voz temblorosa.

Bonnie se limitó a mirarnos, hasta que al fin dejamos la casa de las Taylor.

En cuanto nos alejamos un poco, sonreí y a Anne se le escapó la risa.

—Mamá, siempre me has dicho que no hay que reírse de las desgracias ajenas —soltó el niño, quién nos regresó a nuestro lugar, al de la decencia.

—Tienes razón —respondí al ver que ella no podía—. A mí no me gustaría que se rieran de mis penas. —Conseguí aferrarme a la seriedad.

Anne me observó y apretó sus labios, pero sus ojos seguían sonriendo.

Entonces me llené de vida. Era como si por un momento compartiéramos algo que solo los dos comprendíamos.

Y aunque en un principio no había pensado asistir a la fiesta de Hyde, nunca había deseado tanto acudir a una celebración.

71. Anne

Brenda terminó de abrocharme el vestido que me había prestado y luego se alejó para observarme.

—Parece hecho para usted.

—¿Está segura de que quiere prestármelo?

—Por supuesto, apenas he tenido ocasión de usarlo y con mi aumento de peso —sonrió—, ese corpiño ya no me cerraría, aunque quisiera.

La miré agradecida. El vestido era precioso, de un tono amarillo pálido con adornos azules, pero no estaba acostumbrada a llevar el pecho tan apretado; sentía que con cada respiración lo mostraba más de lo necesario.

Brenda percibió mi incomodidad y enseguida me echó un chal azul a juego. Esa mujer era un cielo y aunque no me atreví a preguntarle, algo que me decía que había alguna especie de complot con Ellis para hacerme ir a esa celebración.

—¿Qué opina del señor Miller? —me atreví a decir. No podía evitar pensar aún en la posibilidad de marcharme con Lily en ese carruaje, que dijo que me enviaría al día siguiente. En el que, si me subía, sabía que jamás volvería. Había sido su forma de darme un empujón, un ultimátum para que me decidiera.

—Lo importante no es lo que opine yo —soltó Brenda, para sacarme de mis elucubraciones.

Me echó unos polvos en las mejillas con el rostro concentrado.

—¿Qué es eso? —pregunté a punto de estornudar.

—Polvos de remolacha, yo misma los hago —respondió orgullosa—, realzan su belleza, aunque creo que en realidad no los necesita. Ahora vemos qué podemos hacer con ese cabello.

—Prefiero llevarlo suelto —dije con rapidez.

Brenda asintió, nada convencida.

—Podría hacerle una trenza o, al menos, media trenza. Tiene un rostro precioso para esconderlo.

Lo medité unos segundos.

—Solo media —respondí.

Ella sonrió de oreja a oreja y se las apañó para hacerme un semirrecogido que me resultó de lo más cómodo.

—Gracias, señora Taylor.

—Por favor, llámeme Brenda.

—Brenda —musité.

—La verdad es que no sé nada de usted, pero se me da bien leer a las personas. Puedo ver la soga que la comprime.

Abrí mucho los ojos.

—Solo déjese llevar, aunque sea un momento. No pasa nada porque piense en usted. A su hijo le encantaría que lo hiciera.

—¿Ellis?

Brenda no dijo nada más y salió de la habitación. Enseguida escuché el jolgorio del niño al verla al fin.

—Tu madre está preciosa —dijo Brenda.

—Mi madre siempre ha sido muy bonita —replicó Ellis, lo que me hizo sonreír.

¿Cuándo se había hecho tan mayor?

Salí al exterior después de despedirme de ellos, con el pulso acelerado y las manos frías a pesar del chal, porque sabía que él me esperaba.

La noche había caído sobre los campos de Dorset y una brisa fresca acompañaba el ir y venir de mis nervios. Miré hacia los lados y lo vi. Paseaba despacio, concentrado, inmerso en sus pensamientos.

Esperándome.

La casaca roja dibujaba sus hombros de una forma que llamaba la atención. El cuello alto enmarcaba su rostro, ahora afeitado; parecía más joven y severo al mismo tiempo.

Detuve mi acercamiento sin darme cuenta, como si no quisiera arruinar lo que mis ojos veían. Quería que durara un poco más.

De repente, no era el hombre que recorría el campo con pasos cansados, ni el que reía con Ellis por cualquier tontería, o hablaba con los arrendatarios de asuntos importantes. Parecía alguien inaccesible, incluso peligroso.

Y, sin embargo, era él.

Es bueno.

Me obligué a recordarlo.

Es bueno.

Owen levantó la vista y me encontró observándolo.

Sus ojos se suavizaron de inmediato, como si esa firmeza militar que desprendía no hubiera sido más que una máscara destinada a caer en cuanto me viera.

—¿Es demasiado? —dijo mientras apuntaba su uniforme.

Parpadeé.

—Pensé que podría asustarte al presentarme así.

Negué con la cabeza con más rapidez de la que pretendía.

—No me asusta —repliqué, pero era mentira. Me asustaba todo: la cercanía, el modo en el que me miraba, la sensación de que algo dentro de mí despertaba y se extendía por mi cuerpo como si ya no hubiera vuelta atrás.

Es bueno.

Dio un paso hacia mí. Lo que me rodeaba se redujo a ese pequeño espacio compartido.

—En ese caso me alegro. Sé que es una celebración sencilla y nada oficial, pero si van a venir de los alrededores, me sirve para infundir respeto.

Por un segundo creí que no iba a decir nada más.

—Y tú estás... preciosa.

El calor ascendió de mi pecho hasta mis mejillas.

—Gracias —musité sin saber qué hacer con mis manos.

Sus ojos descendieron un instante hacia mi cabello, hacia el borde del corpiño, hacia mis manos nerviosas, y regresaron a los míos con una chispa que no supe interpretar, o quizá que no quise indagar.

—Me alegro de que hayas aceptado venir.

El corazón me dio un vuelco tan grande que me dolió.

Se colocó a mi lado y me ofreció su brazo con seguridad, una que yo no tenía.

—¿Nos vamos?

Su sonrisa consiguió descolocarme. De repente me había olvidado de todo, de lo que llevaba conmigo, de mi otra vida, porque en ese instante parecía una nueva.

Asentí, coloqué mi mano sobre su antebrazo y me dejé rodear por su calor en cuanto nos rozamos.

Es bueno.

Comenzamos a andar y, como si solo hubiéramos tardado un pestañeo, el sonido de los violines, la luz del granero de Hyde y las voces felices rompieron nuestra intimidad.

Me descubrí llena de un único deseo: ojalá el paseo hubiera sido más largo para seguir disfrutando de aquel cielo limpio, sembrado de estrellas; ojalá ese brazo que sujetaba el mío no me soltara, como lo estaba haciendo para acercarse a saludar.

72. Anne

Dentro del granero destacaban dos tablones de madera sobre varios barriles. Y sobre esas mesas improvisadas, quesos, pan, tartas de un aspecto delicioso que podía oler desde donde estaba. Montones de balas de paja hacían las veces de asientos al borde del granero. La sidra caliente humeaba, desprendía un olor fuerte y seco. No sabía si la probaría, pero de algún modo me vería obligada, pues a mi alrededor comentaban que el mismo Hyde la había elaborado.

—Tome —me dijo Bonnie.

Era la menos agradable de las Taylor; sin embargo, me alegré de ver una cara conocida.

Agarré el panecillo que me ofrecía, embadurnado en una salsa que se me antojaba poco apetecible.

—Sé que el aspecto no es el mejor —añadió Bonnie, que debió entender mi expresión—, pero está deliciosa. La hemos hecho con tomates secos. No es por alardear, pero en la pequeña tienda del puerto la dueña siempre nos la pide para vender. Ella se lleva un porcentaje, por supuesto.

Convencida de que lo que decía era cierto, me llevé el panecillo a la boca. Sin embargo, antes de que pudiera traspasar mis labios, un manotazo hizo que cayera al suelo.

—¡Bonnie! —exclamó Beth, la autora del manotazo—. No seas mala. Esa no es nuestra famosa salsa, Anne —me explicó—. De hecho, prefiero no saber lo que es. —Sonrió incómoda, mientras miraba a su hermana.

La otra reía y se tapaba la boca.

—Esta, sin embargo, es la correcta.

Beth me dio otro panecillo, que entraba mejor por los ojos.

—¿De tomate? —pregunté antes de llevármelo a la boca.

—Sí, no son los restos de fruta podrida de la sidra de Hyde —dijo Bonnie.

Lo probé e intenté comprender por qué Bonnie me haría algo así, hasta que Beth susurró unas palabras en mi oído.

—La vio reírse ayer desde la ventana.

Cogí aire con rapidez y lo retuve.

—Lo siento, lo siento de veras —me disculpé.

—Sé que es una anécdota algo cómica, pero a Bonnie le afectó mucho.

—Entiendo.

Vi a Bonnie, que en ese momento cortaba una de las tartas con precisión en porciones casi exactas.

Le hice un gesto a Beth y me acerqué a la hermana del medio.

Nerviosa, le toqué el codo para llamar su atención.

—Lo de ayer...

—No tiene que disculparse —respondió tajante.

—Yo creo que sí.

Levantó el cuchillo y me miró. Pensé que sería capaz de insertármelo.

—Quite esa cara de espanto. Estoy loca, pero no tanto como para hacer lo que está pensando.

Sonreí incómoda.

—Es solo que estoy enfadada con usted —explicó.

—Lo entiendo, no debería haberme reído.

—Oh, no es por eso.

El cuchillo regresó a la tarta.

—Sé lo que pretende —agregó mientras cortaba con tal delicadeza que no parecía ella.

—¿Lo que pretendo? —pregunté confundida.

—Va a abandonarle, ¿cierto?

—¿Cómo dice?

—Oí a esas dos mujeres que vinieron a visitarla. Antes de irse. Una decía que regresaría a Londres, pero la otra decía que no. Creí a la que decía que se iría. ¿Tomará mañana ese carruaje, el que le ofreció su amiga?

—No sé por qué mi decisión le afectaría a usted como para enfadarse.

—No, a mí no. A él. Y no por usted, no me malinterprete. Vimos llegar al señor Miller antes de que la trajera. Estuvo unos días algo ausente, como si le faltara vida. Soy muy observadora, ¿entiende? Tenía que saber quién era antes de fiarme de él.

La miré con fijeza. No sabía adónde quería llegar.

—Váyase usted y déjele al niño al menos.

—¡Qué!

—¿Ha oído cómo lo llama? Sé muy bien que no es su padre, pero el niño lo trata como si lo fuera, así como el señor Miller lo trata como a su propio hijo. ¿Sabe? Todos nacemos con un padre y una madre, es algo que no podemos escoger, no hay elección. Pero creo que no hay nada más fuerte que el hecho de que se hayan escogido mutuamente. ¿No le parece... increíble? ¿O es que acaso lo daba por hecho? ¿Cómo podría arrebatárselo?

De repente, me sentí como una hormiga en medio de esa fiesta. Las risas, los agricultores, sus esposas, voces, saludos, anécdotas... todo eso se fue alejando y me quedé sola, pequeña, en la oscuridad, con una presión que no sabía de dónde venía. Como si la tierra se moviera bajo mis pequeñas patas y un torrente de agua amenazara con ahogarme.

Entonces una mano tomó la mía. Ni siquiera fui muy consciente de ello.

¿Qué me estaba pasando?

Esa mano me arrastró a la zona donde el heno había sido barrido y el violín sonaba alto, casi pegado a mis oídos.

—¿Te encuentras bien?

Era Owen.

Owen sostenía mis manos, las soltaba y las volvía a sostener. Luego otro rostro desconocido hizo lo mismo, luego una mujer giró conmigo y de nuevo mis manos regresaron a él. La música seguía, mis oídos retumbaban y justo cuando me iba a soltar lo abracé.

Me aferré a él con fuerza y apreté mi mejilla sobre su pecho. El ritmo de su corazón me envolvió y me devolvió poco a poco a la realidad.

—Quédate —susurró—, por favor, no te vayas.

Alcé la vista y lo miré, tenue, borroso, como si una nube se hubiera interpuesto entre nosotros.

—Quédate conmigo.

El aire no me llegaba, el olor a sidra me mareaba y, por el amor de Dios, ¡no podía oír más los chillidos del violín!

Me solté de él y salí. Esquivé a todos: sus risas, sus miradas, sus brindis.

Al fin bajo las estrellas, di una bocanada de aire y me llevé las manos a la garganta. Me ahogaba. Me ahogaba en mi propia indecisión, como si mi pecho empujara algo que yo no dejaba salir por mucho que me lo implorara.

—Anne.

Su voz me sobresaltó.

Ni siquiera lo miré.

Comencé a correr hasta adentrarme en la noche oscura entre trigos que bailaban en el viento y del miedo que me carcomía.

73. Owen

—¡Anne! —Intenté alcanzarla. Era rápida, pero no quería que el aturdimiento la llevara a cometer una locura—. ¡Anne, detente!

Vi al fin cómo el trigo se movía a su paso. Corrí como lo haría si mi vida estuviera en peligro y la alcancé. La tomé de un brazo y no le permití huir de mí de nuevo.

—Me pides que me quede —dijo al borde del llanto—, pero tengo miedo —confesó—. ¿Cómo podría? Sé lo que dices saber, pero lo que tengo aquí dentro —se golpeó la cabeza— ¡me está matando!

Quise tomar las manos con las que se había golpeado, reñirla por castigarse de esa manera, pero así solo complicaría las cosas. Decidí ser comprensivo y darle un respiro.

—Anne, si decides marcharte, seguiré deseando que seas feliz —dije con el dolor que hacía estragos en mi pecho, porque si lo hiciera, si se marchaba, me dejaría tan destrozado que me costaría recuperarme. No solo por ella, sino por ese niño que me había dado tanta vida y tantos quebraderos de cabeza.

—Lo que me han hecho, lo que he hecho... siento que no me merezco nada de lo bueno que pueda sucederme. Nada de lo que me ofrezcas. Si pudiera volver atrás, si supiera que me estabas esperando, y lo que has hecho por Ellis...

Soltó al fin aquello que llevaba dentro y me alegré de que lo hiciera.

—No puedes volver atrás, Anne. Vivir se trata de eso. Es como dibujar sin miga de pan. Vas marcando un trazo que no puedes borrar, pero eso no implica que no puedas seguir dibujando y hacer algo mejor de lo que te esperabas.

Su rostro se arrugó y clavó su mirada en mí. Quizá no tenía que haber usado el concepto de pintura para expresarme.

—Lo que quiero decir...

—Sé que mi decisión no se debe basar en que no te merezco. Lily se encargó de decírmelo, pero es que así es como me siento.

—Anne.

Tiré de ella. Sentía su dolor, su agonía. La abracé con fuerza, conteniendo la emoción que estaba a punto de traicionarme.

—Estos brazos —susurré— te pertenecen. Existen para abrazarte. Para abrazar a Anne y todo lo que venga con ella. Desde que te vi llorar como una cría y te rodeé con ellos la primera vez, supe que ese espacio ya te pertenecía.

—Pero lo que llevo, lo que traigo...

—Todo eso es un saco del que puedes desprenderte. Porque —me separé y acuné su rostro entre mis manos— tú no eres ese saco, ¿comprendes? Anne es mucho más. Anne no es ese lastre, ni ese dolor, ni lo que has hecho ni lo que te hicieron.

Abrió los ojos con atención, como si le acabara de revelar la respuesta a la mayoría de sus preguntas.

—Entonces... ¿quién soy? —preguntó con un temblor en los labios.

—La maravilla que se esconde tras esa carga. La que queda libre de ella. La que tiene el corazón dentro del mío incluso antes de que nos conociéramos.

Ella rompió a llorar y yo tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acompañarla. Creí que había llegado el momento de confesarle lo que sentía.

—No sé, cuándo empezó. —Como pude, controlé mi voz—. Quizá ese sentimiento siempre estuvo ahí, dormido, esperando.

Limpié sus lágrimas con las yemas de mis dedos.

—Recuerdo que un día te vi reír y pensé que, si conseguía que volvieras a hacerlo, todo habría valido la pena. Desde entonces, supongo que he vivido para eso.

Ella suspiró y me dejó ver una vaga sonrisa. Una que pesaba. Desprendía tanta ternura que no tardaría en ceder a mi deseo de abrazarla.

—Me fui enamorando de la idea de ti. De la niña que sonreía, aunque el mundo no tuviera nada que ofrecerle. Supongo que crecí con la creencia de que, si algún día volvía a verte, todo encajaría.

Que lo que crecía en mi pecho tendría sentido, aunque mi cabeza dijera que me había vuelto loco.

Alzó la mirada, vulnerable, pero mucho más abierta que antes.

—No necesito que me quieras —continué—. No tienes que quedarte. Si decides marcharte, lo entenderé.

Tragó saliva, ansiosa, y esperé no presionarla. No quería eso.

—Quería que supieras que, ocurra lo que ocurra, jamás volverás a estar sola en este mundo. Mientras yo exista, siempre habrá alguien que piense en ti.

Sus manos se tensaron a los costados y dejó caer los hombros, rendida, como si le costara contenerse físicamente.

Como a mí.

—No espero nada de ti, Anne. Si tu afecto no me corresponde, viviré con ello. Pero espero que el miedo no sea lo que te aleje de mí. Si te vas, que sea porque no sientes nada por mí.

74. Anne

Mi corazón latía tan fuerte, tan vivo, que movía todo mi cuerpo. Si me amaba de ese modo, si de verdad lo hacía...

Mis piernas se esforzaron en sostenerme y mi boca en hablar.

—No sé cómo hacerlo —susurré con la voz rota—. No sé cómo quedarme sin creer que mi mundo va a derrumbarse.

Di un paso hacia él, temblando, asustada y a la vez emocionada.

—Pero tampoco sé cómo irme, si tú estás aquí.

Mis manos, llenas de dudas, buscaron su torso. Enseguida sentí el calor de su pecho y el latido desbocado bajo mis palmas. Él reposó sus palmas sobre mis hombros y las deslizó hasta tomar mis manos. Con delicadeza las subió a su cuello, lo que hizo que me pegara a él.

Owen bajó su frente a la mía en el mismo instante que se aferraba a mi cintura. Vi su mirada y me estremecí, me quedé sin aliento. Era tan intensa y profunda que no fue difícil sumergirme en ella.

El trigo se mecía a nuestro alrededor, acariciaba nuestras piernas, mientras el viento hacía bailar mi cabello.

Al principio dudé. Mi corazón quería escaparse de mi pecho y lanzarse antes de que yo lo hiciera. Sus manos se deslizaron a mi espalda y con ello me atrajo hacia él.

Dejé escapar un suspiro largo y tembloroso, avergonzada de querer dar el primer paso. Bajé el rostro y lo escondí en su pecho.

—No hagas nada que no quieras hacer —susurró.

Permanecimos así unos segundos, o quizá fueron minutos, hasta que dejé caer mis manos por su cuello hasta llegar a sus hombros, donde me aferré a la tela.

Con timidez alcé el rostro, apoyé mi peso sobre las puntas de mis pies y llegué hasta sus labios.

Fue algo rápido, tan rápido que creí que me lo había imaginado.

Azorada, regresé a mi sitio, pero él tomó mi rostro y lo acercó al suyo con delicadeza. Cerré los ojos y, en ese mismo instante, sus labios, suaves y mullidos, atraparon los míos.

Levanté mis brazos y entrelacé mis dedos en sus cabellos para que no se alejara, para que sus labios no me abandonaran.

Lo que había comenzado con delicadeza se transformó en hambre contenida, en una que ambos sentíamos.

Liberé todo el miedo, todo el deseo reprimido, todo lo que había sentido cada vez que él aparecía cerca y mi corazón se detenía impotente.

El beso se tornó desesperado, reclamando cada segundo que habíamos perdido. Intentó pegarme más a él, como si fuera posible, y yo me dejé llevar por el calor que me regalaba el roce de sus labios.

Con deseo, me abrí a su merced y dejé que la suave humedad de su boca entrara.

Me sentí mareada, extasiada.

Dejé caer mis brazos y, como si necesitara aire, me separé de él con miedo a mi creciente necesidad de él.

—Lo siento —dijo casi sin voz—. Me he pasado.

—No —dije, anestesiada—. Yo... quiero más.

Mi confesión me sorprendió y me alteró a partes iguales. Desperté de mi letargo y me tapé la boca, sorprendida.

—Yo... no debería... —retrocedí un paso, incapaz de sostenerle la mirada—. Lo siento, no sé cómo he podido decir algo así.

De repente, el frío de la noche me golpeó donde antes lo había hecho su calor.

Él no se movió, solo me miraba, como si tuviera miedo de que huyera.

—Anne —dijo con una suavidad que desmoronaba—. No tienes que disculparte.

Negué con la cabeza, avergonzada hasta el alma.

—Sí, debo hacerlo —dije con voz se quebrada—. Después de lo que pasó, no debería desear, no debería desear…

Sus botas crujieron sobre el trigo al acercarse.

—¿Desearme? —preguntó en voz baja.

Durante unos segundos no ocurrió nada.

Después sentí sus dedos bajo mi barbilla y esperó a que lo mirara.

Alcé los ojos, su expresión era de todo, menos arrogante. Más bien, parecía herida.

—Anne, si supieras cuánto lo he deseado yo, no te sentirías así.

Su pulgar rozó mis labios con suavidad, y nos hizo recordar lo que acababa de pasar.

De nuevo me costó respirar.

—No quiero que te avergüences por algo que yo también he querido.

Di un paso atrás, pero sus manos se aferraron a mi cintura antes de que pudiera marcar más distancia.

—Si me dices que me detenga, lo haré. Ahora mismo.

No dije nada.

Porque no podía. Porque no quería.

Porque mi miedo luchaba contra algo mucho más grande que él.

Mis manos me traicionaron y se aferraron a su casaca.

Owen cerró los, como si mi reacción hubiera sido un golpe directo a su corazón.

Cuando volvió a abrirlos me atravesó y lo supe en ese instante.

Ya no habría contención.

Me besó.

Sus labios se movieron sobre los míos con una lentitud que me hizo estremecer, como si quisiera memorizar cada instante por si yo volviera a reaccionar del mismo modo.

Pero no lo haría.

Mis manos subieron solas hasta su cuello y todo dejó de existir.

Por primera vez en mucho tiempo me sentía feliz, libre, amada. No por ese beso, sino por todo lo que había hecho por mí.

Solo quedaba nuestro latido compartido, la necesidad traducida en un baile de labios.

Aturdidos, nos separamos, nuestras respiraciones se mezclaban agitadas, como si tocaran la misma melodía.

Ambos sonreímos. Yo con timidez y él con ternura.

—¿Ves...? —musitó mientras acariciaba mi cabello—. No hay nada de lo que avergonzarse.

Sonreí con el calor en mis mejillas y me permití abrazarlo. Él me tomó por la cintura y me elevó sobre los trigos y juntos, compartiendo sonrisas, giramos en esa rueda que ojalá nunca tuviera fin.

—Todo irá bien.

Asentí.

Y de nuevo me besó.

***

Parecíamos dos críos que volvían a casa. Me dolía el rostro de tanto sonreír. Recoloqué su casaca y él mis cabellos. Notaba mis labios hinchados, al igual que lo estaban los suyos. Nos detuvimos frente a la puerta.

Estaba abierta.

Me dio un beso en la mejilla, luego en el cuello y… se me heló la sangre. Algo andaba mal. Lo sentí incluso antes de cruzar el umbral.

—¿Qué sucede? —preguntó Owen en cuanto vio que no le correspondía.

Me temí lo peor.

Lo sabía. Un atisbo de felicidad y mi mundo se hundía de nuevo.

Era extraño. No existía la calma habitual de la noche, ni el sosiego de un niño dormido, ni la compañía de aquella que se había

quedado a cuidarle.

Owen entró primero, con ese ceño fruncido de preocupación y la cautela de un soldado.

—¿Brenda? —llamó.

Nadie respondió.

Avancé sin poder tragar, mientras que mi cuerpo se volvía de piedra. Owen me dio la mano e intentó infundirme tranquilidad, una que sabía que no hallaría hasta que entendiera lo que me alarmaba.

Sobre la alfombra, una silla vacía volcada.

Me detuve y también lo hizo mi corazón.

Solté la mano de Owen y susurré:

—¿Ellis?

Apenas terminé de decirlo, lo vi: un pequeño zapato junto a la mesa. Solo uno. Ni siquiera parecía perdido, más bien colocado.

Una sombra de angustia se ciñó sobre mí. Sentí cada poro de mi piel y el temblor descontrolado en mis manos. Los párpados me palpitaban y los labios se me secaron.

Montlowe.

—Es él —dije espantada—. Ha estado aquí.

Mi voz murió en mi boca.

Owen, dentro, miraba alrededor con una rapidez nacida del pánico.

—¡Brenda! ¡Ellis! —gritó.

La puerta de la cocina golpeó suavemente contra la pared. El viento entraba por una ventana abierta. En el suelo, en medio de la oscuridad, yacía Brenda, con los ojos de quien había visto a la muerte.

—Lo siento —dijo entre sollozos—. Yo lo dejé entrar. Parecía un caballero, conocía el nombre del niño.

Caí de rodillas y lo vi, sobre la mesa: un objeto envuelto en un papel.

Me arrastré por el suelo hasta llegar a la mesa mientras Owen intentaba averiguar lo que había sucedido con Brenda.

Estiré la mano y di con aquello que amenazaba mi felicidad.

Desenvolví un pincel envuelto en una nota con una caligrafía impecable.

Te dije que él sería el próximo cuadro que pintaría.

—No…

Dejé caer la nota. La casa comenzó a girar muy despacio, como si se abalanzara sobre mí para retorcerme.

Owen se acercó y tomó la nota del suelo. Respiró de forma tan angustiada que quise llorar.

Fue entonces cuando lo escuchamos: a Flour.

Sus ladridos sonaban desesperados.

Owen y yo nos miramos. No hizo falta que dijéramos nada para entendernos. Me ayudó a levantarme y salimos de la casa como si hubiera echado a arder.

—¡Flour! —gritó Owen—. Ven aquí, chico. ¡Flour!

El perro no tardó en aparecer con toda la envergadura de su lomo erizada.

—Flour, ¿dónde está? ¿Dónde está Ellis?

Retorcí mis manos, ansiosa, esperando que el perro hiciera algo.

—Búscalo, Flour, ¡vamos! —espetó Owen.

En cuanto Owen dio un paso al frente, el perro comenzó a correr en dirección a los acantilados.

Owen me miró, como para pedirme permiso para adelantarse, y así lo hizo.

—Por favor —supliqué—, por favor que no les pase nada.

75. Owen

—Maldito Montlowe, ¡cómo le hagas algo a mi hijo, te mataré! ¿Me oyes? ¡Te mataré!

El desgarro de mi garganta se abrió en el aire mientras apenas me quedaba aliento por la carrera. No por el esfuerzo, sino por la angustia de que le sucediera algo a Ellis.

El perro siguió ladrando y vi una silueta, un caballo y alguien que intentaba subir un bulto.

Maldición.

—Flour, sigue, Flour —animé a ese animal que, a pesar de haberme causado tantas molestias, había sido útil después de todo.

Perdí de vista al perro entre los matorrales, antes de llegar al borde del acantilado. Lo escuché ladrar, el relincho de un caballo y la silueta del jamelgo correr para alejarse del lugar.

Me acerqué con la esperanza de que Flour lo hubiera espantado, para que ese malnacido no lo subiera, y fue así. Recuperé el ritmo de la respiración, aliviado, pero no dejé de correr.

—¡Montlowe! —grité—. Detente ahí.

Escuché el grito de Ellis y partió mi corazón en dos.

—¡Papá! ¡Papá!

Mis pies no podían ir más rápido. Tampoco mi corazón.

—¡Ellis! —grité—. ¡Aguanta!

En cuanto me aproximé vi a Flour amenazando a Montlowe. Pero la amenaza no duró mucho. Antes de que llegara a ellos, un disparo, un último ladrido y el llanto de Ellis.

El zumbido en mis oídos llegó.

No, no, no… ahora no.

Me tapé las orejas como si así pudiera acallar el ruido. Estaba enfadado conmigo mismo.

Gritos, lamentos, explosiones. Todas ellas al unísono me martillearon la cabeza. De repente, un olor a pólvora me envolvió, así como un dolor corporal tan real que caí al suelo.

Palpé mi cuello y me quemé. Estaba en llamas, me abrasaba hasta la piel más profunda.

No.

No podía permitir que aquello me paralizara. Apreté la mandíbula, resoplé con dureza y reuní toda la fuerza que pude para moverme, para arrastrarme, aunque fuera un poco.

Calor. Gritos. Niños escondidos. La muerte me saludaba con una sonrisa, me esperaba tras una puerta, jugando a quién se llevaba y a quién no.

—Owen.

La voz de Anne atravesó la oscuridad. Pero al escuchar la voz de su hijo se marchó.

—No, Anne.

Extendí mi mano al aire como si pudiera alcanzarla, pero solo veía su silueta alejarse de mí y acercarse al viejo faro. Lejos de mí. Lejos de donde pudiera ayudarla.

Mis ojos se llenaron de lágrimas sin poder combatir aquello que el disparo había despertado.

De repente, un susurro, una palmada en el hombro.

—No te preocupes —oí—. Lo tenía vigilado.

Y luego otra silueta pasó frente a mí.

¿Pike?

La impotencia iba a matarme. De nuevo, me llevé las manos a los oídos y los golpeé con dureza.

—¡Vamos! —me grité—. ¡Vamos, maldición!

Conseguí ponerme de rodillas.

Vi a Anne bailando bajo la lluvia, la sonrisa de Ellis mientras paseaba por el campo. Me forcé a centrarme en aquello, en dejar atrás lo que me arrastraba al infierno que había vivido.

Cerré los ojos con dureza. Me los apreté. Poco a poco el zumbido fue desapareciendo.

En cuanto pude, me levanté y obligué a mis pies a avanzar, aunque me cayera, aunque el zumbido regresara con fuerza.

76. Anne

Apoyé las manos sobre mis rodillas para coger aire. Miré hacia atrás, donde hacía unos segundos había visto a Owen, y me obligué a seguir adelante. Allí, en el viejo faro abandonado donde no había luz que guiara a nadie, había visto desaparecer a Ellis.

El mar golpeaba las rocas como si quisiera devorarlas. El viento arrastró un olor a sal y algas podridas mientras subía los escalones derruidos con las manos entumecidas y el temor instalado en mi interior.

Encontré una puerta entreabierta de la que salían pequeños sollozos.

Respiré y la empujé.

—Mamá.

La visión me desbordó y por un momento estuve cerca de caer. Montlowe sostenía a Ellis del cuello y le apuntaba con un arma. En sus pantalones encontré la marca húmeda que le había provocado el miedo.

Apreté los puños llena de ira y di un paso hacia él cuando su voz seca y elocuente me detuvo.

—No des un paso más. Eso es. Si te acercas, esta será la última vez que lo veas respirar, ¿entiendes? Sabía que el niño sería la cuerda perfecta que te traería de vuelta. Perdón la tardanza; todo hubiera sido más rápido si lo hubieras dejado antes solo.

Sus palabras me aplastaron como lo haría una manada de caballos. No debía haberlo hecho. ¿Cómo se me había ocurrido que la pobre Brenda podría mantenerlo a salvo? Mi propio egoísmo me cegó; la búsqueda de mi felicidad lo hizo.

Montlowe dio un paso hacia la luz. Estaba más delgado, más pálido, pero sus ojos brillaban con la misma intensidad enfermiza.

—Déjalo ir —dije con toda la firmeza que conseguí reunir.

Montlowe ladeó la cabeza como hacía cuando pintaba. Se me erizó la piel y unas ganas de vomitar acudieron a mí.

—¿Después de lo que he pasado para dar con él?

—Es un niño.

En mis ojos se acumularon lágrimas, pero logré contenerlas.

Chasqueó la lengua.

—Es un instrumento.

Deseé con todas mis fuerzas que Ellis no hubiera comprendido a lo que se refería.

—Necesitaba algo para manejarte, Anne, y ahora mucho más. Algo que te hiciera regresar a mí, algo que te importara más que esa vida de ensueño que crees que mereces. —Dibujó una sonrisa ladeada—. ¿De verdad lo crees? ¿Después de saber lo que yo hacía y callar como una vulgar puta con tal de sobrevivir?

Sus ojos recorrieron mi rostro con esa devoción perturbadora. Esa que tantas veces me había engañado.

—Te he echado de menos, lo reconozco.

Di un paso al frente, con cuidado, aterrada al comprobar cómo sus palabras aún tenían efecto en mí.

—Suéltalo —dije con menos fuerza en la voz de la que pretendía.

No quería escucharlo más. No quería que se metiera en mi cabeza.

—Lo haré —sonrió—, siempre y cuando así lo elijas.

Aferré mis manos al vestido como si ese gesto fuera lo único que me mantuviera en pie.

—¿Él o tú? Algo sencillo, sin complicaciones. ¡Madre mía, Anne! Lo que me das ahora con tu rostro, si fueras consciente. ¡Debería captarlo! Ese miedo, la desesperación, la furia y ese trasfondo de esperanza. Vaya, vaya… te sientes realmente viva. Es lo más hermoso que he visto jamás en tu rostro.

—Por favor.

—No me supliques, no lo estropees. Dime qué harás. ¿Él o tú?

Escuché un crujido sobre mi cabeza. Miré con disimulo hacia el techo desvencijado y lo vi. No sabía muy bien quién era, y menos

en la oscuridad, pero un ligero recuerdo azotó mi memoria.

—Yo iré contigo —dije convencida de que ese alguien intervendría—. Porque siempre has sido mi protector, el único que ha sabido capturar mi belleza, el único que no la desperdicia.

Si algo había aprendido en el tiempo que me tuvo bajo su techo fue su obsesión. Solo que esta vez yo la usaría en su contra.

El agarre sobre Ellis flaqueó. Miré hacia arriba, impaciente.

Me pilló.

Contuve el aire cuando empujó a Ellis e intentó abalanzarse sobre mí.

Cerré los ojos esperando lo peor.

—Demasiado tarde.

En vez de sus brazos sobre mí, escuché una voz cercana. Abrí los ojos y vi a ese hombre, a Pike. Se había interpuesto entre nosotros, con un cuchillo en la mano.

¿Cómo había llegado? ¿Cómo lo sabía?

—Deja el arma, Montlowe.

Reculé lo suficiente y pasé a su lado para acudir a Ellis, que yacía en el suelo hecho un ovillo, con los oídos tapados.

—Siempre tienen que llegar los impertinentes como tú. Qué poco original, Pike.

—Te me habías escapado, solo que por poco tiempo —contestó Pike mientras movía el cuchillo de un lado a otro.

Pike avanzó un paso con lentitud, fríamente calculado, con la amenaza de su cuchillo obligando a Montlowe a retroceder a la zona más oscura de la estancia, donde el muro parecía querer caerse a trozos y el suelo quebrarse bajo los pies.

—No hagas una estupidez —dijo Montlowe—. Ambos sabemos lo que sucederá con tu puesto si lo haces.

—¿Sí? Entonces me alegro de querer dejarlo. ¿Para qué trabajar por la justicia si esta se compra con dinero y sangre?

Pike se abalanzó contra Montlowe. Me abracé a Ellis, que no reaccionaba. No podía moverlo, no podía sacarlo de allí.

Apenas sus cuerpos se tocaron, el sonido de un fuerte golpe sobre la cabeza de Pike hizo que se tambaleara; el cuchillo cayó al

suelo con un tintineo metálico que absorbió toda mi esperanza. Pike me miró hasta que sus ojos perdieron el enfoque y se desplomó.

Montlowe observó la culata de su arma como si estuviera sorprendido de su utilidad.

—No me mires así, Anne. Si hubiera disparado sin acierto habría perdido mi protección. Aunque tú no debes saber lo que tarda en cargarse ese ruidoso arma.

Me apreté más contra Ellis al ver las intenciones de Montlowe.

Y justo cuando quiso rematarlo, una figura irrumpió desde la puerta como si hubiera sido escupida por la noche.

Owen.

Se lanzó sin dudarlo y empujó a Montlowe con todo su peso. Ambos chocaron contra la pared con un estruendo que hizo caer polvo y astillas del techo.

Sucedió muy rápido.

Forcejearon como si fueran animales, rugían, se resbalaba sobre la madera podrida y húmeda. No distinguía dónde comenzaba uno y acababa el otro en esa lucha por dominar el arma.

—Suéltala y acabemos con esto cuerpo a cuerpo —espetó Owen.

El arma se movía entre ellos, apuntando a cualquier parte: a mí y a Ellis, al techo, a sus pies.

Entonces sonó el disparo.

El estallido me atravesó el pecho y por un instante mi mundo se detuvo.

Ellis, entre el llanto, levantó la cabeza y me miró con los labios sin dejar de temblar. Lo solté y me arrastré hasta los cuerpos que habían quedado inmóviles por un segundo que se hizo eterno.

—¡Owen! —el grito salió desde lo más profundo de mi ser.

Se movió.

Se incorporó con dificultad. Llevó sus manos a los oídos, con la mirada desorbitada y la respiración agitada. Me miró y extendió su mano. Su camisa estaba salpicada de sangre, demasiada como para no saber lo que había sucedido.

Owen cayó de rodillas y se apoyó sobre sus manos, parecía tener una lucha interna.

Montlowe, tras él, se movió.

—Mamá…

Ellis estiró la mano. Su cuerpo temblaba para alcanzarme, para que no me alejara más de él.

Montlowe rodó sobre su costado. Se levantó con dificultad, oscilando de un lado a otro. Con una mano se presionaba el abdomen mientras la sangre se filtraba entre sus dedos.

Y sus ojos… Dios, sus ojos seguían con el brillo de esa locura espantosa.

Miró a Owen, que no reaccionaba, y luego a mí.

Sonrió.

—Qué conmovedor.

Salió sangre de su boca. Se agachó y tomó el cuchillo.

—¡Papá! —gritó Ellis, que se desprendió de mi agarre para agacharse junto a él—. ¡Papá!

Los gritos de Ellis consiguieron que Owen reaccionara. Se incorporó, hincó un pie en el suelo y se levantó con esfuerzo. Lo primero que hizo fue colocarse frente a Ellis para protegerlo.

—¿De verdad crees que ella te mirará igual después de esto? —Sus ojos se clavaron en mí, llenos de veneno—. No puedes borrar lo que es… ni lo que fue conmigo. Siempre habrá una parte suya que me pertenezca. Una parte sucia, agradecida, enamorada.

Sentí náuseas.

Owen no respondió. Ni siquiera quiso discutir.

Sin un atisbo de duda, se acercó a él y lo golpeó. La patada impactó con una fuerza sobrehumana sobre su pecho. Montlowe perdió el equilibrio hacia atrás y sus brazos se agitaron en un intento inútil de aferrarse a algo.

Durante una fracción de segundo, sus ojos se encontraron con los míos.

Y luego desapareció.

Primero silencio. Luego un eco lejano de un cuerpo golpeando contra las rocas y los rugidos furiosos del mar.

Mis dientes chocaron entre sí, en un traqueteo incesante de angustia.

—Owen —susurré.

Seguía allí, de pie, sin moverse.

Ellis corrió hacia él. Se ató a su cintura y lloró contra su piel.

Me acerqué y me abracé a ellos con todas mis fuerzas. Temblamos, lloramos, mientras el viento entraba y nos sacudía como si quisiera limpiar lo que había ocurrido.

La pesadilla había terminado.

De repente una voz.

—Váyanse. Saquen al niño de aquí.

Los tres giramos y vimos a Pike limpiándose la sangre de la frente.

—No hay nada aquí que deban recordar.

La forma en que lo dijo, hizo que Owen apretara la mandíbula y obedeciera.

—Vámonos —dijo en un tono ausente—. Vámonos a casa.

77. Owen

La casa permanecía en silencio después de que les explicara todo a las Taylor, quienes habían ido a buscar a su hermana. Al contrario de lo que creía, habían sido prudentes y no habían hecho preguntas más allá de si el niño se encontraba bien.

El olor a pólvora aún me aturdía y el dolor de mis heridas se hacía cada vez más presente. Me había cortado con el forcejeo y el cuchillo en mi mano; los golpes de Montlowe podía sentirlos como si me los siguiera dando.

Ellis al fin dormía en la habitación después de que su llanto hubiera cedido. Lo que había visto en su mirada, llena de terror, esperaba que desapareciera pronto. Si no fuera por él, no estaríamos ahí; si no fuera por él, no hubiera reaccionado.

Apreté los puños mientras, apoyado en el umbral de la puerta, veía a Anne junto a su cama, arrodillada y con una mano apretada a la de su hijo. Quería asegurarse de que Ellis descansara, de que su respiración se volviera tranquila y profunda.

Les di su tiempo, incapaz de relajarme, de sentarme, aunque mis piernas me lo suplicaran. Aún estaba alerta, como si ese desgraciado pudiera levantarse de entre los muertos y seguir atormentándonos.

Gracias al cielo Pike lo había estado vigilando. Como yo, sospechaba que su aislamiento era de todo menos un encierro custodiado. Era un *runner* inteligente, y nos había salvado porque yo me había convertido en un maldito inútil.

Bajé la cabeza al recordarlo y maldije a mis adentros por no haber llegado antes. Antes de que Ellis tuviera que ver aquello, antes de que Anne hubiera escuchado sus últimas palabras, unas que sabía que la afectarían hasta un punto que me aterraba.

Cuando Anne regresó al salón me encontraba junto a la ventana, con la camisa rasgada y llena de sangre. El líquido rojizo había traspasado la tela en algunas zonas, pero nada lo suficientemente alarmante como para preocuparme. En la guerra había salido peor parado sin un médico al alcance que me sanara.

Anne, sin decir nada, tomó mi mano y me llevó al sillón donde había dormido los primeros días. Me obligó a sentarme, con una mirada que no aceptaría un no por respuesta.

Trajo un recipiente con agua e hizo girones un trapo limpio, y se arrodilló frente a mí.

—No es necesario —murmuré.

No contestó.

Con cuidado me quitó la camisa por encima de la cabeza y me recorrió con la mirada. Sus cejas apenas se movieron y sus labios se apretaron.

Sus dedos, firmes y a la vez con una suavidad que me calmaba, examinaban mis heridas con atención.

La observé en silencio, mientras trataba de leer sus pensamientos. Pero su rostro inclinado, ese mechón de cabello que resbalaba por su mejilla cada vez que se movía, me dejaron sin aliento.

De repente la casa olía a jabón, a algodón mojado. A hogar.

Anne limpió mis heridas con paciencia, con dedicación. Solo alzó la vista cuando apreté los dientes para ahogar un resoplido por el escozor.

—Lo siento.

—No lo sientas —respondí.

Sostuvimos las miradas un instante de más, pero ella la apartó enseguida.

Demonios.

Se había cerrado de nuevo. Había algo que callaba.

Fue a levantarse, pero antes de que lo consiguiera, atrapé su mano entre las mías.

—Todo ha terminado —susurré—. ¿Lo sabes, verdad?

Cada vez estaba más nervioso.

Entrelacé mis dedos con los suyos y la obligué a mirarme al alzar su barbilla.

—¿Lo sabes? —insistí.

Asintió, pero no parecía aliviada. Todo lo contrario. Dejó caer una lágrima solitaria que fue a parar en mi mano.

Afuera el viento movía los arbustos, pero ahí dentro no se agitaban ni las llamas de las velas que nos iluminaban.

Intranquilo, me levanté y tiré de ella. Con suavidad la rodeé con los brazos y la atraje hacia mí, como si pudiera conseguir que atravesara mi piel desnuda.

Ella se inclinó sobre mi pecho con un suspiro demasiado largo, como si lo hubiera contenido por un tiempo. Su mano se apoyó en mi pecho y cerró los ojos.

Parecía que escuchaba mi corazón.

Durante un tiempo ninguno de los dos hablamos.

Apoyé mi mejilla sobre sus cabellos y noté que era yo quien la abrazaba, era yo quien la retenía conmigo. Sus brazos a los lados se mostraban impasibles a mi contacto. No buscaba calor, no buscaba contacto, no se acoplaba a mí.

De repente, antes de que el corazón me explotara, sus dedos se movieron despacio por mi piel hasta llegar a mi mejilla. La atrapó con la palma de su mano y por un instante me apoyé en ella.

Fue cuando lo vi.

Me miraba, sí, pero lo hacía como alguien que lo haría por última vez.

Preocupado arrugué el ceño hasta que noté la presión en mis cejas.

—Anne.

Ella parpadeó con rapidez.

—¿Sí?

No sabía si debía decirlo, pero la duda me mataba.

—¿Por qué tengo la impresión… —mi voz se tornó grave— de que te estás despidiendo de mí?

Anne se quedó inmóvil. Por un momento creí que no me respondería.

Al final negó con la cabeza.

—No me estoy despidiendo.

A mí no me sonó convincente. Sus ojos brillaban, pero no era por las lágrimas. Había algo más. Algo devastador.

—Solo quiero grabar esta sensación.

—¿Qué sensación?

Cada vez estaba más confundido.

—La de estar a salvo.

Ella cerró los ojos y entonces sí, se aferró a mí hundiendo su cabeza en mi cuello hasta que nuestras respiraciones se volvieron una.

78. Anne

La luz del amanecer se filtraba por las ventanas, entre las cortinas de ese lugar que había sido mi refugio, mi esperanza de que podría empezar de nuevo. Desde cero. Había sido una estúpida por creer que todo funcionaría, que por fin mi vida tendría una salida.

No había conseguido dormir. Cada vez que cerraba los párpados veía el disparo, la caída, la locura en los ojos de Montlowe que me perseguiría hasta el fin de mis días, y luego a él, Owen, arrodillado, lleno de sangre, con esa mezcla de alivio y dolor en su mirada que me atravesó el alma. Jamás lo había visto tan asustado.

Lo que más me torturaba era el recuerdo de sus palabras, diciéndome que no esperaba nada de mí, salvo que no me marchara por miedo.

Y eso era lo que estaba a punto de hacer.

No pude evitar un sollozo interno con la sensación de que me sofocaría si no lo soltaba.

Owen dormía en su lecho, desde donde yo lo observaba se veía agotado, con la respiración pesada y los músculos al fin relajados. Anhelaba acercarme, pero si lo hacía no sería capaz de irme.

Grabé su imagen en mi memoria y regresé a la habitación donde había dormido con Ellis, que, tras una noche de llanto, dormía abrazado a la manta.

Me acerqué a la cama y me arrodillé a su lado.

—Ellis —susurré—, Ellis, despierta.

Sus ojos se abrieron despacio, con esfuerzo bajo esas lágrimas secas. En cuanto me vio, se aferró a mi cuello como si hubiera leído mis intenciones.

—¿Mamá? —preguntó con la voz rota—. Nos vamos, ¿verdad?

Apreté los dientes para aguantar el llanto. Sé que le dolería, a todos nos dolería, pero no podía quedarme. Si lo hacía solo seguiría trayendo destrucción.

—Lo siento —murmuré cerca de su nuca—. Tenemos que irnos.

—Pero Owen… papá…

Hasta el suelo parecía enfadado. Ni siquiera quería sostenerme.

—Lo sé, Ellis. —Cerré los ojos con fuerza—. Lo sé, pero no puedo quedarme aquí después de lo que ha pasado.

Después de lo que me ha dicho ese monstruo.

Después de lo que he recordado.

Después de oír de su propia boca lo que fui y lo que dejé que hiciera.

Después de comprender que, por mucho que yo quiera correr, mi sombra también corre conmigo.

Mis pensamientos me golpearon sin piedad, me empujaban a la huida.

Owen dice que no soy ese saco, pero yo necesitaba tiempo para comprenderlo, para desprenderme de él.

Me levanté decidida y lo vestí con manos torpes por la ansiedad y la culpa. Ellis no discutió. Lloraba en silencio, con esos ojos enormes, como si pudiera convencerme de quedarnos solo con su expresión.

Cuando me incliné a atar sus zapatos, mis lágrimas cayeron sobre ellos. Esa vez no pude ocultarlas.

Preparé una pequeña bolsa con lo justo. No quería hacer ruido y mucho menos verlo despertar. Enfrentarme a su mirada buscándome, a su voz pidiéndome que me quedara… no estaba preparada, no lo soportaría.

No quería darle la oportunidad de convencerme, porque si lo hacía implicaría tener que mirarlo y sentirme indigna, creer que podría amar sin destruir y tener que perdonarme por algo que no sabía si merecía perdón.

La realidad, la cruda y cruel realidad, era que no sabía vivir sin la amenaza de que todo lo bueno me fuera arrebatado.

Tomé la carta que había escrito a oscuras, con trazos temblorosos y la tinta corrida por las lágrimas. La dejé sobre la mesa donde él la vería nada más levantarse.

—Perdóname —entregué mi voz al vacío que se quedaría.

Me acerqué a la puerta y un murmullo me detuvo.

—Mamá…

Ellis se había aferrado a mi falda.

Lo abracé tan fuerte que podría haberlo roto.

—Te quiero, Ellis. Eso no cambia. Nada de lo que haga ni de lo que me haya pasado cambiará eso nunca, aunque ahora, quizá lo dudes. Pero ahora tenemos que irnos.

Salimos mucho antes de que el carruaje llegara a los terrenos para que él no escuchara los caballos acercarse, ni el traqueteo de las ruedas.

Miré una sola vez hacia atrás.

La casa estaba quieta y él seguía dentro, dormido.

Me obligué a caminar antes de que mi alma gritara lo que ya sabía:

Que lo amaba.

Lo amaba tanto que, con cada paso que daba para alejarme de él, sentía que mi corazón moría un poco más.

Que su nombre viviría en mí como algo inevitable.

Y que, aun así… me marchaba.

79. Owen

Abrí los ojos con una extraña sensación.

Silencio.

Me incorporé y me maldije por haberme quedado dormido después de haber luchado toda la noche para no hacerlo. La conversación con Anne me había dejado alerta, aterrado.

Me quité la sábana enredada en mis pies con rapidez y me levanté de un salto. El dolor de mis heridas se hizo presente.

Salí aprisa de la habitación y me quedé petrificado en el umbral. La puerta de Anne estaba abierta, pero no había ruido, ni una maldita respiración.

Un presentimiento me oprimió el pecho cuando la vi: una carta doblada con torpeza, húmeda en las esquinas, con la tinta desordenada.

La tomé aguantando la respiración y la leí.

Cuando mi vida comenzó a brillar a tu lado, junto a mis padres, llegó esa fiebre que nos lo arrebató todo. Cuando volví a ver un rayo de sol, pensando que sobreviviríamos por nuestra cuenta, juntos, acabamos en ese infierno de workhouse. Cuando comprendí que mi vida no era tan mala en Epping, sucedió aquello que me cambiaría para siempre. Cuando creí que, a pesar de todo, ese niño me llenaría de alegría, me lo arrebataron. Cuando alguien me ofreció una salida, era una salida a la oscuridad. Y ahora, cuando creía que por fin podía vivir, de nuevo he recordado que no se me permite.

He comprendido que mi vida es así, Owen, y no quiero arrastrarte a ella.

No te pido que lo entiendas, solo que lo respetes.

Gracias por hacerme creer, aunque fuera un momento, que mi vida podría ser maravillosa.

Siempre te llevaremos en nuestro corazón.

Cada frase se llevó un hilo arrancado de mi corazón.

No podía ser.

No ahora.

—Anne… —susurré con una mezcla de rabia y miedo.

Me vi a mí mismo, de pequeño: perseguía un carruaje, gritaba que la encontraría. Y de pronto algo dentro de mí despertó, esa parte que había estado dormida desde niño.

Lo supe con absoluta claridad: No volvería a perderla.

No esta vez.

Golpeé la puerta al salir. Corrí hacia la caballeriza. Mi caballo relinchó como si también supiera que estábamos a punto de recuperar aquello por lo que tanto habíamos luchado.

No había tiempo para colocar la silla, ni siquiera me había calzado al salir. No existía ni un minuto que perder.

Si no daba con ella…

Galopé a gran velocidad contra el viento que golpeaba mi cara, aferrado a la crin del caballo para no caerme, como había aprendido de un soldado en la India.

El sendero se transformó en una serpiente gris entre la niebla baja de la madrugada y entonces, la vi: la silueta del carruaje que se alejaba de mí cuesta arriba.

—No… vamos, un poco más —presioné al caballo—. No dejemos que se vaya.

80. Anne

Oí un galope, el grito de un hombre a su caballo, a nosotros.

—Mamá —murmuró Ellis—, es papá.

Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

Mi corazón dio tal vuelco que me costó coger aire de nuevo.

Entonces, el carruaje se detuvo.

Miré por la ventana y lo vi. Owen, imponente, bajando de su caballo, con los ojos clavados en mí, ardientes, vivos y llenos de una emoción más furiosa que calmada. Nunca me había mirado de ese modo.

—Lleve al niño de vuelta a casa. —Oí que le decía al cochero.

Abrió la puerta del carruaje. Me miró y supe que no tendría escapatoria.

—Owen —logré decir.

—Sube. —Me ofreció la mano; su voz era firme, pero sonaba desesperada—. No voy a discutirlo aquí. Sube.

—No, no puedo.

—Anne. —Su mandíbula se tensó—. No voy a ser testigo de tu marcha otra vez. No voy a perderte. No después de todo lo que hemos pasado. Ni hoy ni nunca.

Owen me atrapó suavemente la muñeca y me obligó a mirarlo.

—Ven conmigo.

—Mamá, por favor —dijo Ellis con lágrimas en los ojos.

De repente, me encontraba encima del caballo, con él, casi sin que me diera tiempo a pensar. Sus brazos me rodearon y sentí cómo exhalaba tembloroso, como si el simple roce fuera el alivio más grande.

Cabalgar junto a él era como ser arrastrada por una tormenta.

Me llevó hasta los acantilados donde el mar tronaba. Me bajó del caballo y descendimos hasta ese punto donde me había roto la primera vez. Tiraba de mí, sin mirar, sin hablar. Solo caminaba, con pisadas fuertes, hasta el arco que se alzaba como una puerta hechizada que no había logrado cruzar.

Al fin se detuvo y me dirigió la palabra.

—¿Recuerdas? —dijo con dureza—. Dijiste que querías cruzarlo. Ese día no pudo ser, pero ahora la marea está baja y lo haremos juntos.

Tragué saliva, notaba el latido de mi corazón en mi garganta.

—Me dijiste que era solo un cuento —musité. El viento movía mi cabello y tapaba mi rostro.

—Un cuento en el que ambos debemos creer en este mismo instante. Solo tenemos que cruzarlo: un paso, y lo que duele, lo que nos pesa, lo que nos hace creer que no somos suficientes, se quedará al otro lado.

Me tendió la mano mientras el agua ya cubría nuestros tobillos.

Dudé.

—Tengo miedo.

—Yo también. —Sonrió, con los ojos nublados como un hombre que se aferra a su última esperanza—. Pero yo te sostengo y tú me das fuerza. No voy a soltarte.

Lo tomé de la mano.

El agua tocó nuestras rodillas y caminamos bajo ese arco de piedra salada. En cuanto lo cruzamos me abrazó sin demora, con el rostro enterrado en mi cuello, como si quisiera abarcar cada centímetro de mi piel.

—Ya está —susurró—. Ya no tienes nada de lo que huir. No hay nada que te aleje de mí.

Sonreí y lloré a la vez. Lo abracé con todas mis fuerzas, sintiéndome bendecida por su amor.

Apoyó su frente contra la mía y acarició mi rostro con veneración.

—Gracias —susurré—, gracias por haberme sacado de ese carruaje. Aunque creo… que al final yo misma lo hubiera hecho.

Lo besé. No como la noche en el trigo, llena de dudas, sino segura. Enamorada.

Notaba cómo se deshacía en mis labios, cómo su boca temblaba y se aferraba a mí como si fuera a desaparecer.

Se separó como si tuviera que comprobar que mi presencia era real, y me volvió a besar con delicadeza, con devoción, con amor. Uno que llegaba a mi pecho y lo llenaba de calor y de una nueva seguridad que esperaba no perder jamás. Estaba aterrada, sí. Pero era mucho mayor el terror de no volverlo a ver, de alejarme de él.

Me dio la mano y nos alejamos de ese lugar.

Entonces me soltó. Su seriedad repentina me asustó.

—Lo siento, pero tengo que ir a abrazar a mi hijo. No lo aguanto más. No me tranquilizaré hasta que lo haga.

Sonreí y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Corre.

Me dio un rápido beso y ascendió a prisa, con una sonrisa que ocupaba todo su rostro. Subía los escalones maltrechos de dos en dos hasta que desapareció.

Miré hacia atrás, a ese arco, y en ese momento tomé la decisión de que mi saco se quedaría ahí. Sería arrastrado por el mar, alejado de mí, para siempre.

Ya no huiría, permanecería a su lado y lucharía contra aquello que se interpusiera en mi felicidad, porque él me había enseñado que era posible dibujar algo mejor, por muchos tachones que hubiera dejado atrás.

81. Owen

Vi a Ellis en la puerta. El cochero esperaba a su lado y un bulto a los pies, seguramente el que habían preparado esa misma mañana para irse.

Recuperé el aire de la carrera y, antes de que él me viera, guardé al caballo, que había dejado atado arriba de los acantilados.

En cuanto me acerqué, Ellis no tardó en percatarse de mi presencia. Se limpió las mejillas y corrió hacia mí.

—¡Papá!

Nunca había visto estas pequeñas piernas dar semejantes zancadas.

Aceleré mi paso, plagado de orgullo, hasta que, al estar lo suficientemente cerca, se abalanzó sobre mí. Entrelazó sus brazos alrededor de mi cuello y sus piernas rodearon mi cintura.

Lo abracé y planté un beso en su sien.

Nunca imaginé lo que podía llegar a querer a ese niño; sin embargo, lo adoraba.

—¿Estabas llorando? —pregunté al dejarlo en el suelo.

Él asintió.

—Tu madre y yo…

—No es por eso —me interrumpió—. Sabía que vendrías a por nosotros, o que ella, al darse cuenta, daría media vuelta, por eso no me resistí a su arrebato.

Lo dijo con una claridad tan pasmosa que consiguió arrancarme una sonrisa. Era increíble cómo los niños, a veces, entendían las cosas mucho antes de lo que lo haría un adulto.

—Entonces, ¿por qué llorabas?

—Es que me acabo de acordar de Flour, porque ya hubiera venido a verme. El señor Hyde debe estar muy triste.

—Más bien está orgulloso.

—¿Orgulloso?

—Por supuesto. Gracias a su perro pudimos encontrarte.

El niño soltó una lágrima.

—¿Estás seguro de que estás así por el señor Hyde?

—En realidad, soy yo. Sé que voy a echarlo de menos.

Tiré de él y lo abracé.

—Todos lo echaremos de menos.

—¿Tú también? ¿A pesar de que manchaba el salón y tus camisas?

—A pesar de todo eso. Y, en especial, porque te hacía sonreír.

—¿Vais a moveros o vais a quedaros así el resto del día?

La voz de Anne nos interrumpió. Parecía distinta, limpia y melodiosa.

¿Había funcionado cruzar aquella puerta de piedra?

Le di vueltas a la cabeza, pero cada vez que tiraba de un pensamiento me llevaba al siguiente, aún más disparatado que el anterior.

Ellis se desprendió de mi abrazo y corrió hacia su madre. Ella lo recibió con los brazos abiertos y me miró de tal manera que me hizo sentir desnudo.

Me aclaré la garganta, nervioso. Me agaché a coger el hatillo y me metí en la casa.

¿Por qué me ha mirado así?

Me rasqué la nuca y sonreí como un idiota.

El resto del día, como si ella no hubiera estado a punto de dejarme, como si aquello no hubiera existido o se hubiera quedado en el mar, nos acercamos a la casa de las Taylor para ver si Brenda se había recuperado del susto.

Al final nos vimos en el compromiso de contarles todo, y hasta Bonnie soltó unas lágrimas.

Luego nos encontramos con el señor Hyde. Al principio, aunque le había dicho a Ellis que Hyde estaría más orgulloso que triste, tuve la ligera duda de si nos atendería o se negaría a dirigirnos la palabra.

—Señor Hyde —lo llamé mientras paseaba por los trigales—. Señor Hyde.

—¡Señor Miller! —Se acercó más rápido de lo que creía que un hombre de su edad podía avanzar—. ¿Cómo está el niño? ¿Cómo están usted y Anne? Si nos hubiéramos enterado… éramos unos cuantos en la fiesta para ayudar.

Me sorprendió su reacción. Normalmente era un señor seco en palabras e inexpresivo, pero su preocupación era genuina.

—Estamos bien —respondí.

Ellis se asomó por mi espalda y lo observó.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Ahora te da vergüenza?

—Es por Flour —expliqué—. Se siente apenado.

—Con que por Flour, ¿eh? —Hyde se agachó a su lado—. No te preocupes —dijo—. Para mí era como una de las ovejas de los Davies. Además, desde que llegaste siempre se escapaba para estar contigo. Creo que ese perro nunca me quiso.

El señor Hyde intentó esconder su tristeza con unas palabras de consuelo al niño.

—En fin. —Se frotó la cara—. Quizá mañana puedas acompañarme. Por gracia divina, una de las hermanas de Flour tuvo cachorros hace poco. Los Davies conocen a la familia. Quizá deberías acompañarme a escoger uno.

—¿De verdad? —Ellis no pudo disimular su emoción. Salió de su escondite y le dio la mano al señor Hyde para empezar a bombardearlo con preguntas—. ¿Cuántos cachorros tiene? ¿Son machos o hembras? ¿Usted cuál prefiere? ¿Quizá debería ser hembra, para que no se parezca a Flour? Sería un poco triste, ¿no cree?

Anne y yo sonreímos al ver el gesto aturullado de Hyde.

Al llegar la noche decidí hacer un pastel de pescado para cenar, con un bacalao que los Davies nos habían regalado, según ellos, para recuperar fuerzas.

Aquello cada vez se parecía más a un hogar, y pensar que ella, en cualquier instante, podría hacerlo desaparecer, me llenó de angustia.

Quería decírselo, preguntarle si jamás lo volvería a hacer, pero ahí, frente a Ellis, no era el momento.

Yo removía la cazuela, Ellis aplastaba las patatas y Anne ponía la mesa mientras comprobaba si el puré de Ellis estaba muy líquido o demasiado espeso.

En un instante la emoción recorrió mis venas. Todo era cálido, humilde y… precioso.

—Papá —susurró Ellis—. ¿Vas a llorar?

—Sigue aplastando esas patatas —respondí con rapidez.

De repente Anne me abrazó por atrás y apoyó la barbilla en mi espalda. Sus manos se entrelazaron en mi estómago y sentí su respiración junto a la mía.

Casi me ahogo.

¿Era un sueño? ¿De verdad estaba sucediendo?

Había imaginado esa escena tantas veces que, por un segundo, creí que no era real, que aún seguía tirado, impotente tras el disparo de Montlowe, y que todo no era más que una ensoñación para escapar de ese bloqueo.

—¿Estoy aquí? —pregunté, preocupado—. ¿Esto es real?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Anne.

Me giré con los ojos espantados y agarré su rostro, con angustia.

Ellis y Anne se rieron.

—Está bien, burlaros.

Fruncí el ceño, pero Anne decidió alisármelo con su pulgar.

Me dio un rápido beso en la mejilla y susurró:

—Se te va a quemar el pescado.

Me giré con rapidez y seguí a lo mío.

Después de cenar y de una charla animada sobre nuestros planes, lo que haríamos al día siguiente, Ellis cayó rendido ante el sueño. Con un leve jadeo, aferrado a su manta, dormía con la misma sonrisa que había mantenido durante la cena.

Cuando Anne salió de la habitación, yo reposaba inquieto sobre el viejo sillón.

Ajusté mi postura a una más firme en cuanto la vi.

Anne se acercó, como si le pesaran los pies. Despacio, con una sonrisa tímida que no podía ocultar.

Tragué saliva sin saber dónde colocar las manos.

Si no supiera que necesitaba tiempo para sanar, la hubiera atraído hacia mí, colocado sobre mi regazo y devorado a besos. Pero tenía que contenerme.

¡Bendita disciplina militar!

Era un ángel. Al fin parecía haber recuperado ese rostro relajado, aunque una sombra aún lo cubría por momentos, como si tuviera que luchar contra ello.

Solo que esta vez era diferente. Ella había decidido abrazar la luz y, al menos, intentar mirar hacia el futuro en vez de vivir enfrascada en su pasado.

Ante su cercanía, me apoyé en el reposabrazos y agarré los bordes hasta dejarme los nudillos blancos.

Para mi sorpresa, ella se acomodó sobre mis piernas y se apoyó contra mi pecho.

Tomó una de mis manos y la besó.

—Anne…

No pude aguantarlo más.

Levanté su barbilla e hice que sus labios fueran míos. Mis dedos se hundieron en su pelo y la apreté contra mí.

Mi boca descendió por su barbilla, dejando un pequeño mordisco. Bajé hasta su cuello y disfruté de él y del aroma dulce que desprendía, seguí descendiendo hasta que…

—Owen.

Anne sostuvo mi rostro y me obligó a mirarla.

Apenas podía respirar y el rubor había subido a sus mejillas de tal modo que su cara podría incendiarse de un momento a otro.

Me maldije.

Me había sobrepasado.

—Owen, yo… todavía…

—Shhh. —Pasé un pulgar por sus labios aún húmedos por mis besos—. No sabes cuánto te deseo. Pero también cuánto necesitas sanar. —La abracé con ternura—. Puedo esperar. Tenerte aquí, entre mis brazos, es suficiente.

La sostuve contra mí y la acuné como si fuera lo más preciado que hubiera tenido nunca.

—Solo… prométeme algo —susurré—. Que no volverás a huir de mí. No podré dormir si no me lo dices.

Me abrazó con fuerza. Mi corazón latía contra su mejilla.

—No lo haré. No volveré a huir.

Sonreí, aguantando a que las nubes de mis ojos no rompieran a llover.

Acaricié su rostro y besé su cabello.

Y esas palabras se convirtieron en el final y en el principio de nuestra vida juntos.

Epílogo.

Un año después

El cielo sobre Eton tenía un color azul cristalino, como si hubiera decidido ser amable ese día, como si supiera que era importante para ellos.

Ellis caminaba entre Anne y Owen, más erguido de lo habitual, con un nuevo uniforme que parecía haber sido elaborado solo para él. Anne recolocó por enésima vez la chaqueta negra del niño, así como el *stock*[8] blanco.

—No me aprieta, mamá —mintió por segunda vez, mientras intentaba acomodarse el cuello.

Owen soltó una suave carcajada y le revolvió el cabello. Anne le lanzó una mirada afilada y lo volvió a peinar.

—Dinos la verdad, ¿estás nervioso? —preguntó Owen.

—Un poco —sonrió—, pero estoy feliz. Aunque creo que mamá lo está más.

Esas palabras fueron un estallido en el pecho de su padre, que al final terminó por agacharse para ajustarle el chaleco.

—¿Recuerdas lo que dijo lord Hallaway? —le preguntó.

—Que si estudio mucho, podré convertirme en lo que quiera.

Sus ojos brillaron con emoción y, entonces, con voz firme, añadió:

—Quiero ser abogado, como el tío Logan.

Owen soltó un silbido orgulloso.

—Eso será interesante —dijo—. Logan nunca dejará de hablar de ello a partir de ahora. Es mejor que no se lo digamos.

Anne no dejaba de sonreír. No podría contener su emoción durante más tiempo, pero estaba haciendo el esfuerzo para que su hijo no la viera llorar.

Se llevó la mano al pecho. Verlo en ese lugar, con un camino limpio y seguro por delante, con un futuro prometedor, era más de lo que había imaginado para él.

Lord Hallaway había movido hilos que ni Anne ni Owen conocían. Decía que el talento debía cultivarse y que Ellis merecía una oportunidad que el mundo jamás le habría dado por sí mismo.

Así que lo había apadrinado.

La palabra de un lord, más una buena suma de dinero, fueron suficientes para que lo admitieran, a pesar de que por su sangre no corriera la nobleza. Al menos no de la clase que requería un título. Porque si alguien tenía el corazón noble, ese era Ellis.

Cuando llegó la hora de despedirse, Ellis los abrazó. Owen se agachó, acunó su rostro y apoyó su frente contra la suya.

—Haz de este lugar tu hogar temporal, ¿de acuerdo? No te acostumbres demasiado. —El niño se arrojó a su cuello—. Cuando salgas me tienes que contar todo, ¿está claro?

—De acuerdo, papá —susurró el niño antes de separarse.

Esa palabra todavía lo hacía temblar.

Ambos se quedaron observándolo hasta que desapareció entre los arcos.

***

La carreta avanzaba despacio por el camino de tierra, dejando atrás los campos dorados. Por primera vez la casa los esperaba vacía.

—Es extraño —dijo Anne al llegar—. Parece demasiado grande.

—Eso es que estamos acostumbrados al caos que nos otorga su presencia —dijo Owen tomándola de la mano—, pero debemos aprender a soportarlo.

Su pulgar acarició los nudillos de Anne con dulzura.

A lo largo del día, la casa ya no hizo eco, o quizá fueron ellos quienes la llenaron de algo nuevo.

Pasearon por los acantilados, bajo un cielo tan despejado que podían ver más allá de lo habitual. El mar respiraba con calma. El

viento los envolvió con un murmullo agradable hasta que la luna sustituyó al sol.

Una vez la puerta de la casa se cerró, ambos se contemplaron.

—Nunca habíamos estado solos —dijo Anne con timidez—. Ya no hace falta que nos escondamos para besarnos.

Owen sonrió y se acercó con una mirada peligrosa.

—Ni que durmamos separados —susurró, con una caricia sobre su rostro repleta de ternura.

—Pero si las Taylor se enteran…

—Pues debemos ponerle solución.

—¿Nos… nos casaremos? —dijo sin aliento, ante los besos de Owen sobre su cuello.

—¿Deberíamos? —musitó sobre su piel, haciendo que se estremeciera.

—Yo…

Apenas pudo hablar cuando sus manos se aferraron a su cintura.

—¿Quieres casarte conmigo, Anne?

—¡Sí! —exclamó por el placer que los labios de Owen le proporcionaban.

Entonces él se detuvo, tragó saliva y la miró.

—¿Cómo? —Necesitó concentrarse—. ¿Quieres que nos casemos? ¿De verdad? —El corazón le palpitó hasta en las sienes—. Pensaba que necesitabas más tiempo, pensaba que querías…

Anne lo silenció con un beso y se alejó con rapidez sonriendo. Pero la distancia no duró mucho. Owen la tomó de las manos y, con un suave susurro, comenzó a cantar:

—Soy como un río. Sé de dónde vengo, pero no sé a dónde voy. Solo sigo mi camino, el de los árboles, el musgo y el sol…

La meció con él. Su voz calmaba sus oídos y el aire de su boca cosquilleaba su cuello.

No pudo resistirse más a sus encantos, a su amor y a su forma de cuidarla y respetarla.

Juntos se deslizaron por el suelo, en un baile de abrazos y besos hasta llegar a la habitación. Hasta que solo se escucharon sus

voces.

—Espera —dijo Anne—, aún no me has dicho si me amas.

La carcajada de Owen salió de la habitación, de ese nuevo hogar, y llegó hasta los acantilados.

—Anne Lovell, ¿acaso no lo sabes aún?

—Lo sé. —Ella se unió a sus risas—. Pero…

—Necesitas oírlo. Está bien.

Owen tomó aire de forma exagerada. No era un hombre de palabras; lo era de hechos. Aun así, se lo diría.

—Te amo, Anne. Siempre lo he hecho y me temo que siempre lo haré. Desde que eras como un insecto que me perseguía a todas partes hasta que fui yo el que terminó persiguiéndote. Te amo desde la punta de ese cabello hasta los dedos de tus pies. Te amo tanto que mi corazón podría explotar cada vez que estás en mi presencia.

La besó.

—Te amo.

La besó de nuevo.

—Y te amo.

—No sé si me ha quedado claro —rio ella.

—Creo que ahora te toca a ti. Podrías, no sé, besarme para enseñarme cuánto lo haces. —Se aclaró la garganta y añadió con rapidez—. ¡Pero solo si quieres! Y…

Anne así lo hizo, incluso antes de que acabara la frase. Hasta que los pajarillos comenzaron a cantar al amanecer. Hasta que ya no tuvo más fuerzas.

Hasta que solo quedaron dos cuerpos unidos por mucho más que el deseo, por algo de lo que jamás podrían huir:

Amor.

Nota de autora

Madre mía, madre mía y otro madre mía. Esta novela me ha dejado seca, de verdad. Anne se ha metido tanto bajo mi piel, arrancándome cosas sin permiso, que hasta ahora ha sido la novela que más trabajo emocional me ha llevado. Prometo que en la de Thomas bajaré las pulsaciones, porque Anne y Owen se han llevado toda mi energía. Hemos tenido tragedia para meses, aunque tenga un final feliz.

¿Os ha gustado? Espero que sí. Creo que nunca había llorado escribiendo una novela, pero esta lo ha conseguido. De verdad, ¿qué posibilidades había de que Logan y Edmund fueran a parar a casa de Hallaway y, encima, les echara una mano?

No sé cuál de todas ha sido mi parte preferida, pero creo que las palabras de Owen en esa escena en el trigo y el esperado beso me hicieron cosquillitas.

Esta novela es para todas aquellas que habéis sufrido algún tipo de abuso (yo me meto entre ellas). El proceso de sanación es difícil y, a veces, más lento de lo que nos gustaría. Pero si encontráis a alguien que os apoye, siempre es más llevadero.

Como yo vi la luz, he querido que Anne también la viera. Y que todas vosotras, sea cual sea el problema con el que carguéis, sepáis que siempre hay esperanza. Hay algo más grande que vosotras y que yo —llamadlo como queráis llamarlo— que siempre nos sostiene y nos saca de los peores momentos.

Os iba a poner datos históricos, como hago siempre. Deciros que era común que los soldados sacaran a niños de las workhouse como aprendices, o que los romaníes tenían su propia lengua y leyes no escritas; o que era posible que un niño sin título, entrara en Eton

con la palabra de un lord y una buena suma de dinero; que las fatalidades que hicieron los ingleses en Badajoz tras la victoria fueron reales, (a pesar de que hayan intentado que pasara desapercibidas en la historia…). Pero estoy tan emocionada que me voy a parar aquí.

Thomas viene tranquilo, pero con ganas de cerrar el círculo de estos niños de una manera preciosa.

Gracias por leerme. No sabéis lo que significa para mí las palabras que me dejáis en vuestras reseñas o unas estrellas —que aunque parezcan poca cosa— me ayudan muchísimo a seguir motivada con lo que hago y a llegar a más lectoras.

Espero, como siempre, que mis letras hayan llegado a vuestro corazón.

Nos vemos en la siguiente.

Becca Kim

---

[1] Encargado de asistir a un oficial en tareas cotidianas. En algunos casos, parecían criados personales.

[2] *Gadjo*: término romaní utilizado para referirse a una persona no romaní, es decir, alguien ajeno a su comunidad.

[3] *Beng*: término romaní que significa «diablo» o «espíritu maligno».

[4] *Metodista*: miembro de un movimiento protestante surgido en el siglo XVIII que defendía una vida religiosa estricta y austera.

[5] *Runner*: agente de los Bow Street Runners, un grupo de investigadores creado en el siglo XVIII que actuaba como precursor de la policía londinense.

[6] 11.º duque de Norfolk (1746–1815), se movía en un horquilla de entre 12–15 títulos y dignidades hereditarias.

[7] *La Belle Assemblée*: popular revista femenina de moda y sociedad de la Regencia inglesa.
[8] *Stock*: tipo de corbata rígida que llevaban los caballeros durante la Regencia.